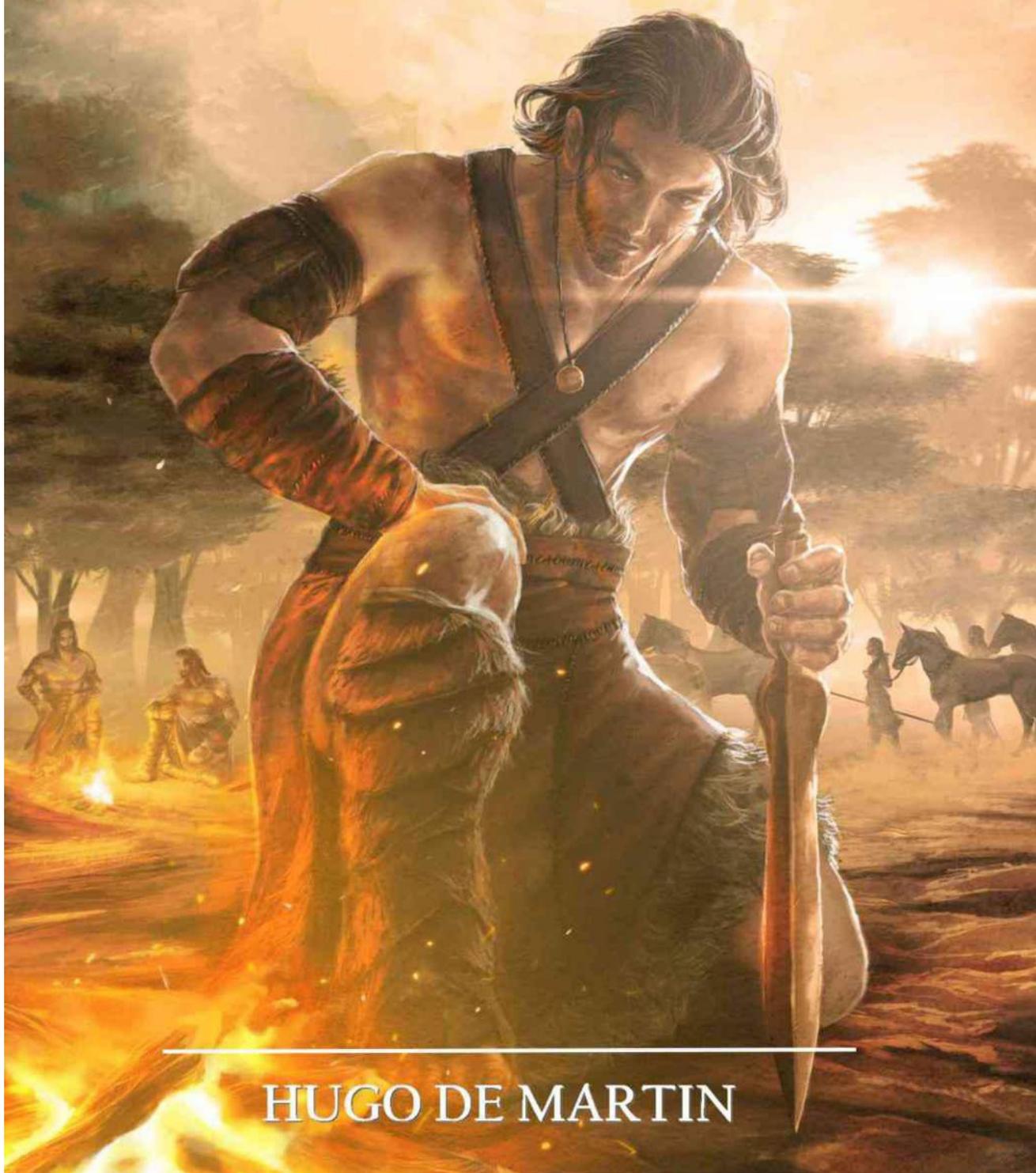


EL CAMINO DE LOS CEDROS

Primera parte

HISTORIA DE GILGAMESH



HUGO DE MARTIN

EL CAMINO DE LOS CEDROS

- Primera Parte -

HISTORIA DE GILGAMESH

HUGO DE MARTIN

© Hugo de Martin

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamos públicos.

A la familia. Siempre a la familia.
Y a los que luchan día a día por los suyos sin rendirse.
Y a los que ya no tienen fuerzas y se rinden, también.

Contenido

- [Prólogo – El soldado esclavo](#)
- [Capítulo 1 – La biblioteca de Babilonia](#)
- [Capítulo 2 – La afrenta de Kish](#)
- [Capítulo 3 – Primera recepción de Lugalbanda](#)
- [Capítulo 4 – Juerga en la taberna](#)
- [Capítulo 5 – El rechazo](#)
- [Capítulo 6 – La conspiración](#)
- [Capítulo 7 – El mercenario](#)
- [Capítulo 8 – Agresión a Uruk](#)
- [Capítulo 9 – El extranjero](#)
- [Capítulo 10 – Segunda recepción de Lugalbanda](#)
- [Capítulo 11 – El cazador](#)
- [Capítulo 12 – Los funerales del rey](#)
- [Capítulo 13 – El bibliotecario narra la historia](#)
- [Capítulo 14 – La Asamblea de Uruk](#)
- [Capítulo 15 – Un nuevo rey](#)
- [Capítulo 16 – Encuentro de dos amigos](#)
- [Capítulo 17 – Primera recepción de Gilgamesh](#)
- [Capítulo 18 – El mercenario en palacio](#)
- [Capítulo 19 – El cazador viaja a Nippur](#)
- [Capítulo 20 – En los Jardines Reales](#)
- [Capítulo 21 – La propuesta del rey](#)
- [Capítulo 22 – El cazador en la granja](#)
- [Capítulo 23 – La ofrenda a la diosa](#)
- [Capítulo 24 – Inicio del viaje a Canaán](#)
- [Capítulo 25 – El bibliotecario continúa su narración](#)
- [Capítulo 26 – Sombras del pasado bajo las dunas](#)
- [Capítulo 27 – El prisionero de Gisa](#)
- [Capítulo 28 – El pacto de los conspiradores](#)
- [Capítulo 29 – La amenaza de la serpiente](#)

*Cuando, en lo alto, el cielo aún no había sido nombrado,
y, abajo, la tierra todavía no tenía nombre;
Cuando los dioses aún no habían sido llamados a existir,
ninguno tenía un nombre, y ningún destino había sido aún establecido.
Entonces, fueron creados los dioses en medio del cielo...
Enuma Elish*

Aturdido por la caída, paladeó el fango en su boca. Lo notó frío y húmedo, sin sabor, menos desagradable de lo que cabría esperar. Lo escupió y se puso en pie dispuesto a continuar. Y al levantar la vista comprobó como otro de los competidores, jadeando por el esfuerzo, daba unos últimos pasos tambaleantes y caía desplomado al suelo. De los treinta que habían iniciado la carrera, ya sólo quedaban cuatro.

Apelando al empeño más que a las fuerzas, el príncipe Gilgamesh trató de dar alcance a Kumrad, el soldado esclavo que apenas le sacaba unas pocas zancadas de distancia. Sabía que Kumrad no se rendiría tan fácilmente como los demás, pues ya acariciaba la victoria y, con ella, el mayor de los premios, su libertad.

En la Explanada de Ishtar, al noroeste de la ciudad, entre el río que le daba la vida y las murallas que la protegían, los habitantes de Uruk se agolpaban jaleando enardecidos a los competidores por el magnífico espectáculo que les estaban brindando. La historia de aquel chico, sentenciado a servir como esclavo en el ejército de Uruk, corría de boca en boca con la misma rapidez que la compasión que despertaba en la mayoría. Al fin y al cabo, ningún hijo denunciaría a su padre por muy corrupto que éste fuera.

A Gilga, nombre con el que muchos se referían al príncipe, se le acababa el tiempo y sus piernas acusaban el esfuerzo por las muchas vueltas a la explanada que ya llevaba tras de sí. Dos más y todo habría acabado. Se sentía al límite. Una leve hendidura en el terreno le hizo perder el equilibrio y acabó de nuevo por los suelos, cayendo de costado y rasgándose la piel de la cadera y el muslo.

Una gran ovación acompañó al traspie de aquel arrogante. Difícilmente se le podría escapar ya la victoria al esclavo, que avanzaba con la cara desencajada, como si le hubiera poseído un mal espíritu. Probablemente ni siquiera era consciente de los gritos de ánimo que le lanzaban.

Y allí estaba él, Gilgamesh, descendiente de reyes, educado desde la cuna para ser uno de los grandes, caído, magullado y embrutecido por el barro. Vencido por un simple esclavo. Con los ojos aún cerrados, escuchó los vítores de celebración por su derrota. Aquel pueblo al que sus antepasados habían dado orgullo y esplendor, se alegraba ahora de su desgracia. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Hubiera querido ordenarles a todos que guardaran silencio, pero ni siquiera él tenía tal poder. Recordó entonces cuando de pequeño, en la escuela de escribas, alguien les explicó que la obediencia es hija bastarda del poder, pero el respeto y la admiración, como el trigo, deben cultivarse con mimo. Otra lección desatendida.

Respiró aceleradamente tratando de saciar el hambre de sus pulmones, y volvió a levantarse. Fijó entonces sus ojos llorosos en Kumrad. El esclavo se encontraba a escasa distancia de la meta y a duras penas conseguía avanzar arrastrando los pies. Gilga trató de correr de nuevo. Al principio lo hizo con una ligera cojera, pero su zancada no tardó en volver a coger un buen ritmo.

El gentío, que hasta ese instante no había dejado de celebrar la gesta del esclavo, enmudeció.

Los otros dos corredores, agotados y ya sin ninguna posibilidad de victoria, detuvieron sus pasos. Kumrad apenas podía respirar. Alzó la mirada intentando vislumbrar la meta pero, al ver al príncipe a su lado, perdió toda esperanza. Y la consciencia. Se derrumbó a menos de veinte pasos de su ansiada libertad.

Gilga corrió aquel último trecho con la cabeza erguida, sabiéndose vencedor de una carrera que, en realidad, acababa de disputar contra sí mismo. Y cuando atravesó la línea de meta, tan sólo le acompañaron algunos aplausos surgidos de entre los jóvenes que solían acompañarle en sus juergas y desmanes, todos ellos hijos de las grandes familias de Uruk. Pero, por encima de todo, se oyeron los murmullos de lamento por el fracaso de aquel pobre muchacho que, como tantas veces les sucede a los más humildes, había perdido su única oportunidad.

Y pudo oírse también algún abucheo lanzado por los soldados del reino de Kish que asistían a las competiciones y que, con su presencia, recordaban a todos quién mandaba en Sumer.

Las noticias de la derrota del ejército de mi señor llegaron a palacio cuando el enemigo ya se encontraba a las puertas de la ciudad. Algunos de los nobles cortesanos, inconscientes de la inutilidad de su esfuerzo, apremiaban a los criados para que se afanaran en trasladar sus pertenencias hasta los carros que habían situado en la parte trasera del palacio.

Por salones y pasillos reinaba ahora la confusión en un ir y venir de señores y criados angustiados ante la inminente fatalidad, y de mujeres y niños asustados por un peligro al que no acababan de dar forma. Mientras tanto, yo me esforzaba en trasladar el pesado cofre que, a mi entender, constituía la pieza más valiosa del tesoro de mi señor. Lo cierto es que nadie me hizo el menor caso mientras lo arrastraba por los pasillos hasta la sala de lectura, situada encima del harén, donde las mujeres y esclavas de Darío seguían con sus juegos inocentes como si no ocurriera nada.

Confieso que en aquel momento sentí miedo. Pánico. Sospechaba que el nuevo rey entregaría a todas aquellas muchachas inocentes a sus soldados para que saciaran con ellas su instinto de venganza. Temía que aquellos salvajes acabarían atravesándonos a todos con sus espadas, no sin antes someternos a horrendas torturas. Pero también temía por el contenido de aquel cofre, por que cayera en manos de quienes, incapaces de apreciar su verdadero valor, acabarían por destruirlo o, en el mejor de los casos, enviarlo a su país donde acabaría como un vulgar adorno en la casucha de cualquier soldado.

Como había imaginado, la sala de lectura estaba vacía. Ningún noble o funcionario querría pasar el rato consultando los escritos en un momento como aquél. Y, afortunadamente, todas las mujeres, y los eunucos que las custodiaban, se encontraban en los jardines de la planta baja del harén. Las fuerzas ya me empezaban a fallar, pero conseguí arrastrar el cofre hasta el agujero que utilizábamos para guardar el material de limpieza. Levanté la trampilla y comprobé que en su interior no había más que dos pequeños recipientes con el aceite para los candelabros. Los saqué de allí y los dejé sobre una de las estanterías cercanas. No es que el cofre pesara demasiado, pero después de haberlo traído arrastrando desde mis aposentos, tener que levantarlo a pulso para colocarlo en aquel agujero acabó por dejarme extenuado. Además, por qué no reconocerlo, yo ya había alcanzado esa edad en la que a uno empiezan a respetarlo por considerarlo anciano.

Cumplido mi objetivo, me sentí aliviado. Mientras trataba de recuperar el aliento, me percaté del griterío que llegaba del exterior a través de los ventanales y las aberturas del techo del harén. Tuve la impresión, para mi sorpresa, de que no eran gritos de espanto y dolor, sino aclamaciones y vítores de alegría. Comprendí entonces que Babilonia se alegraba por la llegada de su nuevo conquistador.

Decidí entonces hacer un último esfuerzo para ocultar la trampilla y la tapé con una de las pesadas alfombras de la sala de lectura. Agotado, me apoyé después sobre el frío mármol de una de las columnas mientras me secaba el sudor de la frente con la manga de mi túnica. Y en ese momento me di cuenta de que, más abajo, en el jardín, reinaba ahora un extraño silencio. Intenté relajarme, y traté de que mi respiración fuera menos ruidosa, pues no podía dejar de resollar. Me aferré al medallón que colgaba sobre mi pecho, junto a la bolsita en la que guardaba la llave del cofre. Una vez más, el contacto con aquel medallón me ayudó a tranquilizarme.

Y desde la sala, al asomarme a uno de los ventanales que daban al jardín, le vi por primera vez. Caminaba rodeado por un grupo de hombres, sus generales, según pude saber después. Y comprobé que éstos le trataban con relativa familiaridad. Siempre he creído que un rey debe destacar por encima de los demás y, si bien aquel hombre no era el de mayor estatura, sí era claramente el de mayor prestancia. Sin duda, el caudillo macedonio no defraudaba en persona. Me extrañó observar que Mazaeus, a quien el rey Darío había encargado el gobierno de la ciudad, estuviera junto a Alejandro y que éste, a su vez, le tratara con sumo respeto. También pude distinguir junto a ellos a Nevén, uno de los jóvenes criados del servicio personal de mi antiguo señor.

Todas las muchachas del harén miraban de reojo a los recién llegados, aunque trataban de disimular retomando sus charlas y sus juegos, aparentando una ingenua indiferencia.

Oí los alegres gritos de un chiquillo de no más de seis o siete años que, para sorpresa de todos, corrió a abrazar al conquistador. Alejandro lo recibió extendiendo los brazos y alzándole por los aires. El pequeño sonrió orgulloso cuando el macedonio le colocó sobre su pequeña cabecita el hermoso yelmo, adornado con dos vistosas crines blancas, que portaba en su mano. Persiguiendo al chiquillo entraron en el harén un grupo de mujeres que avanzaron hasta situarse frente a los recién llegados. Todas las muchachas del jardín dejaron de lado entonces sus disimulos y se acercaron a postrarse ante la mujer que encabezaba la comitiva.

Mi vista ya había perdido la viveza de antaño, pero no tardé demasiado en descubrir que se trataba de la mismísima reina madre, Sisigambis. A punto estuve de delatar mi presencia al pronunciar, sin pretenderlo, una bendición hacia mi señora, pero el alboroto del jardín evitó que nadie pudiera oírme. Sisigambis se acercó al macedonio e intercambió algunas palabras con él. Dio entonces indicaciones a una de sus criadas para que le acercara a sus dos nietas, las pequeñas Estateria y Dripetis. Y supuse que el chiquillo que Alejandro mantenía en sus brazos debía de ser Oco, el hijo pequeño del rey Darío quien, ajeno a las vicisitudes de los adultos, había saltado a los brazos del enemigo de su padre, dejándose fascinar por su imponente presencia.

No pude oír lo que la reina madre y el griego se dijeron.

Quiso el destino que, justo en aquel instante, el rey se dirigiera hacia los escalones que subían hasta la sala de lectura, desde donde yo observaba calladamente todo cuanto sucedía. Alejandro y dos de sus generales subieron los peldaños con paso firme, pero algo debió de ponerles en alerta puesto que mientras el rey daba un primer vistazo a la sala, sus dos acompañantes desenvainaron las espadas nada más pisar el último escalón.

¡Yo era la amenaza!

Como abajo nadie se había ocultado, no se me ocurrió pensar que yo tuviera que hacerlo.

Aquellos dos macedonios vinieron hacia mí y alzaron sus espadas señalándome la garganta.

-¿Y bien anciano? ¿Nos entregas tu daga o prefieres que te rebanemos el cuello? –me amenazó uno de ellos.

Con los nervios por todo lo acontecido tampoco me había dado cuenta de que llevaba mi daga sujeta a un costado del fajín. Era la daga que me distinguía en la corte de Darío como “guardián de los escritos”. Nunca se me había pasado por la cabeza que ese objeto pudiera ser utilizado realmente como un arma, ni siquiera en defensa propia.

-Es... es la daga del guardián de... –balbuceé-. No... no... no es un arma.

-¿Y qué hacías entonces aquí escondido? ¿Acaso aguardabas tu momento de gloria para derrotar tú solo a Alejandro? –insistió, ante la sonrisa del otro soldado que ya envainaba de nuevo su espada.

-¡Vamos, Crátero, déjalo estar! –le dijo entonces el propio Alejandro, sin dejar de observar las estanterías llenas de pergaminos y tablillas de arcilla-. Ya te lo ha dicho... Sólo es su daga de guardián de no sé qué.

Los nervios me llevaron a cometer la torpeza de intentar coger la daga para entregársela a aquellos soldados, provocando de inmediato que volvieran a apuntarme con el filo de sus espadas. Lo hicieron con tal rapidez que mis dedos apenas tuvieron tiempo de rozar la empuñadura.

-So... sólo quería entregaros la la...

-Dámela –me ordenó Crátero-. Será mejor que yo te la guarde. –Y alargó su mano para recoger la dichosa daga de mi cintura.

Alejandro, que seguía mostrando la más absoluta indiferencia al peligro que pudiera suponer mi presencia, cogió un pergamino de una de las estanterías. Lo desenrolló, e insinuó una sonrisa.

-¡Pero si es de Esquilo! ¿Cómo es posible? –Se volvió y me observó, ahora sí, con detenimiento-. ¿Tú eres el bibliotecario?

-Soy el responsable de la custodia de los escritos –respondí.

Yo creía que mi nivel de griego era más que suficiente para hacerme entender, pero vi como el macedonio ladeaba su cabeza, en un gesto que me hizo dudar.

-Sí, soy el bibliotecario.

Opté por facilitar las cosas.

-Es *El fuego de Prometeo*, de Esquilo, uno de los antiguos sabios griegos –dijo agitando el pergamino.

-Sí, mi señor. Y ahí tiene una copia de *Los persas*, otra de sus obras.

Alejandro guardó silencio por un instante y luego desvió su mirada hacia el techo. Entonces volvió a ladear la cabeza, como si intentara recordar algo.

-“Adelante...” –dijo entornando los ojos-. “Adelante, hijos de Grecia...”

Y guardó silencio una vez más.

-“Adelante, hijos de Grecia” –le interrumpió otro de sus soldados que acababa de subir a la sala de lectura-. “Liberad a vuestra patria, a vuestras mujeres e hijos; liberad los templos de vuestros dioses ancestrales. Por ello lucharemos en esta batalla...”

Las últimas palabras las recitaron ambos como si fueran dos antiguos alumnos recordando una vieja lección de la escuela.

-Aristóteles estaría orgulloso de ti, Hefestión. Siempre has tenido más memoria que yo –dijo antes de volverse de nuevo hacia mí-. Dime, anciano, ¿tenéis aquí más escritos griegos?

-Tenemos poemas de Anacreonte, obras de Hesíodo, como *El Origen de los Dioses* o su *Tratado de Astronomía*, tragedias de Sófocles... y otros –añadí.

-Esto es... inesperado.

-¿Por qué mi señor? –me aventuré-. Esto es la sala de lectura. También tenemos copias de leyendas y tratados medicinales de Egipto, o de tierras más lejanas, como...

-¿Y esos adornos de arcilla?

-Son tablillas, escritos asirios, acadios... Tenemos también algunas tablillas sumerias con los primeros escritos... Del principio de los tiempos.

Alejandro devolvió el pergamino a su estantería y se acercó a los estantes de las tablillas. Cogió una y la sopesó, pasándosela de una mano a la otra. Luego pasó las yemas de sus dedos cuidadosamente sobre los signos grabados en la superficie.

-¿Qué es esto?

-En algunas de esas tablillas se recogen viejas historias –dije, intentando que mi voz no delatara el nerviosismo que me atenazaba-, tratados de amistad o declaraciones de guerra. Otras explican leyendas de antiguos dioses.

-¿Y esta? ¿Qué dicen estos signos? –me preguntó, mostrándome la tablilla que tenía en sus manos.

-Forma parte de un grupo de tablillas en las que un antiguo escriba recopiló la vida de grandes gobernantes. Esa es la de Sargón de Akkad.

-¿Sargón? ¿Un persa?

-No, mi señor. Sargón creó un imperio muchos siglos antes de que los persas o los griegos hubieran... –Alejandro me miró con expresión de sorpresa-... hubieran... empezado sus enfrentamientos, mi señor.

-Sabrás por los escritos, que los griegos hemos sido un pueblo civilizado desde el inicio de los tiempos y que, de siempre, hemos contado con el favor de los dioses.

-Sí, mi señor.

Preferí ser prudente.

-Y dime, ¿qué dice aquí de ese Sargón?

El rey me acercó la tablilla y, al cogerla, pude ver la larga cicatriz de su antebrazo, recordándome que aquel hombre era también un guerrero, un hombre acostumbrado a pelear... y a matar a quienes osaban enfrentarse a él.

-“Soy Sargón” –empecé a leer-, “el poderoso rey de Akkad. Los hermanos de mi padre, a quien no conocí, amaron las colinas. Mi madre me parió en secreto, a orillas del Éufrates y, tras depositarme en el interior de una cesta, dejó que las aguas del río me llevaran. Y me acercaron hasta Akki, quien me acogió como a un hijo...”

-Ya he oído esa historia antes –dijo-. En el asedio a Tiro, al sur de Fenicia... Pero el río de la historia era el Nilo, no el Éufrates... Me explicaron que así nació el líder de un pueblo esclavizado en el antiguo Egipto.

No osé decir nada. Me limité a inclinarme en señal de respeto.

-Bien... Continuemos –dijo a sus acompañantes-. Todavía nos quedan por descubrir muchos rincones de este palacio.

Me sentí aliviado de que, al fin, abandonaran la sala. Pero el infortunio quiso que otro de los acompañantes del rey, Leonato, se viera atraído por un pequeño candelabro de plata que había junto a la trampilla donde acababa de esconder el cofre.

-Enviaremos a Aristóteles algunos de estos pergaminos griegos y ese candelabro, seguro que le gustará el regalo.

-Buena idea –ratificó el rey.

Leonato pisó sobre la alfombra que ocultaba la trampilla y un sonido hueco llamó su atención. Extrañado, se detuvo y pisoteó dos veces más sobre la alfombra, aunque ya sin coincidir con la superficie de la trampilla. Continuó entonces caminando hasta la estantería donde se hallaba el candelabro. Nada hubiera ocurrido si al volverse no me hubiera mirado. Pero lo hizo. Y, al hacerlo, pudo comprobar que mis ojos estaban abiertos de espanto, y que mi boca, en una nueva demostración de mi torpeza, mostraba una ostensible mueca de horror.

El griego, al ver mi expresión, sospechó.

-¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Qué nos ocultas, anciano? –dijo.

Negué con la cabeza. Pero me traicionó el temor que sentía a que descubrieran mi secreto, y mi mirada se dirigió hacia la alfombra. Alejandro y Crátero me observaron expectantes. Leonato apartó la pesada alfombra de un tirón y dejó al descubierto la trampilla metálica. Y yo, quizá por instinto o, por qué no reconocerlo, por imprudencia, me lancé sobre ella como un loco poseído por un mal espíritu.

-¡No!... ¡No! ¡Por favor! ¡No hay nada! –grité, anunciando de esta forma a todos que sí lo había.

Mientras Leonato me arrastraba tirándome de la ropa, Alejandro se acercó y levantó la trampilla.

-¡Cuidado! –le gritó Leonato-. ¡Puede que hayan puesto algún animal venenoso!

Crátero ojeó el interior del agujero y tiró de una de las asas del cofre, que extrajo sin dificultad. Lo examinaron con detenimiento, maravillados por la gran cantidad de piedras preciosas engarzadas en las láminas de oro y bronce que se entrecruzaban recubriendo la superficie. Al momento se unieron al grupo otros dos generales griegos. Crátero comprobó el cierre de la tapa y volvió a desenvainar su espada.

-Siendo el cofre tan bello, el contenido debe de serlo aún más –dijo, dispuesto a golpear el cierre.

-¡No!... Por favor, no lo hagáis –le supliqué-. Yo lo abriré.

Saqué la llave del interior de la bolsita que colgaba de mi cuello y abrí la cerradura. Destapé el cofre y extraje del interior una de las piezas envuelta en un paño de lana gruesa. Al quitar el paño, apareció la hermosa tablilla de lapislázuli que, según pude comprobar, causó algo de decepción entre los presentes. Supongo que hubieran preferido que les mostrara un puñado de monedas de oro o de hermosas joyas.

Cogí cuidadosamente la tablilla con ambas manos y la alcé, situándola bajo el haz de luz que penetraba en la sala por uno de los ventanales superiores. El azul intenso de la tablilla brilló entonces como si el fuego ardiera en su interior.

Sólo Alejandro mantenía una expresión de asombro. Se acercó y cogió la tablilla entre sus manos.

-Es preciosa –reconoció-. ¿Qué hay escrito en ella?

-Mi señor, este es el mayor tesoro del palacio de Darío –agregué-. En estas tablillas se narra la historia de Gilgamesh, el primero de los grandes reyes, el elegido de los dioses.

No dijo nada. Se limitó a acariciar los símbolos grabados amorosamente con el cincel por el antiguo escriba artesano.

-Gilgamesh... –repetió entonces, lentamente, como si quisiera guardar aquel nombre en su memoria-. Gilgamesh. Y dime, ¿qué hizo de él un rey tan extraordinario?

-Honró la amistad, obtuvo la gloria y pretendió la inmortalidad.

Alejandro apartó sus ojos de la delicada lámina y me miró. Su mirada era noble, transparente. Y, a través de ella, intuí que en aquel momento, acababa de quedar atrapado por la impronta de Gilgamesh.

-Así que el elegido de los dioses –repetió casi en un susurro.

-Dicen, mi señor, que Gilgamesh era en parte humano y en parte divino.

Alejandro volvió a acariciar la superficie de la tablilla.

-¿Cómo te llamas?

-¿Yo?

-Sí, tú.

-Navarzaes –le respondí, inclinando la cabeza respetuosamente.

-Bien, Navarzaes, cierra este cofre y sigue custodiándolo como lo has hecho hasta ahora –dijo, ofreciéndome de nuevo la tablilla.

La envolví de nuevo con el paño de lana y la deposité en el interior del cofre. Y, una vez más, me llevé instintivamente la mano al pecho. Aún a través de la ropa, sentí el contacto con el medallón, su fuerza, ese poder misterioso que de alguna manera me seguía protegiendo. Supe entonces que podría permanecer en la corte del nuevo señor de Babilonia. Continuaría siendo el custodio de aquel tesoro, el valedor de una vieja historia que había fascinado durante siglos a reyes y esclavos.

No tardaría muchos días en volver a ver a Alejandro.

-Hay muchas cosas que debemos tratar, amigo Rimus –dijo el nuevo embajador de Kish en Uruk.

-Podéis contar conmigo para todo lo que preciséis, príncipe Arketi.

Rimus, hombre generoso en carnes y de cráneo afeitado, era uno de los más reputados miembros de la Asamblea de la ciudad. También era uno de los más ricos, pues en los últimos dos años sus negocios habían prosperado de forma considerable. Comerciaaba sobre todo con los tejidos que compraba al Eanna, el templo de Ishtar, para revenderlos luego en los mercados de Elam y del norte de Sumer.

-Me han dicho que la salud de Lugalbanda ha empeorado.

-Así es, embajador –le confirmó Rimus-. Osisí, el mago de palacio, afirma que el mal se ha introducido en su cuerpo y que su vida ya sólo depende de la voluntad de los dioses.

-¿Te fías de ese mago? –interrogó Arketi.

-Acude con frecuencia al Eanna y... digamos que algunas de sus pócimas las prepara según los dictados de la nueva priora.

-Ya entiendo. Todavía no conozco a esa nueva sacerdotisa... ¿Cómo me has dicho que se llama?

-Tarina –le recordó Rimus.

-¿Colaborará con nosotros?

-No os quepa duda. Mucho más que Umaha, su predecesora.

-Espero que así sea. –Arketi acarició pensativo el aro de oro que llevaba por pendiente en su oreja derecha-. Mi padre ha sido muy generoso con el templo de Ishtar. Le ha regalado rebaños y tierras de cultivo, y le ha condonado el pago de impuestos –añadió-. Ahora que a Lugalbanda ya no le queda demasiado tiempo, necesitaremos su colaboración.

-Después de mucho insistir, conseguí que Tarina me recibiera en audiencia –le explicó el mercader-. No me concedió mucho tiempo, pero me dejó claro que está muy agradecida a vuestro padre. Me pareció una joven muy ambiciosa... Muy muy ambiciosa.

Aquella confidencia hizo sonreír a Arketi.

-Eso es bueno para nuestros intereses –dijo-. ¿Y qué ha sido de Umaha, la anterior gran sacerdotisa? ¿Ha muerto?

-Ese es uno más de los misterios del Eanna. Nunca se sabe cuándo van a sustituir a la priora hasta que ya ha ocurrido –reconoció Rimus-. Es posible que Umaha haya muerto, quién sabe... En cualquier caso... –Rimus hizo un guiño de complacencia-. ... comprobaréis que Tarina, su sustituta, es una mujer muy hermosa.

-Ya estoy deseando conocerla –admitió el embajador-. Le solicitaré una audiencia.

-A vos no os hará esperar. De todas formas, ahora podréis verla, ya que está aquí arriba, en la muralla, siguiendo las competiciones. Es la primera vez que se muestra ante el pueblo.

-Subamos pues y disfrutemos de las vistas –resolvió al fin Arketi, mientras indicaba a sus escoltas que le esperaran al pie de las escalinatas que ascendían por la torre de la muralla-. Aunque me da la impresión de que el espectáculo está siendo algo decepcionante, se oye un murmullo de desaprobación entre la gente... Por cierto, amigo Rimus –Arketi se detuvo unos pocos peldaños antes de alcanzar las almenas, miró arriba y abajo para asegurarse de que nadie podía oírles, y continuó en voz baja-, ¿no hay forma de que podamos contar también con el apoyo del templo de Anu?

-Ninsun no nos apoyará... Tiene a su propio candidato para la sucesión de Lugalbanda. Su hijo Gilgamesh ya tiene diecinueve años y últimamente se deja ver a menudo acompañando al rey.

-Gilgamesh, dices. –Arketi volvía a acariciarse pensativo el pendiente-. ¿Tiene ese muchacho apoyos en la Asamblea?

-Lo dudo. Es un juerguista al que no se le atribuyen más méritos que sus hazañas con las mujeres –le reveló Rimus.

Arketi, satisfecho, continuó subiendo los peldaños seguido de su aliado quien, poco acostumbrado a los esfuerzos físicos, ascendía trabajosamente.

Las competiciones deportivas ya estaban a punto de finalizar. Se celebraban dos veces al año, coincidiendo con los periodos de descanso en las labores del campo. Como en otras grandes ciudades de Sumer, los jóvenes de Uruk también debían asistir periódicamente a entrenamientos militares en los que recibían el necesario adiestramiento. Los participantes se contaban por miles y, de entre todos ellos, los ayudantes del general Lamar An escogían a quienes debían competir en las pruebas finales. Pero sólo uno tendría el honor de recibir la Corona de los Dioses.

Por un momento, el rey se olvidó de sus dolencias y de las náuseas que le provocaban las pócimas prescritas por los magos de palacio. Sentado frente a la Explanada de Ishtar, en un cómodo sillón instalado en lo más alto de la muralla, disfrutaba ahora del espectáculo.

-Ninsum, Gilga es magnífico –dijo Lugalbanda-. No hay otro muchacho en Uruk tan alto y fuerte como él... ¡Será un soldado invencible! –exclamó dirigiéndose a la gran sacerdotisa del templo de Anu.

Ninsum, a quien le acompañaba su joven ayudante, Nanshe, se limitó a responder con una sonrisa complaciente.

-Será difícil que alguien le arrebatase la corona –insistió-. No tengo duda alguna de que tu hijo podría ser un gran rey para esta ciudad.

-Y el palacio de Kish se alegrará de que el reino amigo de Uruk cuente con alguien así en el trono –intervino Arketi, mientras tomaba asiento cerca del rey, junto a varios consejeros de palacio y un grupo de nobles-. Aunque espero que mi señor Lugalbanda reine todavía por muchos años.

-¡Oh... Bienvenido, príncipe Arketi! –le saludó el rey, sorprendido. Todos se volvieron para ver al recién llegado, atraídos sobre todo por la visión de su ostentoso ropaje, una combinación de túnicas multicolores adornadas con varios collares y un llamativo turbante. Tampoco pasó desapercibido el grueso aro de oro que lucía en la oreja-. Me llegó el mensaje de tu padre anunciándome que te enviaba a aquí como embajador, pero no te esperaba tan pronto. ¿Cómo está mi viejo amigo Mebaragesi?

-Oh, bien. El gran de rey de Kish sigue gozando de fuerza y salud. No sé si estáis al tanto de que hace unos meses nombró general de nuestro poderoso ejército a mi hermano Akka.

-A todos nos tranquiliza saber que tu padre... que el graaan reey de Kish... –Lugalbanda arrastró las palabras sin disimular su ironía... sigue gozando de tanta fortaleza. Espero que tu hermano no se impacienta por tener que aguardar algunos años más para ocupar el trono.

-Siendo el heredero al trono de Kish ya es más poderoso que cualquier otro señor de Sumer –le respondió Arketi, sin mostrar contrariedad.

-Quizás... algún día... los dioses decidan que ha llegado el momento de que haya un rey más poderoso que el señor de Kish –intervino el general Lamar An, algo molesto por la arrogancia del embajador.

Tanto Shanu, el anciano primer consejero, como el resto de funcionarios y nobles que presenciaban la conversación, prefirieron mantenerse en un prudente silencio, conscientes de que la delicada salud del rey vaticinaba cambios en un futuro cercano, tal y como, además, sugería la propia presencia en Uruk del hijo de Mebaragesi.

-No lo creo, general. La verdadera realeza se lleva en la sangre –respondió Arketi, ahora con mayor severidad-. Y esa sangre es la de mi familia.

Lugalbanda aguantó durante unos instantes el incómodo silencio que se hizo a continuación. Insinuar que el señor de Uruk no tenía auténtica sangre real, era una grave ofensa que hubiera costado un severo castigo a cualquiera que no fuese el hijo del rey de Kish.

Habían pasado ya más de veinte años desde que el, por entonces, valeroso general Lugalbanda aceptara el puesto de Señor de la ciudad. Le fue ofrecido por la Asamblea a propuesta de Ninsun, hija del difunto rey Enmerkar y gran sacerdotisa del templo de Anu. Pero las exitosas campañas militares y comerciales emprendidas en el pasado por el carismático Enmerkar no tuvieron continuidad en los primeros años del reinado de Lugalbanda. Y para mayor desgracia, el destino quiso castigar a Uruk con repetidas inundaciones que malograron las cosechas y arrastraron a la ruina a grandes y pequeños propietarios de tierras. Miles de jornaleros, sin la posibilidad de trabajar en los campos, se vieron privados del sustento para sus familias.

El hábil Mebaragesi supo aprovechar la ocasión y ofreció parte de sus reservas de grano a la antigua ciudad rival, pero exigió a cambio un alto precio: el palacio de Uruk debía traspasarle la propiedad de sus canales de riego y aceptar el pago de impuestos por su utilización. En los años siguientes, Uruk se fue recuperando, las cosechas volvieron a ser abundantes y los artesanos volvían a vender toda su producción en el mercado. Pero ahora, buena parte de esa riqueza marchaba hacia Kish en forma de tributos. Y, para entonces, Mebaragesi había acumulado ya el poder suficiente para que nadie osara desafiarle.

-En esto de la realeza, príncipe Arketi, nosotros somos algo más modestos –intervino el anciano Aremos-. Nos conformamos con pedir a los dioses su inspiración para elegir con acierto al hombre que debe ocupar el trono.

Aremos era uno de los viejos ilustres de la ciudad, un miembro de la Asamblea ya retirado de la vida pública pero al que en los últimos meses se le veía con bastante asiduidad acompañando a Lugalbanda. Algunos rumores apuntaban a que aquel anciano no era tan inocente como aparentaba y que, en verdad, pretendía aprovecharse de la debilidad del señor de Uruk.

-Tienes razón, Aremos... –intervino Lugalbanda-. Pero... dinos, embajador, ¿y a ti qué futuro crees que te reservan los dioses?

-Eso es difícil de saber. Por el momento, mi padre, el gran rey de Kish, me ha concedido el honor de representarle en esta bella ciudad.

Graaan reey de Kish. Lugalbanda no ocultó un gesto de desagrado al comprobar como Arketi se deleitaba pronunciando de forma provocadora, una vez más, aquella expresión.

-Veo que sabes apreciar las virtudes de nuestra ciudad –le dijo Lugalbanda-. Si decides quedarte entre nosotros, es posible que con los años lleguemos a darte la ciudadanía de Uruk. ¿Qué te parecería tal honor?

-Sin duda ése sería uno de los días más dichosos de mi existencia –ironizó Arketi-. Uruk es una de las pocas ciudades donde un simple ciudadano puede participar en la toma de decisiones que afectan al futuro del reino, incluso en la elección del rey, incluso...

-¿Incluso...? –le apremió el general Lamar An.

-Incluso puede ser elegido rey –finalizó Arketi, dirigiendo una sonrisa burlona a su aliado Rimus.

Lugalbanda trató de disimular la punzada de dolor que acababa de sentir en el estómago. Ninsum, sentada a su lado, iba ya a incorporarse para atenderle, pero Lugalbanda le hizo un gesto para que se detuviera. No era conveniente dar muestras en público de su débil estado de su salud y, mucho menos, hacerlo ante el representante de Kish.

-El lanzamiento de hacha... –dijo al fin, tras unos instantes de silenciosa lucha contra aquel dolor que le atenazaba las entrañas-. Mi prueba preferida.

La prueba de lanzamiento de hacha cerraba las competiciones. No eran muchos los capaces de levantar una de aquellas pesadas piezas de bronce, para lanzarla a continuación contra un madero situado a una veintena de pasos. Era, pues, una prueba reservada sólo para los más fuertes.

Desde hacía cuatro años, la competición la ganaba invariablemente Sinleki, el hijo del propietario de la principal forja de Uruk. La fortaleza natural de todos los miembros de su familia y el duro trabajo en el taller de su padre habían proporcionado a Sinleki una poderosa musculatura en los brazos. Pero en esta ocasión le había

surgido un inesperado contrincante, Merino, hijo de un jornalero del Eanna que en las pruebas de clasificación ya había demostrado una excelente técnica de lanzamiento. Y, ahora, tras la participación de los primeros finalistas, a Merino le llegaba su turno. Ceremoniosamente, desanudó el cordón que ceñía su túnica de lana y, con parsimonia, se quitó la prenda. Al descubrir su cuerpo se oyeron algunos aplausos y expresiones de admiración entre el gentío que se repartía por la Explanada de Ishtar.

Tras una breve carrerilla hasta el borde del madero que señalizaba el límite reglamentario, Merino lanzó el hacha y logró clavarla a unos tres palmos del centro de la diana. Los aplausos se generalizaron también entre quienes se encontraban en lo alto de la muralla.

Y ahora era el turno a Sinleki. Cuando éste mostró su cuerpo, dejó a todos boquiabiertos por la pésima evolución que había sufrido su físico en los últimos meses. El muchacho había desarrollado unos enormes pechos que poco tenían que envidiar a los de las matronas de palacio que cuidaban a los recién nacidos en la corte de Lugalbanda. De la muchedumbre surgieron risas, y también algunas bromas. Un anciano le gritó una propuesta de matrimonio para, según dijo, poder disfrutar al fin de un cuerpo voluptuoso como aquel. Las carcajadas se extendieron, pero Sinleki ni se inmutó. Concentrado en la diana, se dispuso a tomar carrerilla.

Dio cinco pasos hasta el madero y lanzó el hacha.

Quedó a dos palmos del centro de la diana y la ciudad prorrumpió en un delirante griterío. Sinleki, una vez más, era el ganador.

Levantó sus enormes brazos, mostrando a todos su alegría por aquel nuevo triunfo y, volviéndose hacia la muralla, hizo una reverencia al rey, a quien brindó la victoria. Lugalbanda, satisfecho, se levantó para aplaudirle y, con él, lo hicieron todos los nobles, los ilustres y los altos funcionarios que le flanqueaban. Merino, con aspecto apesadumbrado, se acercó al ganador y le tendió la mano.

Mientras Sinleki agradecía a todos las muestras de reconocimiento, uno de los soldados del destacamento de Kish abandonó la formación para encaminarse a la zona de competición. Al principio nadie le prestó demasiada atención, hasta que se situó junto a Sinleki y le invitó a apartarse del área de lanzamiento con un claro gesto de su brazo. Sinleki, sorprendido, dejó de saludar y observó desconcertado al soldado de Kish. Éste se desabrochó el correa de protección que cubría su ropa y, luego, se desnudó. No era tan corpulento como los de Uruk, pero sus brazos también mostraban una considerable envergadura, y su altura superaba al menos por una cabeza a la de cualquiera de aquellos.

Los aplausos se fueron apagando. Nadie parecía comprender qué estaba sucediendo, salvo la veintena de compañeros del improvisado competidor, que no paraban de reír y lanzar comentarios jocosos. El de Kish cogió una de las hachas dispuestas para la competición y se situó frente al límite de lanzamiento. Fijó su vista en la diana y con un leve impulso lanzó el hacha con asombrosa precisión.

Se clavó a poco menos de un palmo del centro de la diana.

El silencio se hizo entonces abrumador. Nadie se movía. Nadie decía nada.

El de Kish recogió su indumentaria del suelo y se vistió de nuevo para regresar junto a sus compañeros, quienes le recibieron mostrándole sus lanzas al frente y vitoreándole como al verdadero vencedor de la competición.

Entre el gentío empezó entonces a levantarse un murmullo de desaprobación. Y surgieron los primeros gritos contra los de Kish, que fueron creciendo poco a poco, hasta que, al fin, el pueblo decidió mostrar abiertamente su indignación por aquella embarazosa humillación a los muchachos de Uruk.

También en lo alto de las almenas reinaba la perplejidad.

-¡Príncipe Arketi! –gritó Lamar An-. Esto ha sido una ofensa intolerable.

-¡Por todos los dioses!... Yo tampoco comprendo qué ha sucedido –se defendió el embajador-. Señor, os pido disculpas por el comportamiento de mis soldados –añadió dirigiéndose al rey-. Me encargaré de que los culpables reciban el castigo que se merecen.

El alboroto en la explanada era ya de tal dimensión que incluso quienes se encontraban en lo alto de la muralla debían alzar su voz para hacerse oír. Y todos parecían tener algo que decir.

-¡Por favor... No discutamos! –intentó calmar los ánimos el primer consejero Shanu-. Embajador Arketi, deberíais encargáros personalmente de castigar a ese soldado que...

-¡Miente! -le cortó Lamar An-. ¡Él sabe que ha sido un acto preparado para humillarnos!

-¡General! El príncipe Arketi se ha disculpado y yo he aceptado sus disculpas –exclamó incómodo Lugalbanda.

Mientras tanto, el príncipe Gilgamesh, que todavía permanecía en la explanada, ordenó a los soldados de su compañía que le siguieran.

El gentío mostraba abiertamente su enfado por el insulto recibido, y aquel inesperado movimiento de los soldados de Gilgamesh, a escasa distancia de los de Kish, no auguraba nada bueno.

Los de Kish, ante el giro que parecía estar dando la situación empezaron a mostrar cierto nerviosismo, aferrando sus lanzas con ambas manos y disponiéndose ya para el inminente enfrentamiento.

Ninsun se levantó sobresaltada de su silla. También Lugalbanda parecía desconcertado por todo aquello.

Intuyendo la gravedad de la situación, el gentío empezó a calmar sus ánimos.

El príncipe de Uruk se separó de los hombres de su compañía y, con paso decidido, se dirigió a la zona de competición. Y, para sorpresa de todos, volvió a despojarse de sus ropas, cogió el pesado madero que señalizaba el límite de lanzamiento y lo alzó con ambos brazos. Lo mantuvo en lo alto hasta que todos callaron. Entonces, lentamente, caminó en dirección opuesta a la diana y lo dejó caer a cinco pasos de su posición original.

Sin perder la calma, se acercó hasta donde habían dispuesto las hachas de competición y, tomándose su tiempo, sopesó tres de ellas. Y eligió una.

Todos comprendieron entonces lo que pretendía. El presuntuoso y malcriado Gilgamesh quería encargarse él solito de dar respuesta a la ofensa de Kish. Algunos murmuraron su desconfianza por la osadía de aquel engreído.

Gilga, con el hacha en la mano, se plantó ante la diana, inmóvil, observándola. Y en medio del silencio, alguien, súbitamente, empezó a aplaudir. Era Sinleki. Palmeaba de forma pausada, rítmica. Y su aplauso fue al momento acompañado por Merino. El sonido de aquellos aplausos solitarios retumbaba por toda la explanada.

Gilga, concentrado en su objetivo, cerró los ojos.

Otros se unieron espontáneamente al aplauso acompasado de Sinleki y Merino, y la desconfianza inicial fue cediendo paso a una sensación de esperanza, de aliento hacia el muchacho.

Lugalbanda, desde lo alto de las almenas, decidió unirse a su pueblo y, poniéndose en pie, empezó también a aplaudir. Y, con él, lo hicieron prácticamente todos los dignatarios de la ciudad. Funcionarios, terratenientes y ricos mercaderes aplaudían ahora desde la muralla. Por toda la explanada aplaudían los artesanos, los campesinos, y también sus familias. Y los pescadores y los cazadores y las prostitutas de las tabernas. Toda Uruk acompañaba ya aquella acción iniciada por Sinleki.

Gilga abrió de nuevo sus ojos e inspiró profundamente, llenando sus pulmones de vigor. A continuación avanzó dando tres largos pasos hacia el madero y lanzó el hacha con una fuerza colosal, liberando un terrible grito que silenció a cuantos allí se encontraban.

Y se clavó en la diana con un crujir que resonó por toda la explanada. Era el ruido del choque de los metales en el momento en el que se partía la hoja del hacha lanzada por el de Kish, que cayó al suelo rota en dos pedazos y cedió su espacio al hacha del príncipe.

La ciudad estalló en una explosión de alegría. La algarabía se apoderó del gentío. En lo alto de la muralla todos vitoreaban en pie al héroe que sanaba el orgullo herido de Uruk.

Lugalbanda se volvió hacia Ninsun y comprobó satisfecho como ésta contemplaba emocionada a su hijo, mientras su asistenta, la joven Nanshe, siempre serena y comedida, difícilmente podía ahora reprimir las lágrimas. Pero también pudo ver como, unos pasos más allá, Aremos y Rimus se saludaban amistosamente, ajenos a la celebración general. Y el rey mudó su rostro.

Pero ahora, el pueblo disfrutaba de aquella pequeña victoria tras años de humillante presencia de los soldados de Kish por sus calles, años de expolio a través de los abusivos tributos pagados a Mebaragesi, años, en definitiva, de resignada sumisión a la voluntad del rey de Kish.

Gilga se ciñó nuevamente su túnica y, satisfecho, saludó desde el centro de la explanada. Los soldados de su compañía formaron frente a él, mostrándole sus escudos y alzando orgullosos sus lanzas para homenajearle. Uno de ellos le entregó sus armas y Gilga caminó hacia la Puerta de los Mercaderes, sobre cuyas almenas se encontraba el señor de Uruk. Y al llegar, se inclinó respetuosamente.

Lugalbanda volvió a sonreír y, alzando su brazo, solicitó silencio a su pueblo.

-¡Príncipe Gilgamesh! -le gritó, mostrando una sorprendente vitalidad-. Esta mañana me has dado lo que ninguna pócima me había proporcionado... ¡Alegría! ¡Me has dado la fuerza de la alegría!... Sin duda te has hecho merecedor de la Corona de los Dioses. Y quiero... -Tuvo que hacer una pausa, pues las aclamaciones resurgían por toda la explanada-, quiero premiarte por la extraordinaria determinación que nos has mostrado. Dime, hijo, ¿cómo puedo recompensarte?

El príncipe se mantuvo en silencio por unos instantes, pensativo. Y entonces, en medio de la expectación, gritó fuerte y clara su petición:

-Mi señor... ¡Os pido la libertad para el soldado Kumrad!

Aquel simple gesto de generosidad, hizo levantar nuevamente los vítores y aclamaciones del pueblo.

Al otro lado de la muralla, sentado en un rincón del patio del cuartel, el joven esclavo se frotó los ojos llorosos al comprobar que se acercaba su jefe de escuadra. Y recibió la buena nueva. A pesar de no haber vencido en la carrera final, volvía a ser un hombre libre. Y una vez más, Kumrad no pudo evitar que se le escaparan las lágrimas, mientras algunos de sus compañeros se acercaban para felicitarle.

Capítulo 3 – Primera recepción de Lugalbanda

Un agradable olor a maderas nobles e incienso impregnaba la sala de audiencias del palacio. El rey estaba ya al llegar y muchos de cuantos allí se encontraban apenas podían ocultar su nerviosismo.

A pesar de su precario estado, Lugalbanda prefería mantener aquellas audiencias, pues le permitían mantener el contacto directo con los más humildes del reino, aquellos de quienes un buen rey siempre debe ocuparse.

Como de costumbre, la sala estaba repleta y los asistentes se repartían a los lados del amplio pasillo central. Cerca del trono se situaban los altos funcionarios y los dos escribas que, sentados en sendos taburetes, debían anotar en sus tablillas todo cuanto pudiera decretar el señor de Uruk durante la audiencia. Los nobles y los ilustres miembros de la Asamblea se situaban en la zona intermedia, y los más humildes quedaban ubicados en la zona más cercana a la salida, al otro extremo de la sala.

Los esclavos repartidos por la sala atenderían cualquier necesidad que pudiera surgir durante la audiencia. Era fácil distinguirlos, pues vestían una túnica larga de lana marrón y, colgado en el pecho, mostraban el grueso medallón distintivo de su pertenencia al servicio doméstico del palacio.

Todas las conversaciones se interrumpieron al abrirse el portón situado al fondo, tras el trono. Doce corpulentos soldados, lanza en mano y con el hacha colgada del fajín, entraron y se situaron a ambos lados del sillón real. Era la guardia personal de Lugalbanda, un grupo de escogidos entre los más fuertes y sobresalientes soldados de Uruk. Muchos de los presentes reconocieron entre ellos a Merino, el lanzador de hacha que en las recientes competiciones deportivas puso en dificultades la victoria del gordo Sinleki. Por lo visto, su potente envergadura logró llamar la atención del jefe de la guardia del rey.

A continuación entró el príncipe Gilgamesh, acompañando a su madre, la suma sacerdotisa de la Casa del Cielo, y nuevamente se oyeron algunos murmullos, sobre todo en la zona de los nobles. La presencia del príncipe era sin duda una señal del rey a quienes, algún día, deberían reunirse en la Asamblea para elegir a su sucesor. Luego entró Osisi, el mago de palacio. Vestía su habitual túnica negra con la que apenas conseguía disimular una enorme barriga que en los últimos años no había dejado de crecerle. El exceso de peso y su avanzada edad le hacían caminar con dificultad. Como ya era habitual en él, portaba un pañuelo en la mano que solía utilizar para secarse el sudor de su afeitado cráneo. Osisi se situó discretamente por detrás del trono, junto a su ayudante, el mago Ninsulgi.

Lugalbanda entró caminando lentamente, con rostro sereno y ademán relajado. Aunque era habitual contemplar al rey vestido únicamente con la falda de lino blanco, durante los días más fríos del invierno acostumbraba a lucir elegantes atuendos ceñidos por fajines de llamativos colores. Le seguían otros dos soldados de su guardia personal, más altos y corpulentos que los anteriores. Todos los presentes se inclinaron en una silenciosa reverencia, mientras los dos forzudos se situaban uno a cada lado del trono. Al sentarse, Lugalbanda se acomodó la falda de su túnica, alzándola hasta dejar sus sandalias al descubierto.

Sinasir Bulom, el consejero de audiencias, se adelantó hasta el pasillo central, se atusó con la mano su larga barba gris y luego golpeó por dos veces el suelo con su bastón.

Todos guardaron silencio.

-Señor, se presenta ante vos el joven Napesto –anunció Sinasir-. Ha venido con su esposa, con quien se ha desposado esta misma mañana en el templo de Ishtar. Napesto quiere solicitaros autorización para explotar las pozas de arcilla abriendo su propio negocio de fabricación de adobes.

Guiados por uno de los esclavos de palacio, Napesto y su esposa se adelantaron tímidamente hasta el pasillo central y, llevándose las manos al pecho como marcaba el protocolo, se inclinaron ante el rey.

-Mi señor, yo quisie...

Apenas había empezado a decir la frase que tantas veces había ensayado, cuando al joven le sobrevino un inoportuno ataque de tos.

-Que le traigan un poco de agua –ordenó Lugalbanda.

Mientras uno de los esclavos le acercaba una copa, Lugalbanda continuó:

-En primer lugar, joven Napesto, quiero felicitarte por tu matrimonio. Ciertamente has elegido a una bella muchacha por esposa.

La mujer de Napesto le devolvió una sonrisa algo nerviosa mientras éste, ruborizado, trataba de recuperar la calma para proseguir.

-Mi señor, yo...

-No interrumpas al rey cuando está haciendo uso de la palabra -le reprendió el consejero de audiencias, arrastrando con ello a Napesto al borde de un ataque de pánico.

Sinasir se inclinó hacia el rey para que éste continuara, mientras el ahora atemorizado Napesto se arrodillaba torpemente solicitando disculpas por su error, sin hacer caso a los gestos del consejero, quien le insistía una y otra vez que volviera a levantarse.

Se oyeron algunas risas en la sala.

-Napesto, acércate con tu esposa –le dijo entonces Lugalbanda.

El joven miró a uno y otro lado intentando averiguar qué debía hacer. Afortunadamente, el experimentado esclavo de palacio que aún permanecía a su lado, acudió al rescate cogiéndole del brazo y acompañándole hasta el trono. A la esposa, más serena, sólo tuvo que hacerle una señal para que les siguiera.

-Bien, Napesto. Decía que felicidades por tu buen gusto en escoger esposa –Lugalbanda se volvió entonces hacia su izquierda, buscando la presencia de Gilgamesh-. Ya ves, hijo, todavía tenemos en Uruk a jóvenes como Napesto, dispuestos a formar familias y a asumir responsabilidades. ¿Qué te parece? ¿Crees que merece la autorización que solicita?

Gilga, incómodo, forzó una sonrisa y se adelantó un par de pasos para situarse junto al rey.

-Sí, mi señor, Napesto parece una persona fuerte y honrada.

-Pues el príncipe y yo estamos de acuerdo –confirmó el rey-. Así que te concedo la licencia para abrir tu propia explotación de fabricación de adobes.

Otro de los esclavos de palacio entregó entonces una tablilla al consejero de audiencias, y éste se la acercó al rey. Lugalbanda, a diferencia de la mayoría de ancianos

de su edad, todavía conservaba una buena vista, por lo que solía prescindir de los escribas y leía por sí mismo los escritos que llegaban a sus manos.

-Deberás dar uno de cada cinco adobes que fabriques al templo de Anu, otro al templo de Ishtar y otro al palacio real –dijo-. Otro deberás venderlo a la cofradía de fabricantes de adobes por el valor que establezca el consejero de comercio y otro lo podrás destinar a uso propio o al intercambio en el mercado de Uruk para tu propio beneficio. Cuando tengáis el primer hijo, te podrás quedar con dos adobes de cada seis que fabriques –finalizó, devolviendo la tablilla al consejero de audiencias-. Napesto, haz que todos nos sintamos orgullosos de tu trabajo.

-Mi esposa y yo os agradecemos vuestra generosi... –Un nuevo ataque de tos le interrumpió una vez más.

-Y ahora proseguid con las celebraciones de vuestra boda –zanjó el rey.

Ambos jóvenes repitieron la reverencia protocolaria, sin demasiado acierto, y el esclavo les acompañó hasta la salida. Ya en el exterior del palacio, Napesto descargó los nervios con un grito de incontrolada alegría que provocó algunas carcajadas dentro de la sala.

Sinasir Bulom volvió a situarse en el pasillo central y golpeó de nuevo el suelo con su bastón.

-Señor, ante vos se presentan ahora los granjeros Tama-Aros y Burpina Nune. El granjero Tama-Aros acusa a su vecino, el granjero Burpina Nune, de haberle robado un asno de su propiedad.

Lugalbanda se volvió a su derecha, donde se encontraban el primer consejero y el resto de altos funcionarios.

-Consejero Shanu, ¿por qué...?

Una inesperada punzada de dolor en el estómago desencajó la cara del rey. La enfermedad seguía su inexorable curso y ni los bebedizos ni las cataplasmas preparadas por el mago Osisi podían frenar el deterioro. Tampoco lo habían conseguido los múltiples exorcismos practicados por sacerdotes llegados de los principales templos de Sumer para intentar expulsar de su cuerpo el mal que le afligía.

Un instante después, Lugalbanda dirigió una mirada tranquilizadora hacia Ninsun. Y comprobó como, junto al rostro sereno de la sacerdotisa, se encontraba un boquiabierto Gilgamesh. Sabía que el príncipe y sus amigos solían imitarle, burlándose de su avanzada edad, pero, posiblemente, el muchacho estaba descubriendo en aquel momento que los rumores acerca de la precaria salud del rey eran más ciertos de lo que había imaginado.

-Mi señor, ¿preferís que tratemos este asunto directamente con el primer consejero Shanu? –le preguntó Sinasir.

-Mi señor –interrumpió el primer consejero, adelantándose al centro del pasillo-, me he informado de este caso, he escuchado los argumentos de ambas partes, pero no he podido esclarecer quién de los dos tiene razón. Hace dos días, acudí al Barrio de los Labriegos, en el centro de la ciudad, donde existe una pequeña capilla dedicada a Enten, el dios protector de los granjeros. Allí, le hice una ofrenda y expuse el caso al sacerdote que cuida de la capilla. El sacerdote –prosiguió relatando el consejero Shanu, concediendo de esta forma algo más de tiempo al rey para que acabara de restablecerse- cogió una tiza y trazó una raya sobre un tablero, dividiéndolo en dos partes. Lanzó sobre el mismo una docena de dientes de tigre y cayeron seis a cada lado. El mago me explicó que, quizá, Enten no quería pronunciarse sobre aquel asunto.

Mientras Shanu hablaba, un esclavo de protocolo condujo a los dos comparecientes por el pasillo central, hasta situarlos frente al rey.

Lugalbanda, ya más aliviado, agradeció con un gesto al primer consejero su rápida reacción, desviando con habilidad la atención hacia su persona y concediéndole aquellos instantes preciosos que le permitieron sobreponerse con mayor disimulo.

-Oigamos pues... Empieza tú Burpina Nune –dijo el rey, quien ahora aliviaba su dolor masajeándose discretamente el estómago con la mano.

A ambos granjeros se les concedió la oportunidad de hablar y expusieron una confusa historia según la cual, una anciana viuda obsequió con un asno a la familia de la granja vecina por haberle asistido durante los últimos meses. La anciana había decidido ingresar en el Eanna y vivir los días que le quedaran al amparo de las sacerdotisas. Y a fin de conseguir los shekels de plata necesarios para la ofrenda a la diosa, vendió todas sus pertenencias, olvidando que el asno ya no le pertenecía. Ahora la anciana ya se encontraba acogida en el Eanna, por lo que ya nada podía reclamársele.

Tras oír las explicaciones de las partes, Lugalbanda decidió otorgar la propiedad del animal a su comprador, mientras que al granjero vecino le concedió dos vacas de los rebaños del palacio, en compensación por los cuidados que su familia había proporcionado a la desvalida anciana.

Todos los presentes asintieron satisfechos a la resolución del rey, quien observó complacido cómo los dos granjeros se estrechaban espontáneamente la mano. Sintió que aquello le aliviaba más que cualquiera de los bálsamos de Osisi. Hubiera dado con agrado por terminada la sesión en aquel momento, pero el asunto que venía a continuación no podía ser aplazado.

El consejero de audiencias se situó de nuevo en el pasillo central.

-El rey –dijo tras golpear una vez más el suelo con su bastón- ofrecerá ahora audiencia privada al embajador de Kish. Por ello, todos deben abandonar la sala.

Los sirvientes de palacio fueron conduciendo con diligencia a los presentes hacia la salida. Al poco, cuando prácticamente todos se habían marchado ya, abandonaron la sala los soldados de la guardia del rey, salvo los dos más corpulentos, que se mantuvieron junto al trono.

Ninsun se dirigió entonces con su hijo y su asistente hacia una de las portezuelas laterales de la sala.

-No, por favor –les detuvo el rey-. Vosotros dos quedaos junto al primer consejero.

Lugalbanda observó como Ninsun susurraba algo al oído de Nanshe y como el príncipe seguía luego con la mirada, embelesado, a la ayudante de su madre mientras ésta se alejaba y desaparecía por la portezuela. El rey sonrió complacido, pero trató de disimular... Aquél ya no sería un asunto suyo. Le hizo una señal a Sinasir Bulom, que aguardaba junto a la puerta de salida, y al momento, abandonó la sala para regresar al cabo de un instante acompañado por el príncipe Arketi.

-Mi señor, se presenta ante vos el embajador de Kish –anunció el consejero.

Sinasir hizo una reverencia al rey y se marchó.

-Bienvenido al palacio, embajador –le saludó Lugalbanda.

-Mi señor, gracias por recibirme.

-Y bien, Arketi, todavía no habíamos tenido ocasión de comentarlo... ¿Qué te pareció la magnífica actuación de Gilgamesh en las competiciones deportivas?... –le soltó el rey, señalándole al príncipe. Sin duda, había estado aguardando la oportunidad para lanzarle aquel desaire-. O quizá debería decir... en la competición entre Uruk y Kish –añadió con sorna.

En la expresión de Arketi también podía entreverse la mirada orgullosa de su padre o de su hermano Akka, aunque la flacidez de su cuerpo, siempre adornado con infinidad de collares, pendientes y anillos, delataban una existencia de comodidad y entrega a los placeres, que le restaba el carisma que solía acompañar a la presencia de aquéllos.

-Creo que Gilga hizo una extraordinaria demostración de puntería con el hacha, mi señor.

-¡Príncipe Gilgamesh, embajador! –interrumpió el hijo de Ninsun.

-Disculpadme príncipe. No quería faltáros al respeto –se excusó Arketi-. Sólo he utilizado el nombre que me consta que utilizan vuestros amigos, porque pretendía incorporarme a ese privilegiado grupo. Por cierto, recordad que soy hijo de rey y, como tal, también tengo derecho a recibir el trato de príncipe... Pero, aunque en realidad vos no seáis hijo de rey, no me importa que prescindáis del título y me llaméis, simplemente, embajador.

Gilga apenas conocía a aquel engreído ensortijado de Kish y ya estaba teniendo con él su primer desencuentro. Pero antes de que pudiera decir nada más, Ninsun le miró con gesto grave, dejándole claro que debía mantenerse en silencio.

-Está bien, embajador, ¿por qué querías verme?

Lugalbanda, visiblemente agotado, no parecía dispuesto a alargar más de lo necesario aquella visita.

-Os traigo un escrito de mi padre, el rey de Kish.

Arketi extrajo una tablilla del interior de su túnica y la entregó a uno de los esclavos que todavía permanecían en la sala.

El primer consejero pidió permiso al rey para llamar a un escriba que les leyera el contenido, pero Lugalbanda negó con un gesto.

-Príncipe Gilgamesh –dijo-, de niño te enviamos a la escuela de la Casa de Escribas de Nippur. Comprémos ahora hasta dónde alcanza tu memoria de lo aprendido. Lee tú la tablilla.

-Mi señor, yo...

El esclavo entregó la tablilla al príncipe y éste, frunciendo el ceño, la observó con detenimiento mientras acariciaba la superficie con la yema de sus dedos.

-Lee la tablilla, hijo –insistió el rey-. No podemos estar todo el día esperando.

-Mi señor, yo... lo siento. No entiendo algunos de los signos –dijo y, avergonzado, miró a su madre de reojo. Pero Ninsun parecía no inmutarse ante aquella incómoda situación.

-Acércamela –le ordenó Lugalbanda-. Yo la leeré.

Lugalbanda se levantó trabajosamente del trono para acercarse a una de las antorchas situadas en un lateral de la sala y encaró la tablilla hacia la luz de la llama.

-Bien, esto es lo que dice nuestro amado protector, el rey de Kish.

“Querido amigo Lugalbanda, que los dioses te inspiren y perpetúen nuestra amistad” –Lugalbanda leía con voz apagada, reposando las palabras-. “Cuando los dioses impusieron terribles pruebas a la hermosa ciudad de Uruk, el palacio de Kish le tendió su mano. Y ahora vemos con alegría cómo Uruk va recuperando su grandeza. En prueba de nuestra amistad, y porque así lo requieren los dioses, el palacio de Kish renueva ante Anu, ante Ishtar y también ante Zabab, nuestro amado dios protector, su voluntad de continuar velando por la prosperidad de Uruk. Y para ello, es preciso que el palacio de Kish incremente en una tercera parte los impuestos a Uruk. Amigo Lugalbanda, en breve mis escribas os visitarán para concretar con vuestros sabios consejeros la relación de bienes y trabajos a los que afectará este mandato. Mebaragesi, rey de Kish y protector de las tierras de Sumer por voluntad de los dioses”.

Lugalbanda se entretuvo releendo de nuevo la tablilla, esta vez en silencio.

-Es una suerte contar con un protector que nos aprecia tanto. Y que tiene una memoria tan viva –añadió después, mientras regresaba de nuevo al trono-. A la mayoría de los habitantes de esta ciudad le resultan ya muy lejanas las inundaciones y las hambrunas que asolaron Uruk... También la “desinteresada” ayuda que nos brindó tu padre.

-¡Pagada sobradamente con el expolio de nuestras riquezas! –estalló nuevamente Gilga-. Mi señor, aceptar un aumento de los impuestos que pagamos a Kish significaría condenarnos a la miseria.

-¿Y tú qué piensas, Shanu, debemos pagar a Kish más tributos a cambio de su... ayuda?

-Mi señor, Kish es la ciudad más poderosa de Sumer –reflexionó el primer consejero-. Nosotros hemos prosperado en estos últimos años y, en buena medida, ello se ha debido al largo periodo de paz que ha disfrutado esta región.

-Como puedes ver, embajador –prosiguió Lugalbanda-, el príncipe no parece muy partidario de seguir pagando impuestos a vuestro padre. Y, sin embargo, mi primer consejero toma una postura contraria.

Arketi se limitó a asentir con una leve reverencia, sin disimular su indiferencia por las opiniones expresadas.

-¿Y tú, Ninsun, qué me aconsejas? –le preguntó-. Al parecer, según se dice en esta tablilla, los propios dioses han inspirado la idea a mi amigo Mebaragesi.

-Mi señor, yo me limito a pedir a Anu que os conceda sabiduría y buen juicio.

Lugalbanda, ya visiblemente cansado, alzó la mano hacia la sacerdotisa, agradeciéndole con aquel gesto su respuesta. Mientras, Gilgamesh se obstinaba en seguir desafiando con la mirada al embajador.

-Querida Ninsun, nunca me decepcionas. Efectivamente, creo que debería reflexionar un tiempo a fin de preparar una respuesta adecuada, agradeciendo a Mebaragesi sus nobles intenciones. Y así se hará.

Lugalbanda entregó la tablilla al esclavo de palacio.

-Mi señor, si me lo permitís –agregó entonces Arketi-, quisiera informaros de que los magos de Kish han anunciado un considerable incremento del caudal del Éufrates. Si queremos evitar inundaciones y la pérdida de las cosechas será necesario reforzar los diques y limpiar los canales de riego. Por ello es posible que en los próximos días debamos cerrar los canales –explicó, sonriente, el embajador-, para que puedan empezar cuanto antes los trabajos de mantenimiento.

-¿Cerrar los canales de riego? –preguntó Shanu preocupado-. Pero ¿cuándo?

-Quizá deba hacerse de forma inminente. Los magos nos indicarán el momento oportuno.

-Pero si ahora se corta el agua podemos perder igualmente parte de las cosechas –repuso el primer consejero.

A nadie se le escapaba que aquella medida podría resultar desastrosa para las cosechas de cebada y trigo de la siguiente primavera, tanto o más que el posible desbordamiento del río. Por no hablar de las posibles pérdidas provocadas en la producción de legumbres, que dejarían desabastecida a la ciudad y llevaría a la ruina a muchos pequeños granjeros.

-Precisamente por eso no debemos demorar los trabajos de mantenimiento -agregó Arketi-, para que los cultivos puedan recibir el agua que precisan.

-Pues mis magos no me han alertado de ninguna crecida de las aguas -intervino el rey.

-Mi señor, el palacio de Kish sólo desea que sus canales sigan llevando el agua a las tierras de cultivo de esta ciudad –dijo el embajador-. Pero para eso deberán destinarse más recursos al arreglo de los canales más deteriorados. Además...

-Creo que ya lo empiezo a entender, embajador –interrumpió el rey-. Pero sigue, sigue... ¿Qué más ibas a decir?

-Simplemente, mi señor, que las sacerdotisas de Ishtar también han alertado de esta crecida del caudal. Os aconsejo que aumentéis vuestras ofrendas al Eanna. ¿Quién sabe?... Quizá así la diosa evite las inundaciones en el último momento –dijo Arketi, sin ocultar una cierta ironía.

-Bien embajador, tendré en cuenta esa premura que, al parecer, los dioses han revelado a todos los magos de Sumer, excepto a los que están a mi servicio –le respondió Lugalbanda, dejándose caer de nuevo en el trono-. Acompañad al príncipe Arketi a la salida –ordenó entonces a uno de los esclavos.

-Mi señor, no debéis demorar las órdenes a vuestros consejeros para que dispongan...

-¡Embajador! ¡La audiencia ha concluido! -le gritó el rey, sin poder contenerse.

El simple esfuerzo que tuvo que hacer para dar aquel grito, le dejó resollando.

-Sí, mi señor. La audiencia ha concluido... y el mensaje de mi padre ya os ha sido entregado –apostilló Arketi con vehemencia.

-¡Esto es insultante! -estalló nuevamente Gilga-. ¿Cómo te atreves a replicar al señor de Uruk en su propia casa?

Los dos soldados de la guardia apuntaron con sus lanzas al embajador, dispuestos a hacerle prisionero en cuanto su señor se lo indicara. Pero Arketi dio media vuelta y abandonó la sala de audiencias sin más, mientras el primer consejero Shanu no dejaba de pedir calma con ostentosos gestos hacia los soldados para que retiraran las lanzas.

Tras unos instantes de tenso silencio, el rey, visiblemente agotado, ordenó que le dejaran a solas con Ninsun y el príncipe.

El primer consejero abandonó cabizbajo la sala por la puerta situada tras el trono. Le siguieron los dos soldados y los pocos esclavos que quedaban, quienes cerraron la puerta tras de sí al salir.

-Todo se precipita –se lamentó Lugalbanda-. El mensaje de Mebaragesi es muy claro. Si no pagamos más impuestos nos cortará el agua y arruinará nuestras cosechas.

-¡Mi señor, enfrentémonos a Kish! –propuso Gilgamesh.

Lugalbanda le miró.

-Gilga... Contaba contigo –le dijo-, los dioses saben que contaba con tu fuerza y tu valentía, pero temo que para mí ya es demasiado tarde... Y, para ti, demasiado pronto. Aún no estás preparado.

-¡Sí lo estoy! ¡Lo estoy, mi señor!... Tengo ya veinte años y mis brazos son fuertes... –repuso acercándose al trono y golpeándose en un hombro con el puño.

-No, hijo mío, no lo estás –le cortó Ninsun-. Con un batallón de soldados podríamos echar al destacamento de Kish e impedir que nos cortaran el agua de los canales de riego, pero Mebaragesi no tardaría en enviarnos a su hijo Akka al frente de un ejército cinco veces mayor que el nuestro.

-¡Pero los demás reinos...!

-Los demás reinos mirarían hacia otro lado –añadió Ninsun-. Lagash, Umma, Larsa... todos le temen. Incluso Ur parece que se comporta ya como su fiel aliado.

-Nuestros soldados tienen más coraje que los de cualquiera de esas ciudades.

-Desgraciadamente –dijo Lugalbanda-, con el coraje no basta. Un ejército ha de tener disciplina, experiencia en la batalla... Y nuestros soldados nunca se han enfrentado a nadie. Ninguno de ellos ha visto caer a su lado a un compañero atravesado por una lanza enemiga.

-¡Pues dejemos que Kish nos siga humillando!

-A veces es necesario saber dar un paso atrás –dijo Ninsun.

-¡No!... ¿Por qué hemos de arrastrarnos a los pies de esa carroña de Mebaragesi? -gritó Gilga-. Si reinara mi abuelo, hace tiempo que ocuparíamos el lugar que nos corresponde.

Se hizo un tenso silencio.

-Gilgamesh, sal de aquí de inmediato –le ordenó Ninsun, mostrándole todo su reproche con la mirada.

Gilga se dio media vuelta y, dando largas zancadas, abandonó la sala por la puerta principal.

-Mi señor, os ruego que le perdonéis.

-No te preocupes, hija mía.

-A veces temo que no sea la persona adecuada –confesó Ninsun.

Lugalbanda observó como la sacerdotisa apretaba una vez más el Medallón de Enmerkar contra su pecho, un gesto que repetía de manera instintiva en muchas ocasiones.

-No lo temas, Ninsun. Sé paciente con él. Lleva en su sangre la estirpe de un gran rey.

La sacerdotisa sonrió.

-No le falta el valor de su abuelo, pero encuentro a faltar algo de la prudencia y la sabiduría de su padre, el sumo sacerdote Noreb. Si él todavía viviese...

-Su valentía es precisamente lo que más va a necesitar esta ciudad. Pero... todo se precipita –añadió el rey-. Osisi dice que mi cuerpo degenera con rapidez. Tenía la esperanza de que los dioses me concedieran algo más de tiempo... Y ahora Kish se aprovecha de mi debilidad.

Ambos sabían que Mebaragesi llevaba ya demasiados años exprimiéndoles, obligándoles a pagar unos impuestos excesivos y, de esa forma, evitaba que la ciudad prosperase y pudiera dedicar más recursos a la mejora de sus defensas, especialmente a la vieja muralla y al precario equipamiento de sus soldados. Mientras Uruk siguiera siendo militarmente débil, permanecería sometida a Kish.

-Mebaragesi quiere que Arketi os sustituya en el trono –dijo entonces Ninsun. Y Lugalbanda asintió con un gesto-. Ayer me visitó en la Casa del Cielo un sacerdote llegado de las tierras del norte –añadió-. Me confirmó que el lanzador de hacha que participó en las pasadas competiciones es un reconocido campeón de esa disciplina, contratado recientemente como mercenario en el ejército de Kish.

Lugalbanda volvió a asentir.

-Nunca creí que aquella provocación fuera una simple bravuconada de unos soldados con ganas de diversión.

-Quizá, mi señor, ha llegado el momento de poner en marcha el plan que os propuso el viejo Aremos –dijo la sacerdotisa-. Si es que todavía os fiáis de él.

-Reconozco que Aremos es algo extraño. Ha estado durante años viviendo aislado en su granja, apartado de todos. Pero estoy seguro de que ese anciano, aunque parezca un poco loco, es un hombre realmente sabio. Y leal.

-Sólo pido a los dioses que no intente embaucarnos, porque nos estaremos poniendo en sus manos.

-Confío en él –afirmó Lugalbanda, antes de hacer una profunda inspiración, como si tratara de desplazar con el aire que ahora entraba en su pecho el mal que tanto dolor le causaba-. Aun así, hija mía, no olvides pedir a Anu, nuestro amado dios de los cielos, que nos ilumine el camino, pues intuyo que necesitaremos, más que nunca, su protección.

-Así lo haré, mi señor.

El rey tendió la mano a la sacerdotisa y ésta la acogió entre las suyas y la acarició con dulzura.

-¿Por qué te empeñas en dirigirte a mí como “mi señor” cuando estamos a solas? Eres hija de Enmerkar. Tú fuiste mi valedora ante la Asamblea para que me eligieran rey tras la muerte de tu padre.

-Porque sois mi señor. Y a Anu le sigo dando gracias cada día por haber concedido a mi padre un general de vuestra valía, y por haber permitido a esta ciudad que le sucedierais en el trono.

-No creo que haya nadie que ame a esta ciudad más que tú, Ninsun. Mientras los dioses lo permitan –dijo Lugalbanda-, no dejes nunca a tu hijo huérfano de tus sabios consejos. Llegará a ser un rey digno de su estirpe. Pero en una cosa tienes razón, deberá madurar con rapidez.

Lugalbanda introdujo su mano en el interior de la túnica y rebuscó por un instante entre los pliegues de la ropa. Al fin, sacó una pequeña tablilla y se la entregó a Ninsun.

La sacerdotisa la observó con atención. Era una tablilla hueca en la que, por ambas caras, llevaba grabado el sello del rey. En su interior contenía algún pequeño objeto.

-¿Qué he de hacer con esto, mi señor?

-Cuando Gilgamesh ocupe mi puesto, entrégaselo. Dentro hay un mensaje para él.

-¿Y si finalmente él no llegara...?

-No me fio de nadie más que de ese muchacho. Es un mensaje... de rey a rey... –dijo, alzando con ironía la barbilla-. Así que si tu hijo no llegara, los dioses no lo quieran, a ser el futuro señor de este palacio –añadió recuperando el semblante cansado-, por favor, destrúyela.

-Que así sea, mi señor.

-¡Eso debo decirlo yo, que soy el rey!... Que así sea.

Ambos sonrieron.

Capítulo 4 – Juerga en la taberna

El suelo estaba húmedo y pegajoso por la cerveza derramada cuyo olor se mezclaba con el del sudor de los cuerpos de quienes allí se divertían. Como siempre ocurría cuando el príncipe Gilgamesh y sus amigos llegaban a su local, el tabernero había tenido que echar apresuradamente a todos los clientes. Y nadie osaba nunca mostrar contrariedad alguna por tener que abandonar aquel tugurio de forma inesperada, pues nadie quería enfrentamientos con la guardia personal del príncipe y, menos todavía, con los jóvenes y caprichosos nobles que le acompañaban.

El Pato Sabroso era una de las tabernas más antiguas y conocidas de Sumer, famosa no tanto por el supuesto manjar que le daba nombre, como por su magnífica cerveza y, claro está, también por las jóvenes que ofrecían allí sus servicios.

Desde el exterior del local podían oírse ahora los gritos del grupo y las descontroladas risas de las muchachas, aunque, caída ya la oscuridad de la noche, apenas transitaban por la Calle de las Ánforas más que algunos mercaderes rezagados camino de los corrales del Eanna o del patio de la Casa del Cielo, a donde se dirigían para poner a buen recaudo sus carromatos con la mercancía. Pero en el interior, las prostitutas seguían correteando desnudas de un lado al otro, dispuestas a complacer los deseos de sus jóvenes y ricos clientes. Una de ellas lo hacía sentada sobre las rodillas de uno de los afortunados soldados de la guardia del príncipe. En el rostro del muchacho brillaban ojos de alcohol y excitación, mientras, en el centro de la taberna, varios nobles habían juntado un par de mesas a modo de improvisada tarima, donde la bella Samhat, más conocida por todos como la tigresa, les deleitaba con una sensual danza.

-¡Más rápido! ¡Más rápido, Samhat! –le gritaban embelesados.

Los diminutos adornos metálicos del cinturón y las pulseras de la tigresa centelleaban iluminados por la luz de los candelabros que se repartían por los diferentes rincones del local, mientras ella no dejaba de dar vueltas y más vueltas, al ritmo frenético que le marcaba el timbal que aporreaba una de sus compañeras. Con los brazos alzados en cruz y la mirada fija en la ennegrecida techumbre de la taberna, Samhat se mostraba como una auténtica diosa ante sus rendidos admiradores.

-¡Chico, tráenos más cerveza y algunos dátiles! –exigió, dando una sonora palmada sobre la mesa otro de los nobles.

En un rincón apartado de la taberna, Gilga olía la perfumada peluca de la joven que acababa de sentarse sobre su regazo, mientras ella le acariciaba el pecho con su lengua.

-¿Dónde estás, mi príncipe? –le dijo la prostituta haciendo una pausa en sus caricias-. Creo que tus pensamientos andan muy lejos de aquí.

Ciertamente Gilga no lograba apartar de su cabeza la imagen del embajador de Kish enfrentado a la humillante debilidad de Lugalbanda. Todavía le hervía la sangre por no haber podido dar al hijo de Mebaragesi la respuesta que merecía.

Aquellos pensamientos le sacudían la cabeza y apenas conseguía disfrutar de la juerga como lo hacían el resto de sus acompañantes. Volvía a sentir el extraño desasosiego que últimamente le atosigaba tanto... La diversión y los placeres ya no le parecían suficiente. Y seguía dando vueltas una y otra vez a lo acontecido en aquella última mañana de las competiciones deportivas. Simplemente había pretendido exhibirse ante las muchachas, fanfarronear un poco de su fortaleza física. Pero los dioses, siempre imprevisibles, le tenían reservado otro plan. Recordó a toda aquella gente aclamándole. Nunca se había sentido tan feliz... Y ahora, borracho y ensimismado, percibió la misma rabia que le astilló el espíritu aquel día, cuando, magullado tras su caída en la carrera contra el esclavo, se prometió a sí mismo que cambiaría, que se esforzaría en ser digno de su sangre. Pero ¿cómo? ¿Qué podía hacer?

Miró de reojo a los nobles que le acompañaban. Una docena de vividores borrachos, hijos de las mejores familias de Uruk. Con ellos había compartido muchas otras juergas como aquella. Y sin embargo apenas les conocía. Salvo a Ubar, el hijo del ilustre Rimus, con quien coincidió de pequeño en la escuela de escribas y que siempre se había mantenido a su lado. Pero en realidad, ahora se daba cuenta de ello, él mismo no era más que uno de los muchos amigos de Ubar. Sólo eso, el príncipe del grupo de amigos de Ubar, el que de vez en cuando les costeaba una buena juerga en alguna de las tabernas de la ciudad y, de paso, les proporcionaba también una guardia de seguridad en noches como aquella.

-Contrátame como tu criada personal –le pidió la muchacha.

-Tengo más criados y esclavas de lo que preciso –respondió el príncipe, sorprendido por el desparpajo de la joven.

-Pero ninguna te hará disfrutar como yo.

-Probablemente –dijo antes de soltar un ruidoso eructo. Le llamó entonces la atención el sonido del timbal y los gritos que coreaban el frenético baile de la tigresa-. Pero me aburre estar varias veces con la misma mujer.

Ya fuera para acallar su negativa o para demostrarle su error, la muchacha dirigió convencida su experta lengua al encuentro de los labios de Gilga, ofreciéndole un generoso beso que no cesó hasta que, con el último redoble del timbal, la tigresa arrancó aullidos de admiración y aplausos a quienes la contemplaban.

Samhat quedó arrodillada sobre la tarima, resollando, con sus enmarañados mechones color cobrizo tapándole la cara y con las manos unidas sobre su pecho intentando evitar que se le escapara el corazón. Sus ojos, ahora cerrados, continuaron escrutando el cielo, hasta que se revolvió para apartar con brusquedad la mano del joven que intentaba acariciarle el muslo.

-Esta noche... ningún... hombre... me tendrá –consiguió decir, jadeando, entre las risotadas y las burlas que los presentes dirigieron al pretendiente rechazado.

Gilga se incorporó de la silla casi con violencia, haciendo rodar por el suelo a su acompañante. Ésta, al observar que el príncipe extraía del interior de su ropa una pequeña bolsita, evitó mostrar enojo por aquel desprecio. La recompensa le vino en forma de un bonito colgante con un adorno de cornalina que el príncipe depositó sobre uno de sus pechos.

-¡Por esta noche ya ha sido suficiente... Nos vamos! –gritó tratando de mostrar autoridad, aunque algo menguada por la confusa vocalización que le provocaba la ingesta de vino y cerveza.

-Espera un poco, Gilga –le suplicó Ubar-. Bebamos la última jarra.

-No. Nos vamos.

Al escucharle, los tres soldados de su guardia que se encontraban en el interior de la taberna recogieron rápidamente su ropa, el correa de protección y las espadas, y se unieron a los otros tres compañeros que aguardaban en el exterior del local.

En la calle reinaba la oscuridad y el silencio. Ni siquiera ardían ya las atorchas que alumbraban las calles al anochecer. Gilga miró a su alrededor. Todas las puertas y

ventanas de las viviendas vecinas estaban cerradas a cal y canto y, no sin algo de envidia, imaginó que en su interior todos debían dormir desde hacía ya un buen rato.

Entre bromas y risas de borrachos, el grupo se encaminó hacia el barrio del Kulaba. Cuando llegaron al final de la callejuela que unía la Calle de las Ánforas con la Gran Vía de Uruk, vieron a otro grupo de personas que se acercaba hacia ellos. Portaban una antorcha y también mostraban un paso algo vacilante.

Los soldados que escoltaban al príncipe desenvainaron sus espadas.

-¿Quiénes sois? –les gritó el jefe de escuadra.

El que llevaba la antorcha la alzó por encima de sus cabezas, y todos pudieron comprobar entonces que se trataba de tres hombres jóvenes y una muchacha.

-Soy Napesto –respondió el de la antorcha-. Me acompaña mi esposa... mi nueva esposa –se corrigió a sí mismo con una sonrisa- y mis dos hermanos menores. Venimos de celebrar nuestra boda y vamos a esa casa –dijo, señalando a la vivienda situada al otro lado del callejón.

-¡Napesto, el fabricante de adobes! –exclamó Gilga.

Los soldados se tranquilizaron y guardaron de nuevo sus armas.

-¡Mi señor! –Napesto corrió a postrarse a los pies del príncipe. En su rostro acalorado también se percibían los síntomas del alcohol-. Esta mañana en la audiencia... estaba muy nervioso. Y quiero agradeceros que hayáis apoyado mi petición ante el rey. Decidme cómo puedo compensaros...

Gilga pidió al joven que se levantara y, sin hacerle demasiado caso, le quitó la antorcha y la acercó al rostro de la adormecida recién casada. Ésta, al notar el calor de la llama cerca de la cara, insinuó una inocente sonrisa.

-Veo que hablas con más soltura que esta mañana, Napesto. En verdad, si que hay una forma de demostrarme tu agradecimiento –le dijo mientras daba vueltas alrededor de la muchacha, observándola-. ¿Y dices que esa es vuestra casa?

-Mi... Mi señor...

-Otra vez tartamudeas, Napesto.

Uno de los hermanos del recién casado cogió de la muñeca a la muchacha y tiró de ella para apartarla de Gilga, quien, ofendido, se volvió entonces hacia los soldados.

-Sujetad a estos tres y mantenedlos contra esa pared –les ordenó-. Y vosotros dos llevad a esta hermosura a su casa –añadió, dirigiéndose a Ubar y a otro de los nobles del grupo.

-¿No tenéis hermanas o esclavas que puedan unirse a la fiesta? –preguntó entonces Ubar entre las risas de sus acompañantes y la desesperación de Napesto y sus hermanos, a quienes los soldados inmovilizaron apuntándoles con el filo de sus espadas en la garganta.

-¡Mi señor! –gritó al príncipe uno de los soldados de su escolta cuando se llevaban a la muchacha.

-¿Qué ocurre? –le preguntó Gilga con aire de fastidio.

Pero el soldado no le respondió. Sólo le miró, asustado, casi disculpándose por haberle interrumpido.

-¿Qué quieres? ¿Cómo te llamas, soldado?

-Anum, Anum Edina, mi señor.

El príncipe optó por lanzarle una mirada de reproche y dejarlo estar. Y se dirigió hacia la vivienda de los recién casados mientras otro de los nobles hacía un comentario irónico que provocó las risas del grupo. A la muchacha la llevaban prácticamente en volandas, sujeta por ambos brazos, y sólo dejó escapar un grito apagado, casi un sollozo, cuando franqueó la puerta de la casa.

Napesto, sin importarle el filo de la hoja que le acosaba a dos dedos de su cuello, se abalanzó desesperado hacia uno de los soldados que le retenían. Éste retiró a tiempo la espada, pero Napesto se llevó un violento puñetazo que le rompió la nariz y le golpeó la cabeza contra la pared, haciéndole perder el conocimiento.

Al verlo en el suelo y con la cara ensangrentada, sus hermanos imploraron clemencia a los soldados. Los gritos y el barullo hicieron que en las ventanas de las viviendas más cercanas se encendieran las luces de los candiles y asomaran algunas miradas fugaces que rápidamente desaparecían. Nadie osaría buscarse problemas enfrentándose a un grupo de nobles borrachos con ganas de diversión y, menos todavía, si entre ellos se encontraba el príncipe Gilgamesh.

Y mientras tanto, los intentos de la joven por zafarse de las manos que la aprisionaban no conseguían más que provocar las crueles risotadas de Ubar. La introdujeron en el dormitorio de la vivienda y la estiraron en el camastro, todavía sin estrenar, una modesta pieza de madera provista de un colchón relleno de lana y cubierta con una sábana de lino perfumada. Probablemente, aquel mueble constituía el más valioso de los regalos de boda que había recibido la pareja... Gilga se inclinó sobre ella y con la daga que portaba en el fajín, le rompió las tiras que le sujetaban el vestido por encima de los hombros.

-Muchas en Uruk están orgullosas de haber tenido su primera experiencia conmigo –le dijo el príncipe, acariciándole con suavidad la piel de los hombros.

La joven, rendida, dejó de forcejear.

-Aruru, mi diosa, protégeme... -empezó a musitar la muchacha-. Aruru, mi diosa, protégeme...

Sus ojos miraban fijamente a los del príncipe con un inesperado aplomo, y una aparente dignidad que desconcertó a sus apesadores. Una y otra vez susurraba aquella misma plegaria. Y, de repente, como si sus dedos hubieran rozado una brasa ardiente, Gilgamesh apartó su mano de la muchacha.

-¿Qué te ocurre, Gilga? –le preguntó Ubar.

-No... No lo sé... –susurró, lamentándose-. ¿Por qué... me castigan los dioses?

-¿De qué hablas?

-Yo... sólo debería gozar de esta mujer... apenas unos instantes con ella y marcharme luego satisfecho a dormir.

-¡Pero qué te pasa! –le recriminó Ubar.

Gilga salió apresuradamente al callejón seguido de Ubar y el otro joven, quienes no dejaban de maldecir el pésimo humor que había mostrado el príncipe durante toda la noche.

-¿Está muerto? –preguntó Gilga a los soldados al ver a Napesto en el suelo.

-No –le respondieron-, sólo ha perdido el conocimiento.

Uno de los hermanos de Napesto se mordía los nudillos por la impotencia, mientras el otro permanecía inmóvil, sin apartar sus ojos llorosos de la puerta de la casa.

-No os preocupéis –les dijo el príncipe-. Sigue siendo virgen. Ni siquiera la hemos tocado. Y... decidle a Napesto... decidle que... que lamento...

Gilga fue incapaz de acabar la frase. No sabía cómo hacerlo, pues nunca antes se había disculpado por nada. Vio como el soldado Anum Edina ahora le sonreía, en un gesto de aprobación, y aquello, incomprensiblemente, le hizo sentirse avergonzado, y le enfureció. Entonces se dirigió calle arriba, camino del palacio, dando rápidas zancadas y obligando a todo el grupo a apresurarse para seguirle el paso.

Capítulo 5 – El rechazo

El esclavo que dormitaba acurrucado sobre la estera, al otro lado de la puerta del palacio, se sobresaltó al oír los golpes. Se levantó aprisa y quitó el travesaño que aseguraba el cierre. Le tranquilizó comprobar que, en esta ocasión, la borrachera no impedía a su joven amo caminar por sí solo. Esta vez no tendría que cargar con él sobre sus hombros para llevarlo hasta su aposento. Ofreció al príncipe la antorcha para que pudiera moverse por la oscuridad de los pasillos y, al hacerlo, descubrió el halo de tristeza que desprendía aquel rostro de ojos vidriosos. Pero se guardó mucho de hacer cualquier comentario.

Gilga rechazó la antorcha y se adentró en el palacio caminando en la penumbra. Conocía bien cada rincón, cada mueble, cada escalón de aquel edificio al que, desde siempre, había considerado su casa. Pero ahora, mientras avanzaba con paso vacilante, le asaltaban las dudas... ¿Podría continuar viviendo allí en el futuro? A Lugabanda y a no le quedaba mucho tiempo de vida... ¿Y después? ¿Qué destino le habían reservado los dioses?

Cruzó una pequeña estancia y accedió a una sala algo más espaciosa que, a su vez, servía de distribuidor hacia otros pasillos y aposentos.

En ese instante se abrió una puerta a su izquierda y alguien apareció portando una pequeña antorcha. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y aquella luz repentina le cegó.

-Maldito esclavo... ¡Apaga eso! -gritó mientras se tapaba los ojos con la mano.

-Disculpad, príncipe Gilgamesh... -respondió una voz femenina-. Ahora la apago.

Gilga intentó centrar su mirada en la oscura silueta que se alejaba hacia un rincón y se hacía con uno de los pequeños cuencos de arcilla que solían dejarse colgados junto a las lámparas para apagar la llama.

-¿Nanshe? ¿Eres Nanshe?... ¡No... Espera!

La muchacha se detuvo.

-Nanshe, es media noche... ¿A dónde vas?

-He de hacer la guardia cuidando a los huérfanos recogidos en el templo -le aclaró la asistenta de su madre-. Pero ¿os encontráis bien?

La muchacha, al acercarse de nuevo con la antorcha, advirtió la sombría expresión en el rostro del príncipe.

-Sí... Sí, estoy bien.

-Marcho al templo, debo hacer el relevo a otra sacerdotisa -dijo al intuir que el príncipe estaba borracho.

-¡No!... espera... -Gilga alargó la mano tratando de rozar con sus dedos la boca de Nanshe-. Yo... No es cierto... No estoy bien...

La joven no sabía muy bien qué hacer. El olor a cerveza y al perfume intenso de las prostitutas envolvía la presencia del príncipe. Y, en aquel estado, era preferible no contrariarlo. Pero era el hijo de su señora.

-Si lo deseáis, puedo ordenar que os preparen un bebedizo para expulsar el alcohol de vuestro cuerpo, os sentiréis mucho mejor en cuanto...

-¡No es el alcohol!... Bueno, sí, he bebido un poco, pero... esta noche me siento... perdido... solo.

Nanshe no dijo nada. Se limitó a mirarle. A mirarle como tantas veces había hecho en el pasado, cuando, siendo todavía una chiquilla, observaba embelesada a aquel muchacho orgulloso que destacaba por su apostura entre los otros jóvenes de Uruk. Pero entonces ella sólo era una huérfana recogida en la Casa del Cielo, y él el hijo de la suma sacerdotisa.

-¿Quién... Quién soy yo, Nanshe?

-No os entiendo... Vos sois el príncipe Gilgamesh.

Gilgamesh se acercó aún más a Nanshe y le apartó con delicadeza la mano con la que sujetaba la antorcha. Sus ojos se enfrentaron iluminados por la nerviosa luz de la llama. Y ella contempló la tristeza en la mirada del príncipe.

-Nanshe, tú eres... Sé que mi madre te aprecia mucho... -dijo-. Tu labor es útil para otras personas, como esos huérfanos a los que ahora vas a cuidar... Sin embargo yo...

-Vos sois un príncipe, el príncipe de Uruk. Y aunque ahora estéis confundido, estoy segura de que los dioses os mostrarán pronto vuestro camino.

Gilga sentía una extraña necesidad de alejarse de todo y de empezar de nuevo. Quería cambiar, hacer algo de lo que sentirse orgulloso. La miró de nuevo a los ojos. Por alguna extraña razón no sentía vergüenza de mostrarse tan frágil ante ella...

-Agradezco tu consuelo, Nanshe -le dijo acercándose aún más a la joven, atraído, hechizado por aquel ademán sereno que mostraba-. Creo que eres...

Nanshe puso su mano en la boca del príncipe, frenándole. Pero Gilga se la apartó, casi con violencia, mientras insistía en acercarse a sus labios. Ella dejó caer al suelo la antorcha y trató de alejarlo empujándole con ambas manos aunque, dada la envergadura del príncipe, no consiguió más que desequilibrarse y caer al suelo.

-¡Perdóname, Nanshe!... No sé qué me ha pasado... -se excusó mientras le ofrecía su mano para ayudarla a levantarse-. ¡Perdóname!... No quiero que sientas temor de mí...

Ella, sin siquiera mirarle, recogió la antorcha del suelo, se puso en pie y se encaminó hacia la salida de la estancia. Sólo entonces se detuvo y se volvió de nuevo hacia él.

-No volváis a hacerlo -le dijo-. No soy una de vuestras prostitutas de taberna. No volváis a intentarlo... ¡Nunca! -repitió, dejando al príncipe en la fría oscuridad de aquella estancia.

Capítulo 6 – La conspiración

En cuanto el esclavo abrió las puertas del Eanna, Arketi pudo percibir el agradable olor que dominaba el interior del templo. Ni siquiera él, acostumbrado desde pequeño a los perfumados ambientes de los palacios y de las casas donde habitaban los más nobles, era capaz de discernir si aquel suave aroma provenía de algún tipo de planta o de alguna de las resinas que se acostumbraban a utilizar para reparar el ambiente viciado en los espacios cerrados.

Visto desde el interior, el templo se revelaba colosal, como no podía ser de otra manera tratándose de la morada de Ishtar, la gran diosa del amor y de la guerra, la protectora de Uruk. Con el paso de los años, las generosas ofrendas de reyes y señores deseosos de ganarse el favor de la diosa, habían hecho posible que aquel edificio fuera ampliándose y ganando en majestuosidad. No eran pocos los ricos comerciantes o propietarios de tierras que, al morir, dejaban una buena parte de su patrimonio a alguno de los dos grandes templos de la ciudad. Y, sin duda, el Eanna había sido tradicionalmente el principal beneficiado de aquellas dádivas.

Pero desde hacía algún tiempo, las cosas parecían estar cambiando. Desde que Ninsun fue elegida suma sacerdotisa de Anu, el templo de Ishtar había observado con preocupación el paulatino aumento de influencia de la Casa del Cielo y, con ello, de las donaciones que allí se dirigían. Y la situación se agravó aún más tras la muerte de Enmerkar, cuando la Asamblea, siguiendo el consejo de Ninsun, eligió al general Lugalbanda como nuevo rey.

Ahora Arketi necesitaba el apoyo de Tarina, la nueva priora del Eanna, y aquella situación podía jugar a su favor. Pero, aun así, el embajador no podía evitar sentir una cierta inquietud ante el inminente encuentro con aquella enigmática mujer. Ya había tenido ocasión de verla en las recientes competiciones deportivas y, en aquel momento, le pareció una persona enérgica, con determinación, pero también intuyó en ella el orgullo y la ambición que podrían hacer de ella el aliado perfecto para sus planes.

Nada más entrar en el templo se le acercó una joven sacerdotisa que se ofreció a guiarle. El esclavo de la puerta le hizo una reverencia y le cedió el paso. Arketi sonrió al pensar que, quizá, a aquel criado que ahora se mantenía inclinado ante él, debieron castrarlo de pequeño para poder integrarlo así al servicio del Eanna.

Centró entonces su atención en la sacerdotisa que le precedía. No era una mujer especialmente guapa, aunque tenía un bonito cuerpo que exponía desnudo de cintura para arriba. Se movía con un gracioso contoneo, casi felino. Había llegado hasta allí sin tener todavía claro cuál debería ser su actitud ante Tarina, si la de un miembro de la familia más poderosa de Sumer o, por contra, el de un hombre temeroso de los dioses. De esta forma, absorto en tales pensamientos y embelesado por la imagen insinuante de la sacerdotisa a la que perseguía, cayó en la cuenta de que no había prestado la menor atención al trayecto por el que estaba siendo conducido. Se propuso entonces concentrarse en memorizar cada uno de los giros que efectuaban por los incontables pasillos que iban cruzando. Y tuvo que acelerar todavía más el paso para no perder de vista la espalda de su guía, a quien poco parecía importarle si el visitante todavía la seguía. De repente le inquietó la posibilidad de distraerse y perder el contacto visual con ella en cualquiera de los múltiples giros que iban dando. Quizá, pensó, no hacían más que dar vueltas por los mismos pasillos, accediendo desde diferentes entradas y salidas, una simple estrategia para evitar que los visitantes pudieran luego ser capaces de orientarse en el interior del templo por sus propios medios.

Al fin, salieron a un patio en el que unas ancianas disfrutaban de los primeros rayos de sol de la mañana. Vestían una túnica blanca y tapaban su cráneo afeitado con un paño verde, el color distintivo de las sacerdotisas de Ishtar. Algunas dormitaban sentadas en los bancos del centro del patio, pero la mayoría se esmeraban en la elaboración de los bellos tapices que les enseñaban a tejer sus cuidadoras.

Cruzaron el patio y se encaminaron nuevamente por otro de los pasillos de aquel laberinto. Dos giros a la derecha, una bifurcación en la que tomaron el pasillo de la izquierda y acabaron frente a una estancia en cuya entrada les esperaba otra sacerdotisa. El embajador reconoció a Marash, la asistente personal de la priora.

-Mi señor, adelante –le indicó amablemente la joven, cediéndole el paso-. Cruzad la puerta y, después, continuad de frente.

Arketi siguió las indicaciones y se encontró en el interior de una sala en penumbra. La puerta se cerró tras él dando un ligero chasquido. Tras unos instantes de inquietante silencio sus ojos empezaron a adaptarse a la escasa luz del ambiente y pudo entonces apreciar los bellos dibujos que decoraban las paredes. Se distinguía la imagen de la propia diosa siendo adorada por alguien que, por los ropajes que vestía y el numeroso séquito que le acompañaba, podría representar al rey de Uruk. Fijó entonces su atención en la puerta situada justo frente a él. Caminó hacia ella y, al alcanzarla, quedó admirado por los hermosos adornos de cornalina y lapislázuli incrustados en la madera, también trabajada en relieves, con docenas de figurillas de sacerdotisas, animales y palmeras armoniosamente dispuestas a lo largo de toda la superficie. No parecía tener ningún tipo de pomo o cierre por el que aferrarla así que optó, simplemente, por empujarla con suavidad. La puerta cedió nada más rozarla. Y lo que allí se mostró ante sus ojos le dejó maravillado.

Era una enorme cámara rectangular, iluminada con una gran cantidad de velas y presidida por la estatua de la diosa, de oro puro, que resaltaba hermosa y brillante como el fuego. Sin lugar a dudas, aquella debía de ser la Estancia de la Diosa. Las paredes estaban tapizadas con finas telas de colores cálidos, rojizos y anaranjados, excepto una pieza de ropa negra que recubría la pared situada tras la estatua.

En cada uno de los rincones de la sala había flores de suaves aromas y variados colores. Y varias mesas de diferentes tamaños repartidas por toda la estancia, con amplias y delicadas bandejas de alabastro, cuencos y copas de plata y oro, y también había bancos de madera de cedro primorosamente trabajada, dispuestos a lo largo de todo el perímetro de la sala.

Arketi no recordaba una sola estancia, en ninguno de los palacios o templos que había tenido la oportunidad de visitar, que igualara la ostentosa demostración de riqueza que allí se concentraba.

-Bienvenido a la morada de Ishtar, embajador.

Por un instante dudó. Se preguntó si no sería la propia diosa quien le había hablado.

-Por aquí, embajador Arketi.

Esta vez sí pudo advertir la presencia de quien, situada a la izquierda de la diosa, le hacía indicaciones para que tomara asiento junto a ella.

Al acercarse, Arketi apreció su juventud. Y su perturbadora belleza. Tarina, la gran sacerdotisa o, como solían llamarla en la ciudad, la señora del Eanna, aparecía afable y sonriente ante él. Le incomodaba pensar que, a sus treinta y cuatro años y con su privilegiada posición, no fuera capaz de controlar ese nerviosismo que ahora le comprimía el estómago. Era mucho lo que estaba en juego en aquel encuentro.

-Bien, embajador. No insistiré. Si lo prefieres puedes continuar de pie.

Su voz era firme, pero suave. No rompía el silencio sino que más bien parecía acariciarlo. Arketi pensó que cuando la anterior priora del Eanna escogió a Tarina como sucesora, suponiendo que eso hubiera ocurrido de tal forma, lo hizo sabiendo muy bien cuáles eran sus virtudes. Tarina era una mujer destinada a cautivar, a hechizar a cuantos hombres se cruzaran en su camino.

-Gran sacerdotisa –acertó a responder al fin Arketi-, reconozco que he quedado fascinado por todo el lujo que acoge esta estancia...

-Muchas gracias, embajador.

-Pero también por tu perturbadora belleza –añadió-. Eres una criatura realmente hermosa.

-Una vez más, muchas gracias.

Tarina había sustituido la habitual túnica verde de las sacerdotisas de Ishtar por una larga túnica de lino blanco que presentaba un corte desde la altura de la cadera, dejando al descubierto su pierna derecha, que adornaba con un brazalete de plata en el tobillo. En su cuello llevaba un collar de oro con piedras de jaspe rojo engarzadas, a juego con los pendientes. Había maquillado ligeramente sus mejillas con polvo dorado y ensombreciendo el contorno de sus ojos en un tono azulado que embellecía su mirada. Su cabellera, profundamente negra, había sido recogida en una larga cola salpicada por algunos mechones trenzados con hilo dorado.

-Embajador Arketi, tu padre prometió a mi predecesora su apoyo al templo de Ishtar.

-Así es, Tarina.

-¿Entonces por qué interrumpe ahora esa colaboración que tan buenos resultados ha estado dando a ambas partes?

-Directa al asunto... Eres tal y como me lo habían advertido –le respondió Arketi-. Si vamos a tratar este tema de una manera tan... mundana, mercantil... -Arketi vaciló al elegir la palabra adecuada, pues no quería ofender a la sacerdotisa-, creo que sí será mejor que me siente. Hablaremos con mayor comodidad.

Tarina repitió de nuevo su gesto, invitándole a tomar asiento en el banco situado a su izquierda.

-¿Y quién te ha advertido acerca de mí, príncipe Arketi?

-Un buen amigo y, tengo entendido, que también lo es de esta casa. El ilustre Rimus.

Tarina asintió, mostrando una leve sonrisa.

-Mi padre me ha encargado que te transmita sus mejores deseos para el futuro del Eanna y me ha pedido que te tranquilice. Kish seguirá apoyando al templo de Ishtar.

-Embajador, transmite a tu padre mi agradecimiento y asegúrale que también la diosa seguirá velando por sus intereses en esta ciudad –respondió-. Pero, apreciado embajador, déjame aclararte que la diosa protege al Eanna –añadió en voz pausada-. Y eso es más que suficiente para que quien ahora te habla esté siempre muy tranquila.

-Bien, Tarina... Quizá la diosa estima en poco el apoyo de Kish...

-No es así, embajador. La diosa valora la amistad del palacio de Kish y por eso le ha premiado con la preeminencia con que ahora cuenta en Sumer.

Pese a su incredulidad, Arketi sabía que aquel no era el momento de arriesgarse a provocar el enojo de un posible aliado. Al fin y al cabo, con la intervención de los dioses o sin ella, lo cierto era que el apoyo del Eanna era un arma de gran ayuda para el palacio de Kish.

-Pronto recibiréis una aportación extraordinaria de plata y, además, continuaréis disfrutando de los privilegios de regadío en vuestras tierras –le anunció el embajador-. Pero es necesario renovar la alianza entre Ishtar y el rey de Kish.

-¿A qué te refieres?

-Lugalbanda está enfermo y es necesario planificar la sucesión. Como podrás imaginar, este es un tema que preocupa a mi padre.

-No debe preocuparle. Tenemos un plan.

-Que tenéis... ¿un plan? –dijo, con cierto recelo-. Creo que también lo teníais hace dieciséis años, a la muerte de Enmerkar... En aquella ocasión, tu antecesora...

-Aunque en este momento no contamos con un rey proclive a favorecernos, el Eanna ha seguido enriqueciéndose.

-Gracias al apoyo de Kish.

-Gracias a Ishtar, que nunca ha dejado de protegernos. El apoyo de Kish forma parte de sus designios.

-Sea como sea... –Arketi estaba decidido a evitar cualquier discrepancia-, lo cierto es que Lugalbanda no parece que vaya a durar mucho, y se está destapando un posible sucesor con el que no contábamos.

-Gilgamesh...

-Gilgamesh –confirmó-. Según me han informado, hasta ahora el nieto de Enmerkar sólo parecía estar interesado en participar en juergas y forzar a jovencitas. –Arketi se acarició el aro de oro que lucía como pendiente, mientras esbozaba una maliciosa sonrisa-. Al parecer, no era... digamos... demasiado apreciado en Uruk. Pero...

-Pero lo acontecido en las competiciones deportivas parece haber sacado a la luz a un valiente soldado, que podría ser considerado por algunos miembros de la Asamblea como un digno sucesor al trono –continuó la sacerdotisa.

-Y eso ha sucedido en el peor momento. Ese Gilgamesh se ha convertido en un...

-¡Fue una soberana estupidez lo que intentaron los hombres de vuestra guarnición!... Humillar a los soldados de Uruk ante toda la ciudad... ¿Qué esperaban conseguir con eso?

-Lo hecho, hecho está.

Autorizar la contratación de aquel experto lanzador de hacha había sido un grave error por su parte, pero de nada servía ya arrepentirse. Ahora debían actuar rápido si querían evitar que Gilgamesh fuera reconocido por los ilustres de la Asamblea como el relevo natural de Lugalbanda.

-Y el tiempo juega en nuestra contra –añadió el embajador.

-¿Nuestra?

-Sí, Tarina... nuestra. Si el hijo de Ninsun se deja ver junto a Lugalbanda el tiempo suficiente, todos acabarán por aceptarle como su heredero. Y si eso ocurre, Ninsun y el templo de Anu afianzarán su poder... Yo diría que eso no es lo que le interesa al Eanna.

-El príncipe no permanecerá por mucho tiempo junto a Lugalbanda.

-¿Y cómo vais a evitarlo?

-Lugalbanda es un hombre débil y enfermo. Pediré a la diosa que se muestre generosa con él y le evite la agonía que está sufriendo...

Tarina volvió a sonreír.

-¡Vais a matar a Lugalbanda! –exclamó Arketi, sorprendido por la osadía de la sacerdotisa-. ¿Envenenándole quizá?

-No... Eso sería traición. Aunque debo aclararte que Osisi, el mago de palacio, es también un fiel servidor de la diosa. Lugalbanda confía ciegamente en sus pócimas y, algunas de esas pócimas, son antiguas recetas del Eanna. –Tarina hizo una pausa y señaló a la estatua de Ishtar-. Pero yo me inclino más por pedirselo a la diosa en mis plegarias...

-Plegarias... Creo que sería preferible algo un poco más efectivo.

-Tu incredulidad podría ofender a los dioses.

A medida que avanzaba la conversación con Tarina, Arketi se iba sintiendo cada vez más confiado.

-La casa de Ishtar –prosiguió la sacerdotisa- tiene una gran influencia sobre muchos de los ilustres de la Asamblea, especialmente sobre los más ancianos. Y ya hemos empezado a utilizar esa influencia.

-Ahhh!... La vejez... Cuanto más próxima ve un hombre su muerte, más se aferra a la esperanza de que la bondad de los dioses le asegurará un buen rincón en la tierra de los muertos.

Tarina asintió con la mirada.

-El temor a la muerte, el placer y la codicia. Para el primero sólo debemos sugerir, para el segundo desplegar las artes que Ishtar nos ha desvelado...

-¿Y para lo tercero?

-No son muchos los miembros de la Asamblea dispuestos a vender su voto. Pero los que sí lo están, se muestran muy avaros.

-Mi padre se hará cargo de los sobornos. ¿Quién es vuestro candidato?

-Por el momento, uno de los que se muestran más avariciosos.

-¿Shanu, el primer consejero? –aventuró Arketi.

-No. Shanu ya sólo piensa en retirarse –aclaró la sacerdotisa-. El futuro rey debe ser el ilustre Aremos.

-¡Aremos! –exclamó-. Rimus me dijo que ese anciano está medio loco. Y que ya hace años que no asiste a las reuniones de la Asamblea.

-Una de nuestras sacerdotisas trató de persuadirle para que, llegado el momento, diera su apoyo al candidato que le sugiera el Eanna... Y sólo puso una condición...

-¿Cuál?

-Que nuestro candidato fuera él –dijo Tarina-. Al principio nos pareció una locura, pero luego vimos que es el candidato perfecto. Podría conseguir muchos apoyos y, dada su avanzada edad, preparará el camino a nuestro elegido, dándole paso en poco tiempo.

-Y... ¿Quién es vuestro elegido?

-Tú.

Arketi, tragó saliva. Y volvió a hacerlo por segunda vez antes de poder decir nada. Después de todo, quizá sí iba a tener una oportunidad para demostrar a su padre que él no era menos que su hermano. Pero, a diferencia de Akka, él accedería al trono de una gran ciudad por su propia habilidad, no por derecho de nacimiento.

-Eres el hijo del rey de Kish, benefactor de esta ciudad, y estás preparado. Serás un fiel aliado de la diosa. ¿Acaso dudas de que tú podrías ser un gran rey? –le preguntó Tarina.

-No, no tengo ninguna duda. Pero ¿me aceptará esta ciudad como su rey?

-¿Por qué no iba a hacerlo? Tendrás el apoyo del Eanna. Aprovecha el reinado de Aremos para ganarte a nuestros nobles y a los altos funcionarios, promételes recompensas, y asegura a nuestros mercaderes y artesanos que tu padre aceptará una rebaja en los impuestos si la Asamblea refrenda tu subida al trono. Si así lo haces, serás rey por aclamación.

-Mi padre no querrá renunciar a los ingresos de Uruk.

-Tu padre sentará a su hijo en el trono de esta ciudad y todas las riquezas del palacio le pertenecerán.

Tarina parecía tenerlo todo previsto, pero... todavía había algo que Arketi no acababa de ver claro.

-¿Y tú? ¿Qué esperas sacar tú con todo esto?

-El Eanna legitimará al nuevo señor de Uruk y, a cambio, recibirá una asignación anual y derechos sobre las caravanas de mercaderes que crucen el reino.

-¿Y tú?

-¿Yo?... Yo seré la priora del mayor templo de Sumer. Y...

-¿Y? –Arketi ya sonreía abiertamente.

-Y tu esposa. La esposa del señor de Uruk y, por tanto, reina.

Sin aguardar la respuesta del de Kish, Tarina dio una palmada y al instante volvió a entrar su asistente, Marash. Daba así por finalizada la entrevista.

-Ha sido un encuentro muy provechoso –dijo Arketi visiblemente satisfecho.

Tarina se puso en pie para despedirle.

-Yo también lo creo, embajador –le dijo cogiéndole del brazo y acompañándole hasta la salida.

-Sólo una pregunta más antes de irme –planteó Arketi.

-Adelante.

-¿Cómo podemos estar seguros de que Aremos, una vez que sea nombrado señor de Uruk, no nos traicionará?

Ambos seguían caminando cogidos del brazo hasta la puerta de la sala.

-No es fácil prever qué caminos podría seguir ese viejo loco si su reinado se prolongase más allá de unos meses... Pero la diosa nos protegerá –añadió Tarina-. Siempre lo hace.

Aquella no era la explicación que Arketi esperaba y, receloso, detuvo su pasos.

-No temáis, embajador. Ishtar también sabe cuidar de sus aliados.

-Eso espero, querida Tarina –dijo-. Y mientras todo eso sucede... ¿No podría ese mago vuestro preparar también alguna pócima para asegurarnos de que Gilgamesh no creará problemas en el futuro?

La sacerdotisa le palmeó en el brazo, dándole a entender que lo tenía todo previsto.

-El día del funeral de Lugalbanda, varias de las personas más próximas al rey formarán parte de la Corte del Rey Difunto. Y serán enterradas con él para seguir sirviéndole en la tierra de los muertos.

-Ah... Ya veo -musitó, mientras cogía la mano de Tarina y se la llevaba a los labios para besarla-. Volveremos a vernos.

-Marash, acompaña al embajador.

En cuanto Arketi abandonó la estancia, las otras dos sacerdotisas se quitaron de encima el paño que las había mantenido ocultas a los ojos del visitante.

-¿Confías en ese hombre, Tarina? –le preguntó Umaha.

Umaha, la anterior priora del Eanna, y la anciana Ermia Ana, predecesora a su vez de Umaha al frente del templo, habían desaparecido ya de la vida pública de Uruk y ahora trataban de ocultar su presencia dondequiera que se encontraran, como siempre hacían las prioras una vez que cedían su puesto.

-Parece muy ambicioso –respondió Tarina tras unos instantes de silenciosa reflexión-. Pero no me fío de ningún hombre –añadió-. Sólo confío en vuestro consejo.

-Querida Tarina –dijo entonces la anciana Ermia Ana-, siempre lo tendrás. Para nosotras es tranquilizador comprobar que una sacerdotisa de tu sabiduría rige ahora los destinos del templo.

Las tres mujeres se despojaron de sus ropas y de las joyas que adornaban sus cuerpos y, ya desnudas, se postraron en el suelo, ante la imagen de la diosa, en señal de sumisión.

Capítulo 7 – El mercenario

*No cometas nunca una acción vergonzosa,
ni en presencia de otros, ni a solas.
Por encima de todo, respétate a ti mismo.
A continuación, practica la justicia, en palabras y en obras,
aprende a no comportarte sin razón jamás.
Saber que morir es lo que el destino tiene establecido para todos,
y que la fortuna es incierta, unas veces te placará ganarla y otras verás perderla.
Pitágoras*

Finales del invierno del 2760 a. C.

Había pasado ya casi un mes desde que se presentaron en su campamento aquellos misteriosos sacerdotes. Dijeron que pertenecían al templo de Anu, en Uruk, y le hablaron de cómo habían tenido noticias de él, y de lo sencillo que les había resultado dar con su paradero.

Mientras pagaran por adelantado, poco le importaba todo lo que aquellos sacerdotes pudieran explicarle. Aun así prefirió mostrarse correcto y, además de los dos shekels de plata, Kenami aceptó con paciencia las aclaraciones añadidas que le hicieron. Al fin y al cabo, tampoco le estaban pidiendo gran cosa a cambio. Tan sólo debía desplazarse hasta las tierras de Uruk, donde le harían una propuesta que, según le aseguraron, podría interesarle.

Pasados los días, se dirigió al Palmeral de Shamash, una arboleda situada al norte de la ciudad y atravesada por un ancho canal de riego que partía directamente desde el Éufrates, poco antes de que éste alcanzara Uruk. Cuando llegaron todavía no había amanecido pero, para su sorpresa, allí les estaba aguardando ya uno de los dos sacerdotes con los que se había entrevistado en su campamento. Al verlo, Arketi y su acompañante, Paroro, se acercaron a él, despacio, con las manos en el interior de su atuendo, aferrando la empuñadura de sus dagas.

El sacerdote les pidió que esperaran allí, pues no tardaría en llegar la persona con la que debían entrevistarse. Y se marchó siguiendo el camino que llevaba a la ciudad.

-Tengo un mal presentimiento –dijo entonces Paroro.

-¿Y cuándo no lo tienes?

-Deberíamos habernos quedado con los dos shekels de plata y olvidarnos del tema.

-¿Y correr el riesgo de enemistarnos con su dios?

-Hace tiempo que andamos enemistados con todos los dioses.

La mañana siguió avanzando. El sol iluminaba ya desde lo alto y Kenami y Paroro todavía seguían esperando, recostados a los pies de un frondoso tamarisco. Un poco más adelante, media docena de palmeras delimitaban el final de aquella arboleda y el principio de las tierras de cultivo que se extendían hasta la muralla de la ciudad. Si miraban hacia el sureste, la vista era incapaz de abarcar la enorme extensión de campos de cebada, a punto ya de ser recolectada, y, más al norte, podían contarse algunas granjas rodeadas de huertas que salpicaban el paisaje aprovechando el tramo final de los canales de riego. Éstos atravesaban también los cultivos de lino, en cuya cosecha se afanaban ahora un grupo de esclavos y jornaleros, bajo la atenta vigilancia de un capataz.

Kenami reposaba observando todo aquello, deleitándose con la brisa fresca que le acariciaba el rostro y le traía el olor de los guisantes y los pepinos, y también de las cebollas y los ajos de las huertas más cercanas. Sonrió al comprobar cómo dos chiquillos que acompañaban a los jornaleros se enzarzaban en una interminable discusión y cómo uno de los mayores la zanjaba con sendos cachetes a cada uno de ellos.

-¿Crees que nosotros seríamos capaces de vivir así? –le preguntó entonces Paroro.

-¿Así? ¿Descansando tumbados en una arboleda como ésta?... Creo que sí –respondió socarrón Kenami.

-Ya supongo... haciendo un gran esfuerzo, imagino –bromeó Paroro-. Me refiero a vivir en una ciudad, o en un poblado, y dejar de deambular de aquí para allá. Trabajar la tierra, o hacernos artesanos o granjeros... Ya sabes a qué me refiero.

Paroro era un hombre robusto, fuerte como un roble, y tenía esa edad en la que a uno todavía no le conceden el respeto merecido a los ancianos pero en la que, sin embargo, ya todos callan cuando expresa una opinión. Kenami le apreciaba como si fuera un hermano mayor.

-No creo que vivir aquí o allí sea tan importante –dijo al fin Kenami.

Vivir con los tuyos, honrando día a día a aquellos que llevan tu misma sangre, aquellos a quienes consideras tu familia. Eso es lo importante... No lo dijo, pero daba por sentado que Paroro conocía perfectamente lo que él pensaba al respecto. No añoraba una tierra, sino a su gente.

A ambos les llamó entonces la atención un anciano que parecía acercarse hacia ellos. Desde la distancia, les pareció que iba acompañado por el mismo sacerdote al que ya conocían. El anciano se detuvo un instante cuando el capataz de la cuadrilla de jornaleros interrumpió su trabajo para saludarle. Cruzaron algunas palabras y, aunque el sacerdote dio media vuelta y se encaminó de regreso a la ciudad, el anciano reemprendió la marcha hacia el Palmeral de Shamash.

Kenami y Paroro se pusieron en pie para recibirle. Vestía una túnica larga, de lana gruesa, abierta por delante y sin ceñir con ningún cinturón. La llevaba sobre otra túnica de lino blanco. En la cabeza, un sencillo turbante del mismo tejido, elaborado con un exceso de tela que le caía por detrás, y sobre los hombros, protegiéndole de aquella brisa matinal, quizá algo fría para un anciano de salud quebradiza.

Cuando aquel hombre llegó al palmeral, les miró con cierta desconfianza.

-¿Eres Kenami?

-Ese es mi nombre.

-Yo soy Aremos, un ilustre de la Asamblea de Uruk. Me han dicho que dispones de hombres.

-Te han informado bien –le respondió Kenami.

-Es posible que me interese contrataros...

-Mis guerreros son fuertes y están dispuestos para la lucha, si eso es lo que precisas.

-¿Cuántos hombres tienes?

-No he venido a dar explicaciones. Dime cuál es la misión y te diré el precio –cortó Kenami.

-Deberéis entrar en una ciudad y saquear sus reservas de grano.

-¿Qué ciudad?

-Todavía no tengo claro si quiero contrataros –dijo Aremos.

-¿Tiene vigilancia esa ciudad?

-Cuando la atacéis, sólo tendréis que preocuparos de moveros deprisa.

-En Kish hay bastantes centinelas vigilando las murallas –dijo Kenami.

-¿Kish?

-¿No es acaso ese vuestro rival? Por lo que he podido averiguar, pagáis tributos a ese reino y...

-La ciudad que debéis atacar es Uruk –cortó Aremos.

Ambos guardaron silencio, observándose mutuamente. El anciano se fijó entonces en la oreja de Kenami. Le faltaba un trozo en la parte superior, como si una bestia se la hubiera seccionado de un mordisco.

-¿Quieres que ataque tu propia ciudad?

-Sí –confirmó Aremos, casi con indiferencia.

Kenami frunció el ceño mostrando su sorpresa.

-¿Qué eres? ¿Un traidor? ¿Un loco?

-No soy ningún traidor. En cuanto a lo otro... todavía no he llegado a una conclusión sobre eso –le respondió Aremos, quien apartó su turbante para rascarse en la calva-. Además, deberéis quemar algunos cobertizos y una granja en vuestra huida –continuó-. Mi granja.

-Pues creo que sí estás loco –dijo Kenami-. Pero me fiaré de tu locura a cambio de dos shekels de oro.

-Esperad aquí y un sacerdote os traerá un shekel y una tablilla con mi sello personal –le explicó Aremos-. Dentro de veinte días, al anochecer, llevaréis a cabo vuestra misión. Al día siguiente, en el templo de Enlil, en Nippur, os darán el otro shekel de oro al entregar la tablilla.

-Y no volveremos a vernos nunca más... –finalizó Kenami-. Anciano, acepto tu encargo.

-Puede que sí volvamos a vernos –continuó Aremos-. Pero cada cosa en su momento. Recuerda que en vuestro ataque no debe morir ningún ciudadano de Uruk, y que deberéis evitar el enfrentamiento con los soldados de la ciudad.

-Eso no depende sólo de nosotros.

-Me encargaré de que en la noche del ataque no haya ningún centinela despierto patrullando por la muralla, aunque no podré controlar lo que hagan los hombres de la guarnición de Kish...

-A los que sí que podremos enfrentarnos, supongo.

-Eso lo dejo a tu criterio. Aunque, si te digo la verdad, no me preocupa demasiado.

-Pero no poder responder a un ataque de vuestros soldados puede complicarnos un poco las cosas –intervino entonces Paroro.

Aremos volvió a rascarse la calva.

-Por esa complicación os compensaré con otros diez shekels de plata, pero deberéis venir a cobrarlos personalmente aquí, a Uruk, a finales de primavera. Para entonces, es posible que vuelva a necesitar de vuestros servicios...

-Creo que me gustará seguir haciendo tratos contigo, anciano –le dijo Kenami.

Y cerraron el acuerdo estrechándose la mano.

-Recuerda esto, semita... Si no me fallas, no te faltarán encargos en el futuro –dijo Aremos-. Ni generosas recompensas.

Su instinto le decía que era preferible mantenerse alejado de los hombres. Así que, una vez más, Enkidu se acomodó entre las ramas dispuesto a pasar la noche. Desde lo alto de aquella palmera podía otear cuanto sucedía allá abajo. Hacía poco que había llegado Uruk siguiendo el rastro de los captos de su amigo Betún, ahora cautivo en una granja cercana. Por la mañana insistiría en tratar de rescatarlo, una vez que se marchara de allí el grupo de hombres que se había instalado en la arboleda y le dejaran el camino libre.

No podía comprender por qué habían decidido pernoctar allí, en lugar de dirigirse directamente a la ciudad. Pero aún había algo que le llamaba todavía más la atención. Aquellos mercaderes utilizaban caballos como animales de tiro para sus carros, unos animales demasiado nerviosos, como ya había tenido ocasión de comprobar por sí mismo, y menos resistentes que los burros de carga que solían utilizar las caravanas. Además, le sorprendió contemplar como casi todos los hombres de aquel grupo se desplazaban subidos a lomos de esos caballos, en lugar de montarse en los carros que, para colmo, iban vacíos. Puede que ya hubieran vendido toda su mercancía, o puede que hubieran venido a Uruk precisamente con el propósito de adquirirla. Pero tanto en un caso como en el otro, debían de tener en sus alforjas la plata suficiente como para permitirse pasar la noche en alguna de las tabernas de la ciudad.

Desde lo alto de la palmera sólo conseguía entender algunas palabras sueltas de lo que se decían, pues hablaban en voz muy baja, casi musitando. Le dio la impresión de que eran semitas, quizá pertenecientes a alguna de las tribus de pastores que solían habitar en los límites del desierto, o en las tierras al norte del Gran Mar. Y recordó cuando, siendo apenas un chiquillo, su padre le advirtió de que aquellos hombres orgullosos, los semitas, algún día acabarían adueñándose de todas las tierras de Canaán. Y recordó también el recelo que mostró al decirselo.

Comprobó también que aquellos hombres parecían ir muy bien armados, pues todos llevaban una espada colgando de su cintura, y algunos portaban además una pequeña maza sujeta en el correa de su caballo. Lo mejor sería permanecer oculto, en silencio, vigilándolo todo desde su privilegiada posición. Al fin y al cabo, tampoco era la primera vez que se ocultaba de la gente en lo alto de un árbol... Le divertía esconderse de los hombres y oírles conversar, discutir o bromear.

Los hombres de Kenami aguardaban en la calma del palmeral. Habían estudiado los diferentes accesos a la ciudad y repasado varias veces el plan. Conocían perfectamente la altura de la muralla en todo su perímetro y habían identificado también los tramos en los que ésta era más vulnerable.

Al principio se plantearon entrar por el norte, a través de la Puerta de Enlil, y bajar por el Paseo del Palacio, lo que les permitiría alcanzar con rapidez el edificio principal de los almacenes de grano. Pero, haciéndolo de esa forma, corrían el peligro de alertar demasiado pronto a los soldados que en ese momento se encontraban en el cuartel, situado junto a la Plaza del Mercado, al este de la ciudad. Decidieron que la opción menos arriesgada era la del Paso de los Cazadores, el acceso más cercano a los dos almacenes de grano, aunque también a escasa distancia de la guarnición de soldados de Kish, ubicada entre la Plaza de los Dioses y la Vía de los Cazadores. El enfrentamiento con los hombres allí destacados sería prácticamente inevitable, pero facilitaría luego la huida a través de la Arboleda de los Difuntos y, más tarde, siguiendo el curso del río hacia el sur.

-Ordena a los hombres que pongan el cuero a las ruedas y a las pezuñas de los caballos –susurró Kenami a Paroro.

A pesar de que su fama de guerreros implacables se había ido extendiendo por todo el norte de Mesopotamia y las tierras limítrofes con Canaán, Kenami seguía sintiendo el mismo cosquilleo en el estómago, mezcla de excitación y miedo, que sintió la primera vez que dirigió a los suyos en la batalla. Hacía ya de eso más de seis años.

-Deberíamos esperar un poco más. Esas nubes pronto tapanán la luna.

Kenami se había acostumbrado a no discutir nunca los consejos de Paroro. Pero esta noche era diferente. No iban a participar en ninguna batalla, sino en un acto de pillaje. Debían asaltar los graneros de la ciudad, tal y como les había encargado aquel viejo loco.

-No podemos arriesgarnos. Hay que atacar antes de que hagan el relevo de los soldados de la muralla –le confirmó-. Creo... Creo que me ha caído una gota en la cabeza –dijo, tocándose el pelo-. Sólo nos faltaría que ahora nos cayera encima una tormenta... Di a los hombres que se embetunen la cara.

Kenami tenía la extraña sensación de que algo se le escapaba. Las dudas empezaban a asaltarle... A fin de evitarse problemas con las patrullas de Kish, se habían hecho pasar por una caravana de mercaderes venida de tierras lejanas, incluso habían pagado los derechos de tránsito que se aplicaban a quienes procedían de fuera de Sumer. Sin embargo... algo se le escapaba.

Quizá no debería haber aceptado aquel encargo. Aún estaba a tiempo de echarse atrás, montar a sus hombres en los carros y dar media vuelta. Pero, ¿lo estaba?, ¿cómo reaccionarían los suyos si de repente vieran que su jefe empezaba a tener dudas?

Puede que sólo fuera el miedo, pensó. Esta vez no lucharían en un espacio abierto, sino que se adentrarían en una ciudad amurallada... ¿Y si todo aquello no era más que una trampa?

Para aquella misión se había traído prácticamente a todo su grupo, unos cuarenta hombres. La mayoría iban en sus propias monturas y los demás se repartieron en cinco carros, con tres caballos de tiro para cada uno. Además de algunas mazas, todos portaban ya su espada a la cintura y una daga atada a la espalda. Paroro transmitió las órdenes a los hombres que se encontraban junto al primero de los carros, quienes las pasaron a los de su lado y éstos, a su vez, a los demás. Al poco, todos tenían ya sus caras embadurnadas y tanto las ruedas de los carros como las pezuñas de los caballos fueron silenciadas con las fundas de cuero. Y cuando todo estuvo preparado, los carros empezaron a avanzar hacia la muralla.

Aquella noche, quienes hacían guardia apostados en lo alto de las almenas, se resguardaban de la fría brisa parapetados en las torres que flanqueaban la puerta del Paso de los Cazadores.

Kenami distinguió la figura de un hombre, le pareció que vestía la túnica de un sacerdote, caminando por las almenas y apagando las antorchas que iluminaban el acceso.

-Ha llegado el momento. Vamos allá... –ordenó a los hombres desde su montura.

Los mercenarios siguieron avanzando con sigilo. Sólo el relincho de alguno de los animales rompió el silencio, pero nadie podía oírles. Al llegar a los pies de la muralla, dos de los hombres se situaron apoyando espalda contra espalda, mientras un tercero subía sobre sus hombros y, sobre éste, un cuarto hombre trepaba formando una torre humana de tres cuerpos de altura, suficientes para alcanzar la cima del muro. El que subió comprobó que el centinela situado en la torre más cercana, apenas a una veintena de pasos, dormitaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared y la cabeza recostada sobre las rodillas. Sin duda, la droga suministrada en el caldo de la cena había hecho ya su efecto. El semita se dejó caer descolgándose por la pared interior y se dirigió a la puerta. El madero que la atrancaba era bastante más pesado de lo que había imaginado, así que tuvo que aguardar a que otro de los suyos se acercara para echarle una mano. Entre los dos, ahora sí, no tuvieron dificultad en levantarlo y abrir de par en par el portón.

En ese instante, Kenami dio la orden de que prendieran las antorchas colocadas en los laterales de los carros y retiraran de las ruedas las tiras de cuero que amortiguaban el ruido.

Y, con todas sus fuerzas, gritó...

-¡Adelanteeee!

Todo el sigilo que habían mantenido hasta ese momento se transformó entonces en un terrible griterío que, en el silencio de la noche, arrancó sobresaltos entre los habitantes de las viviendas situadas más cerca de la muralla. Las ruedas de los carros y los cascos de los caballos golpeaban ahora ruidosamente contra el suelo enladrillado de la Vía de los Cazadores mientras, a través de las ventanas, empezaron a asomar las luces de los candiles que se encendían en el interior de las casas. Algunos vecinos salieron a los portales, más por inconsciencia que por valentía, pero ninguno de ellos osó avanzar un solo paso para enfrentarse a aquellos salvajes que, con sus caras pintadas de negro, pasaban ante ellos profiriendo feroces gritos.

Uno de los carromatos se desvió a la izquierda, al encuentro del menor de los dos almacenes de grano. En el mismo iban tres de los semitas con antorchas prendidas en ambas manos. Mientras, el resto del grupo siguió avanzando por la Vía de los Cazadores hasta alcanzar la guarnición de Kish, cuyos soldados, con la excepción de los dos centinelas apostados en la puerta, ya dormitaban en sus camastros. Kenami pasó de largo camino del almacén principal, pero Paroro, junto a una docena de hombres, se propuso embestir a los centinelas. Éstos, sin apenas tiempo para dar la señal de alarma a sus compañeros, se introdujeron a toda prisa en el interior del cuartel. Ni siquiera habían colocado aún el madero que aseguraba el cierre de la puerta, cuando los semitas empujaban ya contra ellos uno de los carromatos cargado con gruesos fardos de paja empapados de aceite a los que acababan de prender fuego. Cuando el carro se estampó contra la entrada, destrozándola, las llamas se propagaron con rapidez por toda la techumbre del cuartel.

Los soldados de Kish empezaron a salir precipitadamente, saltando por las ventanas, aturdidos, a medio vestir y, la mayoría, sin siquiera un arma con la que defenderse. Los semitas, montados ya de nuevo en sus equinos, lanzaron sus antorchas a la cuadra del cuartel que, repleta de paja, prendió también rápidamente en llamas, provocando la huida de los mulos.

Cuando las primeras espadas empezaron a aparecer en las manos de los defensores, los hombres de Paroro ya estaban listos para hacerles frente.

Mientras tanto, el grueso del grupo, con Kenami al mando, alcanzó el almacén principal de la ciudad, al inicio del Paseo de los Reyes. Cargaron algunos sacos de grano en los carromatos, mientras varios de ellos esgrimían amenazantes sus espadas y las antorchas prendidas que portaban en sus manos, ante los pocos que se atrevían a acercarse. La mayoría de los que lo hacían venían de las viviendas más próximas, del barrio de Kulaba, y llegaban atraídos por la luz de las llamas que empezaban a sobresalir por la zona de la guarnición de Kish. Pero la visión de aquellos salvajes enfurecidos, y la de sus caballos relinchando excitados, eran suficientes para evitar que nadie osara enfrentarse a ellos.

En la parte trasera de los silos, los dos centinelas despertaron por fin tras aquel incomprensible ataque de sueño e hicieron sonar sus cornetines, dando la señal de alarma que, instantes después, era repetida por otros centinelas, en una cadena de alertas que atravesó toda la ciudad. Media docena de semitas se dirigieron hacia aquellos dos soldados que, tras un amago de huida, optaron por hacerles frente, pues juzgaron preferible morir en el enfrentamiento, que salvar ahora la vidas para luego ser ejecutados por abandono de una guardia. Y de esta forma, atenzados por el pánico, esgrimieron sus lanzas ante los atacantes, a quienes les bastaron un par de certeros golpes con la hoja de sus espadones para dejar inconsciente a uno de ellos y con una pierna rota al segundo.

Pronto empezaron a alzarse las llamas en la estructura de madera y cañizo que completaba las paredes de adobe de uno de los silos. Y empezaron también a oírse los llantos de algunos niños asustados y, a lo lejos, los gritos de los primeros soldados de Uruk que se acercaban corriendo por la Gran Vía en dirección al Paseo de los Reyes.

-¡Rápido... Traed los carromatos! –gritó Kenami a sus hombres-. ¡Tenemos que irnos!

Tanto las llamas del almacén como las del cuartel de Kish ya eran visibles desde cualquier punto de la ciudad. Los asaltantes dejaron en el suelo los sacos de grano que en ese momento llevaban en sus manos y subieron a los carros sin perder un instante.

Cuando los carros retomaron de nuevo la Vía de los Cazadores, se reencontraron con los hombres de Paroro que ahora luchaban contra los soldados de Kish. Al parecer, la diferencia en el número estaba poniendo en aprietos a los semitas, quienes, además, luchaban tratando de no causar un daño excesivo a los defensores.

Viendo que la situación podía complicarse, Kenami y otros tres semitas detuvieron sus monturas y acudieron a reforzar a Paroro, mientras el resto del grupo continuaban la huida en dirección a la muralla. Con la llegada de Kenami, los de Kish ya no se mostraron tan dispuestos a seguir acosando a los saqueadores. Pero justo cuando éstos se disponían ya a alejarse de allí, arribó el primero de los carros de batalla del cuartel de Uruk. Era un carro ligero, de dos ruedas y tirado por un solo onagro. Uno de esos carros que solían utilizarse para adentrar en el campo de batalla a uno o dos lanceros cargados con una provisión de jabalinas. En esta ocasión portaba tan sólo a un joven soldado que mantenía las riendas en su mano izquierda mientras, en la derecha, esgrimía amenazante su espada.

Uno de los semitas le salió al encuentro e intentó golpearle con su mazo desde lo alto del caballo, pero el de Uruk logró esquivar el golpe. El joven soldado se bajó entonces del carro y encaró a su atacante quien, tras desenvainar su espada, optó por descabalgár y hacerle frente en una lucha cuerpo a cuerpo. El choque de la espada del uno contra la del otro produjo un estridente crujido, y las hojas partidas de ambas espadas cayeron al suelo. Kenami, que observaba preocupado lo ocurrido tiró su propia espada a los pies del soldado de Uruk, y cuando éste se agachó a recogerla le lanzó la maza que aferraba en su otra mano, propinándole un fuerte golpe en la cabeza.

El de Uruk, conmocionado por el mazazo, ya sólo pudo comprobar con impotencia como los asaltantes se alejaban a lomos de sus veloces caballos en dirección al Paseo de los Cazadores.

Al poco llegó una escuadra de soldados de Uruk. El jefe de escuadra que la encabezaba se acercó rápidamente al príncipe Gilgamesh quien, todavía aturdido, vacilaba en su intento de mantenerse en pie.

-¿Estáis herido, príncipe? -le preguntó el soldado, ofreciéndole su brazo para que se sujetase.

-¡Id a por los carros y perseguid a esos salvajes! –gritó Gilgamesh-. ¡Intentad alcanzarles!

Más allá de los campos de cultivo situados al norte de Uruk, las llamas de una granja incendiada, la granja del ilustre Aremos, dejaban el último rastro visible del paso de los asaltantes en su huída, antes de que éstos rodearan la arboleda y cambiaran de dirección para dirigirse hacia el sureste. Difícilmente podrían ya darles alcance.

Desde lo alto de su palmera, Enkidu había sido testigo privilegiado de todo lo sucedido. Satisfecho por el espectáculo que acababa de presenciar, decidió que nada de todo aquello era de su incumbencia. Contempló a los soldados de la ciudad pasando junto al Palmeral de Shamash en su inútil persecución a los asaltantes y miró luego hacia la muralla. La luz de las llamas iluminaba la noche. Bostezó y decidió recostar su cabeza sobre una de las ramas. Todavía tenía tiempo de dormir un buen rato antes de intentar el rescate de su amigo Betún.

Capítulo 9 – El extranjero

Le sorprendió comprobar como aquel hombre se marchaba de una forma tan precipitada. Le vio montar en su mula y, sin más, dejar abandonada la granja a merced de cualquier partida de vándalos que quisiera aprovechar la ocasión. Tampoco es que tuvieran muchos animales, pero por los patos del corral, los dos cerdos y la docena de cabras se podrían obtener fácilmente un par de shekels de plata. Y quizá alguno más por las herramientas del cobertizo. No hacía mucho rato que había marchado también el propietario junto a su mujer y al otro jornalero que tenían contratado.

Llevaba tres días vigilando cuanto sucedía en la granja, aguardando su oportunidad. Tal y como le había enseñado su padre hacía ya algunos años, la paciencia es la semilla del éxito de todo buen cazador. Y ahora la fortuna parecía, por fin, sonreírle. Bajó del montículo en el que se había escondido y corrió hasta el cobertizo. Empujó la puerta con cautela y, desde fuera, inspeccionó el interior. Era una construcción de paredes de adobe y el techo de cañizo, algo descuidado, por donde se colaban algunos rayos de sol. Y comprobó que allí tan sólo se almacenaban, en uno de los rincones, los aperos de labranza y varias cestas vacías. De repente, le sobresaltó un bufido, casi un estornudo, que venía de su izquierda, por detrás de la portezuela que acababa de abrir.

-¡Eh, Betún! –susurró.

El caballo estaba rodeado por haces de paja y tenía una de sus patas delanteras atadas a un madero. No parecía que lo hubieran maltratado, pero le habían tapado la cabeza con una de las cestas, impidiéndole la visión y, de paso, asegurándose de que no intentaría escapar.

El animal levantó la cabeza, como si tratara de mirar por debajo de la cesta para confirmar la identidad del recién llegado.

-¡Me alegro de verte, Betún! –insistió Enkidu, acercándose para acariciarle el morro.

El caballo se removió inquieto, pateando nervioso el suelo.

-¿Cómo estás, amigo?

Amigo... A Enkidu le sonó extraña su propia voz pronunciando aquella palabra. Pero lo cierto era que ese animal era para él lo más parecido a un amigo que había tenido desde que abandonara su aldea con catorce años recién cumplidos. Habían pasado ya unos cuatro años de eso. Recordó entonces a Gruñón, y se preguntó por dónde andaría ahora aquel cachorro juguetón que, como él mismo, había perdido demasiado pronto a su familia. A estas alturas Gruñón ya debía de haberse convertido en un feroz león... Quizá, algún día volverían a reencontrarse.

Trató de calmar a Betún con suaves palmadas en el pecho, pero éste se mostraba cada vez más entusiasmado. Desanudó entonces la cuerda que le rodeaba el cuello y que mantenía sujeta la cesta, liberándole así de aquella incómoda capucha. El animal, agradecido, buscó con su morro la mano de Enkidu, invitándole a que lo acariciara de nuevo.

-Estás contento de verme... ¿Eh? –le susurró al oído, mientras ahora le palmeaba cariñosamente el costado.

Se disponía ya a desatar la cuerda que mantenía ligada la pata del animal, cuando se vio sorprendido por unas voces que se acercaban al granero. Rogó a los dioses que aquellas personas pasaran de largo o que, al menos, se dirigieran directamente al interior de la vivienda. Pero decidió no tentar a su suerte y se apresuró a esconderse tras las cestas y los aperos situados al otro extremo del cobertizo.

Aquellas voces se fueron acercando cada vez más, hasta que, finalmente, traspasaron la puerta del cobertizo. Desgraciadamente, pensó, los dioses no suelen mostrarse demasiado dispuestos a atender los ruegos de quienes son menos proclives a reverenciarles.

Eran dos personas, el último jornalero que acababa de abandonar la granja y una joven con la que éste se mostraba muy afectuoso.

-¿En el suelo? –preguntó la mujer-. ¿No sería mejor que lo hagamos en la casa?

-No, yo duermo aquí muchas veces... Además, quiero verte bien y aquí hay buena luz –le respondió él mientras extendía una estera en el suelo.

La muchacha se desnudó.

Enkidu les observaba asomando la cabeza por detrás de las cestas. Nunca antes había visto una mujer desnuda y aquella visión le dejó algo turbado. Le pareció hermosa... Muy hermosa.

Mientras ella se estiraba, el jornalero también se quitó la ropa. Y luego se sentó sobre la estera, junto a ella.

Enkidu estaba hechizado. Notaba como su cuerpo se estremecía ante aquella visión del granjero acariciando los pechos de la joven. Sintió envidia de aquellas manos cuando después acariciaron con descaro el vientre y los muslos de la muchacha, mientras ésta se dejaba hacer cerrando los ojos y colocando ambas manos detrás de la nuca, ofreciéndose a aquel afortunado. Y, en ese momento, a Enkidu se le escapó un suspiro.

Y aquello le delató.

El jornalero, alertado por aquel extraño ruido al fondo del cobertizo, se levantó y asiendo una de las azadas colgadas en la pared, se dispuso a averiguar qué tipo de animal se había colado en el cobertizo.

Ante la inminencia del desastre, y viéndose ya sin otra salida, Enkidu optó por mostrarse y hacer frente a aquel hombre. Éste, tras la sorpresa inicial, no dudó en abalanzarse brazo en alto esgrimiendo la azada, pero Enkidu, mucho más joven y ágil, le esquivó con facilidad y le empujó contra la pared. Con el golpe, al jornalero se le cayó la azada y Enkidu aprovechó para sujetarle por el cuello con una mano mientras, con la otra, le golpeaba en el estómago y el costado. El pobre hombre trataba de zafarse como podía de la cólera de aquel muchacho salvaje, pero su esfuerzo por liberarse resultaba inútil.

Y en medio del forcejeo, Enkidu notó como una mano, casi tan suave como una caricia, se posaba sobre la suya, invitándole a liberar el cuello del granjero. Así que dejó de apretar, y el hombre, abriendo ostensiblemente su boca, pudo tomar una bocanada de aire. Tenía la cara enrojecida.

-Sal de aquí –dijo entonces la mujer al jornalero-. Vete antes de que este salvaje te mate.

El jornalero, algo aturdido, salió huyendo del granero mientras Enkidu, sorprendido por la osadía de aquella hermosa criatura, no podía apartar sus ojos de aquellos pechos que ahora se mostraban ante él.

-¿Quién... Quién eres? –le preguntó ella.

-Enkidu.

-¿Enkidu?

-Sí, Enkidu... cazador –añadió, sin saber demasiado bien por qué.

-¿Y de dónde eres... cazador?

-¿De dónde?... Yo no saber... De aquí, de allí... –Enkidu ahora sonreía, y tampoco sabía muy bien por qué-. ¿Y tú?

-Yo soy Samhat, la tigresa.

Samhat le cogió de la muñeca y dirigió la mano de Enkidu hacia uno de sus pechos, mientras se acercaba a su boca para besarle. La respiración de Enkidu se hizo más intensa.

Se besaron.

-He oído hablar de ti. A cazadores que dicen haber visto a un joven salvaje –le susurró, acercándose al oído-. Dicen que liberas a los animales que caen en sus trampas... Hace tiempo que quieren cazarte.

-Pues ellos no conseguir.

-No hace falta –ahora era Samhat la que sonreía-. Yo lo he hecho... Te he cazado.

Samhat quitó las pieles que cubrían el cuerpo de Enkidu. Su propia piel estaba ennegrecida por la suciedad. La tigresa empujó a Enkidu hasta el bebedero de las mulas, un recipiente alargado hecho de adobes cocidos en el interior del propio cobertizo. Empapó en el agua un trozo de su vestido de lino y empezó por lavarle la frente y la cara.

-Tienes un cuerpo fuerte, pero la mirada de un niño –le dijo, y le besó suavemente los labios.

Samhat continuó lavándole, ahora ya con sus propias manos mojadas, los hombros y el pecho. Luego las piernas. La excitación de Enkidu era ya evidente, parecía estremecerse al contacto de cada caricia.

-Ese granjero posible volver con hombres...

-No lo hará –le tranquilizó Samhat-. No puede explicar lo sucedido sin delatar que me ha traído aquí a escondidas de su amo.

La tigresa, cogiendo a Enkidu de la mano, lo condujo a la estera y le hizo tumbarse. Pero Enkidu volvió a incorporarse una vez más, pues quería volver a contemplar el cuerpo desnudo de Samhat. Y ahora fue él quien la besó a ella en los labios, mientras le acariciaba la cara con suavidad.

Samhat dejó escapar un suspiro.

Enkidu no sabía muy bien cómo debía proceder, así que se dejó llevar por la experiencia de la tigresa. Quería tratarla con toda la delicadeza de que fuera capaz. Y Samhat le correspondió como no lo había hecho antes con ningún otro hombre.

Tiempo después, aún seguían abrazados.

-¿Porqué tú llorar? –le preguntó Enkidu-. Yo no querer tú llorar.

Ella no contestó.

Capítulo 10 – Segunda recepción de Lugalbanda

Pese a estar todavía dolorido por el fuerte golpe en la cabeza que recibió la noche anterior, no quiso perderse la audiencia. Y como todos los presentes, también Gilga observaba al rey en un respetuoso silencio.

El rostro de Lugalbanda, cada vez más demacrado por el avance de la enfermedad, apenas sostenía ya una mirada surgida desde las profundas cuencas de sus ojos. Con gesto cansado, el rey contemplaba a los presentes desde la distancia de quien se sabe ya próximo al juicio de Ereshkigal, la reina del mundo de los muertos. Incluso la corona, un sólido aro de oro con incrustaciones de jaspe rojo, que hasta entonces siempre le había otorgado un halo de majestuosa dignidad, parecía ahora venirle repentinamente grande y le caía ladeada sobre su despoblado cráneo. Aun así, seguía siendo el rey.

Hizo una señal al ilustre Sinasir Bulom, consejero de audiencias, para que iniciara la sesión.

-Mi señor, vuestros consejeros y algunos miembros de la Asamblea han venido para explicaros el ataque que hemos padecido esta noche.

Lugalbanda asintió con la mirada.

-Mi señor -inició el general Lamar An, acercándose al rey-, creemos que los asaltantes eran bárbaros semitas, unos cincuenta, algunos a lomos de caballos y otros en carros. Pretendían robar el grano de los silos, pero apenas han conseguido llevarse unas pocas sacas.

El general, un hombre de escasa altura pero de cuerpo robusto, no mucho más joven que el propio Lugalbanda, era sin lugar a dudas una de las autoridades más respetadas del reino. Solía mostrarse como un hombre de trato frío, aunque implacable en su persecución de la holgazanería entre los soldados. Ni siquiera el propio Gilgamesh, el protegido del rey, se había librado de sus reprimendas en alguna ocasión.

-¿Iban en caballos? –se interesó el rey. Su voz era apenas audible-. ¿No llevaban onagros o mulos?

-Así es, mi señor. Sólo los salvajes utilizan a esos animales como monturas. Gracias a los dioses –prosiguió el general-, sólo ha resultado herido uno de los soldados que hacía la guardia en los almacenes, que acabó con un hueso roto, y su compañero quedó inconsciente por un golpe... Pero dejadme, mi señor, que destaque la valentía del jefe de compañía Gilgamesh, el único que llegó a tiempo para enfrentarse a los saqueadores, y que también fue golpeado en la cabeza.

El general, consciente de la predilección que sentía el rey por el príncipe, señaló a Gilga con orgullo.

-Pero lamento tener que informaros –continuó- de que han muerto dos soldados del destacamento de Kish, y otros han tenido que ser atendidos por los ayudantes del mago Osisi. Tres de ellos han sufrido amputaciones de brazos.

-¡Qué barbaridad!... –musitó el rey.

-Los bandidos semitas –intervino entonces el primer consejero Shanu- asaltaron la muralla por el Paso de los Cazadores y una parte del grupo se detuvo ante la guarnición de Kish para prenderle fuego, como también hicieron con nuestros almacenes. Por suerte, pudimos salvar buena parte del grano. Cuando nuestros soldados llegaron, los atacantes ya huían hacia el norte....

-Gilga, hijo mío, ¿y tú cómo estás? –le preguntó entonces Lugalbanda.

Gilga, con ademán algo avergonzado, se llevó la mano a la frente, como si quisiera ocultar el imponente chichón amoratado que el ayudante de Osisi había embadurnado de unguento.

-Ya estoy bien, mi señor. El mago Ninsulgi me aplicó una cataplasma de manteca de cerdo. Ya casi no me duele... –aclaró, aunque al tocarse el chichón no pudo evitar una mueca que le desmentía.

En el exterior de la sala de audiencias retumbaron los pasos de los soldados que escoltaban al embajador de Kish, quien se presentó ante el rey sin esperar a ser anunciado. En esta ocasión Arketi se había hecho acompañar por una veintena de soldados de su guarnición, muchos más de los que solía utilizar en sus desplazamientos por Uruk.

-Que los dioses os acompañen, mi señor –dijo con aire enojado mientras avanzaba, tras indicar a sus escoltas que aguardaran en la entrada de la sala.

-También a ti, Arketi –le respondió el rey sorprendido-. Aunque veo que tu compañía es algo numerosa... quizá ya no dejas sitio a tu lado para nadie más.

-En este momento Uruk no es una ciudad segura. Por eso he enviado un emisario a mi padre, el gran rey de Kish, solicitándole el envío de un nuevo contingente de soldados de refuerzo –anunció-. Pero mientras llega, he decidido reforzar mi seguridad personal.

Entre los presentes surgieron algunos murmullos de desaprobación.

-¡Un nuevo contingente!... –exclamó el primer consejero Shanu-. ¿Y quién pagará su manutención?

-Esos hombres vendrán para velar por la seguridad de esta ciudad. Estoy seguro de que el Señor de Uruk sabrá reconocer ese esfuerzo.

-¡No necesitamos a vuestros soldados! –repuso Lamar An.

-Anoche se demostró que sí los necesitáis. Mientras mis hombres luchaban contra los agresores, el ejército de Uruk dormía en sus cuarteles.

-¡Cómo te atreves! –gritó el general.

-En cuanto llegue el nuevo contingente, mis soldados patrullarán también en lo alto de la muralla –cortó Arketi.

-¡Eso es una ofensa! –exclamó Lamar An, girándose hacia el rey-. En la muralla sólo patrullan mis hombres.

-¡Tus hombres son unos incapaces!... Después del ataque, mis soldados encontraron dormidos a los centinelas apostados en el Paso de los Mercaderes –le reprochó Arketi.

El general enrojeció de cólera por aquella acusación proclamada ante el rey y ante el nutrido grupo de ilustres de la Asamblea que se hallaban allí presentes.

-Yo mismo he interrogado a esos centinelas –explicó, haciendo evidentes esfuerzos por serenarse- y me han asegurado que fueron víctimas de algún extraño

encantamiento. A todos les entró un sueño incontrolable y sus compañeros han declarado que...

-Estarían borrachos... –ironizó despectivamente Arketi.

-Quiénes les precedieron en la guardia –prosiguió Lamar An- han aclarado que el comportamiento de esos centinelas era absolutamente normal en el momento del relevo, y no se ha encontrado ningún rastro de bebidas en la muralla, ni tampoco...

-General –le volvió a cortar Arketi-, mientras intentas averiguar por qué se duermen tus soldados, habrá que reforzar la vigilancia. Y a eso es a lo que vendrán los hombres que he solicitado a mi padre.

-¡No los necesitamos! -repitió Lamar An.

-Vamos general... -intervino entonces Rimus, que se encontraba junto al resto de ilustres-. Algunos miembros de la Asamblea pensamos que sí nos conviene ese refuerzo.

-¿Cómo dices? –exclamó entonces Gilga-. ¿Acaso la Asamblea piensa aceptar de buen grado esta nueva humillación?

Rimus alzó teatralmente sus rollizos brazos al aire mostrando su poca predisposición a discutir aquel asunto con el príncipe, mientras otros ilustres trataban de hacer oír también sus opiniones, iniciándose así una acalorada discusión en la sala.

-Los asaltantes casi llegaron hasta el barrio de Kulaba... ¡A las puertas de nuestras casas! –insistió Rimus.

-¡Silencio!... ¡Silencio! –pidió Lugalbanda haciendo gestos con ambas manos.

-¡Es una provocación!... ¡Esto es intolerable! –se oía gritar a los miembros de la Asamblea.

-¡Silencio! –gritó entonces Merino, el corpulento soldado de la guardia del rey.

Merino acalló todas las voces y concentró todas las miradas en Lugalbanda, quien agradeció al joven soldado su espontánea reacción.

-Me temo... que el embajador Arketi... el hijo del gran rey de Kish... tiene razón –las pausas de Lugalbanda mostraban a todos su extrema debilidad, pero también demostraba que todavía conservaba su fina ironía-. Nuestra muralla no es un obstáculo suficiente para...

Una vez más, una punzada en el estómago impedía al rey continuar hablando. Aun así, Lugalbanda trató de apartar de su rostro toda mueca de dolor. Mientras, Arketi miró de soslayo, casi con satisfacción, al mago Osisi y a su ayudante Ninsulgi, quienes permanecían junto a Lugalbanda sin saber muy bien qué debían hacer. Gilga quiso acercarse al rey, pero Ninsun le retuvo sujetándole por el brazo. El príncipe se volvió entonces hacia Osisi, desafiante, pero el mago ni siquiera se percató de ello.

Pasados unos instantes interminables, el rey pareció recuperarse de nuevo.

-Mi querida Ninsun... –dijo con un hilo de voz-. Explicales tú...

La sacerdotisa, que hasta entonces se había mantenido en un prudente silencio, sentada a unos pasos a la izquierda del rey, se puso en pie y dirigió una leve reverencia a Lugalbanda.

-Nuestra muralla ha demostrado ser una defensa insuficiente para Uruk –dijo-. Y por ello, el rey ha decidido iniciar los trabajos para mejorarla, aumentando su altura y encargando a los artesanos de Kish la construcción de seis nuevos portones que sustituyan a los que ahora hay en cada uno de los accesos.

Entre los presentes se extendieron los gestos de sorpresa por aquel anuncio. Ninsun hizo una pausa, dejando que los murmullos se apagaran, y luego prosiguió.

-Reforzando la muralla aumentaremos la seguridad de Uruk. Y si además podemos contar con la ayuda que nos propone el embajador, nadie intentará atacarnos otra vez.

-¡Eso sería fantástico! –exclamó el viejo Aremos, situado también entre los ilustres que acompañaban a Rimus-. ¡Uruk será inexpugnable!

No eran pocos los que pensaban que ya no había que hacer demasiado caso a aquel anciano, un antiguo miembro de la Asamblea que había atesorado una gran sabiduría en el pasado, aunque ahora ya, según decían, vivía simplemente de los recuerdos.

-Aremos, viejo amigo... –le dijo entonces Lugalbanda-. Me alegro de verte de nuevo entre nosotros.

-Mi señor –interrumpió el general-. La granja del ilustre Aremos fue incendiada por los semitas en su huida.

-¡Bahhh!... Eso no tiene importancia –replicó el anciano, rascándose en la calva.

-Esta mañana, mi señor, he comunicado al ilustre Aremos –apuntó el primer consejero- que el palacio sufragará los gastos por la reconstrucción de su granja. Aunque... el muy cabezota... –gruñó ahora Shanu- se niega a aceptar la indemnización.

“El muy cabezota”, se repitió a sí mismo el rey, “cabezota”... Quizá la cabeza más brillante de Sumer, pensó. Y por primera vez, el rey insinuó una sonrisa. Y lo mismo hicieron algunos otros de los presentes.

-¡No!... ¡De veras que no tiene importancia! –insistió Aremos-. Sólo se ha quemado una parte de la granja. Os propongo que deis esa compensación a los muchachos de Kish que han resultado lisiados en el ataque, o a los familiares de los que han fallecido.

Aquellas palabras pusieron al rey y al primer consejero en una situación algo incómoda.

Mientras todos aguardaban expectantes, Lugalbanda hizo una señal al consejero de audiencias para que se le acercara y le dictó algunas instrucciones en voz baja. Luego, Sinasir Bulom bajó nuevamente de la tarima del trono y regresó al centro del pasillo y, pensativo, se acarició la barba por un instante.

-El palacio –dijo al fin- concede a cada uno de los soldados de Kish que quedaron mutilados en el ataque, veinte shekels de plata. Y a las familias de los soldados fallecidos, igualmente, otros veinte shekels de plata.

-Mi señor –intervino Arketi-, en nombre de esos muchachos y sus familias os doy las gracias. Pero debemos concretar el asunto del refuerzo...

Lugalbanda hizo una señal a Arketi para que dejara hablar a la sacerdotisa. Y Ninsun retomó la palabra.

-El ilustre Ipru Ayar, consejero del tesoro, negociará con los representantes del palacio de Kish el pago de la compensación por la contratación de los esclavos que ahora tiene destinados a tareas de limpieza de los canales de riego y que, si el palacio de Kish lo autoriza, se incorporarán a los trabajos de ampliación de la muralla. Además –continuó- se solicitará a los artesanos de Kish la fabricación de los seis nuevos portones de madera para los accesos a la ciudad.

Varios de los presentes se mostraron atónitos al oír aquella propuesta.

-Trasladaré a mi padre vuestras intenciones –dijo Arketi, gratamente sorprendido.

-Pero... mi señor... –interrumpió Ipru Ayar, algo incómodo-, permitidme que os haga una observación. La ampliación de la muralla... No disponemos de los recursos necesarios y un aumento en el pago de los impuestos a Kish implica...

-Creo que los dioses han inspirado a nuestro rey en esta decisión –dijo Aremos con despreocupación-. Ahora corresponde a los consejeros buscar la manera de llevarla a cabo... ¡Por todos los dioses... Difícil misión la vuestra! –rió el anciano.

-Estoy de acuerdo con el ilustre Aremos –señaló Rimus, también sonriente-. La seguridad de nuestras familias mejorará con la ampliación de la muralla. Y tampoco debemos ser cicateros si precisamos la ayuda de la ciudad amiga de Kish.

-Hoy mismo partiré hacia el palacio de mi padre para exponerle esta propuesta –confirmó Arketi.

En la sala se oyeron algunos murmullos. Había caras de preocupación, pues muchos temían que todo aquello acabaría por traducirse en un aumento de los impuestos para los habitantes de la ciudad.

Gilgamesh guardaba silencio. Tampoco él parecía comprender lo que estaba sucediendo. De llevarse a cabo todo lo que allí se estaba hablando, Mebaragesi acabaría saliéndose con la suya.

El príncipe se adelantó hasta situarse detrás de Ninsun.

-Madre, creo que Rimus y Aremos se han conjurado con Arketi para robar al palacio de Uruk –le susurró-. No tenemos por qué compensar a Kish por nada de lo que hagamos en nuestra ciudad.

Ninsun le susurró que guardara silencio.

-Veo que surgen dudas en algunos de vosotros –dijo entonces el rey-. De nada sirve afanarse en aumentar las riquezas de esta ciudad... si somos vulnerables al ataque de cualquier... –El esfuerzo de Lugalbanda por articular cada frase era evidente... partida de bandidos.

Arketi le hizo una reverencia y se dirigió hacia la salida, donde le aguardaba su numerosa escolta. Tras su marcha, el silencio se mantuvo por unos instantes más en la sala.

-Mi señor –intervino entonces el primer consejero Shanu-, estoy seguro de que, reforzando la muralla, evitaremos nuevos ataques como el de esta noche. Pero...

-Deberás planificar los trabajos con el general Lamar An –le encargó el rey-. Tenemos que concentrar todos nuestros esfuerzos... en ese objetivo. Contad con los esclavos de palacio, haced un reclutamiento especial de nuestros jóvenes. Y, si lo estimas necesario, no descartes el cobro... de un nuevo tributo a nuestros artesanos y mercaderes.

-Señor, analizaré todas las posibles soluciones, pero me pregunto si no estaremos exigiendo un sacrificio excesivo a la ciudad –objetó.

Lugalbanda asintió con la cabeza. Tampoco a él se le escapaban las implicaciones de todo aquello.

-Lo sé, lo sé... Pero hay que mirar al futuro. Y el futuro a veces esconde razones... que al presente le cuesta comprender.

Lugalbanda indicó con un gesto al consejero de audiencias que daba por finalizada aquella sesión. Sinasir golpeó una vez más su bastón contra el suelo y pidió a todos que abandonaran el palacio.

-Ninsun, aguarda un momento –le solicitó el rey-. Y tú también Gilga, quiero hablar con vosotros.

Cuando Nanshe, la asistente de Ninsun, pasó junto al príncipe para abandonar la sala, éste se tocó la herida de la frente, exhibiendo un gesto de dolor.

-¿Os duele mucho? –le preguntó la joven.

-¡Oh...! No, no... –dijo mientras exageraba una mueca de molestia.

-Anoche fuisteis muy valiente enfrentándoos a los asaltantes sin esperar al resto de los soldados.

-Agradezco tus palabras, Nanshe.

Gilga le sonrió.

-Me apena ver a vuestra madre preocupada –dijo-. Cuando nos explicaron lo sucedido, se asustó.

-¿Y tú?... Bueno..., Nanshe, me gustaría hablar contigo tranquilamente y...

-Me parece que os estáis equivocando, príncipe Gilgamesh –le cortó la joven, alejándose sin más y desapareciendo por una de las portezuelas laterales de la sala de audiencias.

Gilga se quedó observando cómo se alejaba. Algo desconcertado, hizo además de seguirla, pero rápidamente desistió, pues no podía abandonar la sala dejando sin más al rey y a su madre.

Una vez que todos se hubieron marchado, lo hicieron también los esclavos de palacio cerrando las puertas tras de sí. Entonces Lugalbanda hizo una señal a Merino, el nuevo jefe de su guardia personal, y los soldados salieron por la puerta situada detrás del trono.

-Mi querida Ninsun... Gilgamesh, hijo mío... –dijo el rey, quitándose la corona de la cabeza y reposándola en su regazo-. Mi tiempo se acaba.

Su voz era apagada, pero se esforzó en mostrar una sonrisa.

-Mi señor... -Ninsun, le miraba con ternura.

-Se aproxima el final de mis días -insistió-. Durante los últimos meses, Osisi me ha preparado todo tipo de pócimas, pero ya no hay nada que hacer. Es la voluntad de los dioses.

-Mi señor... -interrumpió Gilga-, sospecho que Osisi...

-Gilgamesh -le cortó el rey-, no sabes lo orgulloso que me siento de ti, de tu fuerza, de tu ímpetu -le dijo, mientras agitaba su puño alzado para remarcar sus palabras-. Tienes todo lo que hay que tener para ser un buen rey... Sólo te falta la serenidad que concede el paso de los años.

-¡Tengo ya casi 20 años!

-¡Y un carácter extraordinario! -le respondió el rey quien, agotado, dejó caer su mano sobre sus rodillas.

Ninsun contemplaba emocionada cómo Lugalbanda hablaba a su hijo. El rey la miró. Y advirtió como, una vez más, la sacerdotisa acariciaba entre sus dedos el medallón que colgaba en su pecho.

-Estoy seguro -prosiguió Lugalbanda- de que el muchacho tiene el carácter y la determinación de su abuelo.

Ninsun le sonrió con afecto.

-Enseñadme a ser un buen rey -le pidió Gilga.

-Gilgamesh, dejemos ya descansar al rey -propuso entonces Ninsun-. Deberíais reposar un rato, mi señor...

-Gracias por la dulzura y la generosidad que siempre me has mostrado -le dijo entonces Lugalbanda.

Ninsun se acercó al trono, cogió la mano del rey y la besó con delicadeza.

-Cuando los dioses me llamen, cuando deje esta vida, tu compañía será uno de los recuerdos más preciados que me llevaré -su voz era cada vez más apagada-. Y tú, hijo mío, estaría dichoso de poder tenerte a mi lado y guiarte con mis consejos. Pero los dioses no lo han querido así.

-Mi señor, os lo ruego... cambiad de mago -insistió Gilga-. La alianza entre el palacio de Kish y el Eanna...

-Ya no queda tiempo para enseñanzas -le cortó el rey-, así que presta atención. Aprende a aceptar la naturaleza de los hombres... Los dioses nos crearon a todos con fortalezas y con temores, con mezquindades y con virtudes... Pero somos nosotros los que debemos esforzarnos en sacar todo lo bueno que anida en nuestro interior y reprimir el resto. Muéstrate inflexible en defender aquello... -Lugalbanda debía hacer pausas para recuperar fuerzas y poder seguir hablando... que consideres que debe ser respetado, pero sé también generoso y permite rectificar... a quienes se equivocan...

El rey se llevó la mano al estómago con otra mueca de dolor.

-Os lo ruego, debéis descansar -le pidió de nuevo la sacerdotisa.

Lugalbanda alzó su mano abierta mientras tomaba aire con una profunda inspiración.

-Y, sobre todo, pide consejo a tu madre -prosiguió-, y siempre, siempre, venera a los dioses... Hijo mío, no olvides lo que te acabo de decir.

-No lo olvidaré -dijo Gilga-. Esta noche yo mismo presentaré ofrendas en el Eanna y en la Casa del Cielo rogando a los dioses por vuestra recuperación.

Lugalbanda sonrió mientras cogía con sus huesudas manos las de Ninsun.

-Os agradezco los consejos que habéis dado a mi hijo -le dijo la sacerdotisa.

-¿Queréis que os explique un secreto? -preguntó repentinamente el rey con semblante divertido-. ¿Sabéis quien es ahora mi principal consejero?... Vamos... ¡Decid un nombre!...

-¿El primer consejero Shanu? -aventuró Gilgamesh.

-Mewari Sin. Pero no os esforcéis, nadie sabe quién es.

-El jardinero -interrumpió Ninsun.

-¡Efectivamente! -aplaudió el rey-. ¡Le conoces!... El anciano esclavo que cuida del jardín de palacio. Un simple jardinero, que explica muchas cosas a uno de sus nietos... No se lo digáis a nadie, pero a veces, escondido al otro lado del seto, les oigo cuando hablan.

A Lugalbanda le cambió el rostro sólo con recordar las conversaciones del anciano esclavo con su nieto.

-En una ocasión, yo era todavía muy joven -recordó Ninsun-, le pregunté si, siendo él un esclavo, su vida acaso tenía más valor que cualquiera de aquellas plantas a las que cuidaba. Mewari, lejos de mostrarse contrariado, me explicó que su misión era muy importante. Él era responsable, me dijo, de que las plantas y las flores del jardín lucieran sanas y hermosas para que el rey tuviera un rincón bello en el que reflexionar y, así, tomar las mejores decisiones para que la gente pueda ser más feliz.

Lugalbanda insinuó un aplauso, como si aquella anécdota fuera para él otro pequeño descubrimiento, otra muestra de la sabiduría del viejo jardinero. Entonces volvió a coger entre sus manos las de Ninsun, acariciándolas cariñosamente.

-Confío en tu sabiduría y en la protección de Anu para que continúes con nuestros planes -le dijo-. Vienen tiempos difíciles... en los que Uruk, y su futuro rey, te necesitarán. Sed fuertes. -Lugalbanda se volvió hacia Gilgamesh-. Y nunca perdáis el coraje.

-¿Qué planes...?

Ninsun le hizo un gesto a su hijo pidiéndole silencio. Ya habría tiempo para las explicaciones. Ahora, el rey debía descansar.

Aquel ciervo era uno de los ejemplares más hermosos que jamás habían capturado.

Los dos hermanos no dejaban de frotarse las manos, conscientes de la fortuna que suponía contar con aquel joven forastero al que habían acogido en la granja. Enkidu se había revelado como un verdadero experto en la caza. Sabía siempre dónde y cómo debían colocar las trampas según fuera el tipo de animal que pretendían capturar.

Los cuatro congeniaron prácticamente desde el primer momento, en cuanto Samhat se presentó inesperadamente ante Urembeti y le propuso por fin aceptar su ofrecimiento. Ella se iría a vivir a la granja con él y con su hermano pequeño, Anum Edina, si a cambio ellos estaban dispuestos a acoger también a aquel joven medio salvaje al que acababa de conocer. Eso no era exactamente lo que Urembeti había pensado pero, aun así, ambos hermanos vencieron las reticencias iniciales y aceptaron probar la convivencia con el recién llegado. Eso sí, dejaron claro que antes de entrar en la vivienda Enkidu debía desprenderse de sus apestosas pieles.

Bastaron unos pocos días para que la curiosidad inicial de los hermanos por aquel extranjero diera paso a una sincera simpatía y, tras descubrir cómo éste se desenvolvía en las jornadas de caza, a una auténtica admiración. Ciertamente, Enkidu era algo tosco y salvaje, pero también solícito y, sobre todo, demostraba poseer un entusiasta deseo de aprender hasta los más pequeños detalles de las costumbres de aquella extraña familia en la que los cuatro ya se estaban convirtiendo. Aprendió que debía lavarse a menudo, y a comer evitando hacer ruidos molestos, y a respetar el ritmo de trabajo y descanso de la granja.

Enkidu gozaba de las largas noches con Samhat y, durante el día, disfrutaba dejando boquiabiertos a Urembeti y a Anum Edina con sus acertadas técnicas de caza. A decir verdad, ni siquiera él había sido consciente hasta entonces de que poseyera tal habilidad. Siempre con la mirada y el oído atentos a todo cuanto les rodeaba, no era extraño ver como, de repente, se detenía a olfatear la brisa primaveral para, a continuación, señalar la dirección que debían tomar en busca de una presa.

Fuera como fuese, lo cierto era que desde que contaban con la colaboración de Enkidu no había día en el que no atrapasen con alguna de sus trampas a un magnífico ejemplar de ciervo, de cabra salvaje o de gacela. El principal carnicero de Uruk les trataba ahora con una deferencia inusual, confiando en que ambos hermanos le aseguraban cada día la mejor provisión de carne fresca. Y a ellos no se les escapaba tampoco que esa reputación que se estaban ganando se la debían, precisamente, a Enkidu.

Una vez más, regresaban a casa con el carro bien cargado. Bastó un certero estoque en la nuca para que aquel ciervo se desplomase fulminado. Decidieron cortarle allí mismo la cornamenta para transportarlo con mayor facilidad.

Y ahora, en el camino de vuelta, mientras Urembeti se encargaba del mulo que tiraba del carro, Anum Edina no dejaba de silbar y canturrear una cancioncilla de soniquete repetitivo que había aprendido en el cuartel... “Tras una buena batalla y con la panza llena, los soldados valientes a su hogar regresan...”. También Enkidu intentaba, sin demasiado éxito, imitar el silbido de Anum.

-Creo que nunca habíamos regresado tan pronto tras una jornada de caza –dijo satisfecho Anum.

-Así tendremos tiempo de arreglar la cerca para el caballo de Enkidu –propuso Urembeti.

-¿El caballo de Enkidu?... Deberíamos vender su carne –dijo Anum mirando de reojo a su hermano-. Podríamos sacar un par de shekels extras. Los caballos no sirven de mucha ayuda, ni para el campo ni para el tiro de los carros, son demasiado salvajes.

-Sí, no es mala idea. –Urembeti le guiño el ojo-. Ese caballo tiene mucha carne.

Enkidu, que había permanecido absorto tratando de mejorar su técnica de silbido, pareció recuperar de golpe la atención.

-¿Cómo tú decir?... ¿Vender carne de mi caballo? –exclamó amenazante.

Los dos hermanos rompieron en sonoras carcajadas.

-Tranquilo, hombre, que era una broma –le aclaró Urembeti, consiguiendo que el propio Enkidu no tardara en unirse a las risas-. ¿Pero tú estás seguro de que podrás montar a esa bestia algún día?

-Yo insistir hasta él rendirse –confirmó.

-Oye Enkidu, ¿tú has servido en el ejército? –le preguntó Anum.

-¿Ejército?

-Sí, en el ejército de tu ciudad...

-¿Yo...? No. Yo vivir con animales.

Enkidu les había aclarado que tenía dieciocho años de edad, aunque su rostro mostraba una expresión más añorada incluso que la del propio Anum. Éste, pese a ser un año menor, ya lucía una barba bastante más formada aunque, desde luego, no tanto como la de su hermano Urembeti, quien se la adornaba con unas elaboradas trencillas que le daban un cierto aire de noble.

No podía decirse que Enkidu fuera una persona de una excesiva corpulencia pero, aun así, a Anum le parecía que era bastante más alto y fuerte que la mayoría de sus compañeros del cuartel.

-Pero antes de que vivieras entre las bestias... ¿nunca hiciste instrucción militar? –insistió Anum.

-No –le respondió, y empezó a masticar una de aquellas raíces que acostumbraba a llevarse a la boca.

-Creo que serías un buen soldado –continuó Anum.

Enkidu se limitó a alzar sus hombros con indiferencia.

-¿Por qué no te inscribes en el ejército de Uruk?... Haríamos juntos la instrucción. Yo me reincorporaré de nuevo al final del verano –insistía-. Creo que podría conseguir que te destinaran conmigo, en la compañía del príncipe Gilgamesh.

-¿Gilgamesh?

-Su abuelo fue el rey Enmerkar y, según dicen, es probable que suceda al rey Lugalbanda.

-¿Qué yo ganar si ser soldado con ese Gilgamesh?

-Juegas, diversión y... lo más importante –Anum le guiñó un ojo-: mujeres. A sus juegas acuden las más hermosas de Uruk. Y no me estoy refiriendo sólo a prostitutas.

-Dicen que ese canalla ha estado con infinidad de mujeres –interrumpió Urembeti-, incluso con casadas y con muchachas vírgenes, sin preocuparse demasiado si contaba o no con su consentimiento.

-¿Él forzar mujeres? –preguntó, mostrando de repente cierto desagrado en su expresión.

-Algunas fingen haber sido forzadas para justificarse ante sus padres, o incluso ante el marido –le aclaró Anum-. Aunque es posible que alguna vez, estando borracho...

-Es un presumido, un déspota borracho y un caprichoso -sentenció Urembeti.

-Tú no admirar mucho a príncipe –le dijo Enkidu.

-Urembeti no vino a ver las últimas competiciones militares –terció Anum Edina-. Toda Uruk vitoreó a Gilgamesh cuando devolvió la afrenta que nos habían preparado los soldados de Kish... ¡Fue magnífico!

Pasado el rato, estando ya cerca de la granja, observaron desde lejos la figura de Samhat, quien en ese momento se afanaba en la limpieza del corral en el que habían encerrado a los cinco patos capturados días antes. Y, como solía ocurrir en cuanto divisaban la granja, Enkidu aceleró el paso, impaciente por el reencuentro con su amada.

-¡Espéranos cuando llegues, Enkidu! –bromeó Urembeti al ver cómo les dejaba atrás.

En cada uno de aquellos reencuentros a Enkidu parecía olvidársele el cansancio por las largas caminatas de la jornada... Y, en cuanto a Samhat, nadie la recordaba tan afable en el trato. Desde que había conocido a Enkidu, la tigresa parecía sentir un deseo irrefrenable de demostrar a todo el mundo la dicha que ahora sentía, su felicidad por compartir la vida con a aquel muchacho extranjero cuya inocencia le había hechizado casi tanto como su salvaje atractivo.

Sin importarle quién de los dos iba más embrutecido, ambos se fundieron en un abrazo. Y se besaron.

-¿Echar de menos? –le preguntó Enkidu.

-Desde que nos hemos despedido esta mañana –respondió Samhat-. ¿Y tú a mí?

-Ya estar impaciente por volver a tener a ti... –le dijo sin poder acabar la frase, interrumpida por otro beso.

Los dos hermanos, caminando al ritmo que les marcaba el mulo, alcanzaron la granja pocos instantes después.

-¡Por todos los dioses!... ¡Que sólo os habéis separado durante una mañana! –les soltó divertido Anum Edina al comprobar aquel efusivo reencuentro.

-¡Menuda preciosidad de ciervo! –exclamó la tigresa, limpiándose con disimulo las lágrimas que le caían por la mejilla.

-Deberíamos decirle al carnicero que nos reserve un trozo del lomo y prepararemos una buena comilona para los cuatro –propuso Anum a su hermano-. Incluso... Estoy pensando que podríamos invitar al carnicero a comer.

-Ya... Supongo que lo que quieres decir es que te gustaría invitar al carnicero... y a su hija –apuntilló Urembeti.

Anum enrojeció de vergüenza al verse inesperadamente descubierto por su hermano.

-¿O te creías que no me había dado cuenta de cómo tratáis de disimular mientras negocio la venta de las piezas con su padre?... Parecéis dos bobos.

Ahora, Anum sonrió con timidez.

-¡Pero no le digas nada a su padre! Ella dice que somos demasiado jóvenes y teme que su padre la castigue...

-¿Que teme que la castigue? ¡Pero si el carnicero fue quien me avisó de lo vuestro! –le confesó Urembeti-. Me dijo que jamás hubiera podido imaginar que alguien pudiera ser tan retraído ante una muchacha.

Loco de alegría por aquel inesperado descubrimiento, Anum se abrazó agradecido a su hermano, entre las risas de todos, y Samhat les propuso tomar una jarra de cerveza para celebrar la noticia.

-Y en cuanto a lo de que sois demasiado jóvenes –continuó Urembeti-, no te preocupes, que hasta...

-Sí, ya lo sé... –interrumpió Anum-, hasta los más tontos acumulan años. Siempre dices lo mismo... ¡Y tú, precisamente, eres el mejor ejemplo! –añadió con sorna.

-Anda, ayúdame a traer la cerveza –le pidió Samhat-. Y de paso estrenaremos los nuevos bancos.

Los cuatro se dirigieron hacia la entrada de la granja, bajo la techumbre de cañas a medio terminar en la que habían estado trabajando en los últimos días. Las cosas les iban bien y se podían permitir algunos caprichos, así que reunieron los shekels necesarios y encargaron a los carpinteros de la ciudad que les construyeran dos bancos de madera. Y decidieron que aquél sería el sitio idóneo para disfrutar de una buena charla en los momentos de descanso.

Enkidu y Urembeti se acomodaron en los bancos mientras Anum Edina acompañaba a Samhat al interior de la vivienda para hacerse con cuatro jarras y una de las ánforas de cerveza fresca que mantenían en la despensa.

-Enkidu, agradezco a los dioses que os hayan traído a ti y a Samhat a esta casa –le dijo Urembeti al quedarse solos-. La granja cada vez tiene mejor aspecto y la caza nunca nos había ido tan bien.

-Yo también agradecer a vosotros cómo tratar a mí... Vosotros tres ser única familia yo tener desde años...

-Hablas muy bien nuestro idioma... ¿Quién te lo enseñó?

-Yo... vivir con mis padres, cerca de Gran Mar de Canaán –dijo-. Cuando... mis padres... morir, yo entonces catorce años. –A Enkidu se le notaba incómodo dando aquellas explicaciones. Tuvo que tragar saliva un par de veces antes de poder proseguir-. Y decidir venir a tierras de familia de mi madre.

Desde el día en que llegó a la granja, Enkidu no se había mostrado muy dispuesto a hablar de su pasado, a dar detalles de su tierra de origen o de su familia, o del porqué había estado durante años viviendo entre las bestias. Siempre que le preguntaban trataba de desviar la atención, así que los tres habían decidido no incomodarle con más preguntas. Quizá algún día, se decían, cuando tuviera más confianza, se animaría a desvelarles su secreto. Y ahora, sorprendido por la explicación, Urembeti se mantuvo en silencio, dejando que Enkidu pudiera, por fin, sacar de su interior algo de aquello que tanto parecía oprimirle.

-Mi madre ser hija de mercader de Ur... Ella enseñar a mí vuestro idioma. Por eso decidir venir aquí, a Sumer.

-Pero eras muy joven para viajar solo, ¿no tenías más familia con la que quedarte?

-No... no... no poder quedarme allí... –tartamudeó, algo agobiado.

Y tragó saliva una vez más. Los recuerdos parecían atormentarle y Urembeti comprendió que era mejor no forzarle.

-No te preocupes. El pasado, pasado está –le dijo.

-¿De qué pasado habláis? –interrumpió Samhat, que regresaba junto a Anum portando la cerveza.

Samhat pasó una jarra a Urembeti y otra a Enkidu, quedándose ella con una en cada mano, mientras Anum Edina las llenaba de cerveza.

-Brindemos por Anu, dios del cielo, y por su hija Ishtar, protectora de Uruk. ¡Que ambos nos protejan! –exclamó Anum Edina alzando su jarra. Su gesto fue de inmediato imitado por los demás al brindis de “que ambos nos protejan”.

Saborear aquel primer trago cerveza fresca, sentados en los nuevos bancos de madera, bajo los rayos de sol que se colaban a través de la techumbre inacabada, les pareció a todos un momento difícilmente mejorable. Corría una ligera brisa, incluso algo fresca considerando que la primavera tocaba ya a su fin. Durante unos instantes, apuraron la cerveza disfrutando del silencio.

-¡A por la segunda jarra! –interrumpió entonces Anum Edina.

El muchacho se levantó del banco para recoger del suelo el ánfora de cerveza y la reclinó hacia Samhat. La tigresa tapó con su mano la jarra, pero fue inútil. Ante la insistencia de Anum, la suya fue la primera en volverse a llenar.

-Está bien –aceptó Samhat-, pero al menos explícanos cómo es la hija del carnicero... ¿Es guapa?

-¡Es... preciosoosaa! –respondió Anum, feliz por poder hablar ya de ella abiertamente.

Urembeti bromeó negándolo con carantoñas, imitando con sus brazos el abrazo de un oso.

-¡No es cierto! ¡No está gorda!... Bueno... quizá un poco rellenita –admitió-. ¡Pero es que es la hija de un carnicero!

Todos rieron la espontaneidad del joven enamorado.

-¡Y vosotros no os riáis tanto! –contraatacó Anum, dirigiéndose a Samhat y Enkidu-. No hay más que veros cuando os miráis el uno al otro, parecéis dos bobos.

-Eso ser amor... –respondió divertido Enkidu, mientras pasaba su brazo por encima de los hombros de Samhat y la atraía hacia él cariñosamente.

-Pues ya sólo nos faltas tú, Urembeti –dijo Samhat-. Tendremos que buscarte una mujer que te enamore.

El cazador cerró los ojos y sonrió.

-Ya la tengo –respondió, con algo de misterio-. Un amor intenso y eterno... Mi esposa Enka, que murió hace dos años, y a la que seguiré queriendo hasta el día en que los dioses decidan llevarme junto a ella. Hasta entonces, nadie podrá ocupar nunca su lugar.

Samhat dejó su jarra en el suelo, se acercó a Urembeti y le besó cariñosamente en la frente. Y al volver a sentarse, agarró con fuerza la mano de Enkidu entre las suyas, como si temiera que algo pudiera arrebatársela.

-Pero no quiero que os pongáis melancólicos por mi culpa –añadió entonces Urembeti-. Oye Enkidu, ¿tú no decías que acabarías por dominar a esa bestia? –dijo señalando a la cerca a medio acabar, donde descansaba Betún.

-Por supuesto, yo hacer... ¡Y ahora mismo!

Enkidu se levantó y, con paso algo tambaleante por el rápido efecto de la cerveza, se dirigió al cercado, alentado por los aplausos y las risas de los dos hermanos y el “ten cuidado” de Samhat.

El animal, al ver que se acercaba, empezó a relinchar y patear el suelo, agachando y levantando animosamente la cabeza una y otra vez.

-¡Te convendría tranquilizarlo un poco primero! –le gritó Anum Edina.

-Eso creer yo también...

Y Enkidu empezó entonces a tararear la cancioncilla que acostumbraba a silbar el propio Anum cuando estaban de caza. Para entonces, ya era evidente que las dos jarras de cerveza fresca estaban haciendo estragos en un Enkidu poco habituado al alcohol.

-¡Animo, muchacho, lo estás consiguiendo! –le gritó risueño Urembeti al observar como Betún, efectivamente, parecía calmarse, posiblemente de pura perplejidad.

Enkidu se acercó lentamente hacia el costado del animal y, con un inesperado y ágil brinco, le sorprendió sentándose encima.

Los aplausos y vítores de ánimo se hicieron entonces más intensos.

-¡Al fin lo has conseguido! –le animó Anum.

El brioso caballo permanecía ahora inmóvil y daba la impresión de que asumía ya su nueva condición de montura al servicio de aquel muchacho perseverante.

-¡Ya conseguir! ¡Ya conseguir! -empezó a gritar un triunfal Enkidu.

Aún no había pronunciado el tercer “ya conseguir” cuando Betún, repentinamente, dio un brusco salto impulsándose con sus patas traseras. Y el jinete salió volteado por encima de la cabeza del equino, cayendo al suelo con un golpe seco de sus posaderas sobre las boñigas aún recientes del animal.

Tras el susto inicial, los dos hermanos estallaron en sonoras carcajadas. Incluso Samhat, que corrió hasta Enkidu para socorrerlo, no pudo evitar que se le escapara la risa tras confirmar que, salvo algo de dolor en el trasero, no había más herida que la del orgullo agrietado. También el caballo mostraba sus dientes haciendo una extraña mueca y, en una reacción difícil de comprender, empezó a empujar con su hocico en la espalda de Enkidu, como si le animara a levantarse. De esa forma, el animal dejaba claro que aceptaba su compañía, pero que no estaba dispuesto a dejarse someter.

-Vamos, te lavaré la ropa mientras te quitas toda esa mierda de las piernas –le dijo Samhat, tendiéndole una mano para ayudarlo a levantarse.

-¡Hasta Betún te empuja para que alejes de él tu apestoso cuerpo! –bromeó Anum.

-Y por lo que veo, hay mucho que lavar... –confirmó Samhat-. Quizá será mejor que te ayude echándote el agua.

Enkidu se levantó algo renqueante y, apoyándose en el hombro de Samhat, se dirigió hacia la acequia. Al pasar frente los dos hermanos, alzó con ironía y orgullo la barbilla.

-¡Qué peste! –insistió Anum, tapándose la nariz y jactándose de la altivez de Enkidu.

La acequia que pasaba junto a la granja continuaba su curso hacia el norte, llevando el agua para el riego hasta las tierras de cultivo. Como Urembeti no se dedicaba a trabajar la tierra, su consumo de agua era mínimo, por lo que no encontró reparo alguno al solicitar permiso a los funcionarios para construirse un pequeño embalse que le evitara tener que estar yendo y viniendo a la acequia para obtener el agua que precisaba. Se trataba de una fosa cuadrada, de apenas veinte palmos de lado por cinco de altura, situado junto al abrevadero.

Mientras Samhat llenaba el balde, observó como Enkidu desataba su ceñidor y se despojaba de la túnica corta, quedando tan sólo con el taparrabos.

-¿Te tiro el agua por encima aquí mismo o prefieres que llenemos el barreño para el baño?

Enkidu, sin mediar palabra, se despojó también del taparrabos y, dibujando una sonrisa de despreocupación en sus labios, saltó al interior del embalse. Y dejó escapar un sonoro aullido al comprobar que el agua estaba bastante más fría de lo que había imaginado. Pero, aun así, se acomodó apoyando la espalda contra la pared del embalse y estirando sus brazos en cruz, a lo largo del borde.

-¡Eres un cerdo! -le espetó Samhat-. Con esa agua lavamos la ropa y damos de beber a los animales.

A Enkidu no parecía importarle demasiado aquella reprimenda. Cerró los ojos y, sin abandonar una media sonrisa, se encaró hacia el agradable sol del atardecer.

-Mañana..., de madrugada... –empezó a decir pausadamente, tratando de disimular los problemas de vocalización que le provocaba la cerveza-, cuando abrir trampilla de acequia, agua ir a regar tierras... y no importar demasiado si arrastrar algo de mierda de caballo.

Samhat, pensativa, guardó silencio. Se limitó a observar el cuerpo de Enkidu bajo el agua transparente del embalse. En los cuatro años que habían pasado desde que abandonó el templo de Ishtar, por aquel entonces ella rondaba los dieciséis años de edad, había estado con demasiados hombres, pero puede que sólo ahora descubriera por fin el deleite de compartir su cuerpo con uno de ellos.

Para sorpresa de Enkidu, la tigresa se despojó del delantal y de su vestido y, ya desnuda, se introdujo también en el embalse. Y se situó frente a él, cogiéndole por el cuello con ambas manos.

Enkidu aceptó la invitación y la besó. Y luego se abrazaron.

-Estar contigo es todo yo querer –le susurró él-. No pensar ir a ninguna taberna para estar con otras mujeres.

-¿Cómo?... ¿Acaso te ha propuesto eso Anum? –le preguntó ella con tono de reproche.

Enkidu intentaba alcanzarla de nuevo con sus besos, pero Samhat no parecía dispuesta a dejar pasar por alto aquel comentario.

-No... no... Eso no ser importante –se defendió Enkidu-. Ya decir yo sólo querer estar contigo... ¿Y tú?

-¿Yo qué?

-Tú quizá tener muchos hombres... clientes importantes...

-¡Pues sí!... He estado con pobres y con nobles.

-Como Gilgamesh.

-¿Gilgamesh?

-Sí, ¿tú estar con ése?

-Sí, he estado en alguna de sus juergas –le aclaró Samhat, ya más calmada, y complacida, al intuir que quizá Enkidu pudiera estar algo celoso.

-¿Cómo ser él?

-¿El príncipe? Es un pretencioso y un amargado.

-¿Y sus amigos?

-No tiene amigos, sólo aduladores. Y los soldados que le hacen de escolta para poder acceder a unas juergas que ellos nunca se podrían pagar.

-A Urembeti no gustar demasiado. ¿Y a ti?

-No me desagrada. Es atractivo... aunque peligroso cuando se descontrola...

-¿Ah sí...? ¿Atractivo? –Enkidu empezó a acariciarla, apenas rozándole con sus dedos.

-Sí que lo es...

-¿Más yo...?

-Tú eres... Es a ti a quien he elegido –remató la tigresa, acercándose de nuevo a Enkidu y ofreciéndole un beso en el hombro.

-Yo cazar a ti –interrumpió Enkidu.

-¿Cómo?

-Cuando nosotros conocer, en cobertizo, tú decir cazar a mí... Pero en verdad yo cazar a ti –le dijo. Y le besó cariñosamente el pelo...

En el patio exterior de la Casa del Cielo, frente a la entrada principal, los sacerdotes y sacerdotisas se habían dispuesto en dos largas filas tras el féretro del rey. El sol ya no tardaría en ocultarse y en el ambiente flotaba el aroma a flores y juncos tiernos que desprendía la amplia vasija humeante situada en uno de los extremos del patio. A una señal de la suma sacerdotisa, todos retiraron la capucha de sus togas, tirandosela a la espalda y dejando al descubierto las cabezas recién afeitadas.

-Amado Anu, dios del cielo, te ruego que guíes a nuestro señor Lugalbanda en este último viaje –la voz de Ninsun sonaba firme en medio del silencio-. Se presenta ahora ante vosotros, los dioses, como vuestro humilde servidor, pero orgulloso de los honores que le concedisteis en vida.

“Te pido que intercedas por él ante Enlil, dios del viento, señor de todas las tierras, ante Shamash, dios del sol y protector de los hombres, y ante Ereshkigal, reina del Submundo, para que nuestro señor Lugalbanda acceda a la Casa de los Muertos con la dignidad de un rey.”

“Amado Anu, recibe este sacrificio en ofrenda a tu benevolencia.”

Dos sacerdotes salieron del interior del templo portando a hombros una larga pértiga de madera de la que colgaba un pequeño becerro atado por las patas. Sólo cuando lo depositaron sobre la mesa de sacrificios el animal dejó de berrear. Al instante, Ninsun lo degolló. Uno de los sacerdotes recogió en una vasija la sangre que brotaba del cuello y la vertió en un cuenco situado en la misma mesa de sacrificios, mezclándola con el aceite y la resina que contenía. Otro sacerdote se acercó con una antorcha y prendió fuego a la mezcla, provocando una nube de humo rojizo que la brisa fue esparciendo.

-Amado Anu, protege también a esta ciudad. No nos abandones ahora que quedamos huérfanos.

A los invitados más ilustres los habían ubicado rodeando el patio. A algunos junto a la fila de setos que delimitaba el inicio de los jardines del palacio y, a otros, en el borde superior de las escalinatas que conducían hasta la Gran Vía. Los reyes y príncipes se acomodaban en sus propios sillones, que habían sido portados a hombros de esclavos. Al pie de las escalinatas, ya en la Gran Vía, nobles y altos funcionarios venidos de toda la región aguardaban a que las honras fúnebres por el rey se trasladaran al Eanna, lugar de su entierro definitivo. Y repartidos a lo largo de toda la Gran Vía, del Paseo de los Reyes y de las calles adyacentes, miles de ciudadanos esperaban para dar su último adiós a quien les había gobernado durante los últimos dieciséis años. Muchos lo hacían encaramados en los muros y tejados de las casas, o incluso en lo alto de taburetes que algunos habían traído para poder otear por encima de la muchedumbre.

En los diez días de duelo que habían transcurrido desde la muerte del rey, las tabernas habían permanecido cerradas y se había prohibido a los artistas y a las prostitutas ejercer dentro de las murallas de la ciudad. Para asegurar el orden durante aquellas jornadas en las que Uruk acogía a tan insignes invitados, el general Lamar An había anticipado la convocatoria a muchos de los jóvenes que debían iniciar su prestación militar en los días siguientes. Y un centenar de esos jóvenes, los más corpulentos, fueron elegidos para portar el féretro.

Cuando la priora de la Casa del Cielo finalizó la oración, los muchachos elegidos, vestidos únicamente con la falda corta ceremonial que distinguía a la guardia personal del rey, ascendieron al patio por las escalinatas traseras del templo, las que daban al Paseo de los Reyes. Los sacerdotes les abrieron paso para que se situaran junto a los maderos que atravesaban las bandas de la tarima que soportaba el féretro. Ambos, tarima y féretro, eran de madera de cedro y habían sido ornamentados con oro y ébano. Cincuenta de los portadores se situaron por delante del entarimado, a partes iguales en cada una de las dos pértigas, e igual número se dispusieron en la parte trasera. Todos se mantenían agachados, en perfecta formación, a la espera de la señal que debía darles el propio general Lamar An. Éste se acercó al ataúd y le hizo una respetuosa reverencia. A continuación, volviéndose hacia Ninsun, repitió aquel mismo gesto. La sacerdotisa se lo agradeció devolviéndole una leve inclinación de cabeza.

Al fin, el general levantó su brazo y los portadores alzaron la tarima llevándose el madero al hombro.

El silencio se rompió con el contundente repicar de la treintena de tambores que iban a encabezar la marcha. Mientras, desde el Paseo de Anu, se fue acercando a paso lento un batallón formado por casi doscientos soldados encabezados por Biurturre, uno de los dos jefes de batallón del ejército de Uruk. Iban rigurosamente uniformados con la prenda de lino blanco y las tiras protectoras de cuero por encima. Llevaban la espada sujeta a la cintura, la lanza en la mano derecha y el escudo en la izquierda, estrechado contra el pecho. Todos les observaban admirados pues, para muchos, aquel era el mayor desfile que habían visto jamás. Sólo los más ancianos recordaban algo semejante en la ya lejana época de Enmerkar.

Gilgamesh, que se encontraba junto a los invitados de menor rango, observó como su madre se tocaba los labios y acariciaba a continuación el borde de la tarima, trasladando de esa forma aquel beso a quien siempre había considerado y respetado como a un padre. Ahora se arrepentía de no haber aceptado el ofrecimiento del general Lamar de formar parte del grupo de elegidos para portar el féretro. Lo hubiera tenido que hacer por el rey y también por su madre. Introdujo la mano en el interior de su túnica y acarició la tablilla que le había entregado un sacerdote hacía ya un par de días. Esa tablilla podía ser la salida. Quizá, su única salida. Observó como Ninsun se adentraba en el templo mientras bajaban el féretro, lentamente, por las escalinatas del patio hasta la Gran Vía. Intuyó cuán sola debía de sentirse su madre en aquel instante en que se alejaba del cuerpo de Lugalbanda, y se preguntó si habría alguien en Uruk que se apenara tanto como ella por la ausencia del rey. Y le consoló comprobar como Nanshe, siempre leal y solícita, se introducía también en el templo siguiendo los pasos de su señora. Aquella muchacha... Agradeció a los dioses la presencia de Nanshe junto a su madre.

Los soldados que aupaban el féretro se situaron tras el batallón de Biurturre, seguidos por un grupo de sacerdotes. El jefe de batallón saludó protocolariamente al general alzando su espada e inclinando la cabeza para, acto seguido, ordenar que se iniciara la marcha, camino del Eanna. Los tambores encabezaban el cortejo fúnebre, marcando el ritmo de paso ceremonial.

Nadie hablaba, nadie murmuraba o tosía. Hasta los más pequeños comprendieron que debían respetar aquella extraña mudez que les rodeaba. Sólo se oía el sonido de los tambores llorando por el rey.

Poco a poco los invitados fueron uniéndose al cortejo. Tal y como señalaba la costumbre, tras los portadores del féretro real debían situarse los reyes y, después, los príncipes herederos al trono. Y entre los reyes que asistían a los actos, Mesier, rey de Nippur, era el primero por ser el de más edad. Su trono era portado por veinticuatro de sus esclavos, todos ellos vestidos con falda corta morada y una cinta de igual color atada alrededor de la cabeza. A Mesier le seguía Mebaragesi de Kish, cuyo trono, generosamente adornado con infinidad de remaches de oro, dejaba deslumbrados a su paso a cuantos se agolpaban para seguir el recorrido.

Mebaragesi había llegado a Uruk el día anterior y, además de esclavos y criados, le acompañaba una escolta personal de ochenta soldados, ahora acampados en la explanada de Ishtar, rodeando la lujosa tienda en la que el de Kish había preferido alojarse. También en ella se había alojado Akka, su hijo mayor, que había llegado de madrugada acompañado por una veintena de hombres de su propia escolta.

Sin duda, el rey de Kish y su hijo eran los más buscados por las miradas de todos cuantos habían acudido a presenciar los funerales.

A Mebaragesi, le seguía el trono de Shugur Gal, señor de Lagash, y a éste el del rey de Girsu, Balik Enuna. Entre el gentío que presenciaba el paso de la comitiva causó enorme admiración la presencia de la jovencísima reina Irmab Damu, hija del recientemente fallecido rey de Ebla. Que los dioses permitieran a una mujer ocupar el trono de un reino era algo que no todos acababan de comprender, pero el respeto demostrado por toda la ciudad de Ebla a su familia y la ausencia de un heredero varón, auparon a ésta a su actual posición.

Lugalbanda se esforzó siempre en preservar la paz en Sumer, en ocasiones arbitrando entre quienes solicitaban su mediación en situaciones de disputa. Aquel espíritu conciliador era ahora reconocido por todos, como demostraba la presencia del rey Gengur, actual señor de la lejana ciudad de Aratta, antigua rival de Uruk en la época de Enmerkar, o la del noble Pelim, señor de Susa y uno de los más influyentes mandatarios de los reinos de Elam. A él y a su séquito el primer consejero Shanu les ofreció la Arboleda de los Difuntos, al sureste de la ciudad, para que levantara allí su campamento, justo en el lado opuesto de la Explanada de Ishtar, donde lo habían hecho los de Kish. Toda precaución era poca para evitar imprevistos desagradables.

La Gran Vía estaba ahora fuertemente protegida por los hombres de Lamar An. Por un lado, el costado norte, se hallaban los habitantes del elegante barrio de Kulaba. Muchos se habían situado en la terraza del Patio Bajo de Ishtar, una espaciosa superficie empedrada que se extendía desde el Paseo del Palacio hasta el Patio Alto, la terraza sobre la que descansaba el complejo del Eanna. Por el costado sur de la avenida se agolpaba una muchedumbre de miles de personas estrechamente vigiladas por los soldados. En todos los cruces, pero de manera especial en el tramo comprendido entre la Calle de los Alfareros y el inicio de la Vía de los Ilustres, el número de soldados era tal que éstos, prácticamente, se tocaban hombro con hombro formando un barrera infranqueable.

Muchos de cuantos presenciaban aquel desfile, embargados por la emoción, empezaron a acompañar con sus lamentos los tristes gemidos de las plañideras que se repartían entre el gentío para que los dioses, y también los extranjeros, fueran testigos del pesar del pueblo por la muerte de su señor.

Tras los reyes ocupaban su puesto en el cortejo los príncipes herederos, quienes eran llevados en sillas a hombros de esclavos del palacio de Uruk. También ellos se situaban en función de la edad, así que el orgulloso general Akka de Kish encabezaba el grupo. Éste no dejaba de mirar a todos lados con desdén, sin molestarse en ocultar el disgusto que le causaba dejarse ver en público de aquella forma. A Akka le seguía Kikun, el hermanastro del anciano rey Nurim Sin de Ur, cuya débil salud ya no le permitía desplazarse. El rey de Umma también envió a su hijo, el príncipe Eluti-Ea, y del pequeño reino Sippa llegó el príncipe Ku-Enlil.

El primer consejero Shanu puso a disposición de los restantes príncipes y nobles llegados de toda Mesopotamia las sillas en las que habitualmente se desplazaban los consejeros reales y otros altos funcionarios del palacio. El embajador Arketi fue de los primeros en aceptar el ofrecimiento. Al bajar las escalinatas del patio, Arketi hizo un gesto a los esclavos ordenándoles que se acercaran a buscarle. Aquello desconcertó a los restantes príncipes que aguardaban su turno, pues ya no sabían si debían dirigirse ellos mismos hacia los esclavos que portaban las sillas o tenían que aguardar a que vinieran también a recogerles a ellos.

Gilga no era hijo de rey, ni tampoco cabía considerarle como heredero al trono, pues en Uruk al rey lo escogía la Asamblea. Por eso él debía desplazarse caminando junto al resto de altos funcionarios, nobles y ricos mercaderes que participaban en la comitiva. Y le irritó especialmente que todos tuvieran que esperar porque el embajador de Kish había decidido que los esclavos se acercasen a recogerle.

Miró los rostros de cuantos le rodeaban y comprobó, casi con espanto, que a él nadie le prestaba la menor atención. Reconocía las caras de muchos de los ilustres de la Asamblea, también las de los consejeros de palacio e, incluso, comprobó que podía identificar a la mayoría de los nobles, a cuyas casas había acudido como invitado en infinidad de ocasiones. Y en ese mismo instante, como quien de repente despierta de un largo sueño, cayó en la cuenta de que, muerto Lugalbanda, su mentor, su protector, posiblemente ya nadie en la ciudad tendría el menor interés en acercarse a él. Miró de nuevo a Arketi, quien ahora intercambiaba algunas palabras con el ilustre Rimus. Aquello no le ayudó a tranquilizarse. Ni tampoco lo hizo ver cómo el mago Osisi se acercaba a saludarles. Aquel traidor de caminar altivo, siempre apoyado en su cayado, iba acompañado por su ayudante, Ninsulgi. Y mientras tanto, a él todos parecían ignorarle. Dirigió la vista una vez más hacia Arketi y entonces comprobó que... ¡Dioses vengativos!... éste y Rimus ahora le estaban mirando. El de Kish murmuró alguna cosa irónica, torciendo exageradamente su boca y dibujando una medio sonrisa, que sólo interrumpió al ser saludado por el ilustre Aremos.

-Me alegro de verte, Aremos. Me han comentado que pretendes renunciar a la vida retirada que llevabas... -le saludó Arketi, con cierto aire provocador.

-Embajador, también yo me alegro de veros.

-Es una situación triste la de esta ciudad. Esperemos que aparezca pronto un hombre capaz de sustituir al rey.

-Los hombres capaces -dijo Aremos- aparecen cuando las ocasiones lo requieren.

-Algunos piensan que tú eres uno de esos hombres -le insistió Arketi, quien ya apoyaba su mano en el reposabrazos de su silla dispuesto a subirse-. Y... por lo poco que conozco de ti, yo diría que tienen razón.

-Muchas gracias embajador, sois muy amable. Pero si estáis pensando en lo que yo creo, no os negaré que me ha llegado alguna proposición. -Aremos ya conocía a través de Rimus que si finalmente decidía presentarse candidato al trono de Uruk, podría contar también con el beneplácito de Arketi-. Últimamente le he estado dando vueltas al tema -continuó- y no creo que los dioses estén pensando en mí para esa importante tarea, aunque... quizá sí para la de valedor del escogido... Estoy pensando en alguien preparado, con capacidad suficiente para ocupar el trono y ponerse de inmediato al frente de esta ciudad.

A Arketi aquella confesión del anciano le cogió por sorpresa. Si lo había interpretado bien, eso significaba que los planes del Eanna, y del propio Rimus, acababan de esfumarse.

-¿Y... has hallado ya a tu candidato?

-En eso estoy, príncipe Arketi... En eso estoy. Me voy haciendo una idea... Necesitaremos a alguien bastante más joven que yo -le dijo, sonriéndole-, pero que cuente con las habilidades y la experiencia necesarias.

Arketi asintió con un gesto.

-Ilustre Aremos, creo que nos vamos a entender muy bien en el futuro.

Los esclavos alzaron la silla del embajador y se incorporaron al cortejo funerario.

Cuando el féretro había sobrepasado ya el patio de la Casa del Cielo y el sonido de los tambores empezaba a resonar algo lejano, Gilga pudo al fin incorporarse al cortejo junto al resto de personalidades. Como establecía la costumbre, también él iba vestido con ropajes blancos, aunque la elegancia de su túnica, ribeteada con adornos de oro y ceñida a la cintura con un elegante fajín morado, no le hacía pasar inadvertido. Además, sacaba más de un palmo de altura a cuantos le rodeaban. Pero, con todo, mostraba un semblante apesadumbrado. Seguía cavilando en silencio si aquel era realmente el lugar que merecía, alejado de reyes y príncipes y obligado a

caminar por la Gran Vía entre mercaderes, funcionarios y representantes de pequeñas ciudades como Isin o Larsa, o de simples poblados, como Gadea o Babilonia.

Aremos, que ahora caminaba unos pasos por detrás, se le acercó con sigilo.

-Príncipe, permítidme que me presente. Soy Aremos, un viejo conocido de vuestro abuelo, el rey Enmerkar.

-Te conozco Aremos –le respondió, sin levantar la vista de sus propios pies-. Coincidimos en la última audiencia del rey.

-¿Puedo haceros una pregunta?

-Hazla... -dijo, mirándole con desconfianza.

-Ya han pasado diez días desde la muerte de nuestro amado rey, ¿cómo es posible que todavía sigáis tan apesadumbrado?

Gilga quedó perplejo por la osadía del anciano. Miró al frente y siguió caminando despacio.

-Ilustre Aremos... ¿Sigues formando parte de la Asamblea? –Aquello fue lo primero que se le ocurrió decir para huir de la pregunta.

-Sí, mi señor. Hace algunos años que no asisto a las sesiones, pero sigo perteneciendo a la Asamblea.

Gilga se preguntaba si tenía algún sentido esforzarse en disimular su desazón ante aquel viejo que, a fin de cuentas, era el único que parecía interesarse por él y que, además, decía haber conocido a su abuelo.

-Me has llamado “mi señor”... -le dijo.

-Tuve la dicha de servir a vuestro abuelo. También al rey Lugalbanda, un hombre de paz por cuyo descanso he realizado hoy una ofrenda a los dioses. En sus últimos días, Lugalbanda no ocultaba su preferencia por vos...

De repente, les interrumpió un grito surgido de entre la multitud agolpada en una de las bocacalles que daban a la Gran Vía. Provenía de un hombre joven que, dirigiéndose al príncipe, le advertía de que se le había acabado la protección a sus tropelías. ¡Pagarás por tus abusos!... le volvió a increpar. Rápidamente, se oyeron algunos siseos reprendiendo a aquel joven que, en lugar de acobardarse, prosiguió con la reprimenda. “¡Napesto, príncipe,... yo soy Napesto!” dijo al fin, demostrando a todos que no pretendía ocultarse entre la multitud como si fuera un cobarde.

-Y por eso os he llamado “mi señor” –finalizó Aremos, sin hacer demasiado caso del incidente.

-Gracias, Aremos. Pero ya ves que no todos comparten tu amabilidad conmigo.

-Así que es ése el motivo de vuestro abatimiento –le dijo, mientras Gilga bajaba la mirada al suelo-. Pues creo que estáis en un error.

Gilga no le respondió. En los últimos días había tenido que soportar insinuaciones parecidas a las de Napesto, pero por boca de algunos nobles que quizá habían dejado ya de considerarle como el protegido del rey. Probablemente, pensaba, no tendría más remedio que empezar a acostumbrarse a los nuevos cambios que parecían insinuarse en su futuro.

-Sois descendiente de reyes –continuó Aremos.

-Poco mérito tengo yo en eso...

-En las competiciones deportivas evitasteis que Uruk fuera humillada por los soldados de Kish... Yo diría que aquello sí fue mérito vuestro.

-Un espejismo. –Gilga dirigió al anciano una mueca que intentaba ser una media sonrisa-. Mírame ahora, Aremos... En la cola.

-Hijo, ¿acaso es éste tu lugar? –le increpó el anciano, casi reprendiéndole-. Muéstrate como un rey y todos te verán como tal. Agacha la cabeza, como haces ahora, y verán a un perdedor.

Aquel inesperado cambio en el tono de Aremos hizo que Gilga se detuviera. Apenas controlando la rabia, le sujetó por el brazo, mirándole a los ojos. Aremos le aguantó la mirada por un instante e, indiferente, reemprendió sus pasos, dejándole atrás. El príncipe, sorprendido, sonrió. Curiosamente, se percató de que no podía sentirse ofendido, ni siquiera disgustado. Más bien al contrario, sentía un sincero agradecimiento por la honestidad con la que le hablaba aquel hombre. Y entonces aceleró el paso para darle alcance.

-Aremos, debiste de ser un excelente colaborador para mi abuelo –le dijo.

El anciano se limitó a afirmar con la cabeza, y Gilga se adelantó hasta situarse a la cabeza del grupo que cerraba la comitiva, tras las sillas de los príncipes. Y empezó a caminar erguido, con tal prestancia que tanto los nobles como los invitados llegados de fuera no tardaron en abrir un hueco a su alrededor, preguntándose los unos a los otros con disimulo quién era aquel joven.

Al final de la Calle de los Labriegos, en su confluencia con la Gran Vía, la muchedumbre aguardaba impaciente para contemplar el cortejo fúnebre. Poder ver de tan cerca a los grandes reyes y a los príncipes, y a las importantes personalidades arribadas de toda Mesopotamia, era algo que, a buen seguro, iban a recordar durante toda la vida. Y allí, a medio camino entre la Casa del Cielo y el templo de Ishtar, Samhat se ponía de puntillas y estiraba el cuello tratando de alzarse por encima de las cabezas de quienes tenía por delante.

-Son unos auténticos asnos.

-¿Quién? –le preguntó Anum Edina.

-Tu hermano y Enkidu. ¡Mira que quedarse en la granja!

-A mi hermano no le gustan las multitudes. Y Enkidu prefería quedarse para vigilar a Betún.

-Ese animal vive mejor que cualquiera de nosotros. No se le escapará.

-Han llegado muchos extranjeros y no les dejan entrar en la ciudad hasta que acaben los funerales... Es posible que no todos vengan con buenas intenciones.

-Patochadas –replicó Samhat.

Cuando el féretro del rey pasó frente a ellos, todos se mantuvieron en un respetuoso silencio sólo roto por los lamentos de las plañideras. Algunos de los que les rodeaban tampoco podían evitar las lágrimas. Lugalbanda había llegado a ser un rey muy apreciado por su pueblo. Incluso Anum tuvo que disimular cuando, de reojo, vio como Samhat fingía colocarse bien un mechón de pelo para ocultar sus ojos llorosos.

Luego, a medida que iban pasando los esclavos que portaban a hombros las sillas de reyes y príncipes, los murmullos fueron reemplazando a aquel triste silencio. Como cabía esperar, el anciano Mesier de Nippur y el poderoso Mebaragesi de Kish, éste último, a decir de muchos, bastante más viejo de lo que habían imaginado, seguían siendo quienes acaparaban más miradas y comentarios. Y, tras ellos, se fueron aproximando el resto de dignatarios y personalidades.

“¡Fijaos, allá viene nuestro príncipe!”... El pueblo se extrañaba de que Gilgamesh no fuera llevado en una silla, como ocurría con otros príncipes llegados de fuera. Al fin y al cabo, se decían, él era el príncipe de Uruk, el único nieto del rey Enmerkar y el protegido de Lugalbanda. Muchos reconocían la prestancia que había adquirido aquel joven durante los últimos meses en los que, por fin, parecía estar dejando atrás una turbulenta etapa de juventud para centrarse más en su puesto en el ejército, como jefe de compañía.

Como era costumbre entre los nobles de Sumer, también Gilgamesh había hecho que en aquel último día de duelo le afeitaran la cara y le alisaran el pelo con aceite, en señal de respeto a los dioses y de homenaje al difunto. De esta forma, ahora que el sol estaba ya en el ocaso, su melena, de un negro profundo, brillaba iluminada por las llamas de las antorchas que solían prenderse en la Gran Vía al anochecer.

Cerca del lugar que ocupaba Samhat, una mujer se abrió paso con determinación entre la muchedumbre hasta situarse frente a los soldados que formaban el cordón de seguridad.

-¡Que los dioses os bendigan, mi señor! –gritó desde allí-. Soy la madre de Kumrad, el soldado... esclavo... –A la mujer se le quebró la voz por la emoción-, a quien liberasteis el día de las competiciones.

Al volverse hacia el lugar de donde surgía aquella voz emocionada, Gilgamesh halló a una mujer anciana, bajita y muy delgada, con el pelo prácticamente blanco y unas profundas ojeras que dibujaban en su rostro un cierto aire de amargura. Le impresionó ver a aquel ser tan frágil llorando de emoción mientras le agradecía un gesto que a él mismo le parecía insignificante. Quizá, en aquella mañana lluviosa del pasado invierno en la que, tras ganar la carrera, pidió la libertad del soldado esclavo, por primera vez en su vida había hecho algo sin pensar en sí mismo. Con sincero agradecimiento, inclinó ligeramente la cabeza hacia aquella mujer menuda.

Y entonces, de entre los presentes surgieron algunos aplausos espontáneos dedicados al príncipe de Uruk. La conmovedora actitud de la anciana recordó a muchos cómo el príncipe defendió el honor de la ciudad aquel día y, poco a poco, los tímidos aplausos iniciales se fueron contagiando de unos a otros, siguiendo los pasos de la comitiva. “¡Que los dioses os bendigan, príncipe Gilgamesh!” , repitió otra mujer.

Quisieron los dioses que el propio Kumrad se encontrara ese día destinado en la compañía de soldados asignada al control del Paseo del Palacio, justo frente a la Calle de los Labriegos, al otro lado de la Gran Vía. Kumrad, que sin duda había escuchado los gritos de su madre, decidió hacer honor al príncipe y agradecerle también su liberación. Así que cuando Gilga pasó frente a él, Kumrad se cuadró y presentó al frente su lanza. Sus compañeros, algo desconcertados por su proceder, no sabían muy bien qué debían hacer y dos de ellos presentaron también su lanza al príncipe, no sin cierta vacilación. Y cuando Gilgamesh llegó a la altura del jefe de compañía, éste se le cuadró delante alzando su espada al frente. Y, a partir de él, ya todos los soldados apostados a lo largo de la Gran Vía le fueron homenajeando, levantando con ello tímidos aplausos entre el gentío.

El príncipe agradecía emocionado aquellas muestras de afecto mientras, a su alrededor, se iba agrandando el hueco que le separaba del resto de dignatarios. Varios pasos más adelante, algunos de los príncipes que eran llevados en sus sillas, se volvían atraídos por los aplausos que oían a sus espaldas.

Gilga, al mirar a su derecha para agradecer una vez más aquel homenaje, reconoció entre el gentío los inconfundibles mechones rojizos de la tigresa, y le dedicó un discreto saludo... Y se fijó también en el muchacho que la acompañaba... aquella cara... Y entonces, de golpe, le vino el recuerdo de aquella noche de juerga en El Pato Sabroso, cuando uno de los soldados de su escolta tuvo el valor de requerir su atención para evitar el abuso que él, junto a su amigo Ubar y el resto de acompañantes, estaban a unto de cometer contra la joven esposa de Napesto. Y recordó también la vergüenza que sintió cuando el soldado le sonrió tras renunciar a consumir aquella tropelia. Gilga se volvió para ver una vez más la cara del muchacho y le reconfortó ver que, pasado el tiempo, parecía seguir concediéndole su aprobación y respeto.

-¡Por todos los dioses, Samhat!... Creo que el príncipe te ha saludado a ti –le dijo Anum Edina.

-Bueno, es un viejo conocido –le respondió la tigresa con indisimulado orgullo.

-¡Cuando se lo cuente a Enkidu y a mi hermano!... ¡No se lo van a creer!

-Creo que... Casi que prefiero que no se lo comenten, Anum... Eso ya forma parte de mi pasado y no quiero...

Un repentino barullo interrumpió las palabras de Samhat. La tigresa se alzó otra vez de puntillas para intentar ver qué estaba ocurriendo. Los soldados acababan de pillar con las manos en la masa a un pillastre que pretendía hacerse con la bolsa de uno de los nobles que participaban en el cortejo. Uno de los soldados devolvió la bolsita a su propietario mientras que su compañero retenía al chiquillo cogiéndole con una mano por la muñeca, y con la otra por el pelo.

-Señor, debería ir con un poco más de cuidado. Estos chicos son más espabilados de lo que aparentan y...

-¡Ohhh...! Siento mucho el malentendido muchachos... –les dijo Aremos a modo de disculpa.

-¿Malentendido? ¿Qué quiere decir, señor? –preguntó sorprendido el soldado, mientras el chico seguía forcejeando en un inútil intento por zafarse de su captor.

-Esta criatura mugrienta forma parte del servicio de mi casa –les dijo-. Ya sé que parece un pordiosero... todavía necesita unos cuantos azotes más para que aprenda lo que es la higiene... En cuanto llegue a casa esta noche me encargaré de darle su merecido.

-Entonces... ¿Este... es vuestro criado? –preguntó el que sujetaba al chico.

-Para mi desgracia, muchachos, así es... Os agradezco vuestra preocupación. –Aremos se dirigió entonces hacia su pretendido criado con mirada grave-. Y tú, saco de pulgas, guárdame la bolsa y como falte un solo shekel prepárate para recibir una buena paliza...

-Bien, señor, pues si es vuestro criado...

-No os preocupéis, muchachos. Una vez más, muchas gracias a los dos.

El chico sonrió burlonamente a los soldados cuando le liberaron, aunque no pudo esquivar el percozón que le propinó uno de ellos antes de alejarse.

-¿Y tus padres, chico? –le preguntó el anciano.

-No tengo padres. Yo vivo por mi cuenta.

Aremos calculó que no debía de tener más de ocho o nueve años, pero renunció a preguntárselo. No había ningún motivo para que le mintiera, pero estaba seguro de que si se lo preguntaba, le mentaría.

-En esa bolsa hay unos veinte shekels de cobre. Si quieres ser mi criado te pagaré un shekel de plata al mes.

Sin mediar palabra, el muchacho se dio media vuelta y empezó a correr huyendo con la bolsa. Ni tres zancadas completó el ladronzuelo cuando ya se había detenido. Volvió de nuevo sobre sus pasos hasta donde se encontraba Aremos, que le aguardaba sonriente.

-Veo que eres inteligente –le dijo.

-Dos shekels al mes, señor –respondió el chico.

-Mi oferta sigue siendo de un shekel de plata, comida y techo. Lo tomas o lo dejas.

El chico, convencido de estar haciendo un buen trato, levantó la mano para devolverle la bolsa a Aremos.

-¿Cómo te llamas?

-Dido, mi señor.

-¿Dido?... que nombre más extraño. El mío es Aremos.

-Vos... también sois extraño, mi señor –dijo el chico, que ahora también sonreía.

-Bien Dido, quédate esos shekels y cómprate algo de ropa nueva en el mercado, lávate y preséntate esta noche a las puertas del templo de Anu. Haré que pasen a buscarte para que te lleven a mi casa.

La procesión continuó su lento recorrido hasta llegar a la altura del Patio Alto del Eanna. Para entonces, ya había anochecido. El cortejo fúnebre se detuvo frente a la luz de las antorchas que iluminaban la amplia terraza del templo de Ishtar.

El primer consejero Shanu ascendió los escalones de acceso al Eanna seguido por los soldados que portaban el féretro. Con el redoblar de los tambores, depositaron el féretro en el catafalco que habían instalado en el centro de la terraza. Luego Shanu se retiró a un extremo, justo al borde de las escalinatas que descendían al Patio Bajo, donde los esclavos del Eanna ya estaban acomodando a reyes y príncipes.

Cesó el sonido de los tambores y el silencio se adueñó de nuevo de la ciudad. Quienes se encontraban en las inmediaciones del templo, incluso podían oír el crujir de la resina ardiente de las antorchas. Los sacerdotes de Anu que habían acompañado al féretro se unieron en el patio al grupo de religiosos llegados en representación de los principales templos de Sumer. Algunos habían venido del norte de Mesopotamia, del reino de Mari o de la lejana Ninive. Destacaba la presencia del anciano Kunem Duda, sumo sacerdote del Templo de Enki, en Eridu. Su avanzada edad hacía presagiar a muchos que ésta podría ser la última ocasión en la que podrían verle en Uruk.

Cuando todos estuvieron al fin acomodados, las sacerdotisas del Eanna iniciaron la Oración de los Muertos, una antigua composición mágica cantada a modo de letanía que, ya desde los tiempos anteriores al rey Meskiagasher, padre de Enmerkar, daba inicio al ritual de enterramiento del señor de Uruk.

Gilga, que se había sentado en uno de los bancos instalados al borde de la terraza, se sentía impresionado por la gran cantidad de gente que había acudido aquella noche a los funerales. Dada su estatura, no tenía ninguna dificultad para otear por encima de las cabezas de quienes le acompañaban. Observó también las calles adyacentes, como el Camino de los Misterios, que llevaba al este de la ciudad, o la Calle de los Esclavos, que bajaba hacia el Barrio de los Corrales, y comprobó que estaban completamente colapsadas. Se fijó entonces en los rostros de quienes se encontraban más cerca, en las primeras filas de la Gran Vía. Gentes sencillas que parecían sentirse realmente afligidas por la muerte de su señor.

Las sacerdotisas se desplazaron entonces a izquierda y derecha de la entrada del Eanna, despejando el acceso a la puerta principal, por donde apareció la estatua de Ishtar. Ésta había sido dispuesta sobre un ancho pedestal de madera maciza que arrastraban con delicadeza una docena de esclavos, tirando de varias cuerdas.

La estatua, recubierta de oro y con aproximadamente un cuerpo y medio de altura, había sido engalanada con diversos collares y pulseras. El pedestal que la soportaba también había sido ornamentado con hermosos ramos de flores. Antes de retirarse, los esclavos alzaron tres mástiles anclados en la parte posterior del pedestal, haciendo que por detrás de la estatua ondearan con la brisa unos largos velos rojos y negros que resaltaban aún más el brillo dorado de la estatua.

Empezó entonces a resonar un lánguido sonido procedente de los tejados del Eanna. El ronco aullido de unos enormes trombones de bronce que sólo los esclavos del templo con mayor fortaleza eran capaces de hacer sonar. Pero para la mayoría, lo que ahora estaban escuchando era el auténtico lamento de los dioses. Y aquello hizo que muchos se estremecieran.

Dos esclavos colocaron un trono a la derecha de la imagen de Ishtar. Y del interior del templo surgió, majestuosa, Tarina.

Gilga la contempló desde el lugar que ocupaba entre el resto de invitados. Sin lugar a dudas, aquella era la mujer más hermosa que jamás había visto. Como la diosa, Tarina se mostraba también desnuda, con las mismas joyas, los mismos collares, pulseras y pendientes; el mismo delicado velo rojo que dejaba traslucir sus partes íntimas. Su cuerpo había sido untado con aceites que hacían brillar su piel casi tanto como el oro que recubría a la estatua. Pero el hechizo de sus ojos, grandes y profundos, resplandecía a la luz de las antorchas con un brillo mil veces más intenso que el de las piedras preciosas incrustadas en el rostro de Ishtar.

Maldijo su destino por no poder estar en primera fila, frente al féretro del rey, para que ella pudiera fijarse en él aunque sólo fuera por un instante. Y recordó que, afortunadamente, Lugalbanda le había hecho un postrero regalo, mucho más valioso de lo que él mismo había imaginado en un principio. No tenía muy claro cómo se iba a desarrollar la última fase de la ceremonia, pero intuyó que aquella tablilla de arcilla que, según le había indicado el sacerdote que se la entregó, debía llevar consigo el día del funeral, le permitiría de alguna manera acercarse lo suficiente a la bella Tarina.

Cuando cesó el lamento de los dioses, una de las sacerdotisas entregó a la priora un pequeño recipiente con agua del Éufrates recogida junto al Templo de Enki, en Eridu, y que el sabio Kunem Duda había traído hasta Uruk. Era el símbolo del origen de la vida, del océano primigenio cuyo caudal daba la vida en las tierras de Sumer desde tiempos inmemoriales. Tarina abandonó su trono y se acercó hasta el catafalco. Lentamente, vertió el líquido sobre el féretro mientras recitaba una oración a la diosa, un antiguo conjuro para que el difunto pudiera mantener la realeza al entrar en la Casa de los Muertos.

A continuación la joven Marash, asistente de Tarina, salió del templo portando un pequeño cofre que contenía tierra de cultivo de los campos de Nippur. La había

traído el rey Mesier y simbolizaba la riqueza de los hombres. Marash entregó el cofre a su señora y ésta esparció la tierra sobre el féretro, mientras suplicaba a la diosa que también le fueran concedidas riquezas al rey en el mundo de los muertos.

Y, ya por último, una tercera sacerdotisa entregó a Tarina una bolsita tejida con hilo de lino, en cuyo interior había semillas de diferentes cultivos pertenecientes al Eanna. Aquel era el fruto de la vida, la fecundidad, y simbolizaba también el gozo sexual. También las semillas fueron esparcidas sobre el féretro para que nada de aquello le faltara al rey en el otro mundo.

Tras las libaciones, la suma sacerdotisa regresó de nuevo a su trono, junto a la estatua de la diosa, desde donde presenciaría la última parte de la ceremonia, la composición de la Corte del Rey Difunto.

En el cielo volvieron a sonar los lánguidos lamentos de los trombones. Un grupo de esclavos del Eanna rodeó el catafalco y lo empujaron lentamente por la superficie embaldosada del patio. Para la mayoría de los presentes, aquella era la despedida definitiva de quien había reinado en Uruk durante los últimos dieciséis años. El Patio Alto quedó desnudo. Y de esa forma, en silencio e iluminado por la llama de las antorchas, permaneció durante algunos instantes más.

Entonces apareció un grupo de esclavos que cargaban con unos bancos de madera que dispusieron en cuatro filas, frente a la puerta del templo, mirando hacia la diosa y dando la espalda a los invitados. Y otro esclavo con una cesta de mimbre. Varias sacerdotisas se acercaron y recogieron de su interior unos pequeños flautines que se llevaron a la boca y los hicieron sonar al unísono. Se creó un desordenado quirigay de silbidos, agudos y caóticos. Era el Canto de los Pájaros, que anunciaba la ceremonia de elección de los doce miembros que debían conformar la Corte del Rey Difunto, el séquito que acompañaría al rey para continuar sirviéndole en el mundo de los muertos.

Mientras tanto, en el patio exterior de la Casa del Cielo, al otro extremo de la Gran Vía, media docena de sacerdotes se afanaban en recoger el mobiliario y los útiles que habían utilizado en la ceremonia de despedida al rey celebrada allí aquella misma tarde. Uno de los sacerdotes, al ver como una mujer subía apresuradamente las escalinatas hasta la terraza del patio, interrumpió por un momento sus quehaceres y se acercó a ella. Comprobó que era una mujer bastante joven, delgada y menuda, vestida con una capa de fina lana marrón por encima de la túnica y un velo del mismo color que le cubría el pelo y le caía por encima de los hombros. Antes de que la muchacha pudiera decir nada, tuvo que tomar aire para reponerse de la carrera que, al parecer, la había traído hasta allí.

Preguntó por Nanshe. El sacerdote le pidió que aguardara un instante y se dirigió a la puerta del templo.

-Nanshe, aquella joven solicita hablar contigo –le informó, señalando al extremo del patio-. Dice que es urgente... Parece algo alterada.

Nanshe, que en ese momento cargaba con una de las vasijas, se la entregó al sacerdote y se fue hacia la joven. Mientras se acercaba, observó como ésta mantenía la cabeza agachada y trataba de ocultar su cara tapándose la con el velo.

-Soy Nanshe... ¿Querías hablar conmigo?

La joven se descubrió de nuevo y alzó su mirada hacia la ayudante de Ninsun. Nanshe se sobresaltó por aquel inesperado reencuentro.

-Hola, Nanshe... Yo... –Marash estaba muy nerviosa, también asustada. Hizo una pausa y tuvo que tragar saliva antes de poder continuar.

-Tranquila Marash –le dijo Nanshe-. Vamos al templo, a mis aposentos. Allí podremos hablar...

-¡No hay tiempo! –le respondió-. Hermana, yo... no sabía a quién acudir.

-Pero ¿qué ocurre?

-Creo que van... que quieren... envenenar al príncipe Gilgamesh –dijo, hablando atropelladamente-. Hoy... esta noche, en la ceremonia de elección de quienes habrán de acompañar al rey a su tumba...

Marash hizo una nueva pausa para tomar aire. La mueca de espanto que le devolvió Nanshe la asustó aún más y no pudo evitar que sus ojos se cubrieran de lágrimas.

-Hace algún tiempo escuché el final de una conversación entre el embajador Arketi y mi señora... Decían que el día del entierro del señor de Uruk, moriría alguien más –explicó Marash tratando de reprimir los sollozos-. Esta tarde... mientras preparábamos todo para los funerales, he visto como mi señora entregaba un pequeño recipiente al mago Osisi... y le decía que lo había conseguido a través de un mercader conocido del ilustre Rimus...

-No entiendo...

-Osisi, tras olerlo, le ha respondido que conocía aquel veneno, y que tardaría dos o tres días en hacer efecto y...

-Quizá no sea para Gilgamesh.

-...Y que en la ceremonia de la Corte del Rey Difunto se colocaría junto a Gilgamesh y que así no tendría ninguna dificultad...

El Canto de los Pájaros, el agudo silbido de los flautines que ya hacían sonar las sacerdotisas de Ishtar, llegó como un eco lejano, anunciando el inicio de la ceremonia de la Corte del Rey Difunto. Ambas hermanas se estremecieron.

-¡Debemos evitarlo como sea! –exclamó Nanshe mientras agarraba de la mano a su hermana, dispuesta a bajar apresuradamente los escalones-. ¡Hay que avisar al primer consejero Shanu... o al general Lamar An!

-¡Espera, por favor!... No puedo acompañarte. –Las lágrimas bañaban los ojos de Marash-. Si me ven contigo y llega a oídos de mi señora, temo que me encierre para siempre.

Nanshe besó en la mejilla a su hermana pequeña y se dispuso a salir corriendo hacia el Eanna, pero Marash la retuvo sujetándola de la mano.

-¡Espera! –le pidió-. No vayas por la Gran Vía, la muchedumbre te impediría acercarte al templo. Llegarás antes si vas por el Paseo de los Reyes... ¡Ten cuidado, hermana!

Siguiendo aquellas indicaciones, Nanshe se encaminó hacia el templo de Ishtar, mientras el sonido de los flautines seguía oyéndose a lo lejos.

Los primeros favorecidos por Lugalbanda fueron acercándose a los bancos que habían sido dispuestos ante la diosa. Merino y otros dos soldados de la guardia personal del rey alzaron la mano, mostrando las tablillas que les habían entregado días antes, confirmandoles que habían sido elegidos para participar en aquella ceremonia. Los tres dejaron sus armas en el suelo y abandonaron la formación para unirse al resto de elegidos. También lo hicieron dos de las esclavas preferidas del rey

y uno de los criados más ancianos del palacio.

Algunos, siguiendo el consejo de los sacerdotes que les habían entregado las tablillas, habían optado por no comentar nada a sus familiares hasta el último momento, a fin de sobrellevar con mayor entereza los que, probablemente, iban a ser sus últimos días de vida. En tal caso, la sorpresa solía desatar los llantos entre los más allegados. Y así sucedió con los familiares del barbero del rey, o con los del ilustre Isme Ea, jefe de la Casa de Escribas, cuando ambos alzaron también sus manos con la notificación.

Los sollozos fueron aún más notorios cuando alzó su tablilla el anciano Mewari Sin, el esclavo jardinero de palacio. Mewari abrazó y besó en la mejilla a cada una de sus tres hijas, y al marido que acompañaba a una de ellas. Cuando ya se alejaba, el insistente reclamo de su pequeño nieto rompió el respetuoso silencio, ¡Abuelo!... ¡Abuelo!..., gritaba, obligando al jardinero a detenerse para saludar al chiquillo, ajeno a las miradas de compasión que provocaba.

Tarina, solemne, seguía todo cuanto sucedía desde su trono, junto a la estatua de Ishtar, flanqueada por varias de las sacerdotisas.

Tal y como habían hecho los restantes elegidos, también Gilga sacó la tablilla del interior de su túnica y levantó su brazo, mostrándosela a todos. Se le aceleró el corazón al ver las miradas de lástima y resignación de cuantos le rodeaban. Rápidamente le abrieron paso para que pudiera dirigirse hacia los bancos que ocupaban quienes iban a participar en aquella ceremonia. Entre los elegidos, Gilga reconoció a un noble de avanzada edad, antiguo compañero de armas de Lugalbanda, y al cocinero de palacio.

Justo en ese momento, cesó el sonido de los flautines.

Osisi, alzando su tablilla, fue el último en abandonar su sitio entre los invitados. Al pasar junto a Aremos le cogió del brazo para llamar su atención y se detuvo por un instante.

-Siempre he sido fiel a Uruk y al rey –le susurró-. Y lo seguiré siendo hasta el último momento.

Aremos le miró desconcertado, pero antes de que pudiera preguntarle nada, el mago añadió:

-He leído los augurios. El destino a veces guarda sorpresas. Protege al hijo de Ninsun.

Y Osisi se alejó, sin más, dirigiéndose hacia los bancos donde se encontraban el resto de participantes en la ceremonia.

Shanu se situó en el centro de la terraza y aguardó a que el escriba del Eanna y un sacerdote de la Casa del Cielo hicieran el recuento de los presentes. Cuando acabaron, ambos se acercaron al primer consejero.

Los dioses habían sido generosos con Lugalbanda. Todos los convocados estaban presentes.

Dos esclavos sacaron entonces del interior del templo una cesta llena de pequeñas vasijas de arcilla que fueron colocando ante cada uno de los elegidos, procurando que la numeración grabada en cada vasija coincidiera con la de las tablillas que éstos habían traído consigo.

A continuación, todos los sacerdotes presentes en la terraza del Patio Alto se unieron a las sacerdotisas del Eanna y, juntos, rodearon los bancos, aislándolos de las miradas del resto de invitados. Los esclavos del Eanna apagaron las antorchas y, al momento, también se apagó la luz que llegaba desde la Plaza de los Dioses, al final de la Vía de los Ilustres.

En Uruk, reinaban ya el silencio y la oscuridad. Y desde lo alto, el lánguido lamento de los trombones inició de nuevo su canto. Esta vez lo hacía acompañado por los golpes de un gong... un golpe largo, y uno más corto, otro largo... y otro corto, otro largo... Entretanto, el escriba del Eanna iba rompiendo una a una las vasijas de arcilla. Todas contenían en su interior una extraña planta, una especie de bola del tamaño de un shekel de plata, formada por hojas superpuestas.

“Debéis arrancar las hojas del Fruto de la Muerte... y os las comeréis poco a poco”, explicó el escriba a los elegidos. “Al final, en el corazón del fruto, hallaréis su semilla. Si es roja, comedla y acompañaréis al rey a la Casa de los Muertos. Si es verde, el rey os concede a vosotros la elección... dejadla sobre la mesa y seguid con vuestra vida, o comedla y uníos a su corte”.

Gilgamesh tomó en su mano izquierda aquella bola y la observó unos instantes. Al tratar de arrancar una de las hojas comprobó que se desprendía con suma facilidad. Se la llevó a la boca. La masticó. Era tierna, de un sabor suave, dulzón, que permanecía en la boca aún después de habérsela tragado.

Arrancó otra hoja. Esta vez la masticó más lentamente, al ritmo que desde el cielo le marcaban los golpes del gong. Con la tercera hoja se dio cuenta de que le costaba controlar el movimiento de su boca al masticar. Sus mandíbulas parecían seguir su propia cadencia, entre golpe y golpe de aquel gong. Cuando arrancó la siguiente hoja, la mantuvo durante unos instantes entre las yemas de los dedos y comprobó que había perdido el sentido del tacto. El sonido de los trombones y del gong parecía que se intensificaban en el interior de su cabeza. Alzó la vista al cielo. Las estrellas eran mucho más grandes y numerosas de lo que nunca antes había observado. Y su luz de una intensidad deslumbrante, casi cegadora.

Intentó cerrar los ojos, pero sus párpados tampoco le obedecían. Se introdujo una hoja más en la boca mientras, intuía, seguía masticando. Y arrancó otra hoja. Extrañamente, empezó a notar como aquel sabor dulzón se filtraba también a través de las yemas de sus dedos. Era una sensación agradable que se iba extendiendo por la piel de las manos... de los brazos... del cuello.

Aunque no cerró los párpados, o al menos no era capaz de discernir si lo había hecho, su vista se apagó. Estaba perdiendo el control de su cuerpo y, entonces lo supo, también el de sus pensamientos.

Decidió dejarse llevar y entregarse a la placidez de la corriente que le arrastraba.

Ya no tenía un cuerpo, ni percepciones propias. Pero sí consciencia. Una extraña consciencia de la grandiosidad de unos mares en los que nunca había estado, y de la altura de montañas cuya existencia desconocía. En algún lugar, unas pequeñas crías de pájaros intentaban romper el frágil caparazón que las rodeaba. Él mismo empujó para ayudar a uno de aquellos animalillos a salir del huevo. Notó como, en tierras lejanas, una piedra se resquebrajaba por el calor, mientras, al otro extremo de las regiones conocidas, las lluvias regaban el bosque. Se veía a sí mismo precipitándose junto a aquellas gotas que caían desde lo alto y, a la vez, notaba como le golpeaban, refrescándole en la superficie robusta del tronco de un cedro, y también en las espigas de un extenso campo de trigo que recibía agradecido aquella agua.

Los guardias reconocieron a Nanshe en cuanto ésta alcanzó la zona reservada para los altos funcionarios y los miembros de la Asamblea. Uno de los jefes de escuadra se acercó a ella y, tras cruzar apenas dos palabras, le señaló las escaleras que ascendían hasta lo alto de la terraza del Eanna. La joven subió los escalones de dos en dos.

Alguien tocó la espalda de Aremos para llamar su atención. El anciano, que presenciaba junto al resto de invitados aquella última ceremonia de los funerales, se extrañó al observar a Nanshe haciéndole un gesto con la mano al final del patio, resollando y con la cara desencajada. Comprendió que algo grave sucedía y rápidamente

abandonó su puesto para acercarse a ella. Nanshe le contó la conspiración que su hermana Marash le acababa de revelar y Aremos, horrorizado, se dirigió sin perder un instante hacia el lugar que ocupaba el primer consejero Shanu, sentado entre los tronos de Mesier y Mebaragesi. Pero una escuadra de soldados, siguiendo las estrictas órdenes del general Lamar An, le impidió acceder a aquella zona. Y el jefe de escuadra le tuvo que repetir, por tres veces, que no hacía excepciones.

-¿Qué ocurre, ilustre Aremos? –le interrumpió inesperadamente el general Lamar An, muy atento a todo cuanto sucedía.

-General, creo... creo que quieren asesinar al príncipe Gilgamesh –dijo con voz temblorosa.

El general, por un instante, miró con incredulidad al anciano. Pero advirtió también la presencia de la asistenta de Ninsun, que asentía con gesto grave unos pasos más atrás.

-¡Rápido!... ¡Acompáñame! –ordenó el general.

Gilgamesh, poco a poco, iba recuperando de nuevo el control de su cuerpo. Tenía la sensación de que su voluntad le estaba siendo devuelta. Notó un agradable sabor en sus labios, salado, y se los relamió despacio. Volvía también a percibir las formas y los sonidos de su alrededor, aunque de una manera vaga, lejana. Percibía la presencia y la compañía de otras personas junto a él. A algunas las reconocía. Le alegró comprobar que, entre los presentes, se hallaba su padre, Noreb, el sumo sacerdote de Anu con quien Ninsun había compartido su vida hacía ya muchos años, antes de que él naciera. Ni siquiera se preguntó cómo era posible haberle reconocido, se limitó a recibir el cariño de Noreb. Y el de su abuelo Enmerkar, el gran rey, quien ahora le transmitía su fuerza y serenidad. Le llamó la atención de manera especial una mujer... o mejor dicho... una niña, un bebé, y supo que era la hermana a la que nunca llegó a conocer. Ahora lo hacía, y le transmitía su ternura. Tuvo también la sensación de recibir el ánimo de otra presencia. Era Lugalbanda. Pero ya no quedaba en él ni rastro de la debilidad enfermiza que le había aquejado en su último año de vida. Pudo así despedirse de aquel hombre noble y sabio al que no le había sabido mostrar su agradecimiento en vida. Aunque no tuvo que decir nada, le bastó con pensarlo.

Poco a poco Gilga iba recuperando el control de los movimientos de su mandíbula. Y la sensación del tacto en sus dedos mientras acariciaba la superficie del tablón de madera que hacía de mesa. Intentó abrir los párpados y comprobó que de nuevo recuperaba la visión. Quiso dirigir su mirada hacia las estrellas y pudo hacerlo. El cielo volvía a ser el familiar manto de pequeños luceros que iluminaban la noche de Uruk. Entonces bajó la mirada hacia la mesa y vio que tenía ante sí la semilla del Fruto de la Muerte.

Era de color verde... A él le estaba permitido elegir si quería o no comérsela.

Vio como varias sacerdotisas acompañaban al interior del templo a quienes ya habían comido la semilla y ahora iban a formar parte de la corte de Lugalbanda. Ente ellos reconoció a un anciano sacerdote de Anu y a la esclava favorita del rey. También a su barbero y a Merino, el hábil lanzador de hacha a quien Lugalbanda había nombrado recientemente jefe de su guardia. Se dirigían a la tumba real, a aquel lugar misterioso, oculto en el interior del Eanna y al que sólo las sacerdotisas de Ishtar y sus más fieles esclavos tenían acceso.

Se imaginó acompañándoles y, al hacerlo, sintió una enorme paz interior. Si comía aquella semilla, podría seguir gozando, ya por siempre, de placenteras sensaciones como las que acababa de experimentar... Miró a su izquierda. A su lado tenía al viejo Mewari Sin, que también parecía dudar ante su semilla verde. Oyó como el anciano jardinero musitaba unas palabras que no pudo comprender. Puede que estuviera recitando una oración. En ese momento, oyó la aguda voz de un chiquillo que gritaba... ¡Abuelo!... ¡Abuelo!... Y Mewari Sin apartó con su mano la semilla. Las largas conversaciones que el viejo esclavo había mantenido con el rey quedarían interrumpidas por algún tiempo.

Gilga le observó. Puede que Mewari Sin fuera el más pobre de los hombres pero, aun así, los suyos le reclamaban, querían que permaneciera junto a ellos y les ofreciera lo único que poseía, su simple presencia. Él, en cambio, estaba solo. No había una mujer, ni críos que le reclamaran un simple abrazo, ni un amigo que sintiera añoranza por su ausencia... Puede que aquella fuera la última oportunidad que se le brindaba de asegurarse un lugar digno en la Casa de los Muertos, acompañando a Lugalbanda. Contempló nuevamente su semilla mientras trataba de hallar una sola razón por la que rechazar aquella oportunidad.

Cogió la semilla y la hizo rodar entre las yemas de los dedos...

Apenas iniciaba el gesto de acercársela a la boca cuando una mano se lo impidió. Miró a su derecha y se encontró con el rostro familiar de Osisi, quien le sonrió con gesto cansado.

Gilga intentó confesarle su deseo de partir junto a Lugalbanda, pero antes de que pudiera decir nada, Osisi asintió con su cabeza, como si ya le hubiera escuchado.

-Debes vivir –le dijo el mago.

-¿Por qué? –insistió el príncipe-. ¿Qué sentido tiene?

-Concédete la oportunidad de hallar el motivo.

Gilga no lograba comprender si aquella conversación hecha de frases mudas era parte de los poderes del mago o si los dioses le habían concedido también a él mismo la extraña facultad de comunicarse con los pensamientos. Pero ahora percibía una bondad que antes no había sabido apreciar en aquel hombre. Se arrepintió de haber dudado de su honradez y de haberle confundido con un vulgar conspirador.

-¿Y si no lo encuentro?

-Entonces, vive... Simplemente, vive. Saborea la vida con agradecimiento y será suficiente.

Dicho esto, el mago cogió la semilla de Gilgamesh y se la llevó a la boca. Se levantó y, en ese momento, una sacerdotisa se acercó para guiarle al interior del templo. Osisi había elegido acompañar a su señor en el último viaje.

-¿Estáis bien, príncipe Gilgamesh?

Supo en seguida que aquella voz que ahora requería su atención, sí pronunciaba palabras reales. Y comprendió que todo cuanto había dicho y oído desde que sus dedos rozaran la primera hoja del Fruto de la Muerte, no había sido pronunciado. Entonces se volvió hacia el general Lamar An.

-Sí, general. Estoy bien.

A unos pasos de distancia, el embajador Arketi observaba la cara de Tarina. Le pareció entrever que bajo el rostro hierático de la gran sacerdotisa, se insinuaba una sonrisa. El veneno de las hojas que envolvían a la semilla, aún tardaría un tiempo en hacer efecto.

Acostumbro a concentrarme más fácilmente por las noches, a la luz de la llama de mi lámpara de aceite. Es entonces cuando puedo olvidarme de mis obligaciones y deleitarme con el estudio de las antiguas tablillas de arcilla que nos legaron nuestros antepasados.

Aquella noche me encontraba trabajando en una traducción que el propio Darío me había encargado antes de su huida. Yo comprendía la inutilidad de seguir dedicando mi tiempo a una labor encomendada por quien, sospechaba, ya nunca volvería a ver, pero lo cierto es que disfrutaba desvelando los secretos que contenían aquellas tablillas recién rescatadas de las ruinas del templo de Naram-Sin, en la antigua ciudad de Agadé. Se trataba de una colección de conjuros compilados durante siglos, cuyo objetivo no era otro que el de conseguir que el enamorado lograra atraer hacia sí el interés de la persona amada. Invariablemente todas las recetas, tras describir la composición de un sinfín de amuletos, ungüentos o brebajes, finalizaban con una exhortación a mostrarse dulce con el ser amado, a confesarle el amor y a cuidar el propio aspecto. De manera que si el sortilegio por sí mismo no hacía efecto, cosa que a mi entender era lo más probable, bastaba con que el pretendiente siguiera aquellos últimos consejos para que aumentaran las posibilidades de que el asunto en cuestión llegara a buen fin.

Tan centrado estaba en aquel trabajo que ni siquiera oí entrar en mi habitación a Nevén. Él era uno de los pocos muchachos del servicio personal de Darío que no había huido de la ciudad antes de que llegaran los griegos. Me sobresalté al descubrir su sigilosa presencia frente a mi escritorio, pero su contagiosa sonrisa rápidamente me tranquilizó.

-Imaginaba que todavía estarías despierto, Nabarzaes.

-Buenas noches, Nevén. ¿En qué puedo ayudarte?

-Nuestro señor quiere verte y me ha mandado a buscarte.

-Pero... ¿Cómo?... ¿Ha vuelto a Babilonia?

-Me refiero a nuestro nuevo señor, el rey Alejandro.

Rápidamente me dispuse a abandonar mi habitación. Palmeé el hombro de Nevén y le seguí sin más demora, mientras pensaba en las palabras que acababa de decir el muchacho... “nuestro señor”. Definitivamente, aquella frase casual acabó por convencerme. Realmente, ya nada volvería a ser lo mismo.

De camino a los aposentos que ocupaba Alejandro cruzamos varias estancias y pasillos. También pasamos discretamente por uno de los salones en el que los griegos y algunos de los persas de la corte de Darío parecían divertirse en otra de aquellas juergas con las que ya empezábamos a estar familiarizados.

Persas, griegos... no era difícil distinguir a los unos de los otros. Los antiguos cortesanos de Darío mantenían sus elegantes vestimentas de vivos colores, adornadas con todo tipo de pedrería y suaves tejidos anudados a la cintura a modo de fajín, mientras que los griegos solían vestir con una simple prenda de cuerpo y falda corta, aunque a medida que avanzaba la velada y la ingesta de alcohol, muchos acababan por descubrir su torso, a veces para refrescarse y, a veces, para impresionar a las mujeres con las que compartían el vino... Y esa era precisamente otra de las diferencias. El alcohol no sólo desinhibía la lengua a nuestros conquistadores, sino también el comportamiento, como bien podían comprobar todas aquellas prostitutas que traían a palacio.

Unos y otros se mantenían discretamente separados, diríase que por una línea invisible que nadie se atrevía a traspasar. Era indudable que los griegos, empujados por su propio rey, estaban haciendo esfuerzos evidentes por acercarse a los persas, pero tampoco cabía la menor duda de que para los persas no estaba resultando nada fácil adaptarse a las costumbres de sus nuevos señores.

Al fin, llegamos a los aposentos de Alejandro. Nevén me hizo entrar directamente, sin anunciarme ni dar ningún tipo de aviso. Y de esa forma, me encontré en el interior de una estancia enorme. Nunca antes había estado en aquella zona reservada del palacio y me impresionó observar el lujo que allí se concentraba. Una enorme cama con patas de oro, almohadones de vistosos colores y una cortina que la rodeaba a modo de mosquitera, hecha de un tejido casi transparente, tan fino y delicado que bastaba la ligera brisa nocturna que se colaba entre los ventanales para hacerla ondear con suavidad. Había varios sillones, todos ellos de madera hermosamente trabajada, tapizados con tejidos vistosos y con mullidos cojines en los asientos.

Alejandro salió de la bañera sin que pareciera importarle lo más mínimo que pudiera verle desnudo, aunque yo, algo incómodo, bajé la mirada para que no se sintiera ofendido. Mientras, Nevén le acercó una amplia pieza de paño blanco que sujetó con un broche por encima de su hombro. Alejandro se acercó a un escritorio situado junto a la cama, bajo una de las ventanas, y cogió un objeto envuelto en un pañuelo rojo. Luego se acercó hacia mí y me lo ofreció.

-Te devuelvo tu daga de bibliotecario, Nabarzaes –dijo, extendiendo el brazo-. Espero que sepas disculpar la desconfianza que te mostramos al confiscártela.

Recogí la daga con ambas manos y con toda la humildad de que fui capaz. Agradecido, alcé la vista. Pude entonces observar su rostro y comprobar lo extraordinariamente joven que era. Bien es cierto que poseía un cuerpo de una gran fortaleza, sin duda el que corresponde a un soldado curtido en un sinfín de batallas y de pesadas marchas, pero aquella mirada... era la mirada de un niño, un niño vivaz y alegre. Sus ojos brillaban, quizá humedecidos por el agua que todavía empapaba su rostro o, posiblemente, por los efectos del vino que, según me había advertido Nevén mientras nos acercábamos a la estancia, había estado consumiendo durante la velada. Pero, fuera como fuese, aquella era una mirada que te atraía y te atrapaba. Viéndole en persona, era fácil comprender el porqué de la devoción con la que todos trataban a aquel hombre. Y no sólo por los propios griegos, sino también por los persas que habían permanecido en palacio y por los babilonios antiguos, como llamo yo a los descendientes de los antiguos habitantes de la ciudad. Todos parecían admirarle.

-Gracias, mi señor.

Me sentía algo incómodo. Incómodo pero halagado. El gran Alejandro, el conquistador que había doblegado al mayor ejército jamás conocido, estaba ahora ante mí, desarmado, y parecía también algo adormilado. Durante el reinado de Darío, mi anterior señor, nadie podía acceder a su presencia sin que todo estuviera previamente preparado, con su guardia personal vigilante a menos de cinco pasos y mi señor maquillado y adecuadamente vestido con ricos ropajes.

-¿Sabes por qué he pedido a Nevén que te trajera?

-No, mi señor –mentí.

Recordaba la cara de admiración de Alejandro el día de su llegada a Babilonia cuando, tras nuestro primer encuentro en la sala de lectura del harén, le hablé de Gilgamesh. Desde entonces había tenido el presentimiento de que, tarde o temprano, el conquistador griego querría conocer su historia. No puedo negar que me atraía la

posibilidad de poder narrársela en persona, pero, por otra parte, temía que llegado el momento decidiera enviar a Grecia, como parte del botín, las antiguas tablillas de lapislázuli grabadas con el relato.

–“El primero de los grandes reyes”, dijiste y, añadiste, “el elegido por los dioses” –aclaró mientras se sentaba en unos de los sillones y me invitaba a hacer lo mismo.

-Os referís a Gilgamesh..., mi señor.

-Toma asiento, Nabarzaes –insistió, señalando a uno de los sillones situados junto al suyo.

-Mi señor...

-¿Qué ocurre?

-Sois el rey... Yo... no puedo sentarme junto a vos.

Alejandro ordenó a Nevén que acercara el pequeño taburete situado a los pies de la cama, pero cuando me iba a sentar en él, se levantó rápidamente y puso su pie encima. Me asusté. Ciertamente, no había caído en que todavía no me había dado permiso para hacerlo.

-Os... Os pido disculpas... mi señor –dije-. Soy un anciano torpe y...

-Estoy cansado, Nabarzaes, y me gustaría poder sentarme cómodamente en uno de estos sillones.

-No os entiendo... -mi corazón se aceleraba.

-Cuando era pequeño, mi maestro, el sabio Aristóteles, nos llevó al campo el primer día de clase. Encontramos un lugar elevado desde el que se divisaba la ciudad y nos dijo que nos sentáramos, pues iba a empezar allí mismo sus enseñanzas –explicó con semblante serio, como si pretendiera imitar a su maestro-. Había tan sólo una roca lo suficientemente grande para que pudiera servir de asiento y dudé de si debía cederle el sitio a él o si debía sentarme yo, pues era el hijo del rey Filipo. Aristóteles debió de intuir mi duda e inició su charla diciéndonos que para llegar a ser sabios debíamos empezar por honrar a quienes nos pueden transmitir sus enseñanzas... Y dicho esto, se sentó sobre la hierba, en el suelo, antes incluso de que lo hicieran los demás. Y allí, a la vista de todos, quedó la piedra sin que nadie osara reposar su trasero en ella.

Alejandro me miró sonriente y con un gesto de su brazo me invitó una vez más a sentarme a su lado.

En mi vida nadie me había honrado de aquella forma.

-Háblame de Gilgamesh, Nabarzaes.

-¿Puedo quedarme, mi señor? –preguntó Nevén, mientras le servía vino en una copa que dejó junto al sillón, a los pies de Alejandro.

El rey asintió y Nevén se acomodó sobre la alfombra, apoyando su codo sobre el pequeño taburete.

Empecé mi relato explicando a Alejandro y a Nevén, cómo los dioses crearon la ciudad de Eridú. Les hablé también de los reinos de aquella época ya lejana, de Kish, de Ur, y también de Uruk, la ciudad que Meskiagasher convirtió en reino, y de cómo su hijo, el rey Enmerkar, hizo de ella una ciudad poderosa, temida y respetada en toda Mesopotamia. Les hablé de la hija de Enmerkar, Ninsun, quien se casó con Noreb, el gran sacerdote del templo de Anu y les expliqué que, a la muerte de éste ella misma le sucedió como gran sacerdotisa, estando embarazada de Gilgamesh.

Temía extenderme demasiado en el relato y aburrir a Alejandro, pero cada vez que generalizaba o intentaba avanzar saltándome los detalles, me interrumpía con sus preguntas, solicitándome aclaraciones. Eso me llevó a que me explayara algo más de lo que me hubiera gustado en los pormenores del inicio del reinado de Lugalbanda, el fiel general de Enmerkar, quien, una vez en el trono, se convirtió en el principal protector de Ninsun y del pequeño príncipe. Le expliqué la tragedia que asoló al reino durante los dos años en los que la violenta crecida del Éufrates arrasó las cosechas y se llevó por delante las vidas de multitud de granjeros y jornaleros del campo, destruyendo los canales de riego, borrando los caminos y aniquilando los rebaños de animales que proveían a la ciudad de alimento, pieles, lana y, también, de fuerza para el tiro de los arados.

Fueron tiempos duros en los que el rey se vio obligado a aceptar la ayuda de Kish. Y lo hizo a un alto precio... El sometimiento a la voluntad de un rival ambicioso y cada vez más poderoso.

-Dime, Navarzaes, ¿por qué se dice que Gilgamesh era mitad humano y mitad divino? –me preguntó Alejandro-. ¿Por ser hijo de un sumo sacerdote?

-Quizá por eso, mi señor. O quizá porque estaba predestinado a que su nombre fuera recordado ya por siempre. Los hombres acostumbramos a elevar de categoría a todo aquel que destaca por sus hazañas, no sé si para honrarlo o para sacarlo del eslabón que nosotros mismos ocupamos y que, por comparación, nos convierte en mediocres.

Alejandro me miró algo desconcertado por mi respuesta. Temí haber sido demasiado osado.

-Muchos creen que yo mismo tengo un origen divino –dijo.

-Sois un gran conquistador, mi señor... El más grande de todos los tiempos –añadí con prudencia. Y agardé en silencio. Un silencio que se me hizo eterno.

Intentando huir de aquel sendero angosto al que me había asomado, miré a Nevén y vi que hacía verdaderos esfuerzos por mantener sus ojos abiertos. Y justo en aquel instante de silencio, decidí que había llegado el momento de irse a dormir. Sin más, se dirigió a la cama de Alejandro y se dejó caer sobre ella. Me sorprendió comprobar que algo parecía moverse entre los cojines, como si algún animalillo buscara un mejor acomodo ahora que debía compartir el espacio con Nevén. Advertí entonces que se trataba de una joven que portaba en su muñeca el brazalete de plata que identificaba a las esclavas de palacio.

Por un momento dudé de si debía abandonar la estancia, pero Alejandro, haciéndome un gesto con la mano, me animó a proseguir con el relato de la historia de Gilgamesh.

Pero antes de hacerlo, persistí un poco más en mi osadía. Algo muy poco habitual en mí.

-Mi señor, yo soy un viejo funcionario de la corte del rey Darío, y ese muchacho –dije señalando a la cama- pertenecía a su servicio personal... ¿Es que... no teméis por vuestra vida?

-¿Miedo de Nevén? –sonrió-. No veo que haya en él odio, o temor, o resentimiento hacia mí. Y cuando habla de Darío en mi presencia, es de los pocos que lo hace con sumo respeto y lealtad... Y eso me gusta. Y en cuanto a ti, Nabarzaes, aun a riesgo de tu vida te lanzaste a defender aquellas tablillas de lapislázuli que guardan una antigua historia de estas tierras. Creo que tu patria es la historia de tus antepasados, no el imperio de Darío.

Ya me conocía mejor que nadie. Ahora que Darío había huido y que los griegos habían tomado la ciudad, me daba cuenta de que, efectivamente, no sentía ningún pesar por la derrota de los persas. Habían ocupado Babilonia desde hacía generaciones y, aunque no sentía animadversión hacia ellos, yo nunca me había considerado parte de ese pueblo. Mis antepasados, como los de muchos otros habitantes de esta ciudad y del resto de Mesopotamia, ya estaban en estas tierras antes de que el rey Ciro las ocupara. Hacia ya demasiado tiempo de eso... Desde entonces, la sangre de los conquistadores no había dejado de mezclarse con la de los antiguos pobladores. También con la de mi propia estirpe, pero, aun así, yo siempre quise considerarme heredero de una cultura mucho más antigua que la suya. La vieja Babilonia, directa legataria de la antigua Sumer... Ése era mi linaje.

-Mi madre, la reina Olimpia, dice que yo provengo del mismísimo Zeus.

Deseaba que Alejandro cambiara de tema pero, para incomodidad mía, insistía otra vez en buscar mi respuesta.

-¿Crees que eso es posible, Navarzaes?

-No lo sé..., mi señor –titubeé-. Viéndoos aquí, a mi lado, observando la juventud de vuestro rostro y pensando en todo lo que habéis conseguido, he de pensar que vuestra madre no falta a la verdad. Pero cuando lo piense en la soledad de mi estancia, rodeado de los escritos donde los sabios dejaron su impronta, creo que llegaré a la conclusión de que, en realidad, soy yo el que pertenece a la categoría más común entre los hombres... la de los mediocres.

Alejandro no dijo nada. Se limitaba a observarme con el ceño fruncido. Quizá esperaba oír de mi boca palabras que confirmaran sus deseos, palabras que yo no podía decirle sin traicionarme a mí mismo.

-Pero... también creo que nunca seré capaz de averiguar si lo soy por decisión de los dioses o por propia cobardía –añadí con cautela.

Pensativo, alargó su mano y recogió del suelo la copa que le había dejado Nevén.

-¿Quieres un poco de vino?

-No, mi señor. Gracias.

-La cobardía, el valor... Creo que de todo eso entiendo algo, Navarzaes –dijo-. Y yo no creo que seas ningún cobarde.

Agradecí aquel comentario.

-Es inquietante no estar seguro... de lo que uno es –añadió, mirando fijamente a su copa de vino-. Al conquistar Egipto me convertí en el rey de un pueblo cuya historia se pierde en la memoria... Egipto posee impresionantes monumentos dedicados a la gloria de antiguos gobernantes, y atesora también un profundo respeto hacia sus dioses. Entrar en sus templos es... como... compartir la grandeza de sus dioses... saltar la barrera... Y aquel pueblo sabio me recibió como a uno de sus propios dioses.

Alejandro apartó sus ojos de la copa y me miró. Creo que buscaba en mi expresión la confirmación de la coherencia de sus propias palabras. Alguien podría pensar que estaban dictadas por el cansancio y el alcohol, pero aquellas reflexiones no eran meras divagaciones. Comprendí que aquel hombre era en realidad, y por encima de todo, un buscador, un buscador de sí mismo.

-Deseaba, necesitaba, acudir al templo de Amón –continuó- y crucé el desierto hasta el oasis de Siwa. Allí los sacerdotes me condujeron al interior del lugar más sagrado del templo, ante la presencia del propio Amón... Y ¿sabes lo que sucedió, Nabarzaes?

-No, mi señor.

-Estaba muy oscuro y... quizá fue el cansancio... o el miedo que de repente se apoderó de mí, un miedo extraño, no a la muerte o al dolor, sino... al frío, a la soledad... Perdí el conocimiento. Me desmayé antes de que pudiera preguntarle nada a aquel dios. Cuando desperté, me encontré sentado en el trono de Amón y los sacerdotes me veneraban postrándose ante mí. –Alejandro me miró fijamente a los ojos-. ¿Qué soy yo, Navarzaes?

-Sois... Alejandro, mi señor.

Agradecí a los dioses el haberme inspirado aquella respuesta. Tras otro instante de silencio, el rey sonrió y apuró en dos sorbos pausados su copa.

-Continúa hablándome de Gilgamesh, por favor –me pidió mientras se levantaba para servirse algo más de vino.

Y entonces le hablé de cómo Gilgamesh, una criatura mimada en la corte de Lugalbanda, creció y se convirtió en un joven príncipe, caprichoso y déspota con todos cuantos le rodeaban... especialmente con las hijas de los cortesanos. Aunque, a decir verdad, ninguna muchacha de la ciudad estaba a salvo de sus desmanes, pues perseguía por igual a nobles y a sirvientas. También se decía que su apostura hacía que fueran muchas las que en realidad le buscaban a él. Su mala fama se extendió cuando empezó a frecuentar las tabernas de Uruk, siempre acompañado por los caprichosos vástagos de las familias nobles de la ciudad. Sólo la decisión de Lugalbanda de incorporarle al ejército como jefe de compañía, le permitió encontrar por fin una actividad en la que poder volcar su excesiva vitalidad.

Alejandro celebró enterarse de que, como él mismo, también Gilgamesh había sido soldado. Pero quiso dejarme claro que él había sido un digno heredero del trono de su padre, el rey Filipo de Macedonia. Se interesó por la organización del ejército en aquella época y por las armas que utilizaban. Sinceramente, creo que él estaba disfrutando de aquella velada y, en cuanto mí, sólo puedo decir que me sentía como si alguno de esos dioses a los que, he de confesarlo, no acostumbro a tenerles en demasiada consideración, me hubiera recompensado dándome la oportunidad, y el deleite, de poder explicar aquella historia al más grande de los reyes.

Hacia ya algún tiempo que me rondaba por la cabeza la idea de escribir la historia según la versión que me había llegado a través de mis antepasados, antes de que se consumieran los pocos años de lucidez que, por aquel entonces, pensaba que me podían quedar. Tras aquella primera noche con Alejandro, empecé a albergar la esperanza de que quizá ya no fuera necesario, pues la supervivencia de la historia podría asegurarse a través de la estirpe del joven conquistador. Poco importaría ya que mi amada esposa hubiera fallecido sin haberme dado descendencia, si quien tomaba el relevo era nada menos que el propio Alejandro. Incluso llegué a convencerme de que él debía ser el próximo custodio del tesoro de mi familia.

Los acontecimientos que vendrían después hicieron que me percatara de mi error...

De todas formas, durante aquella noche, una noche mágica en la que el tiempo se detuvo, en la que nada ni nadie existía más que el joven Alejandro y este viejo bibliotecario, continué narrándole cómo la vida de aquel príncipe engreído dio un giro brutal el día en que sintió, por primera vez, el calor de su pueblo. Ocurrió en el

transcurso de unas competiciones deportivas en las que Gilgamesh supo vengar el orgullo herido de su gente ante la ofensa y el desprecio de los soldados de la todopoderosa ciudad de Kish. Y le expliqué también cómo el rey Mebaragesi envió a su hijo Arketi a Uruk, como embajador especial, para hacerse con el trono de la ciudad.

Alejandro me confesó que se sentía muy cercano a aquel joven príncipe. Y también que comprendía su comportamiento, fruto, según dijo, de la rabia que debía albergar en su interior por el sometimiento de su pueblo a un rey extranjero. Casi se emocionó al mencionar el orgullo que había sentido al acaudillar a sus hombres en la recuperación de las antiguas ciudades griegas en manos de los persas. Supongo que en ese momento él ya se había dado cuenta de que yo me consideraba un babilonio, no un persa.

La noche siguió avanzando. Nevén dormía desde hacía ya largo rato, indiferente a las posibles necesidades que pudieran afectar a su señor. Tan absortos estábamos en la historia de Gilgamesh que ni siquiera nos dimos cuenta de que ya se había agotado el aceite de dos de las cuatro lámparas que alumbraban la estancia. Y en medio de la acogedora penumbra que nos envolvía, tuve la tentación de revelarle el secreto de mi posesión más preciada, de confesarle que aquel hermoso cofre de bronce con sus delicadas tablillas de piedra azul, no era el legado más valioso que me habían dejado mis antepasados. Pero cuando estaba a punto de mostrarle el medallón que colgaba de mi pecho, una pieza de cuya existencia ni Darío, ni ninguno de los reyes que le habían precedido habían sido jamás informados, se acercó a la estancia Hefestión, uno de los hombres en quien más confiaba Alejandro. Hefestión era el único, junto con Nevén, a quien le estaba permitido entrar y salir de sus aposentos privados sin necesidad de pedir autorización o de ser anunciado por los soldados que hacían guardia en los pasillos de aquella zona reservada del palacio.

-¿Qué sucede, Alejandro? –preguntó Hefestión-. Falta poco para que amanezca y, al pasar, he visto la luz de las lámparas...

-Sí, amigo mío, y es algo tarde, pero Navarzaes ha conseguido que en esta noche el tiempo pase sin darme cuenta... ¿Y tú, Hefestión... Has estado bebiendo hasta ahora?

-Hace rato que se acabó la velada, pero Clito y Parmenion nos han amenizado, a los pocos que aún aguantábamos algo serenos, con un apasionado debate acerca de si tu padre hubiera optado por regresar a Grecia tras la victoria en Issos, o si hubiera seguido tus mismos pasos hasta la derrota total de Darío...

-¿Y han llegado a alguna conclusión?

-¡Bu!... A varias.

-¿A varias?

-A ratos parecían estar convencidos de que tu padre hubiera actuado como lo has hecho tú... Y a ratos todo lo contrario.

-¿Y los demás qué decían?

-¿Los demás?... –Hefestión sonrió-. Al principio nos costaba seguir la conversación por los efectos del vino..., luego, por el sueño. Pero todos están contentos de haber llegado hasta aquí y del inminente regreso a Macedonia. Esperan que lo anuncies en la reunión de mañana.

Alejandro centró de nuevo su mirada en la copa de vino mientras mecía el contenido en su interior. Tuve la sensación de que algo tramaba. Creo que también Hefestión se dio cuenta de ello, pero prefirió no intentar sonsacárselo. Durante el tiempo que permanecieron en Babilonia no tuve muchas más ocasiones de disfrutar de la compañía de aquellos dos hombres extraordinarios, pero fueron suficiente para darme cuenta del profundo respeto que sentían el uno por el otro. Intuí en Alejandro una confianza absoluta en la lealtad de Hefestión.

-He dejado el salón con todos durmiendo, excepto Clito, que sigue argumentando sus opiniones sin darse cuenta de que ya nadie le escucha –añadió con ironía.

-¿Tanta vehemencia pone en su exposición?

-No. Simplemente está borracho como una cuba –ambos rieron. Entonces Hefestión me miró. Parecía cansado-. ¿Y bien... de qué hablabais vosotros?

-Navarzaes me explicaba la historia de Gilgamesh, un antiguo rey de los sumerios.

-¿Sumerios?

-Sí, Hefestión. Me parece que antes de que Zeus decidiera quedarse a vivir en nuestra amada Grecia, ya había visitado estas tierras... Los sumerios le llamaban Anu –dijo-. Es posible que a Aristóteles no le diera tiempo a explicarnos algunas lecciones de historia...

Hefestión parecía intrigado. Se acercó a Alejandro y le cogió su copa de vino, dio un trago y se la devolvió. Luego acercó uno de los sillones y, tras forzar un eructo, tomó asiento frente a nosotros dos.

-¡Continuad!... Ya os lo he dicho, aún falta un poco para que amanezca.

Les relaté entonces como un grupo de mercenarios semitas asaltó Uruk, conforme al plan trazado por Lugalbanda, la suma sacerdotisa Ninsun y un antiguo miembro de la Asamblea de la ciudad llamado Aremos. Aquel ataque debía servir de pretexto para evidenciar ante el palacio de Kish la conveniencia de reforzar la muralla de la ciudad.

Y también les narré el rápido agravamiento de la salud de Lugalbanda. Y su muerte.

A Alejandro le agradó saber que a los funerales del rey asistieron todos los grandes reyes de Sumer. Nos dijo que era partidario de honrar en su muerte a quienes en vida habían sido grandes señores, incluso a aquellos que pudieran haber sido adversarios en la batalla, pues, según explicó, los dioses no le perdonarían que se mostrara mísero con quienes un día fueron los escogidos. No estoy seguro de haber comprendido exactamente a qué se estaba refiriendo, pero sí que pude comprobar después la honda impresión que le causó descubrir que, en aquella época, solían enterrar junto al rey a una parte de los miembros de su corte para que continuaran sirviéndole en la tierra de los muertos.

-¿Y fue entonces cuando Gilgamesh subió al trono de Uruk? –preguntó Alejandro.

-Él era el único príncipe del reino, pero no por ello era el heredero –le aclaré-. Al rey lo elegía la Asamblea de ilustres.

-Pero Gilgamesh tendría amigos en esa asamblea –intervino Hefestión.

-A decir verdad, no muchos.

-Un rey necesita amigos en quienes apoyarse... –susurró entonces Alejandro. Observé como ladeaba la cabeza, mirando a Hefestión quien, con expresión algo

somnolienta, le devolvió una sonrisa.

-Eso, mi señor, es precisamente lo que Gilgamesh estaba a punto de descubrir... -agregué-. Los dioses, el destino, la casualidad... quién sabe el motivo, pero lo cierto es que en el camino del joven príncipe estaba a punto de cruzarse aquél a quien iba a considerar como un amigo, a quien confiaría sus secretos y cuya compañía le reconfortaría el espíritu y le permitiría estar, al fin, en paz consigo mismo.

Para entonces, también nosotros, el propio Hefestión y yo mismo, estábamos a punto de averiguar el anhelo oculto de Alejandro, un deseo que iba a marcar el destino de su imperio y al que, estoy seguro, acabó de dar forma durante aquella misma noche.

La victoria ante Dario ya no sería el final, sino un simple alto en el camino.

Repartidos entre los palmerales que salpicaban las orillas del Éufrates a su paso por las tierras de Uruk, cientos de visitantes habían permanecido acampados aguardando el final del periodo de duelo por el rey Lugalbanda. Eran mercaderes, vendedores de esclavos, jornaleros en busca de trabajo o simples aventureros a la caza de oportunidades a quienes no se les había permitido cruzar las puertas de la muralla.

Pero, tres días después de los funerales, el duelo ya se daba por finalizado y se iniciaban los preparativos para la elección del nuevo rey. Volvieron a reabrirse los accesos a la ciudad, el mercado fue de nuevo abastecido y los talleres de artesanos reemprendieron el trabajo intentando recuperar los retrasos acumulados en la entrega de los pedidos. Los escribas y funcionarios reanudaron también sus tareas y volvieron a formalizarse acuerdos de compraventa de tierras, de animales y de grano.

El reino bullía de nuevo. La tristeza que había invadido todos los rincones de la ciudad cedía ahora paso a la ilusión por el inicio de una nueva etapa que todos esperaban venturosa.

Y en aquel día de principios del verano, de buena mañana, los sesenta ilustres que formaban parte de la Asamblea aguardaban ya el inicio de la sesión, repartidos entre los cinco escalones de la grada semicircular que rodeaba la Plaza de los Dioses. Nadie tenía muy claro si para la elección del nuevo rey serían necesarios varios días de debates o si bastaría con una sola jornada, así que en el momento fijado para el inicio de aquella primera sesión los alrededores de la Plaza de los Dioses ya se habían colapsado por la gran afluencia de ciudadanos. Isme Ea, el jefe de la Casa de Escribas, no ocultaba cierta preocupación por la presencia de toda aquella multitud. Y sólo se sintió algo más aliviado al ver acercarse al general Lamar An.

-El gentío abarrota por completo la Vía de los Ilustres, prácticamente hasta alcanzar la Gran Vía. Pero los ánimos están calmados –le dijo el general-. He dado órdenes para que venga otra compañía de soldados de refuerzo.

-¿Qué hacemos? ¿Inicio la sesión o espero a que lleguen?

-No creo que sea necesario esperar.

Mientras el general se dirigía a su posición habitual en la grada, el escriba solicitó permiso al primer consejero Shanu para iniciar la sesión. Éste, sentado tras él en la zona acotada a modo de palco, le dio su autorización. A una señal de Isme Ea, los dos muchachos de la escuela de escribas que debían hacer de voceros hicieron sonar los flautines, invitando al gentío a guardar silencio.

Muchos trataban de protegerse del sol cubriéndose la cabeza con un pedazo de tela. También lo hacía Gilga, que intentaba pasar desapercibido bajo una de las palmeras que bordeaban la Vía de los Ilustres. Tal y como le había aconsejado su madre, había renunciado a presentar una denuncia pública ante la Asamblea. Acusar de conspiración y de intento de asesinato, nada menos que a la priora del Eanna, al embajador de Kish y al ilustre Rimus, uno de los hombres más influyentes de Uruk, no era, ciertamente, una acusación fácil de sostener, sobre todo cuando no se tenía ninguna prueba, más allá de las declaraciones de Nanshe acerca de la confesión de su hermana Marash. Tampoco Shanu, el primer consejero, parecía tener la fortaleza necesaria para atender una denuncia de ese calado, enfrentándose a las presiones de los conspiradores.

En los últimos días Gilga había permanecido oculto en la Casa del Cielo pero, ahora, acudía a aquella trascendental sesión de la Asamblea acompañado de Nanshe. Una vez más, la miró de reojo con disimulo. La joven se hacía pasar por su pareja, sustituyendo la habitual túnica marrón de los sacerdotes de Anu por una simple prenda de ropa gastada. Gilga se sentía extrañamente reconfortado por la presencia de aquella muchacha, quizá la única en quien podía confiar...

Cuando se acallaron los murmullos del gentío, Isme Ea concedió el uso de la palabra al ilustre Aremos, el miembro de mayor edad de cuantos habían solicitado intervenir.

-¡Ilustres miembros de esta Asamblea! -La voz de Aremos resonó decidida-. Durante dieciséis años los dioses nos han concedido la gracia de contar con un rey sabio. Gracias a él hemos vivido un largo periodo de paz.

Bastaron aquellas primeras palabras para evidenciar que con sólo dos voceros iba a ser muy difícil que las intervenciones pudieran llegar a la mayoría de los congregados. El chico que hacía de primer vocero se había situado en un extremo de la Plaza de los Dioses, mientras que el segundo se hallaba encaramado en lo alto de una escalera de madera, a unos cincuenta pasos más allá, y se esforzaba en gritar para que su voz transmitiera las palabras a quienes se encontraban aún más lejos.

-Ahora, con el recuerdo todavía vivo de Lugalbanda, tenemos la responsabilidad de elegir a un nuevo rey –continuó Aremos-. Los dioses ya han decidido quién será, pero a nosotros nos corresponde descubrirlo.

El muchacho que hacía de segundo vocero, consciente ya de que, por mucho que se esforzara, no conseguiría que sus palabras alcanzaran a quienes se encontraban más lejos, optó por bajar el tono de su voz y evitar así que se le quebrara. Entonces se fue levantando nuevamente un murmullo provocado por quienes, de manera espontánea, empezaron a transmitir a los de más atrás las palabras que les llegaban de la Asamblea.

-Sabiduría y experiencia. Esas son las cualidades que a mi parecer debe tener la persona elegida –concluyó Aremos.

La mayoría de los ilustres asintieron con gestos de aprobación a aquella primera intervención. Hacía ya mucho tiempo que no escuchaban a Aremos en la Asamblea y, ahora, todos podían comprobar que aquel anciano, en contra de los rumores que circulaban, todavía parecía atesorar una gran inteligencia.

Varios ilustres alzaron su mano solicitando el turno de palabra. Y la retiraron de inmediato al observar que Rimus levantaba la suya. Tras secarse el sudor de la frente con su pañuelo, el mercader se puso en pie.

-Sabías palabras las de Aremos. Sabiduría y experiencia –repitió Rimus mirando hacia el anciano-. Tu mano, apreciado Aremos, es ya algo temblorosa y tus brazos han perdido buena parte de su fuerza. Pero los dioses te han traído de nuevo a esta Asamblea. Tu presencia hoy aquí, para mí... –hizo una pausa y señaló al cielo... es una señal.

Rimus, maestro de los silencios, sabía cómo crear en aquellos que le escuchaban el deseo de seguir oyendo sus palabras, como si se tratara de un sabio adivino que está a punto de desvelar un importante secreto.

-Pero estoy convencido de que tu verdadera fortaleza –continuó- se halla en tu decidida voluntad de servicio a esta ciudad... -hizo una nueva pausa-. Por ello me permito, humildemente, proponer a esta Asamblea que nombre como nuevo rey de Uruk... ¡al ilustre Aremos! –gritó, para que todos pudieran oírle con claridad.

Gilga, sacudido por aquellas inesperadas palabras, se irguió tenso, apoyando su mano sobre el tronco de la palmera que tenía a su lado. En sus entrañas prendía un fuego que le empujaba a gritar, ¡Traidor!, con todas sus fuerzas. Pero, con gran esfuerzo, logró contenerse, apretando los dientes mientras intentaba asimilar aquella puñalada de quien había recibido la confianza de Lugalbanda e, incluso, de su propia madre. Miró a su alrededor y no vio más que indiferencia hacia su presencia. Algunos aplaudían, otros murmuraban comentarios que no alcanzaba a comprender. Apartó de su cara el paño de lino con el que se cubría la cabeza y miró una vez más de soslayo a Nanshe. La joven, dándose cuenta de la desazón que en aquel momento punzaba al príncipe, le tomó la mano, asiéndola con firmeza. Aquello le tranquilizó.

Mientras tanto, Rimus contemplaba satisfecho los aplausos que surgían entre los miembros de la Asamblea. Todo parecía estar transcurriendo según los planes trazados. También Osisi, a pesar de que finalmente quiso ser enterrado junto al cuerpo de su señor, parecía haber cumplido con su parte del plan, pues nadie había vuelto a ver a Gilgamesh tras los funerales de Lugalbanda. A estas alturas, si todavía no se había anunciado la muerte del príncipe, probablemente se debía a su indudable fortaleza física, que aún le permitía seguir resistiéndose a los efectos del mortal veneno con el que el mago había impregnado las hojas del Fruto de la Muerte.

Aremos, poniéndose de nuevo en pie, alzó sus manos solicitando silencio a los miembros de la Asamblea.

-Gracias, muchas gracias... –decía, mientras insistía en su gesto para que guardaran silencio-. Creo... Creo que debo ser honesto... Ya no tengo la fuerza necesaria para soportar sobre mi espalda el peso de esa responsabilidad. El elegido, sea quien sea, contará con el favor de esta Asamblea. Y por eso no debemos designarlo desde el miedo a equivocarnos, sino desde la ambición del glorioso destino que merece esta ciudad.

Entre quienes se encontraban más lejos de la Plaza de los Dioses se apoderó la confusión. Apenas les empezaban a llegar las palabras de Rimus proponiendo a Aremos como candidato, cuando por boca de otros ya les llegaba también la información de que el anciano declinaba aquel ofrecimiento. Muchos no acababan de poner en claro cuál de las dos intervenciones había sido la última. Mientras en algunas zonas surgían nuevos aplausos, incluso algunos vítores, en otras se hacía un silencio expectante.

-Hay un hombre en Uruk... –Aremos hablaba despacio, dando tiempo a que los voceros empujaran sus palabras a los más alejados-... que comparte la sangre de quienes ya demostraron su audacia en el trono. Alguien a quien todos conocéis y que, presiento, está llamado a alcanzar grandes logros...

Rimus susurró algo al oído de Apil Sin, el rico terrateniente y uno de sus principales aliados en la Asamblea. ¿Sería real tal fortuna? ¿Se atrevería finalmente aquel anciano insensato a proponer como futuro rey al embajador Arketi? Aquella era sin duda una jugada inesperada que les brindaba el destino, y que permitiría adelantar en un par o tres de años la subida al trono del hijo de Mebaragesi.

-Quiero proponeros al príncipe Gilgamesh para que ocupe el trono que ya ocuparon sus antepasados.

Rimus, sin poder ocultar su desconcierto, se puso en pie. ¿Pero qué pretendía aquel viejo estúpido proponiendo al nieto de Enmerkar? ¿Es que nadie le había informado del grave estado en que se encontraba el príncipe? Ahora se ponía en evidencia que Aremos había estado jugando con ellos, que había engañado al Eanna y, lo que era aún peor, que lo mismo pretendía hacer con el poderoso palacio de Kish.

Tras unos instantes de silencio, surgieron algunos aplausos entre quienes se hallaban más cerca de la Plaza de los Dioses. Pero entre los ilustres, la propuesta fue recibida con bastante indiferencia.

Sin embargo, a medida que los dos voceros repetían las palabras de Aremos, los vítores y los aplausos de apoyo al príncipe se fueron dejando oír con mayor claridad. La propuesta parecía agradar de manera especial a los más jóvenes, para quienes Gilgamesh era, sobre todo, alguien con la osadía necesaria para poner freno a la ambición del palacio de Kish. También entre los mayores parecía surgir un sentimiento de orgullo por el joven príncipe, a quien todos habían admirado por su gesta en las pasadas competiciones deportivas, y por la humildad con que se había mostrado días atrás, al caminar junto a otros nobles y funcionarios en la comitiva fúnebre de Lugalbanda.

Rimus pidió la palabra dispuesto a cortar de raíz aquella insensatez.

-No niego que el joven príncipe deberá ocupar en el futuro un puesto destacado en esta ciudad –dijo-. Un puesto a la altura de lo que ha representado su familia en Uruk. Pero tú mismo lo has dicho, Aremos, el futuro rey deberá contar con experiencia, y sabiduría, y a nadie se le escapa que el príncipe, hasta ahora, ha estado más centrado en otros... asuntos.

-Vamos, Aremos... –intervino entonces Apil Sin-. ¿De veras crees que el príncipe podría ser un rey serio y responsable? En todos estos años sólo hemos oído hablar de él por sus excesos.

-¡Eso es cierto, Aremos!... –le espetó también el ilustre Warasuni Allal, representante del gremio de tejedores en la Asamblea-. Has de reconocer que Gilgamesh no es un candidato que inspire mucha confianza.

Rimus esperó a que los jóvenes voceros repitieran las últimas intervenciones y se calmara el alboroto generado entre el gentío. Poco importaba ya que Aremos no hubiera aceptado su propuesta de sustituir a Lugalbanda. Al fin y al cabo, en realidad no era su opción preferida, sino el candidato propuesto por la priora del Eanna. Pero todavía se podía conseguir que la Asamblea eligiera a un rey títere que acercara a Arketi al trono de Uruk.

Apil Sin pidió la palabra.

-Creo que hemos de elegir a alguien que cuente con una voluntad firme y un brazo fuerte –dijo-, alguien que haga prosperar a esta ciudad. Y esa persona podría ser alguien a quien muchos conocéis y apreciáis. Propongo a esta Asamblea... ¡a Asmadu Abis como nuevo Señor de Uruk! –gritó, trasladando con un gesto cortés la atención de todos hacia el sorprendido Asmadu, a quien invitó a ponerse en pie.

Asmadu Abis, representante del gremio de carniceros, era un hombre muy popular en la ciudad, y un fiel devoto de Ishtar, a cuyo templo solía donar sus mejores piezas de carne. Generoso con sus conciudadanos, muchos recurrían al bueno de Asmadu cuando, en la celebración de alguna boda o del nacimiento de un hijo, debían agasajar a sus invitados, en la confianza de que éste les permitiría pagar poco a poco el alimento para el festín.

Ahora los aplausos surgieron en las gradas de la Plaza de los Dioses de una forma mucho más generalizada.

-¡Apoyo la candidatura del ilustre Asmadu Abis! –gritó Rimus.

En ese momento Gilgamesh se dolió de un golpe en la espalda. Alguien le acababa de azuzar con un cayado. Sin tiempo de volverse, escuchó como una voz recia mascullaba amenazas junto a su oído, conminándole a él y a los jornaleros que se encontraban a su lado a aplaudir aquella propuesta del ilustre Apil Sin, si no querían perder su trabajo. Le hubiera gustado arrebatar el bastón a aquel miserable y partírselo sobre la cabeza, pero, una vez más, la mano firme de Nanshe aferrándose a la suya, le recordó que debía mantener la prudencia. ¡Aplaudid! ¡Aplaudid!... les decía aquella voz a su espalda. Y en ese instante fue Nanshe la que se vio sorprendida por aquel indeseable que ahora trataba de manosearla por detrás. Cuando el príncipe estaba ya a punto de estallar, la joven le soltó la mano y se volvió, encarándose hacia

aquel hombre. Gilga la observó admirado. Nunca antes había visto un gesto de autoridad y dominio como aquel. El hombre, incapaz de mantenerle la mirada, se apartó de ella y se alejó abriéndose paso a empujones.

En la grada de la Plaza de los Dioses, Asmadu Abis se puso en pie y, con voz algo temblorosa, agradeció los aplausos que le dedicaba la Asamblea. Dirigió también un gesto de gratitud a sus valedores, los ilustres Rimus y Apil Sin, quienes ahora se felicitaban por la buena acogida de su iniciativa.

Entonces Aremos se levantó de nuevo y pidió la palabra.

-Bien sabéis todos... –dijo interrumpiendo los aplausos-, bien sabéis todos que ya soy un viejo y, por tanto, ya no estaré mucho tiempo entre vosotros. Ciertamente, Asmadu Abis un buen hombre. Pero nosotros, los miembros de esta Asamblea, debemos escuchar en nuestro interior esas voces que nos susurran... Las voces de los dioses que nos inspiran el camino que debemos seguir. Y no me quedaría tranquilo, aun dejándome llevar por la aprobación general que aquí observo, si callara y no os dijera que creo que el bueno de Asmadu no es el hombre señalado por los dioses.

Varios ilustres alzaron a la vez la mano solicitando el turno de palabra y las intervenciones se precipitaron de forma algo caótica. Unos decían preferir la opción del príncipe, mientras que otros se esforzaban en dejar claro que aquel joven ni estaba preparado ni era digno de ocupar el trono.

-¡Tenéis razón! –les gritó Aremos tratando de hacerse oír por encima de aquel confuso debate-. Pero no os pido que deis vuestra confianza al Gilgamesh excedido que habéis conocido, sino al Gilgamesh hombre, el hombre valeroso y decidido que ya ha empezado a apuntar.

Sólo los más ancianos recordaban la historia de Enmerkar, un joven atolondrado a quien ni siquiera su padre, el rey Meskiagasher, le consideraba adecuado para sucederle. Pero finalmente, los magos de palacio convencieron a la Asamblea de que los augurios le eran favorables y Enmerkar fue propuesto para suceder en el trono a su padre. Y no tardó en convertirse en el rey más respetado de Sumer.

-Dejadme que añada algo más –continuó Aremos-. Todos conocemos a Gilgamesh. Posee una gran vitalidad y siente una inquebrantable lealtad hacia Uruk. Pero ¿acaso no se comportó con sabiduría en las competiciones deportivas del pasado invierno?... ¡Qué orgullosos nos hizo sentir a todos aquel día!

Rimus se puso en pie dispuesto a dar réplica a las palabras del anciano, pero se le adelantó Warasuni.

-Aremos, no te equivoques –dijo-. Aquella fue una situación aislada y excepcional.

-Ilustre Warasuni, yo no lo creo. ¡Estoy convencido de que Gilgamesh es el señalado por los dioses! –gritó Aremos-. ¿No le viste en el cortejo fúnebre de Lugabanda?... La gente le aclamaba por la Gran Vía, los soldados se cuadraban a su paso –prosiguió-. ¡Será un gran rey y hará honor a la sangre de su familia!

-¡No tiene ninguna experiencia! –le espetó Rimus-. Y necesitamos a alguien que sepa gestionar los recursos del palacio, los impuestos, las relaciones comerciales con nuestros vecinos... Todo eso de la sangre está muy bien, Aremos,... ¡Pero con la sangre de sus antepasados no se llenan los estómagos de los ciudadanos de Uruk!

-¡Pues si la experiencia es lo que te preocupa, Gilgamesh cuenta con mucha experiencia! –le respondió Aremos-. Cuenta con tu experiencia. Y la del ilustre Apil Sin, y la de todos los que formamos parte de esta Asamblea que los dioses crearon para ponerla al servicio de rey.

Aquellas palabras provocaron encendidas intervenciones. Isme Ea, incapaz de controlar la situación, golpeaba con el puño sobre su mesa, mientras insistía en pedir silencio sin demasiado éxito. Sólo la repentina llegada de dos escuadras de soldados abriéndose paso entre la muchedumbre, consiguió acallar el caos producido en la Asamblea. Los soldados escoltaban a un grupo de sacerdotes del templo de Anu encabezados por Ninsun, la superiora de la Casa del Cielo.

Todos los ilustres guardaron un respetuoso silencio cuando Ninsun entró en la Plaza de los Dioses y se acercó a la grada.

-Sé bienvenida, excelsa Ninsun –le recibió Isme Ea, puesto en pie.

-Os doy las gracias por recibirme en esta Asamblea –empezó la sacerdotisa-. He querido venir a esta sesión trascendental, para pedirlos que elijáis al nuevo rey pensando en el futuro de nuestro reino, en las vidas de todos los habitantes de Uruk. –La sacerdotisa, que hablaba con voz tranquila, aguardó a que sus palabras fueran repetidas por boca de los dos voceros-. Y para solicitaros también que os dejéis inspirar por los dioses, y por el recuerdo de aquellos que nos han precedido. Debéis apoyar a quien consideréis que puede ser un buen rey y no, simplemente, un buen comerciante, o un buen amigo de nuestros vecinos. Ruego a Anu que os inspire, y que acertéis en vuestra elección.

Todos la escucharon con consideración. Vestida con una simple toga blanca, Ninsun destacaba entre los presentes con la sobriedad de una reina y, sin lugar a dudas, como la figura más respetada de Uruk.

Y tras aquella breve intervención, regresó de nuevo junto al grupo de sacerdotes y abandonó el lugar rodeada por los soldados de la escolta.

Rimus, visiblemente nervioso, se volvió hacia el ilustre Uturu Una, el consejero de misiones, que rápidamente abandonó su posición en la grada para bajar al túnel de acceso al edificio de la Asamblea, una sencilla construcción en la que los ilustres solían celebrar las sesiones de la Asamblea en los días de lluvia o de excesivo calor. Pero ahora, en el interior del edificio, sólo se encontraban tres soldados del destacamento de Kish acompañando a su señor.

-¡Maldita sea esa maldita mujer! –espetó Arketi a Uturu Una en cuanto lo tuvo delante.

-Señor, ¿habéis podido escuchar desde aquí todas las intervenciones? –le preguntó el consejero de misiones.

-¡Claro que las he oído, imbécil! –respondió el embajador, mascullando entre dientes para no delatar su presencia-. Lo he oído fuerte y claro, como todos los habitantes de esta maldita ciudad. ¿Por qué habéis dejado que ese viejo loco lleve la iniciativa de las propuestas?

-Señor, Aremos es el ilustre de mayor edad y como tal tiene derecho...

-¡Tonterías! ¿Pero es que ese escriba que dirige la sesión...?

-Isme Ea, mi señor.

-Por todos los dioses... ¿Es que no es de los nuestros?

-El ilustre Isme es simplemente el escriba de la Asamblea.

-¿Simplemente? ¿Simplemente? –Arketi se mostraba cada vez más encolerizado-. No hace más que darle la palabra a Aremos y encima permite que hable esa mujerzuela.

-Pero... Pero Ninsun es la gran sacerdotisa...

-¡Haced que venga Tarina y que también hable a los presentes!

-Eso... no puede ser, señor.

-Haced que venga y defienda la candidatura de Asmadu Abis. -Arketi estaba fuera de sí-. Que diga que es el elegido de la diosa... ¡o lo que le dé la gana!

-Señor... perdonadme pero... eso es imposible. -Uturu empezaba a sudar copiosamente y casi balbuceaba las palabras-. No... no podemos pedir a la gran sacerdotisa de Ishtar...

-¡La ramera, la gran ramera, querrás decir! -exclamó-. Ella me dijo que Aremos era de los nuestros.

-Señor... yo... comprendedlo, no podemos...

-Vuelve ahí afuera y dile al gordo de Rimus que más le vale esforzarse en defender la candidatura de ese retrasado de Asmadu.

Uturu Una salió apresuradamente a la grada y puso a Rimus al corriente de las instrucciones de Arketi, e hizo lo mismo con Apil Sin, mientras el mercader tomaba de nuevo la palabra.

-Ilustres de Uruk, ya habéis oído a la excelsa Ninsun. Nos pide que reflexionemos -dijo entonces Rimus-. Ella, que además de ser la elegida de Anu, es la madre del príncipe Gilgamesh, en lugar de dar su apoyo al príncipe nos ha pedido que reflexionemos. ¿Es que no os dais cuenta? -Rimus hizo una pausa mirando teatralmente al resto de los ilustres-. ¡Por todos los dioses, es su propio hijo y no le ha dado su apoyo!

-¡Rimus, estás manipulando las palabras de Ninsun! -exclamó Aremos.

-¡Y tú, Aremos, me estás ofendiendo!... ¡Y ofendes a esta Asamblea!

-Calma... Calma... -pidió Isme Ea, intentando serenar los ánimos-. Tiene la palabra el consejero Uturu Una.

El consejero de misiones seguía sudando abundantemente bajo el sol de la mañana y se pasó un paño por la frente. Aquella sesión de la Asamblea estaba resultando mucho más complicada de lo que todos habían imaginado.

-Tenemos ante nosotros dos propuestas. Por un lado, la del bueno de Asmadu Abis, a quien todos conocemos por su rectitud, por su honradez y el amor que profesa a esta ciudad. También se ha propuesto al príncipe Gilgamesh, a quien como nos ha hecho ver el ilustre Rimus, ni su propia madre, la priora de la Casa del Cielo, parece apoyar...

-Además... -interrumpió Apil Sin-, el príncipe ni tan siquiera se ha molestado hacer acto de presencia en este momento tan importante para Uruk.

-Os recuerdo que el príncipe Gilgamesh -intervino entonces Isme Ea- no forma parte de la Asamblea, por lo que no tiene derecho a participar en esta sesión.

Entre quienes se encontraba más cerca de la Plaza de los Dioses, los únicos que podían escuchar directamente las intervenciones sin necesidad de los voceros, se levantaron todo tipo de comentarios acerca de la ausencia del príncipe Gilgamesh.

-Aun así, ya veis que son muchos los que, sin ser miembros de esta Asamblea -respondió Rimus señalando hacia la Vía de los Ilustres-, sí han querido acercarse hasta aquí, preocupados por el futuro de su ciudad.

Sólo entonces Nanshe sugirió a Gilga que quizá había llegado el momento de desvelar su presencia. El príncipe se quitó el paño que le cubría la cabeza y se alejó un par de pasos de la palmera junto a la que había tratado de pasar desapercibido. En cuanto los que le rodeaban le reconocieron, empezaron a señalarle y a murmurar su nombre, abriéndose un hueco a su alrededor.

-¡Quién dice que no he venido! -gritó Gilgamesh, adelantándose hasta la fila de soldados que separaban a la muchedumbre de los nobles y funcionarios que seguían el debate de la Asamblea sentados en los bancos para invitados.

Tres guardias le cerraron el paso apuntándole con sus lanzas.

-Pero... ¿acaso no me reconocéis? -les preguntó.

-No podemos dejar pasar a nadie -le respondió, nervioso, uno de los tres muchachos que le cerraban el paso.

-Me alegro de volver a veros, mi señor -dijo entonces el que aparentaba ser más joven del grupo-. Soy Anum Edina y pertenezco a vuestra compañía.

-Te reconozco Anum y me alegro de que hoy estés aquí -le respondió, mientras algunos aplausos espontáneos empezaban a oírse entre el gentío.

-Mi señor, hace días que no hemos sabido nada de vos, pero supongo que continuáis siendo mi jefe de compañía.

-Lo soy.

Anum Edina bajó su lanza y se cuadró ante el príncipe. Sus dos compañeros de escuadra, sorprendidos, buscaron con la mirada a su jefe de escuadra que se encontraba a unos diez pasos de ellos y comprobaron desconcertados que tampoco él sabía cómo proceder. Así pues, optaron por hacer lo mismo que Arum, y bajaron sus lanzas.

-¡Príncipe Gilgamesh! ¡Venid... Acercaos! -le pidió Aremos.

-¡Alto ahí! -interrumpió Rimus-. El príncipe no es miembro de esta Asamblea y no puede intervenir.

El mercader, contrariado por aquella inesperada presencia, acababa de descubrir el rotundo fracaso de los planes del Eanna o, cuando menos, el engaño perpetrado también por Osisi, el mago de palacio.

-¡Dejadme hablar aunque sólo sea un instante! -reclamó Gilga desde su posición, junto a los soldados.

-Yo le propongo como candidato y tiene derecho... -insistió Aremos.

-No, ilustre Aremos -le respondió Isme Ea-. El ilustre Rimus tiene razón. El príncipe no es miembro de esta Asamblea.

Aremos abandonó su posición y se acercó a la parte central de la grada, donde se encontraba la mesa de Isme Ea, y pidió a uno de sus ayudantes el punzón de bronce que utilizaba para escribir en su tablilla de arcilla.

-¿No es cierto que en caso de enfermedad o herida grave de un ilustre, éste puede solicitar ser representado en la Asamblea por quien estime oportuno? –preguntó.

-Así es, Aremos –le confirmó el jefe de los escribas.

Y entonces Aremos se clavó con decisión, por dos veces, el punzón en el costado de su flaco muslo, provocándose dos orificios por los que rápidamente empezó a manar la sangre.

En medio del desconcierto que se originó, Ninsulgi, el joven ayudante del mago Osi, saltó de uno de los bancos donde se hallaban los invitados, en el extremo de la plaza, y corrió hacia el anciano, a quien al instante le abandonaron las fuerzas y, mareado, cayó al suelo. Otros dos ilustres y uno de los criados de la Asamblea acudieron también de inmediato a socorrerle.

Ninsulgi arrancó de un tirón un trozo de su faldón e improvisó un rápido vendaje en la herida. Mientras, Dido, el chico huérfano a quien Aremos había adoptado como criado, surgió de entre la muchedumbre corriendo con la agilidad de quien está acostumbrado a esquivar a cuantos siempre intentaban darle caza. El muchacho se acuclilló junto a su amo y no pudo contener las lágrimas al contemplar la mueca de intenso dolor del anciano, al que intentó calmar acariciándole en la mejilla.

Aremos intentaba decir algo, pero apenas conseguía balbucear algunos sonidos. Unos soldados acercaron un pequeño carromato tirado por un onagro y, siguiendo las instrucciones de Ninsulgi, alzaron con premura al anciano y lo depositaron en el carro a fin de trasladarlo con urgencia a la casa del mago, en el barrio de Kulaba. Ya en el carromato, Aremos seguía esforzándose por mantener sus ojos abiertos. Y continuaba balbuceando. Todos pensaban que desvariaba y que no tardaría en perder la consciencia, pero Dido se subió al carro y acercó la oreja a la boca de su amo.

-¡El príncipe! –gritó con todas sus fuerzas el chico-. ¡Mi amo quiere que el príncipe Gilgamesh le represente! ¡Quiere que le represente el príncipe! –continuó gritando mientras los soldados se llevaban el carro a toda prisa.

Al pasar junto a Gilga, éste pidió a los soldados que se detuvieran un instante. Cogió la mano a Aremos y la besó agradecido, mientras le reprendía cariñosamente por haber cometido aquella locura.

-Viejo loco... –En medio del sobrecogedor silencio, no fue difícil oír aquellas palabras de boca de Isme Ea, el escriba-. Príncipe Gilgamesh –dijo a continuación-, si lo deseáis podéis hablar en representación del ilustre Aremos.

-¡Eso no es posible! –replicó Apil Sin.

-Sí que lo es –zanjó el escriba-. Aremos está herido y ha solicitado que el príncipe le represente.

Todavía impresionado por la osadía de Aremos, Gilga avanzó hasta situarse en el centro de la Plaza de los Dioses. Allí se detuvo y, por unos momentos, girando sobre sí mismo, contempló los rostros de los ilustres. Llevaba una falda corta de lino blanco y, echada por encima del hombro, la tela que había utilizado para cubrirse la cabeza. Sabía que muchos de aquellos a quienes ahora tenía delante, ya se habían dejado convencer por las palabras de Rimus. E, incluso, cabía la posibilidad de que algunos de ellos hubieran sido sobornados para asegurarse su apoyo.

-Ilustres de Uruk –les dijo al fin-, a vosotros os corresponde elegir al próximo rey. Mi madre os ha pedido que reflexionéis y que decidáis con sabiduría, pues los propios dioses os inspiran.

Gilga se encaró entonces hacia la multitud que se apretaba en la Vía de los Ilustres, frente a la plaza, y que ocupaba también buena parte de la superficie arbolada que se extendía a ambos lados de la avenida.

-Pero permitidme también que me dirija a quienes no tienen voz en esta Asamblea. –Gilga alzó aún más su poderosa voz, al tiempo que se mantenía el silencio sólo roto por los muchachos voceros que ya repetían sus palabras y, más allá, por los ecos de quienes las hacían llegar a los más alejados-. A los jóvenes de Uruk os digo que yo soy uno de los vuestros y que tengo vuestras mismas ilusiones. Y como a muchos de vosotros, también a mí me aflige ver a nuestra ciudad sometida.

Antes de que el segundo vocero repitiera aquellas palabras, surgieron algunos tímidos aplausos que provocaron caras de incomodidad entre varios ilustres de la Asamblea.

-También me desalienta –prosiguió- comprobar cómo vosotros, los jóvenes de esta ciudad, trabajáis duramente para poder comprar una casa y formar una familia y, al final, tenéis que conformaros con una simple cabaña más allá de las murallas, expuestos a los salvajes ataques de los saqueadores, cuando no de las fieras o las serpientes. Sé que muchos de vosotros estaréis pensando “¿Qué sabrá Gilgamesh de nuestras penalidades?...”. Mi abuelo, el rey Enmerkar, dejó dicho que el respeto a los dioses y el bienestar de todos cuantos viven en su reino son las metas a las que debe aspirar un rey. Y os aseguro que si me dejáis hacerlo, a ello consagraré mi vida.

Dicho esto, Gilga guardó silencio y escuchó como un eco de voces lejanas repetía sus palabras. Al poco, empezó a llegar el ruido de algunos aplausos y vítores, como un rumor de fondo, un sonido casi apagado que fue creciendo alimentado por quienes celebraban que, por primera vez, alguien de las familias nobles se dignara a poner palabras a sus problemas. Y entonces, entre los jóvenes que se encontraban en aquel tramo final de la Vía de los Ilustres, la zona más cercana a la Asamblea, surgieron también vítores ensalzando el nombre de Gilgamesh, mientras éste alzaba sus brazos tratando de acallarles. Tardó unos instantes en conseguirlo.

-A los jóvenes de esta ciudad me he dirigido –continuó-. Pero a los ancianos, a los lisiados, a los mendigos y a los enfermos os quiero decir que también es misión de un rey procuraros el sustento cuando no podáis conseguirlo por vuestros propios medios. Y a los huérfanos...

-¡Hablas como un sacerdote de Eridu! –le interrumpió enfurecido Apil Sin-, cuando todos sabemos que no has sido precisamente un ejemplo de conducta... ¿Cómo pretendes que ahora creamos que, de repente, vas a preocuparte por todos aquellos a quienes has despreciado?

Se levantó entonces un gran alboroto en la Asamblea y también entre el gentío. Los unos gritaban apoyando las palabras del terrateniente, los otros defendiendo la honestidad del joven príncipe al hacer público aquel propósito de enmienda. En medio de la algarabía, Isme Ea se esforzaba en solicitar a unos y a otros que se respetaran los turnos de palabra, pero sus intentos resultaban vanos. Hasta que el general Lamar An, poniéndose en pie, alzó su mano abierta al frente pidiendo silencio. A él sí le obedecieron.

El jefe de los escribas concedió entonces la palabra a Rimus.

-Ilustres de Uruk, esta Asamblea merece más respeto del que hoy se le está mostrando –soltó con tono airado-. Los dioses nos observan y a cada uno de nosotros nos juzgan por nuestros actos. Pero debo recordaros que es la voluntad de los dioses que nosotros elijamos al futuro rey. ¡Nosotros!... ¡No la muchedumbre! –gritó con vehemencia-. Debemos tomar una decisión... Votemos ya y elijamos al nuevo rey entre los dos candidatos propuestos, el apreciado Asmadu Abis o el muchacho –dijo

señalando a Gilga, quien aún se mantenía en el centro de la plaza.

Rimus volvió a sentarse entre los gestos de asentimiento de la mayoría de los ilustres.

Y al no pedir nadie más el uso de la palabra, Isme Ea se giró hacia el palco situado a su espalda y solicitó al primer consejero, el ilustre Shanu, la autorización para dar inicio a la elección.

Shanu asintió con un gesto.

-A todos se os entregará ahora una bolsa que contiene dos pequeñas bolas como éstas –explicó el jefe de los escribas puesto en pie-. Utilizaremos la bola blanca para dar el voto al candidato Asmadu Abis, pues más blanco es el color de su piel. Y utilizaremos la bola negra para dar el voto al candidato Gilgamesh, pues él es de piel más morena.

Uno de los soldados de la escolta de Arketi, disfrazado como un simple esclavo, se asomó por el pasillo que daba a la grada exterior e hizo un gesto a Rimus para que se acercara. Apenas nadie le prestó atención pues en la Asamblea era habitual el ir y venir de los criados transmitiendo mensajes de un ilustre a otro o, simplemente, llevándoles alguna pieza de comida cuando las sesiones se alargaban más de la cuenta. Rimus abandonó rápidamente su posición y se dirigió al interior del edificio, donde le esperaba Arketi a punto ya de marchar por la puerta trasera hacia el acuartelamiento de Kish.

-No me parece que los planes estén saliendo en absoluto como estaban previstos –le espetó el embajador.

-Pero, apreciado Arketi... Tarina nos aseguró que Aremos formaba parte del plan y...

-¡No vuelvas a dirigirte a mí de esa forma! -le cortó-. ¡Soy príncipe del palacio de Kish!

-Perdonadme, mi señor... No pretendía ofenderos... Yo...

-Acaba de una vez con ese Gilgamesh –le ordenó-. Sea elegido rey o no, quiero que tú te encargues de eliminarle. Ni Tarina, ni cualquier mago de pacotilla, quiero que tú personalmente te encargues de despejarme el camino. ¿Me has entendido?

-Sí, mi señor. Yo mismo me...

Sin esperar a la respuesta, Arketi se dio media vuelta y se marchó a toda prisa acompañado de los escoltas disfrazados de criados y del resto de su guardia personal que le aguardaba en los jardines traseros de la Plaza de los Dioses.

Cuando Rimus volvió a ocupar su posición en la grada, los dos asistentes de Isme Ea ya estaban repartiendo entre todos los ilustres las bolsas para la votación.

-A continuación –prosiguió Isme Ea-, uno de mis ayudantes pasará ante vosotros con una cesta en la que podréis depositar una de las bolas. Si las bolas blancas son mayoría, esta Asamblea habrá elegido a Asmadu Abis como nuevo rey. Si hay mayoría de bolas negras, el elegido será Gilgamesh.

Entre tanto, en la habitación de la casa que el mago Ninsulgi compartía en el barrio del Kulaba con otros funcionarios, Aremos yacía estirado en un camastro. La herida de su pierna había sido embadurnada con una mezcla preparada a base de manteca de cerdo y diferentes hierbas curativas. A los pies del camastro, Dido había dejado una cesta con fruta fresca por si a su amo le entraba el hambre mientras él marchaba a la granja para avisar al resto de los criados de lo ocurrido.

El anciano, entre dolorido y adormilado por el brebaje que también le habían hecho tomar, pudo así descansar durante un rato, hasta que, de repente, le despertó el griterío y el ruido de unos carros acercándose por el embaldosado Paseo de los Reyes. Aremos se incorporó sobresaltado en el camastro, dejando escapar una mueca de dolor. La sacerdotisa que Ninsun había enviado para cuidarle, recogió el paño húmedo del suelo para colocárselo de nuevo en la frente y, tras hacerlo, se acercó a la ventana para averiguar qué sucedía en el exterior. Explicó a Aremos que un grupo de soldados ataviados con la falda roja, el distintivo de la guardia del rey, se aproximaba a la carrera mientras, frente a la puerta de la vivienda, el mismísimo general Lamar An sujetaba las riendas del carro de batalla en el que acababa de llegar trayendo en él a un joven.

-¿Un joven?... ¿Y... qué hacen ahora? –preguntó Aremos algo aturdido.

-No lo sé. Sólo veo soldados y algunos chiquillos que se acercan corriendo.

Al instante, entró precipitadamente en la habitación Ninsulgi y, haciéndose a un lado, éste cedió el paso a Gilgamesh.

-¿Cómo estás, Aremos? –le preguntó.

-Me alegro de veros, príncipe Gilgamesh –respondió el anciano-. Creo que... estoy algo más viejo que esta mañana... –añadió, esforzándose por sonreír-. Pero ¿cómo ha ido la sesión en la Asamblea?

-No deberías haberte clavado aquel punzón con tanta saña –le dijo Gilgamesh.

Aremos intentó incorporarse para abandonar el camastro, pero tanto el príncipe como el propio Ninsulgi se apresuraron a sujetarle para impedirlo.

-Está bien... -aceptó, reclinándose sobre el almohadón que la servicial sacerdotisa le colocaba a la espalda-. Los dioses admiran la osadía -susurró-, pero no toleran el engaño. Para abandonar la Asamblea y que me sustituyerais, debía estar realmente herido.

Como ya hiciera cuando se lo llevaban de la Asamblea en el carromato, Gilgamesh tomó una vez más la mano del anciano entre las suyas.

-No os preocupéis por mí. En el cuerpo de un viejo cada vez hay más hueso y menos carne... así que no tardará en curarse.

-Así es. Co... cojeará un ti... ti... tiempo, pero no tardará en re... recuperarse –tartamudeó Ninsulgi.

Aremos, con el semblante cansado por el esfuerzo que le suponía mantener aquella simple conversación, volvió a preguntar casi en un susurro:

-Gilgamesh, ¿qué ha sucedido en la Asamblea?... ¿Han votado ya?

-Recupérate pronto, Aremos –le dijo mientras le frotaba cariñosamente la mano-. Ahora te voy a necesitar más que nunca.

-¿Qué...? ¿Qué queréis decir, hijo mío?

-Me han elegido nuevo rey de Uruk.

-¡Oh!... Mi señor... mi señor... oh... mi señor...

Aremos no pudo evitar que la emoción le embargara, y rompió a llorar.

Ninsulgi y la sacerdotisa, también sorprendidos, se inclinaron entonces en muestra de respeto hacia el nuevo rey de Uruk.

Capítulo 15 – Un nuevo rey

*En primer lugar, honra y venera a los dioses inmortales,
a cada uno según su rango.
Respeto los juramentos, y reverencia a los héroes ilustres,
y también a los genios subterráneos.
Cumple de esta forma lo que las leyes mandan.
Honra luego a tus padres y a tus parientes de sangre.
Y de los demás, hazte amigo del que destaca en virtud.
Pitágoras*

La intensa luz del sol se reflejaba sobre el blanco de las paredes exteriores del Eanna, resultando casi dolorosa a la vista. Plantas ornamentales con grandes hojas de un verde oscuro y flores de todos los colores habían sido dispuestas en las jardineras repartidas por todo el Patio Alto y, con especial profusión, alrededor de la tarima sobre la que ahora descansaba la estatua de Ishtar. La imagen de la diosa iba a presidir el acto de nombramiento del nuevo señor de Uruk, concediendo así su bendición al nuevo rey.

Toda la superficie del Patio Bajo y un largo tramo de la Gran Vía habían sido ocupados por la muchedumbre, que también abarrotaba el Paseo de los Reyes y el Paseo del Palacio. Incluso en el estrecho tramo final de la Calle de los Esclavos, frente al Eanna, se acumulaban cientos de personas, en su mayoría habitantes del Barrio Viejo y del humilde Barrio de los Corrales, el situado más al sur de la ciudad. Los soldados de Lamar An, uniformados y armados con lanza, parecían tenerlo todo controlado. Vestían la prenda de falda corta debajo del arnés de cuero que les cruzaba el pecho y caía hasta la cintura, donde colgaban la espada reglamentaria. Se habían recortado el pelo y la barba hasta casi desaparecer, y sobre la cabeza lucían el casquete protector de cuero, sujeto por una tira anudada bajo el mentón.

A su derecha Gilga tenía al anciano rey Mesier, a quien había pedido que actuara como uno de sus valedores ante los dioses. Y a su izquierda, también como valedora, le acompañaba su madre, la gran sacerdotisa de la Casa del Cielo. En deferencia a Mesier, los tres avanzaban con paso lento, pues además de las dificultades de movimiento debidas a su avanzada edad, el de Nippur portaba una pesada túnica con numerosas piezas de oro y pequeñas piedrecillas ornamentales engarzadas. Ninsun vestía la prenda blanca de gran sacerdotisa, reservada sólo para las ceremonias especiales. Lucía, además, una hermosa diadema elaborada con filamentos trenzados de plata, una joya digna de una reina que, quizá, había decidido ponerse para recordar a todos que ella era hija de Enmerkar, el más grande de los reyes de Uruk.

Pero, sin duda, nadie podía competir en majestuosidad con la imagen de Gilgamesh. Vestía sólo con la falda corta de lino blanco y las sandalias sujetas con cintas del mismo color que rodeaban sus tobillos y subían hasta prácticamente la rodilla. Destacaba por su altura y corpulencia. Su pelo había sido alisado y perfumado con aceites y brillaba como el ébano en aquella mañana radiante. El contorno de sus ojos había sido remarcado con maquillaje negro y su barba había sido afeitada, descubriendo el hoyuelo de su mentón que, según se decía, había heredado de su bisabuelo, el rey Meskiagasher. Y sobre el pecho, el Medallón de Enmerkar, el obsequio que su madre le había entregado aquella misma mañana antes de salir del palacio.

-Hijo mío –le había dicho-, quiero que a partir de hoy lo lleves siempre contigo.

Ninsun alzó entonces sus brazos para colocar alrededor del cuello de su hijo la cadena de la que colgaba aquel medallón de oro.

Gilgamesh lo acarició y lo observó con detenimiento, emocionado. Se fijó en el grabado, en el delicado relieve con la figura de Anu posando su mano protectora sobre la cabeza de Enmerkar.

-La Asamblea se lo regaló a tu abuelo en agradecimiento por los años de prosperidad que vivió el reino –añadió-. Espero que te inspire la prudencia con la que siempre actuó tu abuelo.

-Gracias, madre. El contacto de este medallón me recordará siempre la dignidad de nuestra familia –le respondió apretando el medallón contra su pecho-. Y llegado el día, te doy mi palabra de que lo entregaré a aquel de mis hijos que deba sucederme.

Ninsun acarició entonces la mano con la que su hijo apretaba el medallón.

Pero ahora, algo inquieto por el inminente reencuentro con Tarina, Gilga caminó hasta situarse frente a la estatua de Ishtar. Mesier y Ninsun se apartaron de él y se dirigieron a las sillas que habían sido dispuestas a unos pasos de la tarima.

La priora del Eanna apareció entonces por la puerta principal del templo. Vestía una larga túnica roja e iba acompañada por un numeroso séquito de sacerdotisas que se repartieron alrededor de la diosa. Tarina se situó frente al príncipe, con la estatua a su espalda. Gilga se esforzaba en mostrarse frío, pero no podía dejar de pensar que aquella mujer había conspirado para envenenarle y hacerse con el poder del palacio, cosa que, posiblemente, volvería a intentar. La miró casi con desdén... y la encontró hermosa, la criatura más bella que jamás había visto. Sus ojos, luminosos y profundos, habían sido maquillados con el azul del cielo y el polvo de oro salpicaba sus mejillas. Algunos mechones de su larga cabellera reposaban sobre los hombros y otros le caían por la espalda. Cuando pudo darse cuenta, ya era demasiado tarde para evitarlo... Él estaba sonriendo.

La asistente de Tarina, Marash, se acercó para entregar a su señora la Cabeza del Toro Sagrado, una especie de yelmo hecho con piezas de hueso talladas y soldadas con plata, que reproducían la cabeza de un toro y que era utilizado, ya desde los tiempos anteriores al rey Meskiagasher, para coronar al señor de Uruk.

Tarina se arrimó al príncipe y alzó la pieza con ambas manos.

-Príncipe Gilgamesh, que los dioses te concedan fortaleza para ocupar el trono de Uruk –dijo mientras le coronaba con la Cabeza del Toro Sagrado.

Gilga se estremeció ante la cercanía física de aquella mujer diosa. Cuando sus brazos se alzaron ante él, el príncipe inclinó ligeramente la cabeza hacia ella y percibió el aroma fresco de su piel y el sedoso aspecto de su pelo. Tarina se percató de la turbación del príncipe y aguantó el gesto durante unos instantes más.

Marash se acercó nuevamente con la Barba del León.

Nanshe, desde la posición que ocupaba junto al resto de sacerdotes que conformaban la comitiva del templo de Anu, observó a su hermana pequeña. Lo hizo con algo de añoranza, evocando unos vagos recuerdos infantiles que las facciones de Marash parecían estar despertando repentinamente en sus pensamientos. Recuerdos de los primeros años junto a su hermana y su madre, de quien ya no conseguía recordar su rostro, y también junto a su padre, el ilustre Warasuni Allal. Y recuerdos de cómo se precipitó todo en un día de inmensa tristeza, en el que los dioses decidieron llevarse a su madre y en el que su padre perdió la sonrisa. Ella no tardó en ser entregada, junto con una generosa ofrenda, a la Casa del Cielo, donde sería cuidada por los sacerdotes del templo, mientras su hermana era entregada, de igual forma, al Templo de Ishtar. La ayudante de Ninsun reparó entonces en que aquellas facciones que ahora reconocía en Marash eran en realidad las de su madre, pues su hermana

era demasiado niña cuando se separaron. Con el tiempo, los negocios de su padre, tejedor de Uruk, siguieron prosperando, volvió a casarse y tuvo otros dos hijos varones, pero ya nunca más quiso saber nada de su anterior vida, ni de las hijas que le dejó su primera mujer.

-Príncipe Gilgamesh, que los dioses te concedan astucia y buen juicio para ocupar el trono de Uruk –le dijo Tarina.

La priora del Eanna volvió a encararse hacia el príncipe y le colocó la Barba del León, sujetándola a los dos pequeños ganchos que sobresalían en los laterales de la cabeza de toro que ya portaba sobre su cabeza. Los dedos de la sacerdotisa tocaron la mejilla de Gilga. Era la primera vez que ambos rozaban su piel, aunque fuera de una manera tan liviana. Nuevamente Tarina aguantó por unos instantes la mirada del príncipe. Lo hizo el tiempo suficiente para que aquel gesto no pasara desapercibido a quienes se encontraban más cerca.

Sentados en la primera fila de invitados, Akka miró con gravedad a Arketi, quien le había asegurado en repetidas ocasiones que no tardaría en subir al trono de Uruk, y que lo haría de la mano de la gran sacerdotisa de Ishtar. Pero el embajador, absorto en los gestos que Tarina dedicaba al nuevo rey, no prestaba la menor atención a su hermano mayor.

También Nanshe había dejado ya de fijarse en su hermana pequeña, mientras ésta entregaba a su señora el Collar del Esclavo. Ahora observaba a Gilgamesh, quien seguía sonriendo ante Tarina...

-El Collar del Esclavo que rodeará tu cuello, deberá recordarte en todo instante que no eres más que un simple esclavo de los dioses, a quienes venerarás y servirás para que te protejan a ti y a tu pueblo.

En esta ocasión, Gilga se mantuvo erguido, con el pecho henchido, obligando a Tarina a alzarse de puntillas para pasarle el collar por encima de la cabeza.

Al parecer, aquella valiosa joya fue el regalo de un soberano de Egipto a un antiguo rey de Ur quien, a su vez, la entregó en ofrenda al Eanna siendo ya un anciano, para que la diosa le concediera un hijo. Y decía la leyenda que el anciano engendró gemelos.

-Y ahora –continuó Tarina-, ante Ishtar, diosa del amor y de la guerra, hija de Anu, el dios de los cielos, te hago entrega del Mazo del Rey que te confirma como el elegido de los dioses.

Sujetándola con ambas manos, Tarina le tendió la pesada maza de plata que le acababa de entregar Marash. Gilgamesh recogió la maza e inclinó la cabeza hacia la sacerdotisa quien, sin más, dio media vuelta y se dirigió hacia el interior del templo seguida por su asistenta. Mientras se alejaba, Gilga la siguió con la mirada. Luego se dirigió de nuevo hacia la posición que ocupaban Ninsun y el rey Mesier, a quienes besó en la mejilla. Y entonces los tres, desde la terraza del Eanna, se encararon hacia el gentío.

Gilgamesh ya era señor de Uruk.

En los tejados del Eanna sonaron los trombones anunciando a todos que la ciudad había sido nuevamente bendecida por los dioses. Y repicaron los tambores de los soldados de una de las compañías que aguardaban en la Gran Vía, a los pies del Patio Alto. El rey alzó con brazo firme la maza, mientras los soldados del resto de compañías allí formadas gritaban salves al nuevo señor de Uruk.

Y entre aclamaciones, la alegría se fue contagiando a todos cuantos contemplaban al nuevo rey, cuya fortaleza y juventud auguraban un futuro de pujanza al reino. En aquel momento, una bandada de pájaros cruzó el cielo siguiendo su viaje desde las lejanas tierras del norte de Mesopotamia hacia las marismas del sur de Sumer. Los ojos siempre atentos de Ninsun observaron como, al poco de pasar sobre sus cabezas, dos de las aves que encabezaban el grupo caían súbitamente, como si una fuerza misteriosa las hubiera fulminado. El resto del grupo desvió por un momento su trayectoria para, a continuación, volver a recuperarla y proseguir hacia su destino. Un escalofrío agitó el cuerpo de Ninsun.

-¿Estás bien, madre? –le preguntó Gilgamesh.

-Sí, no ha sido nada –respondió, forzando una sonrisa.

Los augurios son señales que los dioses envían a quienes son capaces de reconocerlas. Y Ninsun sabía que la caída de aquellos dos pájaros, justo en el momento en que su hijo acababa de ser nombrado rey, no podía ser un hecho casual. En los próximos días debería estar muy atenta a todo cuanto sucediera a su alrededor. Sólo así evitaría que nuevas señales pasaran desapercibidas. ¿A quiénes representaban aquellas dos aves?

-No te preocupes, hija mía –le susurró Mesier, quien también advirtió el repentino desasosiego de la reina madre-. Entre todos conseguiremos que Gilgamesh llegue a ser un gran rey y pueda celebrar con un festín la caída de quienes quieren perjudicarlo... Como el festín que estará ahora disfrutando la bestia que haya dado con aquellos dos pájaros que tanto te han alarmado.

Ninsun, ahora sí, sonrió sincera al sabio Mesier y le cogió de la mano, agradecida por su amistad.

Entre tanto, Gilgamesh respondía a las aclamaciones de su pueblo alzando la maza de plata, mientras con su mano izquierda acariciaba el Medallón de Enmerkar que ahora sobresalía por debajo del Collar del Esclavo. Y apretó el medallón contra su pecho, como si, con aquel gesto, pretendiera invocar la fuerza que había acompañado a su abuelo, el rey Enmerkar.

Capítulo 16 – Encuentro de dos amigos

Maestros artesanos con sus aprendices, mercaderes llegados de toda Mesopotamia, también de las lejanas tierras de Egipto y de Elam, nobles, terratenientes y esclavos, ramera y soldados, cazadores y humildes granjeros, todos cuantos se encontraban en la ciudad el día en que el nuevo señor de Uruk iniciaba su reinado participaron en las celebraciones por calles y plazas, dejándose arrastrar por el jolgorio y acompañando con sus danzas y risas las alegres canciones de los músicos que no paraban de animar con sus flautines y timbales. Por toda la ciudad se distribuyeron un sinfín de ánforas de cerveza y vino, numerosas piezas de queso y grandes cestas de frutos secos, para que las gentes de Uruk pudieran disfrutar de una memorable jornada de celebraciones. Ya de noche, las antorchas seguían iluminando la fiesta en la Plaza del Mercado, cerca del muelle. Pocos eran también los que dormían en el Barrio de los Labriegos, por cuyas calles continuaba la algarabía y, más al sur, en el Barrio de los Corrales, donde era especialmente numerosa la presencia de los más pequeños, quienes todavía apuntalaban la fiesta jugueteando con las panzas bien repletas y con algo de aquel delicioso vino en el gatzate que sus mayores les habían dejado probar.

Al fin, avanzada ya la noche, se abrieron las puertas del palacio y el rey apareció acompañado de nobles y funcionarios. Algunos llevaban en la mano jarras de vino o cerveza, y trozos de carne asada que mordisqueaban mientras bajaban las escalinatas de la terraza hasta la Gran Vía. Tras ellos, salió un grupo de esclavos portando bandejas repletas de lonchas de carne todavía humeantes, de dátiles bañados en miel, de cebollas y espárragos asados sobre trozos de pan untado con manteca. Y más jarras de vino y cerveza. La corte del nuevo señor de Uruk salía a la calle para unirse a su pueblo y compartir con él las celebraciones.

-¡Fíjate, Gilga!... –exclamó Ubar-. ¿Acaso no son las mujeres de Uruk las más bellas?

-¡Así es, amigo mío! ¡Demos gracias a los dioses por su generosidad! –le respondió el rey mientras palmoteaba el trasero de una joven que se le acercó para besarle sin el menor recato.

Prácticamente todos los dignatarios que habían llegado de otros reinos para participar en la ceremonia de nombramiento del nuevo señor de Uruk habían abandonado ya la ciudad, así que por fin el rey podía liberarse del protocolo y compartir el resto de los festejos junto a los suyos. Hacía tiempo, demasiado tiempo, que en Uruk no se disfrutaba de una celebración como aquella. Los más jóvenes no recordaban nada similar y sólo los de mayor edad caían ahora en la cuenta de que Lugalbanda, al no tomar esposa ni tampoco haber tenido hijos, no ofreció nunca motivo alguno para organizar un acto de ese tipo durante todo su reinado. Eran tantos los años en los que la ciudad había permanecido dormida que parecía que ahora nadie quería dejarla reposar. Gilgamesh había devuelto las risas y la algarabía a sus calles, a los patios de las casas y a las tabernas, donde todavía se cantaba, se bailaba y se brindaba por el nuevo rey.

A pocos pasos de las escalinatas que ascendían al palacio, un corro formado por mujeres y niños danzaba animadamente mientras algunos hombres competían por ver quién era capaz de apurar en menos tiempo su jarra de cerveza.

-¡Mi señor! –gritó Ubar señalando a una de las mujeres del grupo-. ¿No es esa la mujer de... de...? ¿Cómo se llamaba?... La joven recién casada que encontramos la última vez que fuimos al Pato Sabroso.

A Gilga le chocó la manera en que ahora se dirigía a él su viejo amigo pero, al fin y al cabo, antes o después todos acabarían por darle aquel mismo tratamiento.

-La mujer de Napesto –le confirmó-. Parece que el matrimonio con el fabricante de adobes le sienta muy bien...

-Está más hermosa que nunca. Creo que deberíamos acercarnos.

-Déjala, Ubar... Hoy todos deben divertirse.

Con el alboroto, Ubar apenas pudo oír las palabras del rey y se acercó al grupo de mujeres y niños que, ajenos a la presencia de los nobles, seguían danzando alrededor de dos voluntariosos flautistas que a duras penas conseguían acompañar el sonido de sus instrumentos.

Ubar se unió al alegre corro danzando dando algunos pasos entre las carcajadas del grupo. Pero cuando, a una indicación de los músicos, los participantes hicieron un nuevo cambio de sentido en el giro, la joven quedó paralizada al reconocer a quien ahora tenía a su lado cogiéndole de la mano. Nada menos que uno de aquellos salvajes que el día de su boda golpearon a su marido y a sus hermanos, y que a punto estuvieron de abusar de ella. Asustada, tiró con fuerza para soltarse de aquel indeseable pero, quizá por el agotamiento, o puede que por efecto del vino, no consiguió más que desequilibrarse y caer al suelo. Ubar, algo borracho y ofendido por el rechazo de la joven, se abalanzó sobre ella sujetándola por las muñecas mientras ésta empezaba a vociferar aterrada solicitando auxilio.

-¡Ubar!... ¡Déjala en paz! –le gritó el rey-. ¡Hay otras mujeres para ti esta noche!

Sin embargo, Ubar se encontraba cada vez más con la muchacha, que no paraba de patear en el suelo intentando alejar a su agresor. Nadie se atrevía a intervenir para apartar a aquel miserable, pues temían la reacción del rey y del resto de los nobles.

Viendo el cariz que estaba tomando la situación, el propio Gilgamesh corrió hacia ellos, llegando en el preciso instante en que la joven clavaba sus dientes en el brazo de Ubar, quien, dolorido, se apartó de la muchacha con un gesto de rabia.

-¡Tranquilízate!... ¡No te voy a hacer daño! –le dijo el rey mientras la sujetaba por el hombro para intentar calmarla.

Pero antes de que la muchacha dijera nada, la mano de un hombre aferró con determinación la muñeca de Gilgamesh.

-¿Quién se atreve a cogerme...? –Apenas el rey había acabado la frase cuando media docena de soldados apuntaban ya con sus lanzas al pecho y cuello de Enkidu.

-¡Mi señor!... ¡Perdonadle! –suplicó Samhat-. ¡Perdonadle!... Está borracho por las celebraciones y no os ha reconocido... Enkidu es extranjero, mi señor.

Samhat se postró de rodillas a los pies del rey y le imploró clemencia entre lágrimas. Gilgamesh, al reconocerla, la miró intrigado.

-Mi señor, soy el soldado Anum Edina –intervino entonces Anum, que también había venido acompañando a la pareja-. ¿Os acordáis de mí?

-Claro que te recuerdo, Anum.

A Gilgamesh le alegró volver a toparse de nuevo con aquel valiente soldado al que todavía no había podido agradecer su lealtad al abrirle paso en la Asamblea el día en que ésta debía elegir al sustituto de Lugalbanda.

-Enkidu es un simple cazador... –continuó Anum-. Es la primera vez que viene a la ciudad y no os conoce. Os ruego que le perdonéis si os ha ofendido, mi señor... No está acostumbrado y le afecta mucho la bebida...

Los soldados de la guardia mantenían la punta de sus lanzas rozando el pecho de Enkidu, dispuestos ya a ajusticiarle en cuanto así se lo indicara el rey.

Samhat, arrodillada, intentó apartar con la mano algunas de las lanzas, mientras seguía implorando perdón.

-Bien... cazador... ¿Cómo podríamos arreglar esta situación? –preguntó el rey-. Tú agarrado a mi muñeca, yo sujetando a esta mujer... la tigresa a mis pies... –dijo, guiñándole un ojo a Anum-, y, tampoco lo olvidemos, los soldados de mi guardia deseando atravesarte con sus lanzas... ¿Y ahora qué hacemos?

Pero en aquella tensa situación, el rey no era el único que aparentaba mantener la calma. También lo hacía el propio Enkidu. Se diría incluso que a Gilgamesh le agradaba la osadía de aquel extranjero de mirada desafiante, dispuesto a morir por causa de una mujer a la que ni siquiera parecía conocer.

-Tú dejar marchar a mujer y yo soltar tu brazo –le dijo Enkidu.

Uno de los soldados alzó su lanza hasta rozar con la punta de bronce en la nariz del extranjero.

-¡Maldito seas! ¿Cómo te atreves a dar órdenes al rey? –le gritó.

-No pareces borracho... Más bien al contrario –le respondió entonces Gilgamesh, insinuando una sonrisa-. Te propongo una solución... Yo dejo marchar a esta mujer y tú me sueltas la muñeca.

Enkidu miró a Samhat. Parecía no estar seguro de haber entendido al rey, pues éste le proponía ahora lo mismo que él acababa de plantearle.

Al fin, el rey dejó a la mujer de Napesto y ésta, nerviosa, se alejó corriendo unos pasos más allá.

Y Enkidu soltó a Gilgamesh.

-Me has puesto en un compromiso –le dijo el rey-. Debería hacer que te atravesaran con una de esas lanzas, pero Anum Edina es uno de mis soldados más fieles y me ha pedido que te perdone.

Enkidu permanecía callado, desafiando al rey con la mirada.

-Guardias, apartad vuestras lanzas... Y tú sujétame la espada –ordenó entonces al propio Anum mientras desabrochaba la correa que sujetaba su espada a la cintura.

Samhat continuaba sentada en el suelo, algo desorientada por todo lo que ahora estaba sucediendo.

-Enkidu, veo que vas desarmado y no creo que quisieras matarme –continuó Gilgamesh, acariciándose la barbilla con cierta ironía, como si estuviera reflexionando en voz alta-. Supongo que en realidad lo que querías era disfrutar de una buena pelea con el rey... Peleemos pues.

Dicho esto, se quitó también el broche que le sujetaba la túnica por encima del hombro, quedando tan sólo vestido con el taparrabos.

-¡Enkidu! ¡No! –le gritó Samhat mientras éste se quitaba también su ropa, tal y como había hecho el rey.

-Es una suerte para mí contar con soldados tan leales como tú, Anum –le dijo Gilgamesh mientras tanto.

Anum inclinó su cabeza agradeciendo al rey aquel reconocimiento y, a continuación, miró al cazador y alzó sus hombros, dejando clara su impotencia para evitar la pelea que se avecinaba.

-Ser una suerte tú ser mi amigo, Anum –añadió Enkidu con ironía y guiñándole un ojo-. Soldados ser sólo obediencia, amigos ser lealtad de verdad.

Ahora sí, Anum le sonrió. Pero no tardó en borrar la sonrisa al observar el gesto de reproche que le dirigía el rey por la complicidad que estaba mostrando con aquel extranjero.

-Supongo rey Gilgamesh no esconder ninguna daga... –añadió Enkidu, provocante.

Gilgamesh, sin dudarle un momento, se quitó el taparrabos dispuesto a luchar desnudo, tal y como era costumbre en las competiciones deportivas.

Al instante, Enkidu hizo lo mismo.

Ante el nuevo cariz que estaba tomando la situación, las caras de preocupación de cuantos allí se encontraban se fueron tornando en expresiones de relajado júbilo por la oportunidad de poder disfrutar con el espectáculo de una buena pelea.

Gilga se lanzó contra su contrincante golpeándole en el pecho y a continuación adelantó rápidamente el pie en busca de su tobillo, en un intento de trabarle y hacerle caer de espaldas. Y lo consiguió. El extranjero, sorprendido, cayó de culo entre los vítores al rey del numeroso público que se iba acercando a presenciar la pelea. Enkidu se puso en pie frotándose sus doloridas posaderas y volvió a encararse con Gilga. Ambos giraban en círculo, danzando como dos leones enfurecidos esperando el momento de debilidad del oponente para asestarle el golpe. Fue Enkidu el que mostró ahora su destreza volteando sobre sí mismo y alzando su pierna para golpear en la cara de Gilga. Con el rey aturdido, el cazador aprovechó para asestarle un puñetazo en el costado que provocó más de una exclamación de dolor ajeno entre quienes les contemplaban.

Gilga, encogido por el daño, vomitó parte del vino y la ración de dátiles que acababa de comer.

Uno de los soldados se adelantó y apuntó de nuevo con su lanza a Enkidu, pero el rey se colocó rápidamente delante del soldado y le dio un empujón para que volviera a su posición. Gilga aprovechó la confusión y dando unos pasitos de espaldas se acercó hacia el extranjero, quien ahora no acababa de comprender qué pretendía hacer el rey. Lo entendió enseguida, en cuanto éste le propinó un fuerte pisotón en el pie y, al agacharse dolorido, le obsequió además con un codazo en el rostro que le hizo caer otra vez al suelo, entre las risotadas de los soldados y los aplausos de algunos de los presentes.

Enkidu intentó incorporarse, pero daba la sensación de que su cabeza estaba siendo repentinamente engullida por un torbellino. Y volvió a caer, quedando sentado torpemente con la mirada perdida. Fue entonces cuando ocurrió lo que nadie hubiera podía imaginar. El rey, con una mano en su dolorido costado, se acercó a uno de los espectadores y le cogió la jarra de vino, se dirigió con ella hacia Enkidu y le tiró el contenido a la cara. Aquello hizo efecto y el cazador pareció recuperar el sentido. Y el rey le ofreció su mano para ayudarlo a incorporarse.

Ambos se quedaron mirando por un momento, Enkidu en su ridícula pose, sentado, intentando centrar su mirada en la cara de su oponente, y el rey inclinado hacia él, ofreciéndole su mano tendida y masajeándose con la otra en el costado.

-¿Nosotros acabar pelea? –preguntó Enkidu.

-Sólo si tú lo quieres... Aunque vista tu situación, yo la daría por finalizada.

-¿Y quién ganar?

-Yo, por supuesto. Soy el rey.

-Rey sólo de Uruk, pero yo... –Enkidu tuvo de interrumpir sus palabras para escupir la sangre de su labio partido... y no ser de aquí. Y, además, nunca retirar de pelea.

-Podríamos decir que esto no era una pelea... sino... una especie de prueba de fuerza.

Enkidu agarró la mano que se le ofrecía y se ayudó de ella para levantarse.

-¿Quién ganar prueba de fuerza? –preguntó de nuevo.

-Por supuesto, yo. Soy el rey. –Gilga ya no ocultaba la simpatía que le despertaba aquel extranjero capaz de hablar de tú a tú a un rey sin el menor titubeo.

Ambos recogieron sus prendas de ropa y, con gesto dolorido, volvieron a vestirse.

-Pues tú llevar buen golpe en costillas –sonrió orgulloso Enkidu, mostrando sus dientes enrojecidos por la sangre.

Gilga, ante tal demostración de desparpajo, no pudo evitar soltar una sonora carcajada, aunque tuvo que cortarla en seco por la punzada de dolor en su costado.

-Sí, es verdad –admitió el rey-. Nada que no pueda curar una buena jarra de cerveza y algo de comida. Enkidu, ¿conoces el Pato Sabroso?... Está por ahí abajo, en el Barrio de los Artesanos. ¿Te vienes?

Mientras el rey se anudaba ya su ceñidor a la cintura, Enkidu asintió y le tendió su mano, devolviéndole así el gesto de reconciliación.

-Pero yo querer también venir Samhat... Tú ya conocer a ella –dijo Enkidu acercándose a la tigresa.

Samhat tenía los ojos aún llorosos y apenas podía disimular el temblor en sus labios por el miedo que había pasado. Esperó inmóvil hasta que tuvo frente a sí a Enkidu, momento que aprovechó para descargarle en la cara un sonoro bofetón.

-¡Casi enloquezco viendo cómo te arrastrabas al suicidio y ahora...! ¿Qué te vas a... beber cerveza? –Samhat parecía que masticaba cada una de aquellas palabras cargadas de reproche... Pero también de alivio.

-¡Pero Samhat...! Esto sólo ser prueba de fuer...

Aún no había acabado la frase cuando la tigresa volvió a propinarle otro sonoro bofetón. Y luego, entre las risas de cuantos les rodeaban, se dio media vuelta y se marchó gritando que no quería volver a verle jamás.

Gilga, apenas aguantando también la risa, puso su mano sobre el hombro de Enkidu apremiándole a dejarla marchar.

-Amigo mío... Esa mujer es muy rara –le dijo-. Creo que es un auténtico demonio.

-¡No! –respondió Enkidu-. Te aseguro ser como diosa.

-¡Te digo yo que es un demonio!

-Diosa, ella ser auténtica diosa.

Todavía pudieron oírse algunas risotadas más de los nobles y cortesanos mientras los dos nuevos amigos, acompañados por una discreta escolta de soldados, se encaminaban ya, hombro con hombro, hacia el Barrio de los Artesanos con la intención de agotar las últimas migas de aquella extraordinaria jornada.

Los dos flautistas volvieron a hacer sonar sus instrumentos y un muchacho empezó a entonar una alegre canción que hablaba de un pastor enamorado de una oveja. Algunos rieron por la ocurrencia de aquella letra divertida y picante, mientras el grupo de muchachas regresaba de nuevo a sus danzas.

-¡Señor!... ¡Exijo un castigo para esa mujerzuela! –gritó Ubar mientras alzaba su brazo mostrando la mordedura de la joven. Y de nuevo se interrumpió la diversión en un incómodo silencio.

-Déjalo ya, Ubar... –le respondió el rey mientras se alejaba.

-¡No!... ¡Esa perra me ha herido y debe ser castigada! –insistió.

Gilgamesh dio media vuelta y volvió sobre sus propios pasos. Enfurecido, se plantó ante Ubar y, sin mediar palabra, le sujetó por el cuello con firmeza.

-¡Te he dado una orden... amigo mío! -masculló indignado- ¡Dé-ja-lo ya!

Y dejando allí, humillado, al hijo del ilustre Rimus, regresó junto a Enkidu.

Al poco, en la Gran Vía, frente al palacio, las gentes se fueron marchando a sus casas, dando por finalizados aquellos festejos que todos recordarían como los más alegres de la ciudad en muchos años.

Todos le observaban. Los ilustres de la ciudad, los funcionarios y hasta los esclavos de palacio aguardaban con curiosidad el proceder del nuevo rey en su primera audiencia. Gilga miró a su izquierda buscando la tranquilizadora presencia de Ninsun, ahora reina madre de Uruk. Ésta, sentada a escasos seis pasos del trono, permanecía serena, imperturbable. Y, tras ella, Nanshe... Le hubiera gustado que también ahora le pudiera coger de la mano para transmitirle su serenidad, tal y como hizo el día en que acudieron a la Asamblea camuflados como simples jornaleros. Y, al fondo, medio escondido tras un grupo de nobles, su nuevo amigo Enkidu. Vio como éste sonreía distraído con algo que ocurría cerca de la puerta, al otro extremo de la sala. Intentó averiguar qué podía ser, pero no advirtió nada que le llamara la atención. Dicen que los buenos cazadores son capaces de ver lo que para la mayoría resulta invisible. Sin saber muy bien por qué, recordó entonces las reticencias iniciales de su madre, quien le aconsejó que no se fiara demasiado de aquel extranjero tan poco dispuesto a dar explicaciones sobre sí mismo. Pero bastó una sola visita de Enkidu a palacio para que también Ninsun acabara por reconocer la aparente nobleza, incluso la ingenuidad, del nuevo amigo de su hijo.

Al otro lado de la sala, entre los asistentes, se encontraba Dido, el pequeño criado de Aremos. Se mostraba algo nervioso por verse rodeado de tantas personas importantes pero, sobre todo, por culpa de uno de los esclavos de palacio que no le quitaba ojo de encima. El esclavo le había reconocido y, colocándose a su lado, le había advertido que no intentara meter la mano en la bolsa de ninguno de los presentes si no quería salir de allí volando de una patada en el trasero. Dido le respondió con una mirada desafiante y el esclavo le soltó un pescozón. Enkidu, que contemplaba la escena desde la distancia, tuvo que hacer nuevamente un esfuerzo para reprimir la risa.

Shanu, el primer consejero, se adelantó hasta el pasillo central de la sala de audiencias y se inclinó ante el rey.

-Ilustre Shanu... –A diferencia de Lugalbanda, Gilga no precisaba esforzarse en alzar su voz para que le oyeran con claridad-, has servido a Uruk durante años con absoluta entrega. Y ahora me has pedido que te dispense de tus obligaciones.

Shanu asintió agachando aún más su cabeza, con humildad.

-Por ello, te relevo del cargo de primer consejero –sentenció-. Tu puesto será ocupado por el ilustre Aremos, a quien deberás ceder los aposentos que ahora ocupáis en palacio tu familia y tú.

Shanu asintió con el gesto y Gilga se levantó del trono para acercarse a él, mientras hacía una señal a Aremos para que también él se adelantara hacia ellos. Aremos evidenciaba una ligera cojera. Una mínima secuela, apenas perceptible, de su osada acción en la Plaza de los Dioses.

-En reconocimiento a la lealtad con la que has servido al palacio de Uruk durante todos estos años, dispondrás de una paga mensual de veinte shekels de plata que te serán entregados hasta el día de tu muerte. En el caso de que tu esposa te sobreviva, ella continuará percibiendo esta paga. Además, pongo también a tu disposición a tres de mis esclavos para que os ayuden a tener un retiro placentero.

El rey posó su mano sobre el hombro de Shanu quien, contenido, la tomó entre las suyas y la besó, mientras le susurraba su agradecimiento.

-Te pido, ilustre Shanu –prosiguió el rey-, que tú mismo pongas el collar de primer consejero al ilustre Aremos. Y a ti, Aremos, que consideres cuanto acabo de decretar como el primero de los mandatos que te encargo.

Shanu se quitó el collar y se lo colocó a su sucesor en medio del aplauso espontáneo de los presentes y, sobre todo, del grupo de funcionarios de bajo rango que asistían a aquel relevo. La bondad del viejo primer consejero era así reconocida por quienes habían sido sus colaboradores más cercanos.

-Gracias, Shanu... Y que los dioses te premien con muchos años de salud –le dijo Aremos.

Incapaz de decir una sola palabra, Shanu se retiró caminando de espaldas, con cortos pasitos hacia la puerta de la sala de audiencias, sin dejar de inclinar una y otra vez la cabeza hacia el rey en muestra de su gratitud. En el exterior le esperaban su esposa, sus tres hijos y algunos de los nietos, dispuestos a celebrar con él su retirada de la vida pública.

Aremos aprovechó aquel momento en el que toda la atención se centraba en su predecesor para dirigir un discreto saludo a su criado Dido. Disimuló una sonrisa al observar como el chico le daba con el codo en el costado al esclavo que le acompañaba, para que éste se fijara en cómo el nuevo primer consejero se dirigía a él. El esclavo se retiró del lado del chiquillo con gesto malhumorado, consiguiendo que a éste se le iluminara la mirada.

-He destituido a Shanu porque él mismo me lo había solicitado –aclaró el rey tras volver a sentarse en el trono-. Todos los demás consejeros y funcionarios de palacio quedáis renovados en vuestros cargos. En los próximos días, el primer consejero Aremos os irá dando las instrucciones oportunas acerca de los cambios que se precisen.

Entre los asistentes se oyeron algunos susurros de alivio. Gilga sabía que debería esforzarse en dejar atrás la impetuosidad que tantas veces le había acompañado y aprender a comportarse con el aplomo de un rey. Pero ahora se sentía cómodo en su nuevo papel.

-Todavía debo cubrir un puesto que ha quedado vacante –prosiguió-. Me han informado que el mago Ninsulgi ha dispuesto su inminente partida de Uruk. Quisiera saber si Ninsulgi está ahora aquí presente –solicitó, mientras oteaba con su mirada por la sala.

En medio de un creciente murmullo, Ninsulgi se fue adelantando tímidamente desde la última fila del grupo más cercano a la puerta de salida hasta situarse en medio del pasillo central. Se le veía sorprendido y algo nervioso. Bajó la mirada y cruzó las palmas de sus manos sobre el pecho, en señal de respeto.

-Bien, Ninsulgi. Me alegro de que todavía no te hayas marchado –le dijo el rey-. Durante años has sido un fiel discípulo de Osisi y, para mí, eso es garantía suficiente para que ahora seas tú quien ocupe su puesto. Te pido, pues, que recojas su cayado y te quedes en Uruk para ser mi mago personal.

Sinasir Bulom, el consejero de audiencias, dio dos palmadas y al instante apareció un esclavo portando el cayado de Osisi.

Ninsulgi, turbado, alzó de nuevo la mirada. Y volvió a agacharla al comprobar que todos estaban pendientes de él.

-Mi... m... mi señor... yo... yo no tengo los co... co... conocimientos suficientes...

A pesar de llevar años viendo al aprendiz de mago por el palacio, la mayoría desconocía que éste fuera tartamudo. Para Gilga, esa era una muestra más de la

discreción de aquel hombre. Se levantó de nuevo del trono y se acercó hasta situarse frente al mago.

-Nadie tiene nunca los conocimientos suficientes para ocupar el puesto dejado por su maestro –le dijo-. Pero si Osisi te mantuvo durante años a su lado, por algo sería. –Ninsulgi parecía seguir dudando-. Te pido que te quedes a mi lado –insistió Gilga.

Honrado por aquellas palabras, Ninsulgi se atrevió al fin a mirar a los ojos al rey.

-Gracias, mi señor. Espero algún día po... po... poder hacerme digno del puesto de mi... mi ma... mi maestro.

-Ocupa entonces tu puesto –concluyó Gilga, señalándole al esclavo con el cayado-. ¡Ah!... Y no olvides elegir un ayudante al que empezar a transmitir tus enseñanzas –añadió.

-Sí, mi señor... Hay un chico en la escu... cu... cuela de escribas, Zaro-Sin se llama. Él quería ser mi... mi alumno.

-Pues no se hable más. El muchacho tendrá una paga a cargo del palacio a partir de mañana mismo. Habla con Ipru Ayar, el consejero del tesoro, y fijad la cuantía.

Ninsulgi recogió el cayado, hizo una reverencia al rey y se situó de nuevo a un lado del pasillo. Sinasir Bulom tuvo que acercarse a él para indicarle que debía colocarse junto al resto de consejeros, cerca del trono. Aun así, el mago parecía resistirse, y sólo tras un gesto de Aremos se decidió a abandonar su posición y dirigirse junto al primer consejero.

Ya de nuevo en el trono, Gilga miró con disimulo a Ninsun. Le agradó comprobar que en sus labios se insinuaba algo parecido a una sonrisa. Y se fijó una vez más en Nanshe, quien, al verse observada por el rey, desvió disimuladamente su atención hacia el pasillo central... Hacia varios días que no la había visto acompañando a su madre. En un par de ocasiones había estado a punto de preguntarle el motivo de la ausencia de su fiel asistente pero, probablemente, aquello no hubiera hecho más que levantar el recelo de Ninsun, conocedora de la fama de mujeriego que le había acompañado en los últimos años. En cualquier caso, le alegró contemplar otra vez en el rostro de la joven... ¿Se sentiría ahora Nanshe orgullosa de él?... Hizo entonces una señal al consejero de audiencias para que diera entrada al primero de los invitados a aquella sesión.

Sinasir se adelantó al centro de la sala y golpeó el bastón ceremonial contra el suelo tres veces.

-¡El rey recibirá ahora al embajador de Kish! –anunció Sinasir. Y todos los presentes, expectantes por la llegada del hijo de Mebaragesi, guardaron silencio.

De repente Gilga notó cómo se le hacía un nudo en el estómago. Le incomodaba tener que recibir a aquel príncipe prepotente. El de Kish entró en la sala ataviado con una hermosa túnica roja ribeteada en oro y un pequeño aro, también de oro, a modo de pendiente en su oreja derecha.

-Mi señor –introdujo Sinasir-, el embajador Arketi ha solicitado audiencia para expresaros su felicitación en nombre del palacio de Kish.

Arketi se situó frente al trono y ofreció al rey una exagerada reverencia, abriendo ambos brazos y obligando a Sinasir a hacerse a un lado de forma un tanto brusca y, a la vez, algo ridícula.

-Mi señor, quiero expresaros la alegría del palacio y del pueblo de Kish por vuestro nombramiento como Señor de Uruk –dijo Arketi-. Mi padre, el gran rey Mebaragesi, me ha pedido que os transmita personalmente sus deseos de prosperidad para vos y vuestro pueblo.

Arketi se mostraba tan excesivo en su apariencia como en sus modales. Aquello no hacía sino aumentar el recelo que Gilga sentía hacia él.

-Te agradezco la felicitación y te ruego que hagas llegar a tu padre mi deseo de que Uruk y Kish sigan manteniendo por muchos años unas excelentes relaciones.

-Así lo transmitiré al gran rey de Kish.

Como ya era habitual, Arketi volvía a pronunciar aquellas palabras, “gran rey de Kish”, resaltando cada una de sus letras con una pompa innecesaria, consciente de que aquél era un título que causaba admiración y temor en toda Mesopotamia. A Gilga, simplemente, le irritaba.

-También quiero aprovechar –continuó el embajador- para felicitar al nuevo primer consejero, el ilustre Aremos. Estoy convencido de que nos entenderemos con la misma facilidad con la que, hasta hoy, lo hemos estado haciendo con el ilustre Shanu.

Aremos se limitó a asentir con una respetuosa inclinación de cabeza.

-Mi señor, he solicitado también una audiencia privada con vos para continuar con las negociaciones ya iniciadas con el rey Lugalbanda. Debemos revisar las condiciones de la... –Arketi se interrumpió y mostró en ese momento una amplia sonrisa-, digamos, generosa colaboración del palacio de mi padre con esta ciudad y...

-Gracias, embajador –le cortó Gilga-. El ilustre Sinasir ya me ha informado de tu solicitud. Él mismo te comunicará pronto el día fijado para la audiencia privada.

En ese momento Aremos miró al rey con preocupación. No le pasaba inadvertido el desagrado que Arketi causaba en el joven rey y temía que, en cualquier momento, su inexperiencia le hiciera perder el control de la situación.

-Recordad que no es a mí sino al gran rey de Kish a quien estáis haciendo esperar –dijo el embajador, mudando ahora a un semblante más severo-, y que mi deseo no es otro que el de evitar las terribles consecuencias que podría tener la demora en el pago de los nuevos tributos...

Aquello enfureció a Gilga, que se levantó del trono dando un brinco, pero antes de que pudiera decir nada, Ninsun se incorporó también rápidamente de su sillón, centrando la atención de todos.

-Príncipe Arketi –dijo la sacerdotisa-, no tengas la menor duda de que esta ciudad valora y respeta la amistad demostrada por el palacio de Kish. Para el rey de Uruk será prioritario atender este asunto lo antes posible.

En medio del incómodo silencio que se produjo a continuación, Gilga volvió a tomar asiento, apretando los labios con gesto ceñudo.

Aremos respiró tranquilo. Sólo la reina madre tenía la autoridad necesaria para interrumpir al rey y tomar la palabra de aquella forma. Hizo entonces una señal al consejero de audiencias para que diera por finalizada la audiencia al de Kish quien, visiblemente satisfecho, dirigió de nuevo al rey una ostentosa reverencia. Cuando ya se dirigía hacia la salida, saludó discretamente a Rimus, situado en un lateral de la sala, junto a Apil Sin y otros ilustres. Y ambos sonrieron.

Arketi había conseguido lo que pretendía. El nuevo señor de Uruk se acababa de mostrar ante todos como un joven impetuoso, a quien sólo la presencia de Ninsun le había librado de cometer un grave error.

-Mi señor, un emisario de Sin Andu, señor de Eshnunna, ha venido para transmitir os su felicitación –anunció a continuación el consejero de audiencias.

El representante de Sin Andu, un hombre de avanzada edad y una barba que le llegaba al ombligo, entró en la sala y expresó al rey sus buenos deseos y la voluntad de estrechar las relaciones comerciales entre el reino de Eshnunna y Uruk.

Pero Gilga se mostró con él algo frío y distante. No podía dejar de pensar en el grave error que había estado a punto de cometer al dejarse llevar por su animadversión hacia el embajador de Kish.

-Mi señor..., mi señor –la voz de Sinasir interrumpió los pensamientos del rey-. El enviado del señor de Eshnunna ya se despide...

Gilga cayó en la cuenta del enojo que se reflejaba en la cara de su invitado por la escasa atención que le había prestado.

-¡No!... Aguarda un instante... Reconozco que me has cogido algo distraído. Tu llegada me ha hecho recordar viejas historias de mi abuelo, el rey Enmerkar, quien siempre alababa la belleza de los jardines de tu ciudad. –Gilga consiguió arrancar al visitante una sonrisa de orgullo, y un disimulado suspiro de tranquilidad a Aremos y Ninsun-. Pero dime, ¿cómo está el noble Sin Andu?

-Mi señor ya ha entrado en una edad avanzada, pero los dioses le siguen concediendo una enorme vitalidad y todavía mantiene su habitual buen humor.

-Dile a tu regreso que me gustará ir a visitarle en cuanto mis obligaciones me lo permitan.

El emisario de Eshnunna, agradecido, hizo varias reverencias y se fue acompañado por uno de los criados de protocolo.

Sinasir, tras golpear de nuevo su bastón contra el suelo, introdujo entonces al último visitante llegado al palacio para homenajear al nuevo rey.

-Mi señor, el príncipe Kikun, hermano de Nurim-Sin, rey de Ur, ha venido a Uruk para desearos un próspero reinado.

Kikun había llegado hasta Uruk remontando el Éufrates a bordo de una elegante barcaza con una veintena de remeros, los mismos que ahora le habían traído al palacio portándolo en una silla directamente desde la casa de Rimus, donde se había alojado como invitado especial durante su estancia en la ciudad. Nada más entrar en la sala, a Gilga le llamó la atención su desagradable apariencia. Era extremadamente flaco y, aunque parecía joven, iba ligeramente encorvado. Su mirada era huidiza y unos escasos mechones de pelo grasiento le caían por un lado de la cara, tapándose en parte. En sus labios, prácticamente inexistentes, se insinuaba una sonrisa forzada.

Avanzó con paso vacilante hacia el trono hasta que, observando las indicaciones de Sinasir, comprendió que ya no debía acercarse más.

-Príncipe Kikun, eres bienvenido a este palacio –inició Gilga.

-Señor, es para mí un gran honor poder estar en vuestra presencia y poder felicitaros. -La voz de Kikun tenía un tono algo gangoso y, además, al final de la frase soltó un repulsivo sonido con la boca, como si sorbiera saliva-. Os traigo también el reconocimiento y felicitación de mi hermano, el rey Nurim Sin.

-¿Cómo está tu hermano?

Kikun ladeó la cabeza y volvió a sorber saliva antes de contestar, provocando en muchos de los presentes una involuntaria mueca de desagrado.

-Lamentablemente, no muy bien, mi señor. Apenas tiene ya fuerzas para salir de palacio.

Y volvió a hacer aquel desagradable ruido con la boca.

Aremos miró con preocupación a Ninsun. La muerte de Nurim Sin podría significar también el fin de la cautela con la que el palacio de Ur siempre había tratado las reiteradas ofertas de alianza formuladas por el palacio de Kish. Mebaragesi no renunciaría a su pretensión de ganarse a un poderoso aliado al sur de la región, y extender después su dominio a todo el territorio de Sumer.

-No sabes cuánto siento oír tus palabras, príncipe Kikun. Me encargaré de que se hagan ofrendas a los dioses en su nombre, tanto en el Eanna como en la Casa del Cielo.

El de Ur hizo una reverencia al rey.

Aremos se acercó a Ninsun y le susurró algo al oído. Gilga, al percatarse, miró intrigado a su madre, pero ésta se mantuvo en silencio. Fue Aremos el que se adelantó hasta el pasillo central.

-Mi señor, si me lo permitís...

El rey le hizo un gesto apremiándole a que hablara.

-Mi señor, no teníamos noticias de la precaria salud del rey de Ur y quisiera proponeros que nuestro consejero de misiones, el ilustre Uturu Una, acompañe al príncipe Kikun en el viaje de vuelta a Ur para que entregue un presente a su rey de nuestra parte.

En la cara del consejero de misiones se reflejó su sorpresa por aquella propuesta y, todavía más, en la del príncipe Kikun.

-Bueno... mi señor... -Kikun volvió a sorber saliva-. Mi hermano estará muy honrado por vuestro homenaje... Aunque... antes de regresar a Ur, me dirigiré a Nippur. Quiero visitar el Ekur.

Gilga miró disimuladamente a su madre y al primer consejero. Intuía que detrás de aquella iniciativa de Aremos había algo más, pero no acababa de comprender la situación.

-Consejero de misiones, prepárate para acompañar al príncipe Kikun –dijo al fin-. El primer consejero te indicará el presente que deberás entregar al rey Nurim Sin... Y, de paso, también visitarás el templo de Enki, en Eridu, donde realizarás una ofrenda a los dioses en nombre del pueblo de Uruk.

Uturu Una se limitó a inclinarse ante el rey, aceptando la orden.

También Kikun hizo la preceptiva reverencia de despedida, sorbiendo sonoramente saliva una última vez y limpiándose la comisura de los labios con la manga de su túnica mientras se giraba para abandonar la sala de audiencias.

Sinasir, situado de nuevo en el centro del pasillo, anunció a todos que se daba por finalizada aquella primera audiencia pública del rey.

Los criados rápidamente se movilizaron invitando a desalojar la sala a cuantos allí se encontraban. Sólo se mantuvieron en su posición los consejeros del rey, la propia Ninsun, acompañada de Nanshe, y Enkidu, que había conseguido pasar desapercibido en un rincón de la sala.

A ninguno de los consejeros le extrañó que aquel extranjero se quedara también en la sala, pues durante los últimos días se le había podido ver con asiduidad junto al rey, y todos habían comprobado la camaradería con la que ambos jóvenes se trataban entre sí.

-Consejeros –les dijo entonces Gilga-, agradezco vuestra labor y vuestra entrega a Uruk desde el mismo día en que fuisteis elegidos por el rey Lugalbanda para servir al palacio. Y os pido que en el futuro mantengáis la misma dedicación para que, juntos, podamos hacer frente a los desafíos que están por venir.

Todos asintieron satisfechos y aliviados por haber sido confirmados en sus puestos.

-Ya conocéis a Aremos –prosiguió-. Él es uno de los miembros más antiguos de la Asamblea. Aremos tiene mi total confianza... Espero que le obedezcáis con lealtad y sigáis sus instrucciones como si os las dictara yo mismo.

Nuevamente, todos asintieron.

-Que los dioses os protejan e iluminen. Podéis marcharos –concluyó.

Uno a uno fueron haciendo una reverencia al rey antes de dirigirse a la salida. Sólo Aremos se mantuvo en su sitio.

Capítulo 18 – El mercenario en palacio

Cuando todos los consejeros se hubieron marchado, el rey ordenó a los esclavos que también ellos abandonaran la sala y cerraran las puertas tras de sí.

-¿Y bien? –preguntó entonces a su madre.

-Hoy has demostrado a todos que serás un buen rey –le confirmó Ninsun.

-Mi señor, me habéis recordado a vuestro abuelo Enmerkar –dijo Aremos, que parecía estar realmente emocionado.

Después del inoportuno incidente con el embajador de Kish, aquellas palabras reconfortaron a Gilgamesh.

-Doy gracias a los dioses por contar con vuestro consejo. También por tu apoyo, Enkidu –dijo entonces, volviéndose hacia su nuevo amigo-. Te agradezco que hayas aceptado quedarte a mi lado.

-Gracias, Gilga –le respondió el cazador-. Creo estar a tu lado será... experiencia interesante.

En contra de la opinión de Samhat, y tras dejarle muy claro que él no era ningún sirviente, Enkidu había accedido a quedarse junto al rey. Él era un ser libre y quería seguir siéndolo. Y Gilgamesh aceptó aquellas condiciones.

Ninsun, complacida por la sensatez que aquel joven extranjero parecía estar aportando a su hijo, le sonrió agradecida. También ella estaba aprendiendo a confiar en la limpia mirada del cazador.

-Mi señor, debemos hablar de los temas que dejó pendientes el rey Lugalbanda –intervino el primer consejero.

-Adelante, Aremos...

Aunque Gilgamesh ya tenía una idea bastante precisa de todo lo acontecido en la historia reciente del reino, Aremos le explicó los pormenores de cómo Uruk llegó a ser una ciudad sometida al palacio de Kish.

También Enkidu escuchó con atención las palabras del primer consejero.

-Ya sé que Lugalbanda no tuvo más remedio que aceptar el pago de impuestos a Kish a cambio de su ayuda –interrumpió el rey-. Con ello evitó las hambrunas tras las inundaciones. Nadie le puede culpar por ello... Pero esta subordinación hacia Mebaragesi... ¡Es humillante! –masculló con desagrado.

-En aquella época Mebaragesi acababa de derrotar al ejército de Elam y estaba borracho de poder –apostilló la reina madre-. Uruk estaba debilitada, y si Lugalbanda no hubiese aceptado aquellas condiciones, el ejército de Kish se hubiera lanzado contra nosotros. Y ahora su hijo Akka, o puede que el propio Arketi, estaría sentado en este trono.

-Ellos aprovechar desgracia –intervino Enkidu- para obligar doblar rodilla a víctima de desgracia.

Gilga afirmó con la cabeza. No podía estar más de acuerdo con aquellas palabras.

Aremos prosiguió con las explicaciones. Dijo estar convencido de que el príncipe Kikun no era más que un esbirro de Mebaragesi y que, próxima ya la muerte del rey Nurim Sin de Ur, la visita de su hermanastro a Uruk, era un simple alto en el camino en su viaje hacia Kish, a donde en realidad se dirigía para sellar un pacto entre ambas ciudades.

-Dos sacerdotes de la Casa del Cielo –anunció Ninsun- partirán hoy en peregrinación al templo de Sippar. Si la expedición de Kikun se dirige a Kish, lo sabremos.

Aremos expresó también sus dudas acerca de la lealtad de Uturu Una, el consejero de misiones, de quien sospechaba que pasaba información confidencial al ilustre Rimus.

-Entonces, si Uturu Una no nos desvela el verdadero destino de la expedición de Kikun, tendremos la prueba de su traición –apostilló Gilga-. Será condenado por ello.

-Si se confirma que es un traidor –dijo Aremos-, puede que os sea de más utilidad en su actual cargo.

Gilga, pensativo, volvió a afirmar con la cabeza. Tenía demasiado que aprender todavía.

-Hijo, hay otro asunto que debemos tratar ahora –apuntó entonces la reina madre.

-Adelante...

La sacerdotisa hizo una señal a Nanshe y ésta, que aguardaba junto a una de las portezuelas laterales, abandonó la sala. Gilga y Enkidu se miraron extrañados.

Al poco, Nanshe regresó acompañada por dos sacerdotes del templo de Anu. Iban ataviados con la habitual túnica marrón, y con la capucha echada sobre sus cabezas, ocultándoles el rostro.

Uno de los sacerdotes, el más bajo, se quedó junto a la portezuela. El otro, más alto y corpulento, caminó hacia ellos y se situó frente a Aremos.

-Bienvenido.

-Gracias, ilustre Aremos.

El sacerdote se quitó la capucha y descubrió a un hombre que debía rondar la treintena, con el pelo corto, se diría que cortado a cuchillo sin demasiado miramiento, y con barba rasurada de pocos días. Le faltaba un trozo de su oreja derecha.

Enkidu, con un rápido movimiento, se hizo con una de las lanzas que servía de soporte para los estandartes decorativos situados junto al trono y apuntó con ella al pecho de Kenami.

-¡Cuidado! –gritó-. Él ser cabecilla banda de semitas asaltar ciudad. Yo esconder encima palmera y ver cuando ellos preparar ataque.

-¿Y a mí, me recuerdas? –le dijo el otro sacerdote tras situarse hábilmente a la espalda de Enkidu, colocándole el filo de su espada en el cuello.

Entonces Kenami desabrochó lentamente el cordón que ceñía su túnica, dejando a la vista la espada que colgaba de su cintura.

-¡Por todos los dioses!... ¿Qué está sucediendo aquí? –exclamó Gilga, mirando a su madre y a Nanshe-. ¿Cómo habéis permitido que dos hombres armados entren en palacio?

-Enkidu, cálmate –intercedió Ninsun- y deja esa lanza en el suelo.

Efectivamente, Enkidu también recordaba la cara del otro sacerdote. Era Paroro, la mano derecha del jefe de los asaltantes. Dudó por un momento y se giró hacia Gilga, esperando que éste le diera alguna indicación, pero también él estaba desconcertado. Aunque no lo suficiente como para desconfiar de su madre.

-Amigo mío, deja la lanza en el suelo –le pidió.

El cazador, pausadamente, la dejó junto a sus pies. Pero Paroro la empujó de una patada, ante la mirada furiosa de Enkidu.

-Mi señor –dijo al fin Aremos-, os presento a Kenami, jefe de una banda... de una tribu de semitas del desierto. Y este es Paroro, su ayudante.

Gilga no salía de su asombro. No comprendía qué hacían allí aquellos hombres que hacía poco habían atacado la ciudad y que, incluso, le habían herido a él mismo.

-Forman parte del plan que trazamos con Lugalbanda –continuó Aremos.

-Sólo los soldados de mi guardia personal pueden permanecer armados en el interior del palacio –dijo entonces el rey, señalando a Paroro con severidad.

-Por favor, Kenami... –titubeó Aremos-, dejad vuestras espadas en el suelo...

-¡Me tendréis que cortar el brazo! –respondió tajante Paroro, adelantándose a lo que pudiera decir su jefe.

-Vosotros me habéis pedido que venga –añadió Kenami, desenvainando lentamente su espada-. Y lo habéis hecho porque dispongo de hombres adiestrados y armados. Pues aquí estoy... con uno de mis hombres y con mi espada. Si ahora os disgusta nuestra presencia, nos iremos.

Paroro se mantenía concentrado, con la punta de su espada rozando el cuello de Enkidu, mientras los demás cruzaban miradas nerviosas.

-Ninguno de nosotros está armado –dijo entonces Ninsun-. No hay soldados en el interior de esta sala y, como tú dices, nosotros te hemos pedido que vengas. Queremos saldar la deuda que contrajimos contigo y proponerte una nueva misión.

La voz sosegada de Ninsun infundió algo más de confianza en el cabecilla de los semitas, pero seguía dudando.

-¡Vamos muchacho... No seas estúpido! –exclamó Aremos-. Envaina esa espada y ordena a Paroro que haga lo mismo.

-Está bien, confiaré en vosotros... Pero frenad a este torito –dijo, señalando a Enkidu-. Paroro, guarda tu espada –le ordenó al fin, mientras envainaba la suya.

-No, Paroro... tú no guardar todavía espada –dijo entonces Enkidu, para sorpresa de todos.

Y con la punta de la espada de Paroro todavía rozándole el cuello, Enkidu se acercó despacio a Kenami y le desató el correa que sujetaba su espada a la cintura y la dejó caer al suelo.

-¡Vaya...! Veo que eres un niño valiente –le dijo Kenami, a quien parecía divertirle el inesperado atrevimiento de Enkidu.

-Tú tener razón, anciano. Yo ser valiente –le respondió el cazador.

-Paroro, guarda ya tu espada mientras hablamos con nuestros anfitriones –le insistió una vez más el semita, ahora algo molesto por la mueca burlona que le dirigía su ayudante tras oír como Enkidu le llamaba “anciano”.

-Bien –intervino Gilga-. Parece que todos nos vamos tranquilizando, pero yo sigo sin entender qué hacen aquí estos dos y... ¿De veras estabas subido en una palmera viendo cómo preparaban el ataque a la ciudad?

Enkidu afirmó moviendo la cabeza.

-No tener nada mejor hacer en ese momento...

-¿Y pudiste oír todo cuanto decíamos? –le preguntó Kenami.

Enkidu volvió a afirmar con el gesto.

-¡Por todos los dioses! –exclamó Kenami, volviéndose hacia Paroro.

-Mi señor, dejadme que os explique –interrumpió entonces Aremos-. Taníamos que conseguir que Mebaragesi nos permitiera reforzar la muralla sin levantar sus sospechas y, para eso, nada mejor que mostrarle lo vulnerables que somos.

Gilga asintió.

-Y por eso planeasteis el ataque de una banda de saqueadores... ¡Y a mí casi me matan en ese ataque! –exclamó.

-No era nuestra intención haceros daño –le replicó Kenami-, pero luchabais como una fiera y nos estabais dificultando la huida. No me quedó más remedio que golpearos con la maza en la cabeza.

-¿Fuiste tú quien me golpeó?

-No podía hacer otra cosa...

Gilga se frotó la cabeza recordando el mazazo recibido, y el intenso dolor de cabeza del día siguiente.

-No te preocupes... Las heridas ya están curadas –murmuró entre dientes-. Y, al final, sólo hubo daños de cierta importancia entre algunos de los soldados de Kish

–añadió, insinuando una sonrisa.

–Por eso hemos pedido a Kenami que regrese a Uruk –intervino Ninsun-. Kish todavía duda en aceptar nuestra petición de reforzar la muralla, así que tenemos que planificar el próximo asalto.

–Pero, y disculpadme que sea tan directo, todavía me debéis una parte de la paga acordada –les aclaró el semita.

Aremos extrajo de su ropa dos pequeños saquitos de tela que lanzó a Kenami, y que éste cogió al vuelo, uno con cada mano.

–Ha sido un placer trabajar para vosotros –admitió, ahora visiblemente más satisfecho, mientras deshacía el lazo que cerraba las bolsas y comprobaba su contenido.

Tras cerrarlas nuevamente, el semita introdujo una de ellas en el interior de su túnica y lanzó la otra para devolvérsela a Aremos, quien también acertó a cogerla al vuelo.

–Estáis en un error. Faltaban diez shekels de plata y eso es lo que hay en cada una de las bolsas –alegó Kenami-. Mis hombres y yo somos mercenarios, no estafadores.

–Hicisteis un trabajo excelente y merecéis una compensación extra.

Aremos, una vez más, volvió a lanzar la bolsa a Kenami.

–Considera esa compensación –dijo Ninsun- como una muestra de nuestro deseo de seguir contando en el futuro con tus servicios.

Kenami agradeció la recompensa y se guardó aquella segunda bolsa en el interior de su túnica.

–¿Cómo podremos dar contigo cuando volvamos a necesitaros? –preguntó Aremos.

–En poco más de un mes, se presentará uno de mis hombres en el templo de Anu. Allí hará una ofrenda a los dioses en nombre de los Asur.

–¿Los Asur? ¿Es ese el nombre de tu tribu? –le preguntó Gilga.

–Todavía no es una tribu... pero lo será de nuevo algún día... cuando vuelva a reunir a los míos. –La voz del semita dejó entrever cierta tristeza al decir aquello. Miró entonces a Enkidu y le sonrió-. Y si este niño valiente quiere unirse a nosotros, conseguiremos hacer de él todo un hombre.

–¡Ser para mí un honor ser jefe de tu tribu, anciano!

Kenami soltó una sonora carcajada. Le empezaba a caer bien aquel joven descarado que tan poco se parecía a cualquiera de los nobles vanidosos con los que solía toparse.

–Bien pues... –intervino Aremos-. Muchas gracias, Kenami. Nos mantendremos en contacto. Podéis marcharos.

Nanshe acompañó nuevamente a los semitas, que salieron por la misma portezuela por la que habían aparecido hacia unos instantes. Al momento, en el silencio de la sala de audiencias pudo oírse el eco del madero que atrancaba la puerta al otro extremo del pasillo. Y a continuación la ayudante de Ninsun regresó otra vez junto a ellos.

–¿Cómo disteis con esos hombres? –preguntó Gilga.

–Los hombres de Kenami ya han demostrado su valía como mercenarios en las tierras del norte –apuntó Ninsun-. Dos sacerdotes del templo de Enlil se toparon con un miembro de su banda cuando regresaban a Nippur. Estaba tirado en el camino, enfermo y medio inconsciente. Los sacerdotes cargaron con él hasta una aldea cercana y pagaron a una familia de granjeros para que le cuidaran. Y, en agradecimiento, el mercenario viajó después a Nippur, para realizar una ofrenda en el templo de Enlil.

–Y allí supisteis de Kenami –dijo el rey.

–Allí averiguamos cómo podíamos contactar con él –dijo la reina madre.

–Lugalbanda ya tenía algunas referencias –añadió el primer consejero-. Creemos que Kenami es el hermanastro de Moner, señor de una poderosa tribu de nómadas semitas del desierto.

–¿Poderosa tribu?... Entonces, ¿por qué él venderse como mercenario? –preguntó Enkidu.

–La suya es una historia extraña –continuó Ninsun-. Cuando Moner ocupó el puesto de señor de la tribu, expulsó al clan de Kenami. Pero desconocemos las causas.

–Dioses no siempre hacer justicia... –apuntó Enkidu.

–Sus dioses no son los nuestros –le respondió Ninsun, sin que en su voz se insinuara ningún reproche hacia la observación del joven-. Pero es verdad que, a veces, la justicia no se encuentra en el camino que los dioses nos empujan a recorrer.

–Bueno, por el momento agradecémosles que nos hayan traído hasta aquí a estos guerreros –añadió Aremos, rascándose la calva con semblante preocupado-. Espero que podamos seguir contando con ellos en el futuro.

A Gilga no acababa de agradecerle la idea de confiar sus planes en la acción de unos mercenarios. Al fin y al cabo, ¿cómo podían estar seguros de que no acabarían traicionándoles a cambio de una recompensa aún mayor?

De todas formas, decidió fiarse del instinto de Aremos.

–Creo que juzgué mal a Lugalbanda. Ciertamente, no era tan sumiso como yo creía –dijo.

–No, no lo era, hijo mío –confirmó Ninsun-. Lugalbanda era un hombre valiente. Fue general con tu abuelo, y con él participó en muchas batallas. Pero también fue un rey sabio, que sabía medir sus fuerzas y no arriesgar cuando no había una oportunidad de victoria. Por eso quería reforzar la muralla antes de emprender cualquier acción.

-¿De victoria... contra quién? –preguntó Enkidu.

-Contra Kish –respondieron al unísono Aremos y Gilgamesh.

-Mebaragesi es un rey ambicioso –aclaró Ninsun-, pero no lo es más que cualquiera de los otros señores de Sumer. Umma, Lagash, Ur, Sippar... también Uruk, todos queríamos tener el poder de Mebaragesi, pero él ha sido el más hábil y ha sabido aprovechar sus oportunidades.

En verdad, desde hacía ya muchos años, Mebaragesi era un rey temido en toda la región. Y ahora que su hijo mayor, el príncipe Akka, había alcanzado el puesto de general de su ejército, aún lo era más. Akka no parecía tan hábil políticamente como su padre, al menos no todavía, pero sabía hacerse respetar con una brutal determinación.

-Pero esta ciudad debe volver a ocupar el lugar que le corresponde –dijo el primer consejero-. Y pienso que los dioses han querido favorecernos poniendo en el trono a un rey fuerte y con determinación.

-Y a ellos les digo una vez más que les estoy muy agradecido –le respondió Gilgamesh- por permitir a este rey contar con tu sabio consejo, Aremos.

El rey se acercó y posó complacido su mano sobre el hombro del anciano, quien le devolvió una respetuosa reverencia.

-Está bien, hijo mío –dijo entonces Ninsun-. Ahora debo atender mis obligaciones en el templo. Pero antes... –Ninsun rebuscó en el interior de su túnica y extrajo un pequeño objeto de arcilla que ofreció a su hijo.

-¿Qué es esto? –preguntó Gilgamesh, observándolo con detenimiento-. Tiene el sello de Lugalbanda grabado en la superficie...

-En su interior contiene una pequeña tablilla con un escrito –le aclaró Ninsun-. Él me pidió que te lo entregara cuando ocuparas el trono.

Gilga acarició aquel objeto. Era como si, inesperadamente, el viejo rey regresara para darle su consejo, para decirle que también él estaba a su lado. Dudaba de si debía romper en aquel momento la arcilla que recubría la tablilla o si debía esperar para hacerlo en la intimidad de su estancia.

-“De rey a rey”, me dijo cuando me lo entregó –añadió la sacerdotisa.

-Gracias... Muchas gracias, madre –le respondió, mientras ella le cerraba con delicadeza su mano sobre aquel objeto-. Aremos, tú también puedes retirarte...

-Mi señor, si me lo permitís, quisiera comentaros un último asunto –le dijo el primer consejero-. Deberíamos enviar a alguien de confianza para entrevistarse de nuevo con Mesier. Nanshe nos ha traído una información muy útil tras su regreso del templo de Enlil, pero los acontecimientos se están precipitando y, ahora más que nunca, tenemos que mantener un estrecho contacto con nuestros aliados.

-¿Nanshe fue a Nippur para entrevistarse con Mesier?

A Gilgamesh le sorprendió descubrir el motivo por el que había estado varios días sin ver a la asistenta de su madre. Así que aquella muchacha de apariencia dulce y frágil había sido enviada a recorrer los peligrosos caminos de Sumer para cumplir con una misión... Su admiración por Nanshe era cada vez mayor. Se volvió hacia ella, pero Nanshe bajó la mirada al suelo. Y en ese momento, pese al tiempo transcurrido, Gilga recordó una vez más las palabras de la joven en aquella noche en la que, borracho, intentó besarla... “Nunca volváis a intentar tocarme... Nunca”.

-Sí, viajó al Ekur con otros dos sacerdotes –le confirmó Ninsun-. ¿Por qué lo preguntas?

-No... Bueno... Me parece una buena idea –añadió con disimulo-. Cualquier información que pueda facilitarnos Mesier en estos momentos nos será muy útil.

-Pero los hombres de Rimus –agregó Aremos- vigilan todo cuanto hacemos. Me consta que en estos últimos días han estado haciendo preguntas acerca de los motivos de la ausencia de Nanshe junto a su señora... Y si ahora vuelve a Nippur podrían sospechar.

-Enkidu, podría ir Enkidu –propuso entonces Ninsun, volviéndose hacia el cazador-. Si estás de acuerdo, podrías ir tú. Nadie sospechará si decimos que el joven extranjero ha continuado su camino.

-Buena idea –confirmó Aremos.

-¿Qué me dices, amigo? –le preguntó Gilga-. ¿Estarías dispuesto a viajar a Nippur para entrevistarte con el rey Mesier?

-Si marchas esta misma tarde, podrás compartir el viaje con Kenami y Paroro –apuntó Nanshe.

-Pues yo salir esta tarde –respondió Enkidu, complacido por tener una excusa para volver a recorrer los caminos.

-¡Pues que así sea! –sentenció Gilga, imitando la fórmula que solía utilizar Lugalbanda para zanjar los asuntos.

Ninsun y Aremos sonrieron al escuchar aquella expresión, y abandonaron al fin la sala dejando allí a Gilga y a Enkidu, y a Nanshe, ocupada ahora en dar instrucciones a uno de los criados de palacio. Mientras Gilga explicaba a Enkidu algunos detalles de la ruta que debía seguir en su viaje a Nippur, no podía dejar de mirar de reojo a la ayudante de su madre. Y observándola de aquella forma, comprobó la autoridad, y también la serenidad, con la que ésta siempre se expresaba.

Cuando Nanshe despidió al criado y se disponía a abandonar la sala, Gilga interrumpió su distraída conversación con Enkidu, dejándole plantado junto al trono.

-¡Nanshe!

-¿Sí, mi señor?

-Yo... yo... Bueno... –resultaba embarazoso, pero Gilga no acababa de encontrar las palabras adecuadas-. Me gustaría... quisiera disculparme por cómo te traté la última vez que hablamos...

-¿La última vez que hablamos?

-Sí, la noche en que volví a palacio... borracho... No estuve muy amable contigo.

-¡Oh!... No os preocupéis, mi señor. De hecho... ya no lo recordaba... Además, también os acompañé el día en que la Asamblea os eligió rey... –respondió la muchacha, algo desconcertada.

Por alguna razón, a Gilga le alegró comprobar que también ella se alteraba al hablar con él, perdiendo su habitual apostura. Recordó ese día en que, bajo la apariencia de una pareja de simples jornaleros, acudieron juntos a la Plaza de los Dioses. Y sonrió al evocar el cálido contacto de aquella mano que aferraba la suya para tranquilizarle.

-Perdóname por haber sido tan brusco contigo en el pasado. Y también quiero agradecerte la información que nos has traído de Nippur. Has sido muy valiente al viajar acompañada sólo por un par de sacerdotes.

-Dicen que la mejor manera de no llamar la atención de los asaltantes de caminos, o de las patrullas de soldados de Kish, es evitar las posadas y no viajar con una gran escolta.

-Sí, eso dicen. De todas formas, eres muy valiente... Y también hermosa.

Aunque aquellas últimas palabras no las llegó a pronunciar más que en su imaginación, Gilga comprobó como Nanshe, avergonzada, bajaba de nuevo la mirada. Y cuando la volvió a alzar, él le estaba mirando a los ojos. Y le sonreía... Aquel muchacho engreído y vanidoso a quien tanto había admirado en secreto en el pasado, se mostraba ahora ante ella transformado en una presencia arrolladora. Nanshe se percató entonces de que Gilga iba a besarla. Percibió el agradable olor del aceite que habían aplicado a su pelo para alisarlo, una moda reciente entre los jóvenes nobles de Sumer, y el fresco aroma que desprendía su piel.

-No olvidéis, mi señor, que sois el rey... Y yo la asistenta de vuestra madre –le dijo, dando un paso atrás.

Enkidu, que había contemplado en silencio aquella escena, se acercó sonriendo hacia ellos.

-Yo no querer interrumpir extraña situación entre vosotros –dijo el cazador-, pero marchar en poco rato y Nanshe todavía tener que explicar algunas cosas de mi encuentro con rey Mesier.

Ahora fue Gilga el que bajó la mirada. Estaba casi convencido de que ella iba a corresponderle y, sin embargo, una vez más, le rechazaba.

-Está bien, Enkidu –respondió Nanshe-, ahora debo acompañar a mi señora en la ofrenda del mediodía, pero ven luego a verme al templo y te daré el salvoconducto para que cuando llegues al Ekur te conduzcan directamente ante Mesier.

-De acuerdo, Nanshe.

-Mi señor –dijo entonces la joven-, si me lo permitís, me retiro a seguir con mis obligaciones.

-Puedes retirarte... Sólo una cosa más...

-¿Sí, mi señor?

-Nos conocemos desde hace muchos años. Cuando estemos solos, puedes llamarme Gilga, como hacías cuando éramos niños.

-Ahora sois el señor de Uruk y no me incomoda llamaros “mi señor”, mi señor.

-¡Pero por qué eres tan...! –esta vez, sí supo callarse a tiempo-. Está bien Nanshe, puedes irte.

Cuando la joven ya había abandonado la sala de audiencias, Enkidu, burlón, le guiñó un ojo a Gilga.

-¡Si no fueras mi amigo, te haría cortar la cabeza! –le dijo el rey, golpeándole en el pecho con la palma de su mano.

-Así los dos estar sin cabeza –respondió Enkidu con sorna-, porque tú ya perder tuya...

Capítulo 19 – El cazador viaja a Nippur

Samhat se negaba a comprender porqué Enkidu tenía ahora que marchar tan repentinamente de viaje. Le recordó que él era un ser libre, sin obligaciones ni necesidad alguna de servilismos hacia el rey Gilgamesh. Pero Enkidu, paciente, le repetía una y otra vez que no se trataba de cumplir con ninguna orden, sino de hacer un favor a su amigo.

No quería decírselo, la amaba y temía que ella lo dudara, pero Enkidu necesitaba ese viaje, deseaba lanzarse una vez más a los caminos, abandonar por un tiempo la ciudad. Pese a tratarse de un viaje secreto, a ella no le ocultó su destino, pero le pidió que no dijera nada ni a Urembeti ni a Anum Edina. No es que desconfiara de ellos, pero Anum frecuentaba las tabernas de la ciudad en compañía de sus compañeros del cuartel, y nada hay más difícil de dominar que la propia lengua para quien ha bebido más cerveza de la cuenta. Al fin, Samhat decidió aceptar la situación y dejar de comportándose como una esposa celosa y malhumorada y le aseguró que ya se inventaría alguna excusa para explicar su ausencia a los hermanos. En el fondo le enorgullecía que el mismísimo rey hubiera encargado una misión secreta a su joven amante y, sobre todo, le agradó la confianza que Enkidu le demostraba al explicárselo todo a ella.

-¿Tú esperar mi regreso? –le preguntó entonces Enkidu.

-Me gustaría hacerlo –le dijo ella con frialdad-. Pero Nippur está a cinco o seis jornadas de viaje, y otras tantas jornadas de vuelta. No sé si será capaz de estar tantos días sin el amor de un hombre.

-Pues si no poder esperar, al menos ahorrar lo que tú ganar. Yo ahora tratar con importantes hombres de ciudad y tener que comprar ropa nueva.

-Hijo de perra –le soltó la tigresa.

Enkidu la rodeo con su brazo, la atrajo hacia él y la besó.

Samhat le quitó a Enkidu la túnica corta y le arrancó casi con violencia el taparrabos mientras él le deshacía los lazos que sujetaban su vestido de lino. Y ya desnudos, se dejaron caer sobre el camastro.

-Ellos esperar a mí... ahí afuera –dijo Enkidu entre jadeos.

-Acaba lo que has empezado... y luego vete...

Poco después, Enkidu salía por el porche de la granja. En aquella primera hora del atardecer, el cielo estaba nublado y una brisa de aire fresco recorría los campos que rodeaban a la granja. Pero Enkidu, para quitarse el calor de su cuerpo, tuvo que meter la cabeza en el barreño de agua que había junto a la entrada.

-¡Qué lento eres, niño! ¿Acaso crees que tenemos todo el día?

-Sí... bueno... –respondió Enkidu-. Recoger mi caballo de establo y nosotros marchar.

-¿Tu caballo? –preguntó sorprendido Kenami-. ¿Montas un caballo?

-Betún. Ser viejo amigo.

-Te ayudaré a atar las provisiones al caballo –se ofreció Paroro.

-No necesario, yo sólo llevar fardo con piezas de lino para ofrenda a Enlil. Procurar comida por camino.

-Si tú lo dices... –ironizó Kenami, algo incrédulo. Durante el viaje los momentos de descanso iban a ser bastante escasos, así que no habrían muchas oportunidades de conseguir alimento.

Apenas un instante después, Enkidu salía del cobertizo a lomos de Betún, provocando la admiración de los dos semitas. Sin duda, aquel era un ejemplar mucho más hermoso que cualquiera de los equinos que ellos mismos montaban y que solían conseguir a través de las caravanas de mercaderes que cruzaban por el norte de Mesopotamia.

Sin tiempo para hacer comentario alguno acerca de las magníficas hechuras de Betún, la aparición de Samhat en la puerta de la granja centró la atención de los semitas.

-¡Vaya... Vaya! –exclamó Kenami-. Ahora lo entiendo. Con una mujer así yo también me hubiera quedado mucho más tiempo dentro de la granja.

-Sí, seguro tú necesitar mucho más tiempo... Pero yo joven y vigoroso –se burló ahora Enkidu.

Kenami descabalgó y se acercó a Samhat.

-¿Cómo te llamas?

-Soy Samhat. La pareja de Enkidu.

-Samhat... –repitió Kenami-. No olvidaré ese nombre. Yo soy Kenami, el guerrero del desierto –añadió pomposamente-. Eres una mujer muy hermosa, Samhat... Demasiado hermosa para dejarte conquistar por un niño como ese. ¿No te gustaría conocer a un hombre de verdad?

-Kenami el guerrero del desierto... No olvidaré tu nombre –le respondió Samhat-. ¿Sabes una cosa, guerrero del desierto? Yo era prostituta. La mejor de Uruk. Aunque ya he dejado de ejercer... ¿Y sabes por qué?

-No, no lo sé...

-Pues porque ese niño es el que los tiene mejor puestos de todos cuantos he conocido jamás. Y, créeme, he conocido a muchos.

Kenami miró sorprendido a Enkidu, quien se agarró ostentadamente sus partes con una mano por encima de su túnica corta y dedicó una amplia sonrisa burlona al semita, provocando las carcajadas de Paroro.

-Supongo que algo bueno debes de tener para haber conseguido a una mujer como ésta... –rió también Kenami.

-Partamos de una vez o se nos hará de noche –propuso al fin Paroro.

-Bien, Samhat. Me alegro de conocerte. Si alguna vez me necesitas, considérame tu sirviente más fiel.

-Muchas gracias Kenami. Si de veras eres un guerrero y me quieres servir, hazlo protegiendo a Enkidu.

-Si ese es tu deseo...

Enkidu, bajó de nuevo de su caballo y, agradecido, ofreció un último beso a aquella mujer que no dudaba en pregonar ante quien fuera su amor incondicional hacia él.

-¡Por cierto, guerreros del desierto! –gritó la tigresa cuando Enkidu ya se había montado de nuevo sobre Betún-. Hace unos meses unos bandidos asaltaron la ciudad y, por lo que dicen, iban montados a lomos de caballos. Tened cuidado... Al veros, alguien podría pensar que tenéis algo que ver con aquellos asaltantes.

Los dos semitas se miraron. Sin duda había sido una imprudencia acudir de nuevo a Uruk con aquellas mismas monturas.

-Gracias por tu consejo, muchacha –respondió Paroro-. Seremos más cuidadosos la próxima vez... Podría ser peligroso que alguien nos confundiera con esos asaltantes.

Para evitar encuentros inoportunos con los controles dispuestos por los soldados de Kish, decidieron viajar a Nippur eludiendo la habitual ruta que hacía parada en Isin. Eso les obligaba a alargar algo más el viaje y a reducir el tiempo de los descansos, pero, aun así, durante las cuatro jornadas de marcha Kenami y Paroro tuvieron la oportunidad de comprobar las habilidades de Enkidu en el arte de la caza. Y también su generosidad, pues el cazador se encargaba cada día de conseguir algún conejo o cualquier otra pieza con la que llenar sus estómagos. Solían acompañar la carne con el queso y los dátiles que los semitas llevaban en sus fardos y que, gustosamente, compartían con su compañero de viaje.

Y, al fin, divisaron la muralla que rodeaba Nippur. Por encima sobresalían los graneros reales, en apariencia bastante más pequeños que los silos de grano de Uruk, y también pudieron contemplar la parte superior de algunas viviendas. Eran edificaciones altas, de hasta tres plantas, que reyes y nobles de los diferentes reinos de Sumer se habían hecho construir en esta ciudad para demostrar a todos sus privilegiadas posiciones. Pero, por encima de las demás, sobresalía el Ekur, el complejo que albergaba el templo de Enlil y palacio del rey Mesier.

-Pues aquí se separan nuestros caminos –le dijo Kenami a Enkidu-. Nosotros no entraremos en la ciudad.

-¿Vosotros no querer descansar un día?

-No, seguiremos nuestro viaje hacia Elam. Mis hombres nos esperan en Der.

-Viaje agradable con vosotros.

-Por cierto, muchacho, ¿no has pensado en vender ese caballo tuyo? –preguntó Paroro.

-No. No ser sólo mi caballo, ser mi amigo.

Enkidu acarició la cabeza de Betún.

-¿Tu amigo?... ¿Y tienes más amigos como éste? –dijo Kenami con algo de sarcasmo.

-Pues... También Gruñón, cachorro de león y cuidar durante un tiempo.

-¿Un... león? –insistió Kenami.

-Él ser tranquilo, dar buenas siestas después de comer –explicó divertido Enkidu-. Pero siempre rugir... Por eso llamar Gruñón. Hace tiempo yo no ver.

-Bueno... Espero que nosotros sí volvamos a vernos pronto, Enkidu –le dijo el semita, tendiéndole amistosamente la mano.

-Yo también. Que resto de viaje ser propicio para vosotros.

-Que los dioses te protejan, muchacho –le deseó Paroro.

De esta forma, Enkidu se dirigió hacia las puertas de la muralla mientras sus compañeros de viaje seguían su camino. Al llegar a la muralla dos soldados le dieron el alto y le preguntaron acerca de su procedencia y de los motivos de su visita. Le hubiera bastado con repetir la fórmula que utilizaban quienes le precedían en la cola, diciendo que se disponía a hacer una ofrenda en la casa de Enlil, pero prefirió mostrarles directamente el salvoconducto que le había entregado Nanshe, una pequeña tablilla con una serie de inscripciones grabadas en una cara, cuyo significado no se molestó en preguntar, y los sellos de la Casa del Cielo y del Ekur en la otra.

Pudo así entrar en la ciudad sin mayor dificultad y comprobar a continuación que también Nippur era una ciudad bulliciosa. De calles rectas y bien trazadas, era, sin embargo, mucho más limpia que Uruk. Las paredes de las viviendas relucían pintadas de blanco y, en apenas unos instantes, pudo contar hasta cuatro carromatos que se dedicaban a vaciar las cestas llenas de paja con los desperdicios que la gente dejaba a la puerta de sus casas.

Frente a los más de noventa mil habitantes de Uruk y sus alrededores, o los casi ochenta mil de Ur y, sobre todo, los más de ciento treinta mil de Kish, Nippur, con sus apenas veinte mil habitantes, quedaba algo empequeñecida.

La cercanía e influencia de Kish era palpable en todos los rincones de Nippur, no sólo por la presencia de sus soldados patrullando por sus calles, encargándose de la seguridad de la ciudad, sino también por los numerosos peregrinos de Kish que venían para visitar el Ekur y presentar sus ofrendas al poderoso Enlil. La mayoría realizaban el viaje de ida y vuelta en un mismo día, utilizando alguna de las barcazas que hacían el trayecto por el río. Sólo aquellos que no podían permitirse pagar el shekel de plata que cobraban por el pasaje, debían hacer el trayecto desplazándose a pie, o montados en burro.

Nippur tan sólo contaba con un minúsculo contingente de soldados formado por una cincuentena de hombres que, básicamente, se limitaban a actuar como escoltas del rey y como centinelas de control en las puertas de la muralla. Desde antiguo se decía que aquel rey o señor que osase profanar la sagrada ciudad de Nippur, perdería

el trono y sería maldito para el resto de sus días... Y que también correría la misma suerte aquél de entre los grandes señores de Sumer que no acudiera en defensa de la ciudad si ésta lo requería. Tal era el poder de Enlil.

Ya en el templo, Enkidu volvió a mostrar el salvoconducto a un sacerdote y fue llevado hasta un edificio anexo donde le dijeron que residía el rey. Allí, en una amplia estancia, encontró a Mesier debatiendo con dos de sus magos acerca de las últimas observaciones de los astros que éstos acababan de realizar. Le pareció entender que intentaban descifrar los mensajes ocultos que se hallaban tras algunas curiosas formas que se dibujaban en el cielo.

Enkidu aguardó en silencio, y escuchó con curiosidad cuanto se decía. Les oyó hablar de un futuro incierto y oscuro. Al fin, Mesier despidió a los magos pidiéndoles que permanecieran muy atentos a las señales. Pese a su poca credulidad en todo cuanto concernía a aquel tipo de asuntos, Enkidu no pudo evitar que una sombra de inquietud cruzara sus pensamientos.

-Mi señor, este es Enkidu de Uruk –anunció el criado mientras le invitaba a adelantarse-. Portaba este salvoconducto del templo de Anu.

“Enkidu de Uruk”... A Enkidu le resultó algo extraña aquella presentación. Aunque, bien pensado, desde que abandonara su tierra años atrás, en ningún otro lugar había pasado tanto tiempo como en Uruk. Se acercó al rey e hizo una reverencia de cortesía, uniendo sus manos sobre el pecho e inclinándose, tal y como le había enseñado Nanshe. Pudo comprobar como Mesier, un anciano de pelo y barba totalmente blancos, le dirigía una mirada cansada, bajo una frente arada por los surcos de la preocupación.

-Bienvenido, Enkidu –le dijo Mesier, que rechazó el bastón que le ofrecía uno de sus criados-. Me han informado de que querías verme. Esta tablilla que has traído se la entregué yo mismo a Nanshe, así que supongo que te envía Ninsun, o su hijo.

-Sí, mi señor. Nanshe decir a mí cuando estar ante vos, primero expresar deseo de larga amistad entre Uruk y Nippur... y luego yo tocar mi oreja –dijo, llevándose la mano hasta la oreja con cierta inseguridad por lo absurdo de aquel gesto.

-Esta es una época en la que, desgraciadamente, la maldad y la traición se abren paso con demasiada facilidad... –Mesier dejó escapar un suspiro que delataba agotamiento-, y en la que un salvoconducto puede ser robado y utilizado por hombres corruptos... Pero dime, Enkidu, ¿qué tal está mi viejo amigo Aremos?... Cuando estuvo aquí Nanshe no me acordé de preguntárselo...

-¿Aremos?... Bien, mi señor. Ser hombre de avanzada edad, pero de buena salud.

-Me alegro de oír eso... Me preocupé mucho con las noticias de su herida en la pierna. Apenas pude verle entre los invitados el día del nombramiento de Gilgamesh como nuevo rey. –Mesier, pensativo, se acarició la barba-. Me hubiera gustado tener más tiempo para charlar un rato con él...

-Él recuperar bien de herida, mi señor. Además, tener nuevo criado, Dido –añadió Enkidu-, chiquillo ladronzuelo siempre hacer reír con ocurrencias.

-Los dioses siguen protegiéndole, no me cabe duda. ¿Sabías que ese hombre y yo nos conocemos desde que éramos unos críos?... Su padre lo envió a estudiar a la escuela de escribas de esta ciudad. Fuimos compañeros durante tres años inolvidables. Con el tiempo, llegó a ser uno de los hombres de confianza del rey Enmerkar...

Mesier, abstraído, mantuvo el silencio por unos instantes, quizá recordando los viejos tiempos.

-¿Y tú, Enkidu, de dónde sales? ¿De qué conoces al rey? –preguntó después.

-Yo pelear con él, día de nombramiento señor de Uruk.

-¿Que te peleaste con él?

-Sí. Y después dos opciones: él matar a mí, o invitar a cerveza.

-Y te invitó a cerveza...

-No, tabernero invitar, rey no llevar shekels encima.

-Es igual que su abuelo. Será un gran rey... si los dioses le permiten mantenerse en el trono. –Mesier bajó el tono de su voz, delatando una cierta resignación.

-¿Por qué decir eso, mi señor? –le preguntó Enkidu-. Gilgamesh enviar a mí aquí para saber última información.

-Se avecinan tiempos difíciles. Los augurios presagian el azote de la guerra... Sangre y muerte de inocentes.

Mesier se dejó caer sobre los almohadones de un largo sillón y pidió a Enkidu que se acomodara a su lado.

-Poco a poco –prosiguió Mesier, acariciándose la barba-, a lo largo de estos últimos años, Mebaragesi ha ido comprando voluntades entre las familias más influyentes de Sumer. Cuenta con un poderoso ejército, y con los guerreros de las siete tribus como mercenarios.

-¿Siete tribus?

-Hace años, previendo un futuro enfrentamiento con Elam, Mebaragesi llegó a un pacto con las belicosas tribus de pastores que habitan al este y al norte de Sumer. Necesitaba asegurarse la paz en el interior de la región, así que les autorizó a adentrarse por las zonas fronterizas de Sumer y acampar con sus rebaños, a cambio de que sus guerreros se unieran a los soldados de Kish en caso de necesitarlos.

-Parecer buena idea.

-Y lo fue. Más de lo que había imaginado. –Mesier volvió a atusarse la barba-. Las tribus se dieron cuenta de que aquel pacto les abría las puertas para poder saquear los poblados más alejados del territorio sumerio. Mebaragesi tan sólo les exigía compartir con él el botín conseguido en cada incursión... Hasta que los poblados atacados acababan por solicitarle su protección a cambio de tributos.

-Y así, rey kish aumentar mucho más sus riquezas...

-Muchísimo. Y todavía más tras derrotar al ejército de Elam. Tras aquella victoria, todas las grandes ciudades sumerias tuvieron que plegarse a los deseos de Mebaragesi, quien les impuso el pago de impuestos a cambio de la supuesta protección –explicó Mesier-. En el caso de Uruk, coincidió además con la pérdida de las cosechas por unas inoportunas inundaciones. Era la única ciudad que hubiera podido hacerle frente...

-Pero ahora no haber guerra, mi señor. Y en algunas ciudades, como aquí, en Nippur, soldados de Kish patrullar calles y mantener orden.

-Siempre hay guerra, Enkidu. Siempre hay guerra –dijo, señalándole con el dedo-. La codicia es el alimento de las guerras. Sólo cuando el agresor ha saciado su sed y a los defensores ya no les quedan fuerzas ni para seguir enterrando a los suyos, se inicia un periodo de paz... Pero la memoria del horror vivido nunca la heredan los hijos, y el desastre regresa una y otra vez.

Mesier aclaró a Enkidu que las escuadras de soldados de Kish que patrullaban por Nippur, como también las que recorrían las calles de docenas de ciudades y poblados sumerios, no eran más que el instrumento que utilizaba Mebaragesi para mantenerlas bajo control. Y que cuando alguna se había atrevido a rebelarse, expulsando a esos soldados o a alguno de los embajadores que el palacio de Kish tenía destinados en los principales reinos, no tardaba en ser golpeada por alguno de los batallones que ahora comandaba el príncipe Akka.

Le explicó también como Mebaragesi había pervertido los planes de Nippur de atraer a las caravanas de mercaderes hacia las tierras del centro y el sur de Sumer, para que abastecieran a sus mercados y, de paso, facilitaran nuevas salidas a los productos de la región. Ante la buena acogida de la iniciativa entre los mercaderes, el palacio de Kish no tardó en trazar sus propios planes para hacerse con el control de las rutas de comercio, obligando a esas caravanas a pagar impuestos si querían cruzar por el territorio sumerio.

-Cosas poder cambiar –le dijo Enkidu-. Uruk ser ahora ciudad poderosa.

-No lo suficiente. Pero Mebaragesi es inteligente y sabe que si no actúa pronto, lo será algún día. Ya no se conforma con dominar Sumer, ahora quiere reinar directamente en las principales ciudades. Pronto el príncipe Kikun sucederá en el trono de Ur a su hermanastro. Cuando eso suceda, Akka se casará con la hermana de Kikun, y ambas ciudades sellarán una alianza. Probablemente, Kikun ni siquiera es consciente de que no es más que un títere de Mebaragesi.

-Entonces, ¿futuro de Uruk?

-Mebaragesi también tenía sus planes para Uruk. Con la ayuda de ese influyente mercader... –Mesier se rascó la cabeza, intentando recordar el nombre-, Rimus, y de sus aliados en la Asamblea, pretendía instalar en el trono a otro títere que acabaría cediendo el paso a Arketi, su hijo menor, a quien envió allí como embajador.

-Pues él fracasar...

-Sí, pero me temo que no se rendirá tan fácilmente. Desde luego, no creo que contara con la subida al trono del príncipe Gilgamesh. Ni tampoco con la vuelta de Aremos a una Asamblea que ya confiaba en tener controlada. Pero sigue teniendo poderosos aliados... Desgraciadamente, a veces aquellos que más cerca están de los dioses, más parecen olvidar sus deberes.

-Creo yo no entender...

-Me consta que Arketi se ha entrevistado en secreto con Tarina, la priora del Eanna.

-¿Ellos conspirar para conseguir trono de Uruk?

-El templo de Ishtar es el principal aliado de Mebaragesi en Uruk. Y Mebaragesi es muy generoso con sus aliados. Buena parte de los impuestos recaudados en Uruk van a parar directamente a los pies de la diosa.

-Pero Uruk tener ahora rey fuerte –replicó Enkidu-. Además, Gilgamesh recibir consejos de Aremos y de reina madre.

-¡Y por eso corre peligro! –le contestó Mesier, señalándole otra vez con el dedo, como si quisiera advertirle directamente a él de ese peligro-. Con Lugalbanda, ya viejo y enfermo, bastaba con tener un poco de paciencia y esperar que ocurriera lo inexorable, pero con Gilgamesh en el trono, al palacio de Kish no le queda más remedio que pasar a la acción. Mebaragesi sabe que si consigue hacerse con el trono de Uruk ya nadie podrá pararle. Umma, Lagash, Isin, Sippar, incluso Nippur, todos caeremos definitivamente bajo el yugo de Kish.

Ambos guardaron silencio una vez más. Como si aquellas últimas palabras hubieran anticipado la más terrible de las condenas.

-Guerra parecer inevitable...

-¡No! –exclamó Mesier-. La guerra sí que puede evitarse. Si Kish consigue eliminar a Gilgamesh.

-¿Eliminar?

-Matarlo. Si consigue matarlo, probablemente simulando un accidente, la Asamblea tendrá que elegir un nuevo señor y Arketi tendrá una nueva oportunidad, sin necesidad de recurrir a las armas. Mebaragesi es inteligente y sabe que es preferible hacerse con el control de una Uruk próspera y bulliciosa, que de una ciudad arrasada por el fuego y la furia de los soldados de Akka.

-¡Pero nosotros poder enfrentar a Kish! –repuso Enkidu-. En ejército de Uruk haber valientes dispuestos a luchar.

-En el ejército de Uruk no hay más que jóvenes granjeros y soldados esclavos –le cortó Mesier-, sin ninguna experiencia ni preparación. No tendrían ninguna posibilidad frente a los soldados de Kish y los experimentados guerreros de las siete tribus.

-Entonces...

-Si no consiguen eliminar a Gilgamesh en poco tiempo, habrá guerra. Y si hay guerra, Kish aplastará a Uruk. Pero si Gilgamesh decide abandonar el trono de Uruk, salvará la vida y se evitará la guerra.

-¿Abandonar?... ¿Huir?

A Enkidu le dolía tener que escuchar aquello. ¿Cómo plantear a su amigo tal alternativa?

-Así es –le confirmó Mesier. Hizo una pausa y bajó la mirada-. Me siento demasiado viejo y sé que Enlil no tardará en poner fin a mis días. A él le pido que respete el tiempo que todavía me queda y me mantenga en el trono de Nippur. Tras mi muerte, nada podrá evitar que esta ciudad pase también a manos de Mebaragesi.

-Mi señor, vos ser débil... pero no por ser anciano, sino porque ya decidir no luchar –le reprochó Enkidu.

Mesier asintió mostrando una sonrisa de resignación.

-Enkidu –añadió después-, di a Gilgamesh que si decide abandonar el trono de Uruk, él y quienes le acompañen serán bien recibidos en mi palacio... Quizá así, pueda salvar su vida.

-Mi señor, si ser preciso, Uruk entera luchar con su rey. Y yo estar a su lado –sentenció Enkidu, y su voz sonó nerviosa, como si hubiera deseado no tener que decir aquellas palabras.

Y entonces, para sorpresa de Enkidu, Mesier le sonrió abiertamente. Era como si el viejo rey hubiera estado aguardando una respuesta como aquella.

-Pues si así tuvieran que suceder las cosas, yo intentaría convencer a Lagash y a Umma para que resistiesen la presión y permaneciesen neutrales en el conflicto. Pero, recordadlo bien, sólo habría una oportunidad. Si esa es la opción que elige, que Gilgamesh aproveche bien el tiempo y se prepare con determinación para vencer en la primera batalla. Kish no está preparada para una derrota, y sólo podría caer si se ve sorprendida. Y dile también a Gilgamesh que cuente con los hombres de ese mercenario semita al que contrató Aremos...

-Kenami.

-¡Sí, Kenami! –exclamó al recordarlo-. No me fio demasiado de los mercenarios, pero si decide luchar, le necesitará.

A Mesier se le había iluminado la mirada. Le dijo a Enkidu que los dioses acostumbran a castigar con crueldad a los ilusos, pero que a veces, sólo a veces, se sienten en deuda con los valientes.

-Gracias por vuestro consejo –le dijo el cazador-. Gilgamesh y Ninsun apreciar mucho vuestra sabiduría.

Mesier no dijo nada más. Su rostro se apagó de nuevo y su ceño se frunció con arrugas de preocupación. Nada más añadió acerca de los peligros que acechaban al futuro de Sumer, pues todavía no eran más que un oscuro presagio apenas intuido. Los augurios a los que se había referido, aquellos que insinuaban desolación y muerte, parecían provenir de una fuerza todavía oculta, una fuerza más devastadora que la de cualquier ejército conocido hasta entonces... Seguiría intentando desentrañar el mensaje de las estrellas. Quizá ahí, en los lejanos brillos de la oscuridad, podría hallar las respuestas.

-Tenías razón. Bajo las estrellas las cosas se ven con mayor claridad.

Enkidu se limitó a asentir con un gruñido mientras mordisqueaba una especie de raíz. Había explicado a su amigo los pormenores de su conversación con el rey de Nippur y éste, con gesto preocupado, le había escuchado con suma atención. Las noticias no eran buenas, pero no hacían más que confirmar lo que Lugalbanda ya había sospechado. Uruk debería entregar el poder a Mebaragesi, o el enfrentamiento con Kish, antes o después, sería inevitable. El tiempo había pasado, y el futuro se hacía presente.

Sólo el persistente chirriar de unos grillos rompía el silencio de la noche en los Jardines Reales, donde ambos amigos, tumbados en el suelo, notaban el contacto de la hierba fresca bajo la piel de la espalda. El aroma de los árboles frutales, plantados muchos años atrás y cuidados con mimo por los jardineros de palacio, evocaba viejas historias de soldados que regresaban victoriosos de la región bañada por el Gran Mar. Ahora, ante sus ojos, algunas hojas de las frondosas palmeras datileras les cortaban la visión de aquel inmenso tapiz de estrellas.

-Yo no creer tú tener este jardín dentro ciudad, libre bestias salvajes, y no venir aquí antes –dijo entonces Enkidu.

Gilga prefirió mantener el secreto y no desvelar a su amigo la realidad. Ciertamente, en el pasado no había frecuentado el jardín para deleitarse en su contemplación, pero aquellas mismas palmeras habían sido testigos de sus escarceos amorosos con jóvenes inexpertas a las que en ocasiones embaucaba, o intimidaba con amenazas para que se plegaran a sus deseos. Sin embargo, ahora sentía vergüenza por aquel comportamiento del pasado. Estaba aprendiendo que un hombre debe esforzarse si quiere llegar ser digno del respeto de los suyos, y digno también de esa valiosa amistad, la de Enkidu, que los dioses le habían concedido.

-¿Y por qué haber valla en jardín más allá de aquellas datileras? –le preguntó el cazador, incorporándose y señalando hacia el oeste.

-Esto es el Jardín Real. Aquí puede venir quien quiera hasta el anoecer. Y aquella parte de allí es la reservada para el paseo de los toros sagrados.

-¿Reservar para toros? ¡Qué absurdo!

-¡No digas eso!... Es el rebaño de Anu, animales sagrados que están al cuidado de los pastores del Eanna –le aclaró Gilga-. Es una demostración de respeto a los dioses.

Enkidu, poco convencido, dejó entrever una mueca de reproche, pero optó por no ahondar más en el tema y se tumbó de nuevo sobre la hierba.

-¿Tú creer inevitable? –preguntó, sin dejar de masticar aquel trozo de raíz.

-¿El qué?

-Guerra con Kish.

El rey se pensó la respuesta durante unos instantes y luego dijo, en voz baja, como si temiera escuchar sus propias palabras:

-Creo... creo que yo la deseo.

Entonces se levantó repentinamente y se acercó a Enkidu para quitarle la raíz de la boca. La mordisqueó por el lado opuesto y, tras escupir los trozos, la lanzó tan lejos como pudo.

-¡Sólo las bestias comen raíces! –recriminó a Enkidu.

-¡Ser último trozo que yo conservar! –exclamó el cazador, levantándose de inmediato para otear en la oscuridad en un vano intento de recuperarla-. Ese tipo de raíz aquí no encontrar. Ser buena para cuerpo, dar fuerza... Aunque puede tú tener razón...

-Pues claro que la tengo. ¡No eres un buey!

-Supongo yo tener acostumbrar, cambiar para aprender a vivir con vosotros... Con Samhat, contigo, con Urembeti y su hermano. –Enkidu dejó de buscar en la oscuridad y se volvió de nuevo hacia su amigo-. Yo ir mucho tiempo de allí a allí...

-De aquí para allá... –le interrumpió Gilga-. ¡Cada vez hablas peor nuestro idioma! –bromeó.

-¡Tú meter idioma en culo! –se defendió Enkidu, propinándole un empujón a su amigo y haciendo con ello que algunos de los soldados de su escolta, que se mantenía a una distancia prudencial, se pusieran en tensión por aquella aparente agresión al rey. Pero la carcajada de Gilga por el desparpajo que demostraba su amigo les relajó-. Yo estar solo mucho tiempo –prosiguió en un tono más conciliador- y ahora estar contento por vuestra acogida...

-Algún día me tendrás que explicar esa historia tuya de soledad.

También Gilga se había percatado de que a Enkidu no le resultaba nada fácil hablar de su pasado. Pero, como Samhat o Urembeti, también él había decidido aceptar a Enkidu sin importarle cuán oscuro pudiera ser ese pasado. Puede que fuera un esclavo huido, o un presunto asesino perseguido para ser ajusticiado en otras tierras. Fuera cual fuese ese pasado, Gilga sabía que Enkidu era inocente de toda culpa.

Durante unos instantes, Enkidu enmudeció. Parecía incapaz de recordar su pasado sin que algo en su interior le oprimiera la voz.

-Mí... madre... nacer en Sumer, en Larsa –dijo al fin-. Hija de mercader de Ur. Ella enseñar a mí vuestro idioma... Y mi padre...

Nuevamente se hizo un silencio.

Gilga volvió a sentarse con las piernas cruzadas frente a Enkidu y le pidió a él que también se sentara. Quería mostrarle a su amigo todo su interés. Pero Enkidu ya no fue capaz de seguir hablando. Dos veces lo intentó, dos veces tragó saliva y permaneció en silencio.

-Sólo espero que no te canses de nosotros, de esta ciudad, y decidas marcharte de nuestro lado –le dijo entonces el rey.

-Eso seguro no suceder.

Ambos amigos se tendieron la mano, y se la estrecharon, como si con aquel gesto pretendieran conjurar al destino para que nunca les separase. Y volvieron a tumbarse.

-Pues yo no llegué a conocer a mi padre –le confesó Gilga-. Se llamaba Noreb y era el sumo sacerdote de la Casa del Cielo... Me explicaron que era un hombre sabio. Fue tutor de mi abuelo Enmerkar y, con el tiempo, también lo fue de mi madre.

-Yo creo no entender -admitió Enkidu.

-Mi bisabuelo, Meskiagasher, fue rey de Uruk y sumo sacerdote del templo de Anu. En esa época Noreb era un joven sacerdote que, al parecer, destacaba por su nobleza e inteligencia –explicó Gilga-. Meskiagasher le nombró tutor de su hijo, Enmerkar, mi abuelo. Y cuando éste fue nombrado rey, decidí confiar el puesto de sumo sacerdote a Noreb quien, además, pasó a ser el tutor de su única hija, la princesa Ninsun, mi madre... Y, con el tiempo, el rey dispuso que ambos se casaran para que Ninsun engendrara un heredero.

-Tú.

-Así es. Yo.

-Ser duro para tu madre casar con anciano sacerdote.

-Mi madre siempre habla de él con admiración, incluso con cariño –le aclaró Gilga-. Cuando yo era un crío, debía de tener por aquel entonces siete u ocho años de edad, me explicó toda esta historia y me confesó que sólo le reprochaba una cosa... No haber vivido tan sólo unos días más, los suficientes para poder contemplarle acogiéndome entre sus brazos...

-¿Y tú no tener más familia? ¿Tíos? ¿Primos? –le preguntó Enkidu.

Gilga percibía cierta ansiedad en la voz de su amigo al hacerle aquellas preguntas acerca de su familia.

-Sí, hay alguien más... Una hermana.

-¿Tú tener hermana? –se sorprendió Enkidu-. Pero ¿dónde estar ella ahora?

-En el mundo de los espíritus... creo... En la tierra de los muertos –dijo casi en un susurro-. Murió antes de nacer.

Gilga, sentado en el suelo, cerró los ojos tratando de recordar, de evocar unas imágenes demasiado escondidas en su memoria. Miró a Enkidu, quien, recostado sobre su codo, le observaba expectante.

-Nadie me ha hablado jamás de ella -continuó-. El día del entierro de Lugalbanda me dieron a comer unas hojas, el Fruto de la Muerte, y tuve extrañas visiones... Vi el espíritu de Lugalbanda... y el de Noreb... y también el de mi hermana.

-¿Y cómo ser ella?

-No lo sé... En realidad, no la vi sino que, más bien... la sentí. No sé cómo explicarlo. Pero sí, mi hermana era hermosa.

Gilga, entonces, sonrió.

-Yo no creer mucho en espíritus, ni en adivinos ni esas cosas –le confesó Enkidu-. Pero yo no olvidar conversación de rey Mesier con sus magos, mientras esperar él atender a mí. Ellos hablar de malos presagios, de sombras en futuro. Yo pensar enfrentamiento con Kish ser origen de desgracias para Uruk.

-¡No, amigo mío! ¡No! –repuso Gilga-. Es ahora cuando padecemos la desgracia. Sólo perdiendo el miedo a un enfrentamiento con Kish podremos sacar a esta ciudad del fango de la humillación.

-Pero posible muchos morir en enfrentamiento...

-Sí. Y también es posible que la ciudad consiga levantar la cabeza y recuperar el orgullo. Y de esa forma haría de mi reinado algo digno de ser recordado por las futuras generaciones –dijo Gilga-. Todos me recordarían como el rey valeroso que devolvió la grandeza a Uruk.

-¿Ser eso realmente tú querer?

-¿Qué... qué otra cosa hay, amigo mío? ¿Qué otra cosa hay más allá de hacer algo grande y ser recordado por ello?

A Gilga le sorprendió aquella pregunta.

-Yo no saber, amigo. No saber. –Enkidu dudaba-. Posible tú tener razón.

Gilga apoyó su mano sobre el hombro de Enkidu y le miró fijamente a los ojos. No se conformaba con que éste aceptara sin más su ambición, quería que también la compartiera.

-¿Recuerdas aquella tablilla que me entregó mi madre al finalizar mi primera audiencia?

-Mensaje de Lugalbanda... De rey a rey... –dijo Enkidu, evocando las palabras de Ninsun.

-“Hay un hombre para cada desafío” –citó Gilga-. “Ponte al frente de Uruk y lucha antes de que caiga definitivamente esclavizada”. Ése era el mensaje que me dejó Lugalbanda –le desveló y, al hacerlo, sintió como se afianzaba su coraje-. Ése es mi destino, amigo mío –le dijo, posando su otra mano también sobre el otro hombro de Enkidu, como si quisiera retenerle a su lado-. Y juro a los dioses que no me desviaré de mi camino.

Enkidu extendió también sus brazos y apoyó igualmente sus manos sobre los hombros del rey.

-Promesa a dioses ser cosa seria. Pero promesa a uno mismo ser aún más importante.

Gilga, satisfecho, asintió con la cabeza.

-De todas formas, me preocupan las palabras que te dijo Mesier acerca de que en nuestro ejército no hay más que granjeros y esclavos sin experiencia –añadió entonces, volviendo a recostarse-. Ni siquiera nuestros mandos, salvo el general Lamar An, han luchado nunca en una batalla.

-Mesier aconsejar tú contratar a mercenarios de Kenami. Sus hombres tener experiencia.

-No me gustan los mercenarios. Pueden traicionarte si el enemigo les aumenta la paga.

-Yo compartir camino con Kenami y Paroro hasta Nippur... Creer ellos ser de palabra.

El rey hizo una mueca, mostrando no estar demasiado convencido de eso.

El verano ya estaba finalizando y la brisa de la noche empezaba ya a ser algo fresca para ambos amigos, que vestían tan sólo una falda corta de lino.

-Vayamos a dormir, amigo mío –propuso Gilga poniéndose en pie-. Hasta los grillos parecen haberse dormido ya. Ven esta noche a palacio y te dejaré a una de mis esclavas...

Observaron como los soldados de la guardia personal del rey, a una treintena de pasos de ellos, también se incorporaban torpemente, entre las nerviosas patadas que el jefe de escuadra iba dando a sus adormecidos compañeros.

-Yo preferir dormir solo.

-¡Ahhh!... ¡Así que es cierto! –exclamó el rey-. Conozco la fama de la tigresa. Dicen que quien ha pasado una noche con ella ya no encuentra el placer con ninguna otra mujer...

-Pues... yo no saber.

-¿Qué es lo que no sabes?

-Nunca estar con otra mujer.

-Ya te advertí cuando nos conocimos que Samhat era un demonio -le dijo, señalándole burlonamente con un dedo acusador-. Y ahora te tiene hechizado.

-Eso sí ser verdad... estar hechizado –sonrió el cazador-. Pero no demonio... Ser auténtica diosa.

-Es un demonio.

-¡No!... Samhat ser diosa.

Ambos amigos rieron mientras se encaminaban hacia el Paseo de los Reyes, donde los soldados ya les esperaban dispuestos a escoltarles.

La mayoría de los ilustres que asistían aquella mañana a la Plaza de los Dioses vestían todavía con una túnica ligera, de lino fino, y se vieron sorprendidos por una brisa demasiado fresca. Algunos enviaron a sus criados a por una prenda de ropa que tirarse sobre los hombros.

La Asamblea había sido convocada inesperadamente por el rey y era la primera vez que éste iba a asistir. Era una buena oportunidad para que los ciudadanos de Uruk pudieran ver de nuevo a su joven señor, a quien los dioses, definitivamente, parecían haberle dotado del favor de su pueblo, especialmente de los más jóvenes. Todos lo pudieron comprobar en la ceremonia de su nombramiento y, ahora, se volvía a poner de manifiesto con la enorme afluencia de personas que, expectantes, colapsaban las inmediaciones de la Plaza de los Dioses.

Tras la experiencia de lo acontecido durante la sesión de elección de Gilgamesh como nuevo rey, Isme Ea, el ilustre representante de los escribas, decidió que en esta ocasión harían las funciones de voceros media docena de muchachos que se encargarían de llevar las palabras que allí se dijeran hasta las zonas más alejadas de la Vía de los Ilustres. Así pues, los alumnos de la escuela de escribas ya se encontraban dispuestos y, mientras esperaban, uno de ellos se pavoneaba entre los aplausos del gentío, alzándose en equilibrio con un solo pie sobre el último de los cinco peldaños de la escalera que le habían asignado. Pese a la distancia, las piruetas del chico fueron advertidas por uno de los asistentes de Isme Ea que, disgustado, mascullaba los innumerables castigos que le esperaban a aquel aprendiz de cómico.

Cuando el reloj de sol de la Plaza de los Dioses marcaba el momento señalado para el inicio de la sesión, otros tres estudiantes de la escuela de escribas hicieron sonar los flautines reclamando silencio. Y el rumor de miles de voces se fue apagando.

Isme Ea se puso en pie.

-Deberíamos dar inicio a esta sesión extraordinaria de la Asamblea –anunció-, pero está previsto que el primero en tomar la palabra sea el rey, así que esperaremos unos instantes...

Apenas había acabado la frase cuando uno de los criados de la Asamblea se acercó para informarle de que la comitiva real ya estaba de camino.

Visto el gentío que se apiñaba en la Vía de los Ilustres, Aremos había aconsejado al rey dirigirse por el Paseo de los Reyes, al norte de la ciudad, siguiendo después por la Vía de los Cazadores. El propio Gilgamesh encabezaba la comitiva subido en un carro de batalla tirado por dos magníficos onagros y seguido, en otro carro similar, por el general Lamar An. Tras ellos, una veintena de soldados que formaban la guardia personal del rey, caminaban precediendo a los esclavos que portaban las sillas de la reina madre y del primer consejero Aremos. Y, por detrás, iban la asistenta de Ninsun, Nanshe, montada a lomos de un asno, y Enkidu, en su imponente caballo negro. Muchos centraban la atención en aquel joven extranjero a quien, según se decía por la ciudad, el rey había adoptado como hermano y consejero. Cerraban la comitiva otros diez soldados de la escolta.

Cuando el rey alcanzó con su carro el centro de la Plaza de los Dioses, todos los miembros de la Asamblea se pusieron en pie. Entre la muchedumbre surgieron algunos aplausos espontáneos. El rey les dirigió un saludo alzando su brazo y se bajó del carro, que rápidamente fue recogido por un soldado que lo condujo a la parte posterior del edificio de la Asamblea, junto con el del general Lamar An. Ninsun y Aremos tomaron asiento en el centro de la grada, en el palco reservado sobre el túnel de acceso al edificio. Sólo entonces, volvieron a sentarse los ilustres.

Mientras el general se dirigía también hacia el palco, Enkidu aprovechó para llevar a Betún a la parte posterior del edificio, para que se lo vigilaran junto al resto de los equinos. Luego se situó junto a Nanshe, de pie, en una de las esquinas de la grada que ocupaban los ilustres.

Gilga observó a su alrededor. Lamar An había colocado soldados por todos los rincones de la plaza. Una compañía completa, treinta y seis soldados, se interponía entre el gentío y los nobles y altos funcionarios que habían sido invitados. Se preguntó si los temores del general no serían exagerados. Si alguien pretendía atentar contra su vida, iba a resultarles hartos complicados en aquellas circunstancias.

Dando la espalda a los miembros de la Asamblea, el rey se encaró hacia el gentío.

-¡Ciudadanos de Uruk!... –gritó, alzando su mano derecha para reclamar la atención de la multitud-. Ciudadanos de Uruk, ilustres y consejeros... Los dioses desean que os hable. –La potente voz de Gilgamesh hacía innecesario que el primero de los voceros tuviera que transmitir sus palabras pero, aun así, cumplió con su obligación y la voz del chico resonó como un eco agudo-. Anu, en su infinita sabiduría, e Ishtar, nuestra bien amada protectora, me exigen que me dirija a vosotros para que oigáis de mi propia boca cuanto he de deciros.

Entretanto, Aremos miraba con disimulo a Rimus y observó como éste, llevándose su dedo índice sobre los labios, solicitaba al ilustre Apil Sin, sentado a su lado, que permaneciera callado, pues quería atender a las palabras del rey. ¿Cuál sería ese mensaje tan importante que tenía que comunicarles?

Desde que Enkidu regresó de su viaje a Nippur, apenas se había visto al rey en actos públicos. Todo lo delegaba en su primer consejero quien, incluso, le tenía que representar en las habituales ofrendas a los dioses tanto en el Eanna como en la Casa del Cielo. Sólo la compañía de Enkidu parecía ser de su agrado. Se les había podido ver dando largos paseos por los alrededores del Palmeral de Shamash, tras los campos de cultivo al norte de la ciudad. Pero ahora, al primer consejero se le veía preocupado, pues un mal paso del rey en aquellos momentos tan delicados podría tener nefastas consecuencias.

Y por si fuera poco, por la ciudad circulaban algunos rumores inquietantes, que llevaron a Aremos a aconsejar al rey que retomara el contacto con Kenami para que éste o alguno de sus expertos guerreros se integraran en su guardia personal. Pero Gilga rechazó de plano aquella idea.

-Luchar por Uruk, por vuestro bienestar... -continuó Gilga-, sacrificarme por esta ciudad si es necesario... ¡Ésa es mi única misión! ¡Y de ella habré de rendir cuentas algún día ante los dioses!

Del gentío surgieron voces de aprobación hacia aquellas palabras y el rey, alzando su mano, las acalló nuevamente.

-Todos recordáis el ataque que sufrimos de los bárbaros semitas. Querían saquear nuestros almacenes, robar nuestro grano... -Hizo una pausa y se volvió hacia los miembros de la Asamblea-. Si queremos seguridad, no podemos seguir confiando en la benevolencia de los dioses. ¡Hemos de actuar con valentía!

Rimus, ahora sonriente, hizo algún comentario a Apil Sin. El rico mercader se palmeó las rodillas con ambas manos y apoyó su espalda relajadamente contra la pared del escalón que ocupaba en la grada. Al verlo, Aremos se volvió preocupado hacia Ninsun, pero ésta seguía mostrándose imperturbable.

-¡Esforcémonos, pues! –gritó el rey-. A nosotros nos corresponde luchar por nuestro destino.

Gilga hablaba despacio, dejando que aquellos mensajes fueran llegando por boca de los voceros hasta los más alejados. Había recurrido a la Asamblea, pero su intención era clara, quería que toda Uruk pudiera oír sus palabras, no sólo los ilustres sentados en las gradas de la Plaza de los Dioses. Y, a diferencia de éstos, que aguardaban expectantes a que el rey concretara su propuesta, el pueblo sí parecía dispuesto a otorgarle ya, sin más, su confianza.

-Uruk merece ser respetada. –En ese momento Gilga se volvió para encararse directamente hacia los ilustres-. Fuimos atacados por una banda de ladrones, por la noche, mientras la ciudad descansaba tras una dura jornada de trabajo... –prosiguió-. Y me pregunto si aquello no fue más que una advertencia de los dioses: ¡Sois débiles! –Tras gritar aquellas palabras guardó silencio, y escuchó el eco de sus palabras repetidas en la lejanía-. ¡Débiles y vulnerables! –reiteró-. Afortunadamente, los dioses no nos abandonaron a nuestra suerte. Pero nos robaron parte de nuestro grano... Y atacaron a los soldados de la guarnición de Kish. Dos de ellos murieron.

Gilga esperó nuevamente a que los voceros tuvieran tiempo de repetir sus palabras. Desde el fondo, proveniente de las gentes situadas al final de la Vía de los Ilustres, empezó a llegar un rumor que fue aumentando en intensidad, hasta que llegó con total claridad a la Plaza de los Dioses. Los más alejados se sentían libres para expresar su opinión... y parecían celebrar el ataque contra aquellos soldados del acuartelamiento de Kish.

Cuando los ilustres se percataron de la situación, la mayoría, incómodos, se removieron en la grada murmurando lo inoportuno de aquella ofensa hacia el poderoso palacio de Mebaragesi. Y aunque algunos de ellos estaban de acuerdo con las palabras de su señor, ninguno se arriesgaría a mostrarlo abiertamente, conscientes de que aquellas podían ser las palabras de un rey que, en aquel momento, estaba propiciando su propia caída en desgracia.

Gilga alargó el silencio, dejó que transcurrieran unos instantes más para que todos en la Asamblea se empaparan de la opinión de aquellas gentes a cuyos intereses, al fin y al cabo, tenían la obligación de servir.

Mientras tanto, Ninsun observaba con atención cada gesto de su hijo. Y Aremos, acariciándose una y otra vez la frente con las yemas de los dedos, parecía estar cada vez más incómodo en medio de aquel largo silencio del rey.

También se hizo evidente la inquietud entre los nobles y altos funcionarios que se encontraban en la zona de invitados. Sólo Enkidu se mostraba relajado, con sus brazos cruzados sobre el pecho.

-Sin duda, ésa era la advertencia de los dioses –continuó Gilga, cuya voz tronaba potente ante todos los allí congregados-. Lugabanda supo interpretar ese mensaje y ahora yo retomaré su iniciativa. Por ello pido a esta Asamblea que apoye mi propósito de poner en marcha las obras para fortalecer los muros de esta ciudad... ¡Hagamos de Uruk un lugar seguro!

Sinasir Bulom, el consejero de audiencias, y Ninsulgi, el mago de palacio, empezaron de repente a aplaudir aquellas palabras del rey. Otros les siguieron con mayor o menor convencimiento, aunque, sin lugar a dudas, Dido, el dicharachero criado de Aremos, se reveló como el más efusivo de entre quienes apoyaban a su rey. El chico ya había conseguido ser sobradamente conocido en la corte, donde a todos divertía con su desparpajo y atrevimiento. Ahora Dido había optado por sentarse en el suelo, delante de todos, y puesto que le brindaban la oportunidad, aplaudía con auténtica admiración y sin la menor vacilación.

Poco a poco los aplausos se fueron extendiendo a medida que los voceros llevaban las palabras cada vez más lejos.

Reconstruir los tramos más deteriorados de la muralla y reforzarla exigirá un enorme esfuerzo y podría dejar prácticamente vacías las arcas de palacio. Habría que movilizar a cientos de trabajadores durante meses. Harían falta multitud de escribas para realizar las mediciones y el diseño de las obras, importar madera y contratar carpinteros que construyeran los andamiajes, fabricar miles y miles de adobes, transportarlos y colocarlos. Sólo la fabricación de las herramientas de trabajo exigiría un esfuerzo nada despreciable. Pero Aremos se mostró aliviado al comprobar que la ciudad respondía con una evidente aceptación a la propuesta que ahora les presentaba el rey, hábilmente, como la continuación de la voluntad del prudente Lugabanda. Pero eso no era suficiente para conseguir el apoyo de la Asamblea.

Isme Ea trató de preguntar al rey si quería proceder ya a la votación en la Asamblea. Se esforzó intentando conseguir que éste pudiera oírle, pero no lo conseguía. También Aremos se puso entonces en pie para reclamar la atención del rey, pero éste estaba de espaldas a la grada, observando satisfecho la reacción del gentío. En la Asamblea se creó una cierta confusión, con la mayoría de los ilustres discutiendo acerca de la conveniencia de votar en uno u otro sentido. Dido, al darse cuenta de los vanos intentos de su amo por hacerse oír, corrió hacia el palco, donde Aremos le dio alguna consigna y, al momento, el chiquillo se acercó corriendo hasta el rey.

-Mi señor, dice mi amo que no sometáis a votación la propuesta de ampliar la muralla, pues la mayoría de ilustres votarán en contra... -le dijo Dido, antes de regresar corriendo a sentarse delante de los bancos de invitados.

Gilga, que se mantenía en el centro de la Plaza de los Dioses, alzó una vez más su brazo solicitando silencio.

-¿Acaso vosotros... –retomó-, pueblo de Uruk, no queréis tanto como yo una sólida muralla que traiga la tranquilidad a esta ciudad?

Los vítores y aplausos de aprobación del gentío fueron entonces unánimes. Durante años, aquel pueblo había permanecido mudo, ensombrecido por el triste destino al que había sido condenado por los dioses. Pero ahora, ante aquella inesperada osadía de su rey, todos parecían dispuestos a recuperar el orgullo perdido.

-Parece que nuestro joven rey quiere prepararse para hacer frente a un futuro ataque de Kish –susurró Apil Sin al oído a Rimus.

-Eso parece –respondió Rimus-. El muy iluso cree que reforzando la muralla podría resistir una embestida del ejército de Akka.

-Pero nosotros nos comprometimos con el embajador Arketi a acabar con este rey...

-Gilgamesh sospecha algo y ha reforzado su seguridad... Este mosquito está resultando más molesto de lo que preveíamos. Dejemos que él solo se estampe contra los soldados de Kish.

-Entonces... ¿habrá guerra?

-Lo estoy deseando –dijo Rimus, apoyando satisfecho sus manos entrecruzadas por delante de su voluminosa barriga-. Cuanto antes se enfrenten Uruk y Kish antes nos quitaremos de encima a este engreído y antes subirá al trono Arketi.

Desde su privilegiada posición en el palco, también Ninsun pudo observar las confidencias entre Rimus y Apil Sin. Todo parecía pender de un hilo. El destino, fuera el que fuese, seguía su curso... Y recordó entonces el vuelo de aquellos dos pájaros a los que vio caer el día en que su hijo subió al trono.

Gilga se volvió entonces hacia la grada de la Asamblea.

-Ilustres miembros de esta Asamblea –les dijo-, reforzar la muralla exigirá un gran esfuerzo. Pero, además, también necesitamos conseguir recursos para hacer frente al aumento de los impuestos que nos solicita el palacio Kish... ¡Nuestro aliado y protector! –los abucheos se generalizaron entre el gentío, aunque aquellas palabras sí fueron acogidas con agrado por la mayoría de los ilustres de la ciudad-. Muchos deberán trabajar en las obras de reconstrucción, incluso a costa de sacrificar parte de los

trabajos en el campo. ¡Todos deberemos colaborar... Y yo el primero! –gritó-. Me propongo encabezar una expedición comercial, con trescientos jóvenes soldados de esta ciudad, que se dirigirá a los bosques de la lejana región de Canaán, donde conseguiremos un partida de madera de cedro cuya venta nos permitirá costear las obras y pagar los tributos a Kish.

Aquello cogió a todos por sorpresa. Desconcertó a Aremos, sobresaltó a Ninsun e, incluso, el propio Enkidu, situado junto a Nanshe en una esquina de la plaza, se adelantó unos pasos hacia el rey, negando con la cabeza, sin molestarse en ocultar el desagrado que le provocaba aquella propuesta.

-Todos los jóvenes que no vengan a la expedición –prosiguió el rey-, trabajarán en las obras de la muralla, dedicando una de cada cuatro jornadas, y recibirán por ello una compensación cuando el trabajo haya finalizado... -Ahora se oyeron algunas quejas de quienes se encontraban más cerca de la plaza. Sin duda, ésta no era una medida tan bien acogida-. ¡Pensad que cuando acabéis los trabajos, vuestros cuerpos estarán tan fuertes... que todas las muchachas de Sumer suspirarán por vosotros!

Rápidamente, el rey consiguió que las incipientes quejas de aquellos jóvenes se convirtieran en risotadas y aplausos de aprobación. Era evidente que éstos eran quienes más estaban dispuestos a apoyar a su rey.

Ninsun ordenó discretamente a uno de los criados de la Asamblea que le trajera a Enkidu al palco, lo que hizo sin demora.

-¿Qué ocurre, Enkidu? –le preguntó en cuanto lo tuvo delante-. He visto tu reacción ante la propuesta de mi hijo.

-Mi señora... una expedición a bosques de cedros... Yo conozco esas tierras y Gilga correr peligros él no imaginar.

También Aremos y el general Lamar An, sentados en el mismo palco, pudieron escuchar las inquietantes palabras de Enkidu.

-Con esta expedición -continuó Gilgamesh-, me propongo además renovar una vieja ofrenda a los dioses... Hace ya muchos años, el rey Meskiagasher, mi antepasado, ofreció al templo de Enlil la madera con la que se construyó el portón del Ekur. Y ahora, como símbolo de amistad con el reino de Nippur, renovaremos aquella ofrenda regalando al templo de Enlil los mejores troncos de cedro que consigamos.

Tras exponer sus planes, Gilgamesh hizo un gesto a Isme Ea para indicarle que los ilustres que lo desearan y a podían tomar la palabra. Él permanecería en el centro de la plaza, en pie, dispuesto a responder a las intervenciones. Algunos aplaudían al rey, pero la mayoría murmuraban sorprendidos, preguntándose por la conveniencia de una expedición a Canaán en aquel momento.

Entre el gentío, los más jóvenes se hacían oír pidiendo a gritos a los ilustres un voto de apoyo al rey. Y los de mayor edad aguardaban expectantes a lo que pudiera decidir la Asamblea.

Lamar An, sin esperar a que Isme Ea le diera paso, se puso en pie dispuesto a tomar la palabra. El general tuvo que pedir con gestos que se acallaran los gritos de los jóvenes más próximos a la Plaza de los Dioses. Cuando lo consiguió, todavía podían oírse las aclamaciones de quienes se encontraban más alejados, y a los que los voceros aún les hacían llegar las últimas palabras del rey.

-Mi señor, estoy convencido de que los dioses os inspiran cuando os proponéis reforzar la muralla de la ciudad. –Ahora todos escuchaban con atención al viejo general, uno de los hombres más respetados del reino-. Pero una expedición a esas tierras lejanas es demasiado peligrosa... Hay que atravesar regiones donde habitan tribus hostiles, pueblos guerreros acostumbrados a la lucha. Creo, mi señor, que no es conveniente que arriesguéis vuestra vida y la de trescientos de nuestros muchachos. Esos mismos jóvenes podrían trabajar a tiempo completo en las obras de reconstrucción de la muralla y, de esta forma, ahorraríamos mucho tiempo y coste.

Algunos de los ilustres asintieron a las palabras del general. Y las miradas se volvieron de nuevo hacia el rey, pero éste se mantuvo en silencio.

Asmadu Abis, el ilustre representante de los carniceros y otrora rival de Gilga en la elección como sucesor de Lugalbanda, solicitó entonces la palabra.

-Mi señor, estoy de acuerdo con lo dicho por nuestro prudente general. Esa expedición sería muy peligrosa y nuestros jóvenes..., perdonadme que lo diga tal y como lo pienso, no tienen ninguna experiencia en batallas. Creo que enviarles a una misión como esa sería exponerlos a ser fácilmente aniquilados. –En las gradas de la Asamblea surgieron algunos tímidos aplausos que daban a entender cuál era el parecer de buena parte de los presentes-. Propongo que se negocie con el palacio de Kish un aplazamiento en el pago de los impuestos mientras duren las obras. Cuando éstas acaben, podríamos ofrecer al rey Mebaragesi que nuestros muchachos, o un grupo de trabajadores esclavos pertenecientes al palacio, se desplacen por un tiempo para trabajar en sus campos.

-Mi señor –Lamar An reclamó de nuevo la atención mientras los voceros iniciaban la repetición de lo dicho por Asmadu Abis-. No es ningún secreto que habéis puesto vuestra confianza en un extranjero recién llegado a Uruk. Dicen que ese joven, Enkidu, es una persona prudente. Pido a la Asamblea que nos permita oír la opinión del extranjero.

Enkidu, que ya había abandonado el palco y se encontraba de nuevo junto a Nanshe, miró indeciso al rey y éste, haciéndole un gesto con la mano, le invitó a intervenir. Ahora todas las miradas se centraban en él. Aun así, Enkidu dudaba de si debía tomar la palabra. Miró a Aremos, y también él le devolvió el mismo gesto que le hacía el rey. Pero si hablaba, debería mostrar a todos su desacuerdo con la iniciativa que acababa de plantear su amigo. La noche anterior, mientras la mayoría de los habitantes de Uruk ya dormían, los dos habían estado paseando por el muelle de la ciudad, contemplando cómo la tripulación de una de las barcas descargaba sus mercaderías, y cómo, al otro extremo del muelle, otras dos estaban siendo cargadas con grano y piezas de tela. Gilga le explicó que aquel cargamento no tardaría en llegar al puerto de Ur y, desde allí, quizá seguiría rumbo a Elam, o al lejano valle del Indo. Pero también le confesó su frustración por no poder viajar a tierras lejanas en alguna de aquellas embarcaciones.

-Te envidio, amigo mío... -le dijo.

-¿Rey envidiar a mí? ¿Ser broma?

-¿Rey?... Ahora yo no soy más que un siervo de otro rey más poderoso –se lamentó-. Fíjate en esos barcos. Ni siquiera por la noche cesa la actividad en este muelle. Uruk es una ciudad viva, con empuje. Y cuanto más empuja, más atada está a Kish... ¿Debo acaso conformarme con llevar una buena vida y, a cambio, convertirme en un rey sumiso? ¿Debo conformarme con eso?...

-Cuidado, amigo mío. Quien preparar guerra, antes o después encontrar guerra. Posible que Mesier equivocarse y todavía poder evitar guerra –le replicó Enkidu, con escasa convicción.

-Ya estamos en guerra –repuso Gilga-. Por el momento es una guerra silenciosa, sutil, pero ya estamos en guerra. Y si ahora no hacemos nada, algún día nos veremos empujando las armas para luchar contra extraños en defensa de nuestros amos... Si hemos de luchar, que sea para defender Uruk.

-Pasar cualquier cosa pasar, y estar a tu lado.

Gilga, agradecido, palmeó el hombro de Enkidu.

Y ahora, con toda la ciudad pendiente de sus palabras, Enkidu sabía que nada de lo que dijera haría desistir de su propósito a Gilga. Pero, aun a riesgo de perder su amistad, no le traicionaría adulándole, diciendo aquello que no pensaba.

-Enkidu, en esta Asamblea sólo permitimos que intervengan sus miembros, pero en esta ocasión a todos nos gustaría escuchar qué tienes que decirnos –le dijo entonces Isme Ea, al ver las reticencias del joven.

-Posible algunos de vosotros ya conocer a mí –dijo al fin-. Ver acompañar a vuestro rey. Pero mayoría no conocer, pues yo venir de lejos a estas tierras hace poco tiempo. Aquí yo recibir buen trato... Esta ser ciudad agradable para vivir. –Enkidu hizo una pausa. Todos le miraban y asentían satisfechos ante aquel reconocimiento a Uruk que hacía el recién llegado-. Pero en mi camino, yo también ver violencia en pueblos y caminos. Cada vez menos mercaderes recorrer rutas a través de norte de Mesopotamia y tierras de Canaán. Por eso, propuesta de expedición poner en peligro vida de rey, y de jóvenes que acompañar a rey.

Aquellas palabras provocaron semblantes de preocupación entre los ilustres. Y no tardaron en surgir murmullos de conformidad con lo dicho por aquel prudente extranjero.

Mientras tanto, con sus ojos puestos en el rey, el primer consejero Aremos se acariciaba pensativo su escasa barba... Puede que aquella idea no fuera tan descabellada.

Gilga miró sorprendido a su amigo. Quizás hubiera debido anticiparle sus planes la noche anterior. Quizás hubiera sido mejor plantear otro destino, una expedición hacia el norte de Mesopotamia, remontando el curso del Tigris, o hacia el reino de Elam y cruzar los Montes Zagros... Pero ahora ya era demasiado tarde, no podía desdecirse ante su pueblo.

-¿Tú, Enkidu... precisamente tú te muestras temeroso ante una expedición a los bosques de cedros? –le soltó, algo dolido-. ¡Vamos, amigo! Eres fuerte y joven ¿Por qué hablas como un anciano acomodado? ¿Acaso no me acompañarás gustoso a esta aventura?

Gilga conocía la respuesta.

-Yo acompañar y estar contigo donde tú ir –respondió Enkidu-. Pero ser aventura peligrosa.

Gilga le sonrió, ahora sí, agradecido. Había observado como los notables de la ciudad asentían a las palabras de Enkidu, juzgándole como una persona sensata. Pero ahora también le habían escuchado decir que estaba a su lado, que a pesar de no estar de acuerdo con la expedición, confiaba en él.

Y entonces dio media vuelta para encararse de nuevo hacia el gentío.

-¡Una aventura peligrosa! –gritó-. Ya habéis oído a mi amigo Enkidu... ¿Pero acaso nosotros, los jóvenes de Uruk, somos ahora más temerosos que nuestros padres? ¡Ellos siguieron a su rey! ¡Lucharon en batallas que todavía se recuerdan!

Gilga veía las caras encendidas de los jóvenes que se encontraban más cerca de la Plaza de los Dioses. Miradas que parecían pedirle una oportunidad para hacer algo grande, algo de lo que sentirse orgullosos. También observó los rostros de algunos de los soldados que formaban el cordón de seguridad en la plaza y que no podían evitar volverse hacia él, dando la espalda a la muchedumbre y provocando las reprimendas de Biurturre, el jefe de batallón.

-¿Ni siquiera vamos a atrevernos con una simple expedición comercial? ¿Ni siquiera eso? –Gilga esperó a que los voceros fueran extendiendo sus palabras en un eco cada vez más lejano. Le alegró comprobar que aquellos chicos, al menos los dos primeros voceros cuyos gritos aún podía oír desde donde se encontraba, no sólo transmitían su mensaje, sino también su entusiasmo-. ¡Nosotros no somos menos que nuestros padres!... ¡Ahora es nuestro turno! ¿Vamos a quedarnos escondidos tras los faldones de nuestras madres?

Los más jóvenes empezaron a gritar, coreaban el nombre de su rey y le respondían que ellos no eran unos cobardes. El clamor se fue extendiendo y algunos soldados empezaron a golpear las lanzas que portaban contra sus propios escudos.

Gilga esperó. Quería que todos los ilustres comprobaran cuál era la voluntad de los jóvenes de Uruk. Y éstos estaban con su rey.

Pasados unos instantes, se volvió de nuevo hacia Enkidu.

-Amigo mío, hermano... –Tuvo que callar de nuevo por un momento, aguardando a que se calmara la muchedumbre-. Nunca dudaré de tu valentía y sé que no temes por tu propia seguridad. Tú conoces aquellas tierras y los peligros del camino. A todos nos dará confianza verte a mi lado.

-Ya decir antes. Yo ir contigo, amigo –le respondió Enkidu, acercándose al rey.

Ambos se estrecharon la mano, haciendo que los vítores de la muchedumbre se contagiaran también a buena parte de los miembros de la Asamblea.

-¡Mi señor! ¡Mi señor! –gritaba Lamar An, intentando que su voz se oyera entre el clamor del gentío-. Permitidme que sea yo quien dirija la expedición. Tengo experiencia... ¡No debéis arriesgar vuestra vida!

Gilga, que apenas podía oír las palabras del general, se acercó unos pasos hacia el palco mientras Lamar An insistía en solicitarle que le dejara encabezar la expedición. Pero Gilga le hizo un gesto rechazando aquella idea.

Aremos, viendo el pesar del viejo militar, se acercó a él.

-General, no te molestes –le dijo-. Nuestro joven rey necesita demostrar que es digno de ocupar el trono de sus antepasados. Es joven y valiente, pero precisa ganarse la confianza de aquellos que deberán seguirle en los años venideros.

-Lo sé, pero no tiene suficiente experiencia –repuso Lamar An.

-General –intervino entonces Ninsun-, ¿recuerdas la experiencia que tenías cuando mi padre te puso al frente de un grupo de soldados por primera vez? ¿O cuando Lugalbanda te nombró general de Uruk?

-Tenéis razón, mi señora...

-No debes preocuparte –continuó la reina madre-. Tú mismo le has enseñado disciplina, le has formado como soldado. Ahora, si los dioses se lo permiten, deberá ganarse la lealtad de sus hombres.

-¡Mi señor! –volvió a gritarle Lamar An poniéndose en pie-. ¡Mi señor! Os ayudaré a seleccionar a los trescientos muchachos que habrán de acompañaros... ¡Que

los dioses guíen vuestros pasos!

Tras aquellas palabras del general, la ovación fue unánime. Y de esta forma, toda la Asamblea se unió, y a sin reservas, al entusiasmo de los más jóvenes.

Aremos hizo una señal a Dido para que llamara la atención de Enkidu. El chiquillo, siempre pendiente de su amo, se acercó corriendo al cazador y, cogiéndole de la mano, le arrastró de nuevo hasta el palco. El primer consejero le pidió que ayudara al rey a elegir la mejor ruta, evitando el paso de la futura expedición por las sendas más inseguras.

-Yo recordar varios caminos –le confirmó Enkidu-. Pero entonces viajar solo, sin llamar atención y esquivar problemas. Con trescientos hombres nosotros ser más fuertes, pero no haber piedra en camino que no saber de nosotros antes que nosotros llegar. Posible nadie enfrentar a expedición durante viaje, pero cuando llegar a destino... En bosques de cedros...

La gravedad en el tono de su voz, dejaba claro que, para Enkidu, aquella era una iniciativa que le causaba mucha inquietud.

-Debemos contactar con Kenami y contratar a algunos de sus mercenarios –dijo entonces Ninsun-. Conviene que la expedición cuente también con guerreros experimentados.

-Así se hará, mi señora –le respondió Aremos-. Pero cuanto más lo pienso, más me convence la iniciativa de vuestro hijo. Si los dioses protegen a nuestros muchachos durante la expedición, el rey partirá de Uruk con trescientos campesinos o granjeros y regresará con un batallón de soldados disciplinados.

-Yo preferir no depender de protección de dioses... -repuso Enkidu, desconfiado, ante la mirada reprobatoria de la gran sacerdotisa quien, a continuación y por primera vez en mucho tiempo, se permitió mostrar una sonrisa.

Ninsun observó como varios de los ilustres abandonaban la grada y se acercaban al rey para felicitarle. En un gesto instintivo se llevó la mano al pecho, pero lo encontró vacío. Su hijo portaba ahora el Medallón de Enmerkar colgado bajo la ropa de su túnica. No era un destino fácil el de un rey, pero, sin duda, Gilgamesh estaba dispuesto a coger las riendas de su futuro.

Todavía sentados en la grada, Rimus y Apil Sin se felicitaron por aquella inesperada oportunidad que se les brindaba. El rey se proponía marchar a tierras lejanas al frente de un grupo de campesinos... Rimus se acercó después hasta los bancos que bordeaban la Plaza de los Dioses, donde se encontraba su hijo. Le ordenó que le siguiera y, en medio del alboroto, ambos se dirigieron a otro rincón más apartado de la plaza, donde nadie podía oírles.

-Padre –se quejaba Ubar instantes después-, no puedes enviarme a esa expedición... Además, desde la llegada de ese extranjero ya no he vuelto a ver a Gilgamesh.

-Irás en la expedición y llevarás contigo a mi nuevo esclavo.

-Pero... ¿Por qué? Estoy seguro de que Gilga no querrá que vaya. Nos conocemos desde que éramos unos críos y sabe que yo no sirvo para la marcha y los ejercicios...

-¡Eres su amigo! -le reprendió Rimus-. Lo habéis sido desde que los dos erais unos mocosos, y no vais a dejar de serlo ahora que es el rey. Pídele que te deje ir.

-¿Y si no consigo convencerle?

-¡Entonces... es que no sirves para nada!

Rimus lo dijo con desagrado, casi escupiéndole aquellas palabras a la cara de su hijo.

-Lo intentaré, padre –le respondió, mirándose las sandalias.

-No lo intentarás... Irás en esa maldita expedición y llevarás a mi nuevo esclavo como tu criado personal.

-¿Nuevo esclavo? ¿Qué nuevo esclavo?

-Uno que... un hombre que incumplió en el pago de una deuda que me debía y que ha sido condenado a servirme durante los próximos dos años –le dijo.

-¿Y por qué...?

-¡Maldito asno inútil! ¡Limitate a obedecerme!

Ubar agachó de nuevo la cabeza.

Cuando Enkidu llegó a la granja, Samhat ya estaba recogiendo la bandeja y los cazos de la cena que había compartido con Urembeti.

-¿Vosotros ver cuánta gente haber hoy por calles de Uruk? –dijo nada más entrar en la vivienda.

Samhat, estirándose cuanto pudo, le rodeó con sus brazos por encima de los hombros para darle el beso de bienvenida.

-Ya faltan pocos días para que parta la expedición –le respondió tras el beso-. Es normal que todos estén un poco excitados.

Enkidu correspondió al cálido abrazo de Samhat impidiéndole alejarse de él y, tras estrecharla de nuevo contra sí, la alzó en volandas mientras daban un giro. Y antes de que los pies de Samhat tocaran de nuevo el suelo, le devolvió el beso.

Ella, satisfecha, le acarició cariñosamente la cara.

-Esta tarde reunir por primera vez elegidos para expedición –añadió Enkidu-. Finalmente ser casi trescientos veinte soldados. Y todavía haber muchos insistir a general Lamar An para ellos poder ir también.

-Se te ve entusiasmado con esa expedición –le dijo Urembeti cuando se levantaba para ayudar a recoger la mesa.

-Dejar ahí esa ánfora de cerveza, por favor –le pidió Enkidu-. Yo comer también algo de queso y miel. ¿Haber tortas?

-Pues te acompaño con la cerveza –le respondió Urembeti. Y volvió a sentarse.

-Yo no estar entusiasmado... bueno, quizá sí, un poco. Muy buena respuesta de jóvenes de Uruk a propuesta de Gilga. ¡Espectacular ver a todos juntos en Explanada de Ishtar! –exclamó-. Cuando Gilga proponer expedición, yo pensar demasiado peligrosa y...

Al ver los extraños gestos que le hacía Samhat, a espaldas de Urembeti, Enkidu interrumpió sus explicaciones.

Urembeti se volvió para ver qué sucedía y Samhat disimuló cogiendo el tarro de miel y untando una de las tortas de harina.

-Urembeti está un poco preocupado por Anum –comentó entonces Samhat mientras le servía el alimento a Enkidu.

-Bueno... Mi hermano es demasiado joven –dijo Urembeti-. Es un buen soldado, sí, pero me parece que todavía es demasiado inocente y osado.

-¡Inocente y osado ser soldado perfecto! –bromeó Enkidu. Y al instante, ante la mirada de reprimenda de Samhat, se arrepintió de haberlo dicho.

-Yo le digo que no se preocupe –añadió la tigresa-, que tú protegerás a Anum durante el viaje...

Enkidu miró a Samhat con algo de desconfianza y dio un mordisco a la torta.

-¡Claro, Urembeti! –exclamó después-. Anum listo y mucho más ágil que otros soldados. Además, ya ser hombre... Sólo un año menos que yo.

-Sí, pero tú has viajado y has sobrevivido sólo durante años, cazando, esquivando los peligros...

-Pero ahora soldados también coger experiencia. Además... –Enkidu palmeó con su mano sobre el brazo de Urembeti-, tú no preocupar, como decir Samhat, yo estar con él.

-Cuidalo, Enkidu... Es mi hermano pequeño.

-Para mí también ser como hermano pequeño.

Urembeti le sonrió agradecido y se levantó de la mesa.

-Hoy yo impresionado al ver primeros ejercicios de marcha de soldados de expedición –dijo, y dio otro bocado a su torta recubierta de miel-. Jóvenes de Uruk tener enorme deseo de servir a su rey. ¡Ahora yo sí creer esta expedición ser gran aventura!

-¡Maldita sea! –gritó Urembeti, sobresaltando a la pareja.

-Bueno... yo sólo... -intentó disculparse Enkidu, temiendo haber vuelto a decir alguna inconveniencia.

-Mi preocupación por Anum no es lo único que me disgusta de esta maldita expedición –dijo con aire amenazante-. ¿Sabéis cuál es el otro motivo? –Enkidu negó con la cabeza-. Pues... ¡Que yo no puedo ir! ¡Me muero de envidia de vosotros!

Los tres rompieron en sonoras carcajadas cuando Urembeti empezó a gritar preguntándose con fingido desespero a quién tenía que sobornar para que le incluyeran en la lista de elegidos. Decía estar dispuesto a entregar su granja a cambio con Samhat de cocinera incluida... Finalmente, resignado, se retiró a dormir.

-Así que mi cazador se va a la aventura –le susurró entonces Samhat, sentándose sobre las rodillas de Enkidu y cogiéndole su jarra de cerveza para dar un trago.

-Bueno... en realidad yo ser gran aventurero.

-¿Irás con vosotros aquel guerrero?

-¿Quién?

-Aquél al que le falta media oreja –dijo, dando un cariñoso tirón en la oreja de Enkidu.

-¿Kenami? Sí, él venir. ¿Él interesar a ti? –le dijo simulando estar ofendido-. Pero él muy viejo para ti...

Samhat volvió a llenar la jarra de Enkidu.

-Pues... no sé... Tiene algo... –le respondió la tigresa, haciéndose la interesante-. Pero... Creo que por el momento me sigues gustando más tú.

La tigresa zanjó aquella juguetona disquisición con un rápido beso en la punta de la nariz de Enkidu, tras el cual, éste optó por dar otro trago de cerveza.

-A mí me gusta acompañar el queso con la cerveza –añadió Samhat-, aunque tú todavía no lo has probado.

-Yo preferir tus besos... -le susurró Enkidu.

Y se volvieron a besar.

-Esto lo encontraré a faltar –musitó la tigresa-. Estaremos demasiado tiempo separados.

-Yo también encontrar a faltar. Primera vez yo marcho de lugar y...

El cazador notó como un inoportuno nudo en la garganta le ahogaba las palabras. Desde el día en que Gilga anunció en la Asamblea la inminente partida de la expedición hacia los bosques de Canaán, Enkidu había sentido una extraña desazón. Por primera vez en demasiado tiempo volvía a tener un hogar, un lugar en el que alguien aguardaría impaciente su regreso cuando marchara. Y ahora marcharía. Partiría hacia el inevitable reencuentro con un pasado amargo que hubiera preferido olvidar.

-Yo estar contento por Gilga. Pero... tener miedo.

-Yo también lo tengo –le confesó Samhat-. Es un viaje peligroso. Podéis toparos con nómadas guerreros, enfermar, ser atacados por fieras. Yo también tengo miedo, Enkidu... Si algo te pasara, toda mi vida odiaría a Gilgamesh.

-¡No!... No decir eso –le pidió, rozándole los labios con sus dedos-. Gilga ser mi amigo.

Samhat apoyó su cabeza sobre el hombro de Enkidu.

-Yo no temer a fieras. Ni a pelea contra quien querer atacar a nosotros. Yo miedo a perderte, a regresar y tú no querer estar entonces a mi lado. –Él la besó en el pelo-. Samhat, si yo perder a ti...

Enkidu alzó la cara de Samhat, cogiéndola suavemente por la barbilla, y comprobó que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y los dos sonrieron.

-Prométeme que no te arriesgarás –le pidió Samhat, abrazándose a su cuello-. Prométeme que regresarás a mi lado.

-Yo prometer... yo prometer... yo prometer... –le repetía mientras le besaba y le acariciaba aquellos mechones del color del cobre.

Samhat cerró los ojos. Y recordó lo sucedido aquella misma mañana. Había regresado al Eanna, al lugar que durante mucho tiempo consideró su casa, hasta que, un día, la expulsaron de allí. Hacía ya de eso más de ocho años. Por primera vez en su vida tenía el presentimiento de que el destino le favorecía y, agradecida, sintió la necesidad de postrarse ante la diosa. Y estando ya en la sala de ofrendas, frente a la imagen de su señora, una anciana sacerdotisa se le acercó por la espalda.

-¡Samhat!

Ella se asustó. No esperaba, ni quería, que nadie del templo la reconociera. Después de tantos años, temía no ser bien recibida.

-¡Samhat! –repetió la anciana.

-¿Qué quieres de mí?

La tigresa se estremeció al volverse y reconocer el rostro de aquella mujer a la que durante tanto tiempo admiró. Y temió.

-Sois... ¿Umaha?

La anciana se movía pausadamente, ligeramente encorvada. Como el resto de las ancianas del templo, tapaba su cabeza con un amplio pedazo de tela que le caía por la espalda. Samhat observó aquel rostro, bastante más envejecido del que ella recordaba. Sus ojos habían perdido el brillo de antaño, pero su mirada había ganado en serenidad. Efectivamente, era la anterior gran sacerdotisa de Ishtar, la predecesora de Tarina. Así que, después de todo, ahora podía confirmar que no era cierto aquel rumor que circulaba entre las chiquillas acogidas en el templo, según el cual la priora sólo podía ser sustituida al morir por una nueva sacerdotisa cuya belleza la diosa mantendría ya de por vida.

-Me has reconocido, a pesar de que te fuiste siendo aún una chiquilla.

-Ya no era una chiquilla... Tenía casi dieciséis años. Y no me fui, me echasteis –rectificó Samhat.

Umaha sonrió. Y se irguió. De repente, ya no parecía tan anciana. Su mirada era más viva, más... joven. Samhat se percató de que aquella mujer en realidad no era tan mayor como pretendía aparentar. Se preguntó por qué lo haría, por qué se esforzaba en perder la belleza que todavía retenía aquel cuerpo... ¿Para pasar desapercibida? ¿Para facilitar el camino a su sucesora?

Pero ahora que la tenía delante, otra duda golpeó sus pensamientos. Vaciló. Pasados los años ya no tenía sentido pretender aclarar los verdaderos motivos de su expulsión del templo. Aunque, posiblemente, no volvería a tener otra oportunidad como aquélla.

-¿Por qué...?

-No fue una decisión fácil –le cortó Umaha-. Ermia Ana y yo seguimos preguntándonos si hicimos lo correcto.

-¿Ermia Ana...? ¿También sigue viva?

-Sí, Samhat, todavía está con nosotras –aclaró Umaha-. Y todavía nos preguntamos si hicimos bien sacándote del templo. Eras una muchacha especial, pero muy rebelde. Creímos que, antes de ocupar tu destino en el templo, debías vivir una vida fuera de los muros del Eanna y así...

-Lo siento, mi señora –cortó Samhat-. Ya hace demasiado tiempo que dejé el templo. Me busqué la vida. Como prostituta.

-Lo sabemos. Las enseñanzas que aquí recibiste te han convertido en la mejor de Uruk.

-Pero ahora ya lo he dejado. Estoy con un hombre. Un hombre al que amo y...

-Enkidu, el amigo del rey.

-¿Le... conocéis?

-Ámalo, Samhat. Entrégate a él. Ese es el privilegio que te ha concedido la diosa, hasta el día en que reclame tu vuelta.

-¿Mi vuelta? No... os entiendo –balbuceó Samhat-. ¿Qué... qué queréis decir?

-Los secretos del placer han sido revelados a las sacerdotisas del Eanna desde el origen de los tiempos. Pero aprender a amar el espíritu de otra persona es algo que Ishtar sólo concede de manera excepcional... Ahora vete y sigue disfrutando de esta gracia.

Tras aquellas palabras, el rostro de la mujer mudó de nuevo y volvió a parecerse al de una anciana de avanzada edad, como si un maleficio le transformara repentinamente la apariencia. Su espalda se curvó algo más y su voz volvió a sonar más débil y temblorosa.

-No volveré al templo –le dijo Samhat, mientras por sus mejillas resbalaban las lágrimas-. Nunca dejaré a Enkidu.

-Hija mía, ésta es tu casa, a la que regresarás cuando tu corazón ya esté dispuesto para oír la llamada de la diosa.

Samhat, turbada, se alejó del templo. Tenía previsto aprovechar la mañana visitando también la Plaza del Mercado pero, en lugar de eso, se dirigió hacia el este de la ciudad, ascendiendo por el Camino de los Misterios hasta la Puerta de los Muertos, junto al cementerio. Ya de regreso a la granja, se maldijo por su torpeza, por haber vuelto al Eanna. Y decidió que aquel encuentro en el templo no había existido, que nunca había hablado con la anciana sacerdotisa y que continuaría con su vida. En adelante, cada vez que sintiera la necesidad de acercarse a su diosa, lo haría en el secreto de su soledad, como lo había estado haciendo en los últimos ocho años.

-Yo prometer... Yo prometer... –repetía una y otra vez Enkidu, mientras le acariciaba cariñosamente el pelo. Pese a que trataba de ocultarlo, ahora también él lloraba.

Capítulo 23 – La ofrenda a la diosa

Ya sólo faltaba un día para que la expedición partiera hacia las montañas de Canaán. Siguiendo el consejo de su madre, Gilgamesh se dispuso a realizar la ofrenda en el Eanna a fin de solicitar la protección de Ishtar, para él y para la ciudad durante su ausencia.

Veinticuatro esclavos cargaban con la silla del rey, escoltados por su guardia personal y protegidos por buena parte de los soldados de Uruk que, una vez más, se habían situado a ambos lados de la Gran Vía mientras pasaba la comitiva real. Aunque aquella ceremonia no había sido anunciada con antelación, cientos de personas se acercaron hasta las inmediaciones del palacio y del Eanna en cuanto se supo que los soldados estaban tomando posiciones a lo largo de la avenida principal.

Al rey le seguían el primer consejero Aremos y el resto de consejeros reales, a excepción del general Lamar An, demasiado ocupado con los preparativos de la expedición. Lo hacían en sillas más modestas, portadas, cada una de ellas, por una docena de esclavos. Allí estaban Ipru Ayar, el consejero del tesoro, también el consejero de audiencias Sinasir Bulom, e Isme Ea, el jefe de escribas. Tras ellos, Anunit Nasir, el consejero de obras, y Uturu Una, el consejero de misiones. Y más atrás, caminando, iban algunos ilustres que también habían querido acompañar al rey en aquel desplazamiento hasta el templo de Ishtar.

A medida que la comitiva se acercaba al Eanna, más gente se iba acumulando en el recorrido. Muchas mujeres, en especial las más jóvenes, cuchicheaban indisimuladamente acerca del imponente porte de aquel rey valiente, mientras otras le gritaban su admiración por la arriesgada empresa que estaba a punto de iniciar.

Cuando la silla real alcanzó la bocacalle del Paseo del Palacio, el rey, agradecido, devolvió el saludo a un grupo de nobles. Entre éstos, había un joven que destacaba por vestir una túnica especialmente ostentosa. Gilga, que lo reconoció de inmediato, ordenó el alto de la comitiva y solicitó a uno de los soldados de su escolta que le trajera a aquel noble.

-Te saludo, Ubar –le dijo el rey-. Tienes buen aspecto.

-Gracias, Gilga... perdón, mi señor –le respondió su antiguo compañero de tropelías-. Desde el día en que subisteis al trono, ya no hemos vuelto a vernos.

-Muchas cosas han cambiado desde entonces...

Gilga no había olvidado el incidente acontecido con la mujer de Napesto, el fabricante de adobes, en aquella última noche en la que ambos estuvieron juntos. Ni tampoco podía olvidar que Ubar era el hijo de Rimus. Y todo eso parecía levantar ahora entre ellos un muro difícil de sortear. Aun así, Ubar había sido en los últimos años un buen compañero. Habían compartido juergas, cerveza, buen vino y mujeres. Pero ahora que había conocido a Enkidu, Gilga comprendía que aquel noble nunca había llegado a ser realmente un amigo, nunca había confiado en él, ni había llegado a tener la complicidad que ya compartía con el cazador. Aun así, puede que no estuviera siendo del todo justo con él al dejarle de lado, pues, de hecho, éste nunca se había comportado con deslealtad.

-Dime, Ubar, ¿hay algo que pueda hacer por ti?

-No, gracias, mi señor –le respondió mostrándole una amistosa sonrisa-. Mi vida sigue como siempre... Ya sabéis, disfrutando de la cerveza y de las mujeres hermosas.

Gilga forzó una sonrisa.

-Me alegro de haberte visto, Ubar –le dijo-. Si precisas algo no dudes en venir a verme a palacio.

-Muchas gracias, mi señor. De hecho... Quizá sí que hay algo que me gustaría...

-Dime...

-Me gustaría ir con vos en la expedición.

-¡Tú en la expedición! –rió sorprendido el rey.

-Sí, mi señor. Me gustaría participar en esa aventura.

-Pero... será una prueba muy dura. Sólo los soldados mejor preparados...

-Lo sé, lo sé. Y estoy dispuesto al sacrificio –se reafirmó el noble.

Gilga, desconcertado, aguardó unos instantes a que Ubar le confirmase que aquello no era más que otra de sus bromas. Y de repente, un exagerado ataque de tos de su primer consejero, que permanecía tras él, le llamó la atención. Al volverse comprobó como Aremos le miraba con severidad, negando con la cabeza. El anciano consejero había oído la conversación y le dejaba claro que lo de llevar al hijo de Rimus en aquella expedición no le parecía muy aconsejable.

-Creo que no es una buena idea, Ubar –dijo entonces Gilga.

-Está bien, mi señor. No os molestaré más. Que Ishtar os proteja en el viaje.

-Gracias, Ubar. Nos volveremos a ver...

Ubar se llevó las manos al pecho e insinuó una reverencia.

Gilga ordenó a sus portadores que reanudaran la marcha. Pero le contrariaba abandonar de aquella forma a su antiguo compañero... ¿Acaso el hijo debía pagar también por los pecados de su padre? Incomodado por aquella situación, se volvió nuevamente hacia el noble.

-¡Ubar, salimos mañana por la mañana! No es necesario que traigas alimentos, ni tienda de campaña, pero hazte con un buen mulo.

-¡Así lo haré, mi señor! –le gritó satisfecho Ubar, mientras el rey se alejaba en dirección al Eanna.

Aquello disgustó a Aremos, que no pudo evitar dirigir al hijo de Rimus una mueca de desagrado cuando pasó junto a él.

En el último tramo de la Gran Vía la aglomeración de gente era ya considerable. Había allí también un pequeño grupo de mujeres que se hacían oír con insistencia pidiendo al rey que evitara los peligros, y que procurara buenos alimentos a los suyos durante el viaje. Al parecer, eran las madres de algunos de los expedicionarios.

Y, al fin, Gilga llegó al Eanna. El patio del templo había sido engalanado con flores. Frente a la puerta principal habían colocado dos mástiles en cuyo extremo

ondeaban grandes velos de color blanco. Los esclavos que portaban al rey subieron los escalones de acceso al patio mientras los escoltas permanecían en la Gran Vía.

Gilga descendió de la silla y caminó hacia el portón de entrada, donde Tarina salió a recibirle. Y una vez más, la imagen de la sacerdotisa le resultó turbadora. Vestía con una túnica de una fina tela de tonos rojizos que dejaba traslucir su bello cuerpo. Tres collares de piedras preciosas se entrecruzaban cayéndole por el pecho, pero dejando entrever unos senos que se adivinaban cautivadoramente bellos. Entrelazados en los mechones de su larga cabellera, hilos dorados la hacían resplandecer como si fuera la propia Ishtar.

Parecía imposible que un ser como aquel pudiera albergar maldad alguna en su interior. Se hacía difícil pensar que Tarina hubiera promovido un plan para envenenarle, pensó Gilga. Ella, como él mismo, no era sino otra víctima más de las mezquinas maquinaciones de Arketi y de Rimus para hacerse con el poder en Uruk... Cuando se acercó, sintió que su corazón le palpitaba con fuerza. Y sintió también la agradable fragancia que desprendía su cuerpo. Estaba embelesado. Deseaba tocarla. Besarla.

-Bienvenido a la morada de Ishtar, Gilgamesh –le dijo con voz suave.

-Gracias, gran sacerdotisa. He venido a realizar mi ofrenda y a solicitar a la diosa que proteja a esta ciudad en mi ausencia.

-La diosa oír tus ruegos. En el Eanna haremos ofrendas todos los días hasta tu regreso. Ishtar protegerá a Uruk y a quienes vais a partir hacia la región de Canaán.

A una señal del rey, un soldado se acercó y le entregó un pequeño recipiente.

-Se lo compré a un mercader llegado del reino de Egipto. Dicen que una brizna de su contenido echada sobre el agua hirviendo, ahuyenta a los malos espíritus y extiende por el aire el aroma que respiran los propios dioses –le dijo, mientras Tarina recogía agradecida el recipiente-. Además, tras mi regreso, pondré hombres a trabajar en la ampliación de la terraza del templo.

-Ishtar sabrá valorar la devoción que esta ciudad siempre le ha mostrado y el esfuerzo que hace su rey por complacerla –le respondió-. La diosa te espera ahora en la sala de ofrendas.

Tarina dio media vuelta y se encaminó hacia el interior del Eanna, seguida por el rey.

Cruzaron el salón de entrada y recorrieron el corto pasillo por el que se accedía a la Estancia de la Diosa, la sala donde ésta acostumbraba a recibir a aquellos fieles que le obsequiaban con los presentes más valiosos.

Tarina avanzaba despacio, altiva, sabiendo que el rey, tras ella, observaba su figura a través de la fina tela de su vestimenta. La Estancia de la Diosa había sido especialmente decorada para la ocasión. Las paredes estaban cubiertas con velos de diferentes colores y el suelo con piezas de suave lana. Un agradable olor a flores y madera aromática impregnaba el ambiente en el que, además, se percibía el melodioso sonido de un arpa cuya ubicación resultaba imposible de concretar.

-Has llegado hasta aquí como un señor fuerte y orgulloso –le dijo la sacerdotisa, volviéndose hacia él-. Pero ahora, ante la diosa, debes mostrarte como el más humilde de los hombres.

Tarina desató el lazo anudado sobre su hombro izquierdo, dejando que su vestido cayera al suelo y quedando de esta forma desnuda ante el rey. Éste inició el movimiento para quitarse el fajín que ceñía su túnica y sujetaba la daga que llevaba al costado, pero la sacerdotisa le detuvo. Ella prosiguió quitándose los collares y las pulseras, que iba dejando junto a uno de los almohadones que había sobre la alfombra de lana.

Ofuscado por el deseo, Gilga ya no podía dejar de mirarla. Entonces sí, Tarina le deshizo el nudo del ceñidor que le sujetaba la ropa y acompañó con sus manos la caída de la túnica. Y, luego, le quitó pausadamente la pieza de ropa interior.

-Descálzate y deja ese medallón sobre la alfombra –le pidió al rey. Éste le obedeció de inmediato.

La sacerdotisa tomó la mano de Gilga y percibió el espasmo incontrolado del rey, quien cerró su mano apretando la de Tarina al contacto de su piel. Sin ignorar la evidente excitación del rey, Tarina le encaró hacia la diosa.

-Mi señora –dijo-, muestro ante ti al rey Gilgamesh, desnudo de toda vanidad, quien suplica tu protección para esta ciudad durante su ausencia. También yo me muestro ante ti para suplicarte que le protejas a él y a quienes le acompañarán en su viaje a tierras lejanas.

Tarina se agachó y cogió una pequeña vasija de aceite aromático situada a los pies de la estatua. Vertió el contenido por el suelo, al pie de la estatua, y lo extendió con sus manos. Luego, con las palmas impregnadas de aceite, acarició el pecho del rey, invitándole a tumbarse con ella sobre la alfombra.

Y estando ya tumbados, gozaron de sus cuerpos durante largo rato, hasta que, extasiado, el rey cerró sus ojos abrazado al turbador cuerpo de su amante. Pero, en el momento, Gilga se obligó a abrirlos de nuevo. No quería dormirse... Y entonces se percató de que estaba solo. Sus manos se aferraban a uno de los suaves almohadones. Sintió un extraño vacío. Ni siquiera la estatua de la diosa se encontraba ya en la estancia, ni percibía tampoco el sonido del arpa ni el dulce olor de las flores y las resinas aromáticas. Ahora se preguntaba si realmente había poseído el cuerpo de aquella diosa, o si tan sólo lo había soñado, en un engaño provocado por un malvado conjuro. Pero en su cuerpo todavía percibía el placer de las caricias recibidas y el alivio por el vigor entregado. Sólo al ponerse en pie se dio cuenta de que ya estaba vestido, con el taparrabos puesto y su túnica ceñida con el fajín. De repente, receloso, se llevó la mano al pecho y comprobó aliviado que también el Medallón de Enmerkar estaba en su sitio.

-Mi señor, vuestros consejeros y los ilustres de Uruk os esperan en el patio del templo. –Era la voz de una sacerdotisa que le tendía la mano para devolverle su daga.

-¿Y Tarina? –le preguntó el rey, desconcertado.

-La señora está atendiendo a sus obligaciones –se limitó a responderle la sacerdotisa-. Yo misma os acompañaré a la salida.

Gilga siguió a la muchacha con algo de torpeza en sus primeros pasos, pues en sus piernas parecía que todavía perduraba el recuerdo del agradable encuentro con el cuerpo de aquella diosa.

-¿Estás segura? –preguntó Umaha, sentada tras los cortinajes en la sala de ofrendas, donde ella y Ermina Ana habían permanecido ocultas.

-Sí, lo estoy –les confirmó Tarina-. Acabamos de concebir a un hijo... El hijo primogénito del rey, heredero del trono de Uruk y del poder de la diosa –añadió con orgullo.

-Ese hijo que ya llevas en tus entrañas podrá ser rey, pero no podrá estar a la cabeza del templo –le aclaró la anciana Ermia Ana-. Sólo una mujer puede ser priora

del Eanna.

-Mi hijo será rey de Uruk. Y yo seré reina madre... y continuaré siendo la suma sacerdotisa del templo hasta el día en que muera.

-A la diosa siempre la han representado sacerdotisas jóvenes y bellas –continuó Ermia Ana-. Cuando tu hijo tenga edad de reinar...

-¡Yo continuaré siendo la priora del Eanna! –gritó Tarina-. Y lo seré hasta que muera. Esa es la voluntad de Ishtar... No olvidéis que yo soy ahora la gran sacerdotisa ¡No vosotras! –añadió-. Es a mí a quien la diosa desvela su voluntad.

Encolerizada, Tarina se levantó del banco y abandonó la sala, negándose a continuar aquella conversación con sus predecesoras.

-¿Crees realmente que Ishtar inspira sus pasos? –preguntó preocupada Umaha.

-Los dioses no ambicionan el poder de los hombres. Y Tarina, sí –sentenció Ermia Ana.

-¿Y qué podemos hacer?

Ambas mujeres se miraron con un gesto de preocupación.

Capítulo 24 – Inicio del viaje a Canaán

*La hora de la partida ha llegado,
y debemos tomar nuestro camino.*

Yo a morir, vosotros a vivir.

Cuál de los dos es el mejor camino, solo Dios lo sabe.

Sócrates

Había pasado ya casi un mes desde que Gilgamesh propuso a la Asamblea la expedición a las montañas de Canaán. Y por fin, en aquella nubosa mañana de otoño, la iniciativa del rey se hacía realidad. Frente a la Plaza de los Dioses, en el tramo final de la Vía de los Ilustres, una representación de los expedicionarios permanecía en formación preparada para escoltar al rey hasta la Puerta de los Mercaderes, junto al cuartel. Muchos se mantenían a lo largo del recorrido para poder ver de cerca a su señor, pero la mayoría de los habitantes de la ciudad aguardaban ya en las inmediaciones de la Explanada de Ishtar, donde ahora contemplaban la frenética actividad de los soldados afanándose en transportar las provisiones para el viaje y cargándolas en los carros y los mulos.

Era un momento de orgullo indescriptible para todas las familias de Uruk. Más de seiscientos soldados, una cifra que pocos recordaban, se repartían ahora entre los dos batallones que iban a acompañar al rey en aquella ambiciosa aventura y el tercer batallón, recién creado, que permanecería en la ciudad bajo las órdenes directas del general Lamar An.

Pero en la Asamblea, los ilustres aguardaban ahora con expectación las palabras de su señor. Frente a ellos permanecían los hombres de Biurturre, el primer jefe de batallón. Seis filas de jóvenes equipados con espada y lanza, con el escudo echado a la espalda y el casquete de cobre forrado de cuero sobre la cabeza y bien ajustado con la correa bajo la barbilla. Algunos llevaban, además, un hacha ceñida a la cintura. Al fin, Gilgamesh hizo su entrada en la Plaza de los Dioses. Iba montado en un carro de batalla tirado por dos magníficos onagros. Imponente, provocaba la admiración de todos al mostrarse vestido de soldado, con el espadón a la cintura y, como el resto de soldados, portando el casquete y la coraza de cuero por encima de la prenda de lana naranja, distintiva de su rango de jefe de compañía. Tal y como se había ordenado a todos los expedicionarios, también él se había cortado la melena y rasurado la barba, ganándose con aquel gesto la simpatía de sus hombres.

-¡Ilustres de Uruk! –gritó-, aquí tenéis a una parte de los seiscientos valientes que ahora forman parte de nuestro ejército. ¡Miradles bien!... Son soldados orgullosos y tienen una única ambición... ¡Servir a esta ciudad!

Entre los miembros de la Asamblea, contagiados de la excitación y la alegría que se respiraba por todos los rincones de Uruk, surgieron algunos aplausos que arrojaron aquellas primeras palabras del rey.

-La mitad de ellos permanecerán aquí, al mando del general Lamar An. Asegurarán el orden y colaborarán en la supervisión de las obras de la muralla. –Gilga miraba las caras de los ilustres, como si quisiera dirigirse directamente a cada uno de ellos-. Os pido que les ayudéis... Como yo mismo, también ellos son jóvenes y ambicionan demostraros su valía, pero la mayoría apenas tienen experiencia. Dadles vuestro apoyo y vuestro consejo. En mi ausencia, la ciudad debe demostrar su unión, porque ésta es nuestra verdadera fortaleza. Nada es posible sin vuestro apoyo... ¡Ruego a los dioses que nos inspiren y nos protejan a todos!

Ahora sí, los aplausos surgieron con mayor intensidad en las gradas de la Asamblea. Los ancianos de Uruk agradecían al rey su humildad y el reconocimiento público que les hacía.

-La otra mitad de estos valientes marcharán hoy conmigo. Partimos a tierras lejanas. –Gilga se bajó del carro y empezó a caminar siguiendo la fila inferior de asientos de la grada, muy cerca de los ilustres-. Hay quien dice que habrá peligros en el camino... Pero no somos una simple caravana de mercaderes... ¡Somos soldados! –Desenvainó su espada y la alzó, mostrándosela a todos-... ¡Soldados de Uruk!

Entonces se dio media vuelta y se encaró hacia las dos compañías que encabezaba Biurturre.

-¿Hay algún temor? –les preguntó.

-¡No-hay-miedo! –le respondieron, gritando todos como si fueran una sola voz.

-¿Quiénes somos? –volvió a preguntarles.

-¡Uruk! –le respondieron de nuevo, en un estruendoso alarido que oyeron incluso aquellos que se encontraban más allá de las murallas de la ciudad.

-¿Y cómo luchamos?

-¡Unidad! ¡Fuerza! ¡Coraje! –tronaron en la Vía de los Ilustres, provocando una explosión de orgullo y júbilo entre quienes se habían acercado a la Plaza de los Dioses.

Los miembros de la Asamblea, arrastrados por el entusiasmo, aplaudían ahora puestos en pie.

-Ya les habéis oído –dijo Gilga, volviéndose nuevamente hacia la grada-. Tenemos una única voz y demostraremos a todos que, aun en mi ausencia, nos mantendremos unidos.

Entretanto, Enkidu se esforzaba en sujetar las riendas de un Betún mucho más nervioso de lo habitual, probablemente como consecuencia de toda aquella algarabía. El animal no paraba de relinchar y de patear el suelo ante la mirada desconfiada de los soldados que se encontraban más cerca. El imponente caballo atrajo también la atención de la mayoría de los ilustres. Algunos gritaron a Enkidu que se mantuviera siempre junto al rey... Otros, simplemente, le aconsejaban que cambiara a aquella bestia salvaje por un buen ejemplar de onagro sumerio. Tampoco el rey se molestó en disimular una sonrisa burlona dirigida a su amigo cuando éste, tras un primer intento fallido, consiguió montarse sobre el animal, pese a que muchos ya empezaban a dudar de que realmente fuera capaz de controlar a aquella bestia.

El cazador, sujetando con firmeza las riendas, respondió con una leve reverencia a los miembros de la Asamblea, mientras Gilga subía de nuevo a su carro de batalla y se situaba a la cabeza de los hombres.

La formación cruzó la ciudad en dirección a la Explanada de Ishtar, traspasaron la muralla por la Puerta de los Mercaderes y se dirigieron hacia el campo de competiciones, donde la muchedumbre que allí se congregaba rompió en aplausos y aclamaciones.

Con las nubes empujadas por el Soplo de Enlil, el aire templado proveniente de la región pantanosa del sur, el cielo se despejó y los rayos de Shamash iluminaron los rostros alegres de las gentes de Uruk. Sin duda, aquél era un buen augurio a los ojos de cuantos habían acudido a despedir a los jóvenes soldados.

Gilga ordenó a los muchachos que habían venido con él desde la Asamblea que rompieran la formación y se prepararan para la partida. Muchos de ellos se abrazaron, bromeando y fanfarroneando acerca de quién había recibido más piropos por parte de las muchachas de la ciudad durante aquel breve desfile. Todos estaban emocionados. Presentían ya el inicio de un largo viaje que iba a conducirles a una aventura desconocida, quizá peligrosa, pero también deseada.

Enkidu llevó a Betún junto al resto de mulos y onagros de la expedición. Muchos de ellos ya cargaban con las sacas de provisiones y a otros les estaban colocando los arcos de tiro para los carromatos. Sorprendentemente, Betún se mostraba ahora de lo más dócil en compañía del resto de los equinos. Enkidu le maldijo mientras le acariciaba cariñosamente el hocico, y el animal, satisfecho, le mostró los dientes.

Los nobles, los altos funcionarios y los ricos mercaderes de la ciudad seguían llegando hasta la explanada para presenciar la partida de la expedición. La mayoría lo haría desde lo alto de la muralla. También fueron llegando los ilustres miembros de la Asamblea que, a un ritmo más lento, habían seguido los pasos de los soldados desde la Plaza de los Dioses, algunos caminando, otros portados en sillas por sus esclavos.

Gilga se acercó a una de las tiendas instaladas en la propia explanada, en cuya entrada el general Lamar An repartía instrucciones a un grupo de soldados que se arremolinaban a su alrededor.

-¿Cómo va todo, general?

-Mi señor, los carros ya están listos y están cargando las alforjas en los mulos.

-¡Perfecto! -exclamó el rey-. Pues... parece que ha llegado el momento.

El general pidió a uno de los soldados que le trajera algo del interior de la tienda. Y al momento salió con una extraña lanza en la mano. Era más larga de lo habitual y llevaba un objeto recubierto por un paño de lana insertado en la parte superior. El general quitó el paño y descubrió una pieza de artesanía que asemejaba la cara de un toro sonriente, encajada en un marco ovalado de oro. Por los laterales sobresalían dos cuernos, también de oro, en cuya base se habían anudado varias cintas de una fina tela de color rojizo que caían por ambos lados de la pieza.

-Mi señor, este es el Estandarte de Shamash. Vuestro abuelo lo heredó de su padre, el rey Meskiagasher, quien al parecer lo compró a un mercader elamita hace muchos años -explicó el general-. Enmerkar decía que este estandarte es una pieza sagrada, bendecida por Shamash, y que protege a aquel que la posea.

Gilga observó detenidamente el estandarte. Tenía la sensación de haberlo visto ya en alguna otra ocasión, pero no conseguía recordar...

En el pie de la lanza, una pieza de bronce acabada en punta permitía clavar el estandarte con facilidad en la tierra por muy dura y reseca que ésta pudiera estar. A lo largo de la vara de madera, tres piezas de oro situadas a distinta altura, permitían aferrarla con mayor comodidad, ya fuera caminando o desde lo alto de una montura.

-Debéis nombrar a un portador que lo proteja y llevarlo con vos -añadió Lamar An, ofreciéndoselo al rey.

Y al cogerlo, Gilga recordó vagamente... "Algún día, cuando seas mayor, podrás sujetarlo con una sola mano...", le dijo su abuelo. Él apenas tenía cuatro años y había acudido a despedirle cuando éste partía con su ejército hacia el norte. Nunca más volvió a verle con vida.

-No temáis -le dijo el general-. Ahora vuestro brazo es más firme y vuestra mano más fuerte.

Gilga le miró sorprendido.

-Pero ¿cómo sabes...?

-Yo era jefe de batallón y acompañaba al rey Enmerkar cuando, ante vuestra insistencia, os dejé que lo cogierais. Recuerdo como lo aferrasteis con ambas manos y, con esfuerzo, conseguisteis mantenerlo en pie ante la mirada orgullosa de vuestro abuelo.

Gilga sonrió mientras acariciaba el relieve de aquel bello trabajo de artesanía.

-Que lo guarden en la tienda -pidió-. Luego vendré a buscarlo.

-Muy bien, mi señor -le dijo Lamar An, entregándose al soldado que permanecía junto a ellos-. Llevaréis un carro cargado de pieles para que los hombres puedan cubrirse cuando llegue el frío. Pero si precisáis más pieles, no tendréis dificultades para abasteceros en los mercados del norte.

-Gracias, general.

En ese instante, el general alzó el dedo como si acabara de recordar algo importante.

-Y en el mismo carro hemos puesto la caja sellada con las prendas para las promociones de los soldados -dijo, bajando la voz-. He dicho a Biurturre que se trataba de valiosas piezas de tela que vos habéis ordenado llevar por si en algún momento las precisáis para cambiarlas por armas o alimento.

-Bien pensado. Prefiero que los hombres no pierdan el tiempo pensando en posibles ascensos. ¿Cuántas prendas has conseguido finalmente?

-Dieciséis. Dos para jefes de compañía, trece para los nuevos jefes de escuadra y... y una túnica blanca ribeteada -añadió.

-La túnica ribeteada sólo debe llevarla el general -repuso Gilga, sorprendido.

-Mi señor... -Lamar An bajó la mirada. Parecía dudar-. Esta expedición...

-General, ¿qué ocurre? -le interrumpió el rey-. Habla sin rodeos.

-Mi señor, no habéis querido que os acompañe en la expedición... -Hizo una pausa y, tras un instante de silencio, alzó de nuevo la mirada-. Lo que quería deciros es que si consideráis que soy demasiado viejo, o deseáis sustituirme por alguien de vuestra confianza, no tengáis la menor duda de que facilitaré mi relevo.

Gilga conocía muy bien a Lamar An, un soldado a la vieja usanza, acostumbrado a mandar, pero también a servir y a obedecer, y que difícilmente se resistiría a ejecutar cualquier orden que recibiera de su rey. Aquel hombre ya entrado en años, austero y hosco de trato, había servido a su ciudad durante toda su vida.

-General, no tengo ninguna intención de sustituirte -le dijo el rey, poniéndole la mano sobre el hombro-. Eres el soldado en quien más confío. Estoy seguro de que nadie puede organizar mejor que tú los trabajos de refuerzo de la muralla y, a la vez, asegurar el orden durante mi ausencia.

El general insinuó una leve sonrisa pero, rápidamente, recuperó de nuevo la expresión enérgica que tanto respeto, cuando no temor, causaba en sus hombres.

-Muchas gracias, mi señor. No os fallaré.

-Lo sé. Y si los dioses me acompañan, regresaré con dos batallones de soldados disciplinados, que se unirán a los que ahora quedan a tus órdenes.

-Tendremos casi seiscientos soldados...

-Por eso debes asegurarte de que el nuevo cuartel también esté acabado para cuando volvamos. Y, por cierto, en cuanto a las obras, prefiero que Anunit Nasir se mantenga al margen. Encárgate tú... Habla con Aremos de todo lo que precisés.

Lamar An afirmó con un gesto. No se le escapaba que el consejero de obras formaba parte del círculo de amistades de Arketi y de Rimus, y que el rey desconfiaba de ellos.

-Así lo haré, mi señor –le aseguró-. Pondré a trabajar en el diseño del cuartel al mejor constructor de Sumer. Es un anciano escriba que vive en Adab. Un hombre de mi total confianza.

Y en ese momento, a ambos les llamó la atención la imagen de alguien que caminaba hacia ellos. Gilga lo reconoció en seguida. Con una barba de pocos días y el pelo corto, diríase que cortado a cuchillo sin demasiados miramientos, iba armado con un espadón que le colgaba a un costado de la cintura y un carcaj con media docena de flechas en el otro. Por detrás de su hombro izquierdo sobresalía el extremo de un arco que llevaba cruzado a la espalda.

-Ahí viene ese mercenario al que habéis contratado –advirtió el general-. No me fio de él –añadió entre dientes.

-Yo tampoco –admitió Gilga-. Pero Aremos y mi madre insistieron en que le contratara.

El recién llegado saludó al rey inclinando la cabeza.

-Es espectacular el gentío que se ha congregado aquí esta mañana, mi señor –dijo Kenami.

-Han venido a ver a mis soldados. Veo que también te han impresionado... –le comentó Gilga.

-No. Lo que me impresiona es la alegría de toda esa gente –respondió señalando al gentío que se apiñaba en los alrededores de la explanada-. Es sorprendente observar cómo jalean a unos soldados que lo único que han hecho hasta ahora es desfilar sin salirse demasiado de la fila.

-Mi señor, si me lo permitís, debo continuar con los preparativos –interrumpió Lamar An, mirando con desdén al mercenario.

-Muy bien, general.

Lamar An se alejó sin molestarse en simular un mínimo de cordialidad hacia el semita.

-No me malinterpretéis, mi señor –añadió entonces Kenami-. No estoy diciendo que vuestros muchachos no vayan a ser buenos soldados, sólo que me resulta sorprendente tanta euforia.

-Es el orgullo de pertenecer a este reino. Supongo que tú no puedes comprenderlo.

-Ya imagino que...

-¿No ha venido contigo tu ayudante? –Gilga no quería perder el tiempo en explicaciones. Ni tampoco dar demasiada confianza a aquel mercenario.

-Imagino que os referís a Paroro... Sí, sí ha venido. Está preparando nuestros caballos. Pero Paroro no es mi ayudante, él es...

-¿Y tus hombres? –le cortó otra vez el rey, mientras desviaba su atención hacia los soldados que trasladaban los carros al extremo norte de la explanada, desde donde iba a partir la expedición-. ¿Veremos a alguno más de los tuyos durante el viaje?

-Nos encontraremos con algunos al abandonar Sumer, por las tierras de Agadé.

-Bien... –dijo el rey, volviéndose de nuevo al semita-. Por cierto Kenami, no te he contratado porque yo lo deseara, sino para tranquilizar a mi primer consejero, quien, por alguna extraña razón, parece confiar en tus habilidades. Mientras estéis con nosotros, tú, Paroro y el resto de tus hombres, también sois mis soldados.

-Vos mandáis, mi señor.

-A eso precisamente me refiero. Yo mando –zanjó Gilga.

Ambos se miraron en silencio por unos instantes, como si una barrera de mutua desconfianza se interpusiera entre ellos. Sin duda, la convivencia en aquel viaje no iba a resultar nada fácil.

-¿No estaréis planeando batalla sin contar conmigo? –dijo de repente una voz que se acercaba por detrás.

Enkidu pudo entonces comprobar los semblantes serios de su amigo y de Kenami, pero algo le hizo pensar que era preferible no preguntar el motivo.

-Gilga, éste ser soldado Anum Edina –añadió, zarandeando amistosamente por el hombro a Anum-. Uno de expedicionarios más jóvenes.

-¡Y de los mejores! –le respondió el rey-. Me alegro de volver a tenerte a mis órdenes, Anum –le dijo, con inusual familiaridad.

Aunque aquel día estaba borracho, Gilga no olvidaba el episodio de El Paso Sabroso, cuando Anum se atrevió a levantar la voz... Ni tampoco cómo le abrió paso el día en que la Asamblea debía elegir al nuevo rey. Ni, por supuesto, la noche en que conoció a Enkidu. Definitivamente, Gilga se alegraba de que aquel muchacho fuera en la expedición. Seguro que les traería suerte. Probablemente, la necesitarían.

-Anum, creo que ya tengo una misión para ti –le dijo el rey-. Quiero que seas el portador de mi estandarte.

-¿Yo?... ¿De veras?... ¡Para mí será un orgullo, mi señor! –exclamó Anum.

-Luego te lo entregaré. Pero recuerda que deberás protegerlo a toda costa. Es el estandarte que ha acompañado al rey de Uruk desde la época de Meskiagasher.

-Señor, lo defenderé como a mi propia vida.

Anum parecía entusiasmado, dio la mano a Enkidu con algo de torpeza y después hizo una reverencia al rey. Y entonces, incapaz de recordar que no se debía abandonar la presencia del rey sin su permiso, corrió a contar a sus compañeros de escuadra la buena noticia.

-Muchas gracias, Gilga. Anum ser ahora soldado más contento de Uruk –le dijo Enkidu-. Bienvenido, Kenami, y alegrar ver a ti otra vez entre nosotros.

Kenami y Enkidu se dieron la mano. Gilga comprobó que lo hacían con evidente camaradería. No hacía mucho que ambos habían compartido camino en el viaje a Nippur y, al parecer, como Aremos, también Enkidu había decidido confiar en el semita.

-Me alegro de verte, Enkidu –le respondió Kenami-. ¿Todavía no has renunciado a domesticar a ese caballo tuyo medio loco?

-¡A veces yo pensar Betún domesticar a mí! –reconoció con sorna Enkidu, que se volvió hacia su amigo.

Pero Gilga ya ni siquiera atendía las palabras de Enkidu. Ahora centraba toda su atención en alguien que se dirigía hacia ellos. Un joven noble, algo pasado de peso y pomposamente vestido con una indumentaria de llamativos colores, un turbante rojo y un amplio fajín decorado con todo tipo de pedrería.

-¡Por todos los dioses! –se le escapó al rey.

Kenami y Enkidu se volvieron a la vez y observaron boquiabiertos a aquel extravagante personaje que se acercaba subido en un mulo, lanza en mano y acompañado por un criado que caminaba a su lado sujetándole las riendas del mulo.

-Que los dioses os protejan, mi señor.

-Que ellos te protejan también a ti, Ubar –le dijo el rey-. ¿Estás preparado para partir...?

-Sí, mi señor. Mi criado ya ha cargado en mi carro los víveres y todo cuanto necesitaremos para el camino. Así que... ¡Estoy listo! –exclamó Ubar alzando su lanza al cielo cual guerrero dispuesto para la lucha.

A todos les pareció ridículo. Incluso el propio Lamar An y Biurturre, el jefe de batallón, interrumpieron la conversación que mantenían a unos pasos de distancia y se volvieron atraídos por aquel esperpento.

-¿Tu carro?... ¿Tu criado?... -le interrogó el rey.

-Sí, mi señor. Prefiero llevar mi propia comida y algunos enseres. Además me acompañará este esclavo para ocuparse de mis necesidades durante el viaje –aclaró Ubar-. Por supuesto, también lo pongo a vuestra disposición para lo que necesitéis.

-Gracias, Ubar. Pero ésta es una expedición de soldados. Aquí no hay criados, sólo soldados.

-Bueno, mi señor... A mí me habéis invitado a venir y yo no soy un soldado... ¡Aunque pueda parecerlo por mi aspecto! –exclamó, alzando de nuevo la lanza.

Gilga estaba desconcertado. Ni se le había pasado por la cabeza que Ubar pudiera presentarse de aquella guisa. Observó como Enkidu se mordía el labio intentando reprimir cualquier tipo de comentario, o directamente, tratando de evitar que se le escapara una carcajada. Entonces miró a Kenami, pero su rostro, por el contrario, mostraba una expresión más grave.

-Creo que conozco a todos tus criados. Y a éste no recuerdo haberlo visto nunca –optó por decir el rey.

-Es un nuevo esclavo de mi padre, un artesano de Lagash condenado por impago de deudas. Es discreto y poco hablador –añadió, bajando la voz con ironía, como si estuviera revelando un secreto a sus amigos-, por eso le he convertido en mi criado personal.

-Está bien, Ubar... Está bien. Prepárate, partimos en unos instantes.

-Ya lo estoy, mi señor.

-Bien... bueno. –Gilga seguía desconcertado.

-Iré a despedirme de mi padre –anunció entonces Ubar.

El rey se limitó a asentir con un gesto.

El criado de Ubar dio un pequeño azote al animal con la caña que llevaba en su mano y lo encaminó hacia la muralla entre las miradas de perplejidad de cuantos allí se encontraban.

-¡Por todos dioses! -exclamó Enkidu-. ¡Qué hombre más raro!

-Sí que lo es –admitió Gilga-. Pero... ¿cómo he podido soportar su compañía durante todos estos años?

Ahora sí, Gilga dejó escapar una risotada mientras palmoteaba el hombro de su amigo.

-Nos causará problemas –interrumpió el semita.

-¿Cómo?

-Digo que nos causará problemas –insistió Kenami-. No debería venir en la expedición.

-Bueno... Viaje ser largo –apuntó Enkidu-, y hombre tan raro hacer más divertido.

-Tú lo has dicho. Será un viaje largo y pueden surgir situaciones peligrosas –añadió el semita-. Cuando eso ocurra, espero no ser yo el que esté junto al raro del grupo.

Gilga y Enkidu se miraron con preocupación.

-Quizá mejor él no venir... –sugirió Enkidu.

-Yo le invité y ahora no puedo tirarme atrás.

Lo dijo con desgana. Quizá, tras un par de días de marcha, Ubar decidiría regresar a Uruk por propia voluntad. Después de todo, al viajar en su propio carro y con un criado, tampoco sería necesario asignarle un soldado de escolta y medios para la vuelta.

Biurturre se acercó entonces al rey y le solicitó autorización para formar a los dos batallones. Se había decidido que los soldados quedaran dispensados de llevar el escudo, el casco y la protección de cuero mientras estuvieran por tierras de Sumer, pero debían llevar en su mano la lanza y, colgado a la cintura, la espada o el hacha reglamentaria. Sólo los asignados al transporte de los carros y los equinos quedaban exentos, por el momento, de portar también las armas encima.

La mayoría de los muchachos se habían acercado hasta el cordón de seguridad que formaban sus compañeros, rodeando la explanada, y se apresuraban a despedirse ya de sus familiares. Algunos lo hacían también de sus prometidas y otros, los menos, de sus mujeres e hijos. Había madres llorando, o dando los consejos que todas las madres siguen dando a sus hijos, aun cuando éstos ya se avergüenzan de recibirlos en público. Y había también padres abrazándose a sus hijos, algunos por primera vez en demasiados años, orgullosos de ellos por haber sido escogidos para acompañar al rey.

También Gilgamesh quiso despedirse de los suyos. Acompañado de Enkidu, se dirigió a la muralla y subió hasta el lugar donde se encontraba la reina madre, sentada en el sillón que le habían dispuesto y rodeada por los altos funcionarios, ilustres y nobles de la ciudad. Cuando llegó, la besó en la mejilla.

-No olvides que eres el señor de Uruk –le susurró Ninsun-. Debes hacer honor a tu posición durante el viaje.

-No te preocupes, madre. Todos se sentirán orgullosos de mí.

-Pero también eres mi hijo –le dijo entonces, cogiéndole la mano-. Sólo los dioses saben lo que una madre sufre cuando ve alejarse a un hijo. Gilgamesh, vuelve. Sobre todo, vuelve.

-Seré precavido. Y estoy seguro de que los dioses nos protegerán.

-Tu abuelo, cuando se alejaba de Uruk, dedicaba sus plegarias a Shamash, para que le iluminara el camino. Haz tú lo mismo.

Gilga asintió con un gesto, aceptando el consejo de su madre. Observó como ésta se llevaba la mano al pecho buscando algo que no hallaba. Gilga introdujo su mano en el interior de su propia ropa y asomó el Medallón de Enmerkar, y se lo ofreció. Ninsun sonrió agradecida y lo acarició, y luego volvió a introducirlo en el pecho de su hijo. Gilga se despidió entonces de ella besándole la mano.

Tras la reina madre se encontraba Nanshe, su asistente. Cuando Gilga se acercó, ella bajó la mirada. A Gilga le hubiera gustado cogerle también la mano... pero no lo hizo.

-Que los dioses os acompañen, mi señor –dijo la joven con timidez.

-Que ellos te oigan, Nanshe.

A unos pasos de Ninsun se encontraba el anciano Aremos, a quien el rey, como había hecho con su madre, también besó en la mejilla.

-Mi señor, es para mí un honor –dijo el primer consejero, inclinando respetuosamente la cabeza.

-Aremos, eres mi principal valedor, mi conciencia y mi experiencia –le dijo el rey-. Nada te puedo pedir porque mi confianza en ti está por encima de toda duda.

-Muchas gracias, mi señor.

-¿Algún último consejo antes de mi partida?

-Sólo uno, mi señor –dijo, rascándose en la calva-. Dejad amigos por el camino y evitad ofender a quienes os encontréis. Después deberéis regresar y quizá os estén esperando.

-Valoro siempre tus sabios consejos, Aremos. El palacio y la ciudad quedan en las mejores manos –sentenció el rey-. ¡Por cierto! ¿Dónde has encerrado a Dido? Me extraña no ver a ese mal espíritu con forma de crío incordiando a tu alrededor...

-Allí lo tenéis, mi señor –dijo Aremos señalando hacia una de las escaleras por las que se descendía de la muralla.

El chico permanecía sentado en el último escalón, con los codos sobre sus rodillas y la cara, de mirada enfurruñada, apoyada en los nudillos de ambas manos.

-¿Qué le ocurre? –preguntó divertido el rey.

-Está enfadado porque dice que no he utilizado mi influencia para colarle en la expedición.

-¡Vaya... Qué terrible decepción! –bromeó Gilga-. No puedo irme dejando así a uno de mis más leales soldados...

-¡Dido! –gritó Aremos-. ¡El rey quiere hablar contigo!

Sin dejar en ningún momento de mirarse las sandalias, el chiquillo se acercó con aire ofendido hasta situarse frente al rey.

-Hola, Dido. Mi primer consejero me ha hablado muy bien de ti –le dijo el rey, serio-, y le he pedido que haga de ti un buen asistente para que en el futuro puedas acompañarme en alguno de mis viajes. ¿Te gustaría hacerlo?

-¡Siii! –exclamó entusiasmado-. Pero yo quiero ser general y mandar a un batallón, mi señor.

El desparpajo del crío hizo reír a cuantos se encontraban alrededor.

-¡Eso está muy bien, Dido!... Pero para ser un buen general primero tendrás que aprender disciplina militar. Y quiero que empieces por obedecer a tu amo. Imaginate que él es ahora tu jefe de escuadra –le dijo el rey guiñándole un ojo.

-¡Así lo haré, mi señor! –gritó Dido, poniéndose firmes y mirando al frente como un auténtico soldado.

Mientras tanto, Ninsun aprovechaba para despedirse de Enkidu.

-Enkidu, tu llegada a esta ciudad ha sido un regalo inesperado de los dioses –le dijo cogiéndole de las manos-. Al principio reconozco que desconfié de tu acercamiento a mi hijo, pero ahora te pido que no dejes de ser su amigo leal, su hermano, tal y como ya te considera Gilgamesh. Pero también tú debes ser precavido...

-Mi señora, yo estar agradecido por vuestras palabras.

Enkidu se percató de como Ninsun, con semblante preocupado, observaba disimuladamente a su hijo. Cuando éste se alejó lo suficiente y todos centraban su atención en el criado de Aremos, la sacerdotisa pareció encontrar el momento oportuno que estaba aguardando.

-La mañana en que Gilgamesh subió al trono –le dijo-, justo cuando acababa de ser nombrado nuevo señor de Uruk, una bandada de pájaros cruzó el cielo en dirección a la tierra de los pantanos. Los dos pájaros que volaban encabezando al grupo, cayeron repentinamente.

-¿Qué... Qué querer decir, mi señora?

-Enkidu, sólo te pido que tengáis cuidado... La sombra de aquel mal presagio acecha en el camino. Todos debemos extremar la prudencia hasta que los dioses nos desvelen quiénes son los condenados.

Enkidu, poco dado a dejarse llevar por presagios y supersticiones, respetaba demasiado a Ninsun como para pasar por alto los presentimientos de aquella sabia mujer.

-No preocupar... –le respondió, besándole a continuación la mano con respeto-. Yo estar atento a peligros de camino.

El cazador hizo un gesto de saludo a Nanshe y ésta le correspondió. Pero, cuando ya se disponía a abandonar la muralla, se giró de nuevo hacia Ninsun.

-Mi señora...

-Dime, Enkidu.

-¿Gilgamesh tener una hermana alguna vez?

-¿Una hermana?

-Sí. Gilga decir él ver a su hermana no nacida...

-¿Cuándo te dijo eso?

-Nosotros estar en Jardines Reales y decir que en entierro de rey Lugalbanda él tener... visiones.

Ninsun, sorprendida, sonrió.

-Sí. Antes de que naciera Gilgamesh, estuve embarazada de una niña que no llegó a nacer –le confirmó-. Pero nunca he hablado de esto con nadie... Ni siquiera con mi hijo.

Enkidu, algo desconcertado por aquella respuesta, volvió a despedirse de la reina madre con una reverencia y se dirigió pensativo hacia la escalera por la que se descendía de la muralla.

Gilga continuaba saludando a los consejeros y altos funcionarios del palacio, a los que no dejaba de recordar una y otra vez que obedecieran a Aremos durante su ausencia. Entre ellos se encontraba también el mago de palacio, Ninsulgi, acompañado por su nuevo aprendiz, un muchacho de apenas quince años que todavía no había finalizado sus estudios en la escuela de escribas.

-¿Y bien, Ninsulgi?

-Mi señor, debéis ser muy precavido con to... to... todos los alimentos que obtengáis con la caza o la pe... pesca. Aseguraos de que estén siempre bien cocinados por dentro y no debéis permitir que los hombres beban agua de po... po... pozos si no tenéis constancia de que están siendo utilizados de forma habitual po... por los lugareños.

Ninsulgi hablaba deprisa. Quería aprovechar el poco tiempo del que disponía para trasladar al rey todas las indicaciones que creía que eran importantes.

-Sí, mi señor, sobre todo los soldados deben prestar atención al tema del agua –subrayó con convencimiento el muchacho aprendiz del mago, a quien los nervios le traicionaron provocándole un quiebro en su voz que puso en evidencia que era mucho más joven de lo que pretendía hacer ver.

-Tendré en cuenta esos consejos, Ninsulgi y, sobre todo, el del agua, en el que también insiste tu joven ayudante –respondió el rey-. ¿Cómo se llama el muchacho?

-Se llama Zaro-Sin, mi... mi... mi señor. Todavía tiene mucho que aprender, sobre todo a pe... permanecer callado cuando nadie le pre... le pre... pre... guntaba –respondió Ninsulgi, haciendo que enrojeciera la cara del muchacho por aquella recriminación.

-Está bien, Ninsulgi, que venga también el muchacho. Permaneciendo a tu lado aprenderá mucho más rápido.

El mago, confundido, miró a Zaro-Sin, quien tampoco parecía comprender el significado de aquellas palabras del rey. Gilga, manteniéndose en silencio, afirmó repetidamente con la cabeza.

-Pe... pe... pero ¿qué quiere decir que el muchacho también ven... también ven... venga? ¿A dónde, mi señor?... ¡Oh!... ¡Oh...! ¡Nooo! –finalmente, Ninsulgi lo comprendió.

-Ninsulgi, eres el mago del rey. Y el mago del rey debe estar donde esté el rey –le aclaró Gilga-. Así que si yo viajo, tú te vienes conmigo. Y, contigo, tu ayudante.

Ninsulgi miró desconcertado nuevamente a Zaro-Sin, cuyo semblante mostraba una evidente alegría por la inesperada noticia. Una alegría que, desde luego, no parecía compartir su maestro. Sin embargo, Ninsulgi se rindió con rapidez a la evidencia y pidió permiso para dirigirse sin demora a palacio, donde almacenaba alguna de las hierbas y preparados que podrían serle de utilidad durante el viaje.

El rey se acercó entonces al sillón donde le esperaba la priora del templo de Ishtar. A Tarina le acompañaban Marash, su asistente, y media docena más de sacerdotisas.

-Gran sacerdotisa, os vuelvo a pedir que intercedáis ante Ishtar para que proteja a esta ciudad en mi ausencia.

-Rey Gilgamesh –respondió ceremonialmente Tarina-, la diosa no abandonará a su suerte a las gentes de Uruk. Que el éxito de esta expedición sea la recompensa

por el amor que nuestro pueblo profesa a la diosa.

Nada en el tono formal de aquellas palabras hacía sospechar el ardor vivido por ambos en el encuentro del día anterior. Aunque al rey, también ahora, le costó apartar la mirada del hermoso cuerpo de aquella mujer.

Cuando ya se alejaba dispuesto a unirse a los expedicionarios, Gilga se percató de cómo varios nobles y funcionarios murmuraban mientras contemplaban algo que estaba sucediendo a los pies de la muralla. Disimuladamente, se arrimó a ellos y, al asomarse por la almena, pudo comprobar la causa de tanta expectación. Enkidu y Samhat se besaban con desinhibida pasión, inconscientes de las miradas que les observaban desde lo alto. Gilga pudo advertir la sonrisa de Ninsun cuando una de las esclavas le informó de lo que ocurría, y tampoco se le escapó la atención con que Nanshe les contemplaba, y cómo ésta se ruborizaba al sentirse descubierta por el rey. Se preguntó si también Nanshe hubiera deseado una despedida como la que su amigo ofrecía ahora a la tigresa... Al fin y al cabo, pensó, entre las obligaciones de un buen rey estaba también la de escoger a la futura reina, y la de formar con ella una familia... A su vuelta, pensó, hablaría de este asunto con su madre. Ninsun lo comprendería y, quizá, ella misma le recomendaría a Nanshe para tal propósito... Nanshe... Aunque su madre nunca obligaría a su asistente a dar un paso en contra de su propia voluntad.

-¿Quién es esa que se está besando con el amante del rey? –preguntó con sorna Arketi a Tarina, acercándose a ella discretamente.

-¿El amante del rey? ¿Te refieres a Enkidu? –le respondió, divertida.

-Al parecer, eso es lo que dice el rumor que corre por la ciudad.

-Gilgamesh no es un hombre de los que gozan del cuerpo de otros hombres.

-Eso no tiene la menor importancia –ironizó Arketi.

Tarina se limitó a sonreír. Posó su mano delicadamente sobre su estómago. Lo más prudente sería esperar algún tiempo antes de desvelar que Gilgamesh era el padre de la criatura que empezaba a formarse en su interior. Miró a Arketi. ¿Y si...? Quizá aquel ambicioso príncipe debería haber sido el elegido. Todavía estaba a tiempo de arreglarlo.

-Es Samhat, una prostituta.

-No parece una prostituta –repuso Arketi.

-Se crió en el Eanna, aunque hace años que abandonó el templo.

-¿En el Eanna?... Entonces sí es una prostituta.

Tarina mudó el semblante y, seria, miró de nuevo al embajador, quien se limitó a sonreírle con cierta incomodidad. La sacerdotisa se volvió otra vez hacia el lugar en el se encontraban Samhat y Enkidu. Aquella mujer que ahora compartía el lecho con el amigo del rey conocía muchos de los secretos reservados a las servidoras de Ishtar. Y eso la hacía peligrosa.

A los pies de la muralla, la tigresa acariciaba cariñosamente el rostro de su amado. Aceptando la sugerencia del rey, también Enkidu se había afeitado su escasa barba la noche anterior, provocando con ello las risas y la burla de Samhat: “si habitualmente ya tienes cara de niño... ahora has conseguido que tu cara parezca el culo de un recién nacido”, le había soltado entre bromas la tigresa. Pero no era Enkidu un hombre al que se le pudiera ofender con aquel tipo de ocurrencias. “Pues verás qué es capaz hacerte este recién nacido”, le respondió, anunciando de aquella forma la que iba a ser en una larga noche de gozo.

-Está bien..., dejemos ya de besarnos o tendré que cobrarte tarifa especial –bromeó Samhat, empujándole contra la pared de la muralla.

-Tú cobrar que quieras, pero dar un beso más –le respondió Enkidu, mientras, insaciable, volvía a insistir una vez más.

-Todos nos están mirando.

-Tener envidia –sentenció el cazador, consiguiendo arrancar una carcajada a Samhat.

Enkidu se volvió entonces hacia Urembeti, que aguardaba pacientemente a un par de pasos de la pareja.

-Urembeti, un abrazo de despedida, amigo mío –le dijo.

-Mucha suerte, Enkidu. Y, por favor, cuida de Anum...

-Yo cuidar. Y tú prometer cuidar a esta muchacha hermosa. Seguro ahora yo marchar, muchos querer conseguir a ella.

-¡Por supuesto! ¡Y yo el primero! –bromeó Urembeti, pasando su brazo por encima de los hombros de Samhat.

En ese momento, Enkidu advirtió cómo el general Lamar An se acercaba hacia ellos, así que aprovechó para dar un último beso de despedida a la tigresa.

-Ya estar listo, general –le dijo en cuanto éste les alcanzó.

-Muy bien, Enkidu... –le respondió el general sin prestarle demasiada atención-. Hola, Samhat. Hoy estás preciosa.

-Gracias, Lamar An. ¿Te gustó la tarta de frutas que te dejé en tu casa?

-¿Que si me gustó?... ¡Es lo más bueno que he comido en mi vida! –exclamó, dándose una palmada en el estómago.

-Pero ¿vosotros conocer? –preguntó perplejo Enkidu.

-Más te vale cuidar a esta muchacha –le amenazó el general-, porque como me entere...

-¡Lamaaar! –le cortó Samhat.

-Está bien, está bien... Enkidu, recoge tu caballo y dirígete ya junto a los hombres.

Y, sin más, el general continuó su camino hacia la muralla.

-¿Pero de qué conocer tú al general? –preguntó nuevamente Enkidu.

Y Samhat le propinó un empujón para que se alejara de una vez.

-¡Ya lo has oído, no hagas esperar a los soldados! –le gritó la tigresa-. Ya te lo explicaré cuando regreses.

Enkidu le lanzó un último beso con la mano y se dirigió al cercado donde ya no quedaban ni mulos ni onagros, sólo Betún, que no paraba de relinchar y patear el suelo, impaciente por todo el movimiento que veía a su alrededor. Animales y carros habían sido dispuestos entre los dos batallones ya formados y listos para la partida. El grupo marcharía en una larga columna, encabezada por el batallón de Biurturre y seguida por el que comandaba Ur-Kan, el segundo jefe de batallón.

Betún trotó alegre llevando a Enkidu hacia el otro extremo de la Explanada de Ishtar, a donde, unos pasos por delante, también se dirigía el rey montado en su onagro y portando el Estandarte de Shamash. Cuando éste pasó junto a Anum Edina, le entregó el estandarte y le ordenó que abandonara su escuadra y se situara junto al jefe de compañía que encabezaba la formación, por detrás de Biurturre. Luego, se desvió para acercarse a una zona apartada de la explanada.

Nadie parecía comprender qué pretendía hacer ahora el rey. Tampoco los soldados que formaban el cordón de seguridad, impidiendo que la gente entrara en la zona ocupada por los expedicionarios. Cuando un grupo de aquellos soldados vieron que el rey se dirigía directamente hacia ellos, se volvieron algo asustados para cuadrarse ante su señor, dando la espalda al gentío que debían controlar.

-Soldado Kumrad –dijo entonces el rey sin bajarse de su onagro-, hace unos meses el rey Lugabanda te concedió la libertad tras la carrera final en las competiciones deportivas.

Kumrad, que era de los pocos que se había mantenido de espaldas a la explanada, ahora sí, se volvió rápidamente hacia el rey, cuadrándose con orgullo, pues no era muy habitual que el señor de Uruk hablara directamente a un soldado llamándole por su nombre.

-Ya no eres un soldado esclavo –prosiguió el rey-. ¿Por qué sigues siendo soldado?

-¡Mi señor, me gusta ser soldado! –le respondió con decisión.

-¿Quieres venir a Canaán con nosotros?

Kumrad, emocionado, tardó un instante en responder.

-No hay nada... –tragó saliva- que desee más, mi señor.

-Pues ocupa el hueco que ha dejado mi portaestandarte en aquella escuadra –le dijo Gilga, señalándole el lugar.

Kumrad no se lo pensó dos veces y corrió para unirse al primer batallón de expedicionarios.

Gilga se dirigió de nuevo hacia el extremo norte de la explanada, donde Enkidu y Kenami ya le esperaban listos para partir. Cuando les alcanzó, alargó su brazo hacia Enkidu y éste se lo estrechó con energía, dándose ánimos el uno al otro. El corazón de Gilga latía con fuerza.

-Gracias por estar a mi lado –le dijo.

Dio la vuelta a su onagro y se fijó en las caras de los soldados que se encontraban formados en las primeras filas. Aquellos eran sus hombres... Los hombres con los que iba a compartir su destino y a quienes, pasara lo que pasase, no iba a defraudar. Le agradó observar como éstos le devolvían la mirada, expectantes, ansiosos por partir... Veía en sus caras la ilusión por la oportunidad que se les brindaba de hacer algo que pudieran recordar, algo que les permitiera, en algún día todavía lejano, levantar la cabeza con orgullo y explicar a todos que ellos estuvieron junto a su rey.

Reconoció un poco más lejos al fortachón Sinleki, el hijo del herrero. Pensó que le iría bien al grupo contar con uno de los mejores lanzadores de hacha de Sumer. Comprobó como en los últimos meses había vuelto a reducir grasa y ganar musculatura. También observó al sonriente Kumrad, a quien sus nuevos compañeros de escuadra felicitaban por tan inesperada incorporación al grupo en el último instante. Alguno bromeaba con él, dándole un cachete en la cabeza sin que les viera su jefe de escuadra, pero nadie conseguiría amargarle el que, a buen seguro, era uno de los momentos más felices de su vida. Miró a los dos jefes de batallón. A escasa distancia Biurturre, al frente del primer grupo de hombres y, más allá, Ur-Kan, a la cabeza del segundo batallón. Sus rostros permanecían impassibles, conscientes de la responsabilidad que suponía ser los más altos mandos de la expedición, sólo por debajo del rey. Y, como él, también ellos iban montados en onagros.

Levantó entonces la mirada y la dirigió a lo lejos, hacia la muralla. Pudo distinguir la figura de su madre, sentada, acompañada por Nanshe y Aremos. Imaginó la intensa emoción que debía de sentir en ese preciso instante y, llevándose una vez más la mano al pecho, buscó el contacto con el Medallón de Enmerkar. Lo notó caliente y mucho más ligero de lo habitual. Hizo una señal a Anum Edina y éste alzó el estandarte real. Lo alzó tan alto como pudo, para que todos pudieran verlo brillar, iluminado por los rayos de Shamash.

Había llegado el momento.

-¿Hay algún temor? –gritó con voz atronadora.

-¡No-hay-miedo! –le respondieron sus hombres, al unísono, en un grito que encendió de emoción a todos cuantos habían acudido a despedirles.

En los alrededores de la explanada, y en lo alto de la muralla, todos los que habían permanecido sentados contemplando los preparativos para la marcha, se pusieron en pie. Se alzaron en homenaje a aquellos jóvenes valientes que partían a las lejanas tierras de Canaán.

-¿Quiénes somos? –volvió a preguntarles el rey

-¡Uruk! –le respondieron. Y también lo gritaron aquellos otros soldados que no formaban parte de la expedición, pero que querían dejar claro a su rey que ellos eran también soldados de su ejército.

Nanshe, desde su posición en lo alto de la muralla, miró al numeroso grupo de hombres y mujeres que se encontraban más abajo despidiendo a los muchachos. De entre todos los que allí se hallaban, el rostro de una joven pelirroja se volvió hacia ella de forma inesperada. Tuvo la impresión de que también a aquella mujer le brillaban los ojos. Alzó su mano tímidamente para saludarla, pero la tigresa volvió de nuevo la vista hacia los expedicionarios.

-¿Y cómo luchamos? –gritó una vez más el rey, levantando su espada.

-¡Unidad! ¡Fuerza! ¡Coraje! –rugieron de nuevo.

Gilgamesh hizo girar a su onagro, bajó el brazo y la expedición inició su avance.

En la Explanada de Ishtar, cerca de la muralla, el pueblo estalló en vítores. Los más pequeños, fascinados por el espectáculo, corrieron alegremente durante un buen trecho tras los pasos de aquellos valientes.

Todavía recuerdo el hermoso cielo estrellado que podía contemplarse desde los ventanales de aquella estancia, el lujoso aposento que antaño ocupara mi antiguo señor, el rey Darío.

Nevén, el muchacho asignado al servicio personal de Alejandro, continuaba durmiendo en la cama, indiferente a nuestra conversación. Compartía las sábanas con una hermosa esclava de palacio a la que yo tan sólo había podido entrever por un instante, al inicio de aquella larga velada. Desconozco si aquella joven era su favorita o si, simplemente, se encontraba allí para ofrecer una compañía eventual al conquistador griego. Pensé que, posiblemente, estuviera aguardando mi marcha para cumplir con su cometido. En cualquier caso, no me pareció adecuado hacer ningún tipo de comentario al respecto y opté por ignorar su presencia.

Y sentado frente a nosotros, estaba Hefestión, el general y amigo de Alejandro que se había acercado atraído por la luz de las lámparas que iluminaban aquel rincón del palacio. También él seguía ahora mi narración con el mismo interés con el que lo había estado haciendo el rey.

Continué la historia explicándoles cómo el poderoso rey de Kish había conspirado en la sombra para hacerse con el trono de Uruk. Arketi, el hijo de Mebaragesi, había conseguido el apoyo de un destacado grupo de nobles de la ciudad y también del poderoso templo de Ishtar, cuya priora, la suma sacerdotisa Tarina, no soportaba permanecer por más tiempo bajo la sombra de Ninsun, la influyente señora de la Casa del Cielo y madre de Gilgamesh.

Si los hechos ocurrieron tal y como se describen en la versión de la historia que me transmitió mi padre, la mismísima Tarina había planeado el envenenamiento del príncipe Gilgamesh durante el entierro de Lugabanda... Pero eso es algo que nadie podrá confirmar jamás.

Tanto Alejandro como Hefestión se mostraron complacidos cuando les expliqué como el príncipe resultó elegido nuevo señor de Uruk, gracias a su osadía al presentarse por sorpresa en la Asamblea de la ciudad. Y, al fin, centré mi narración en el encuentro de Gilgamesh con quien estaba destinado a convertirse en su alma gemela, su amigo y su apoyo más firme.

Para entonces, los dos griegos seguían mis palabras con suma atención, casi diría que lo hacían como niños embelesados a quienes están relatando una de aquellas historias de dioses y héroes a las que tan aficionados son en su tierra. Puede que así fuera porque ésta también era, en parte, una historia de dioses y héroes. Les hablé de cómo aquellos dos muchachos, Gilgamesh y Enkidu, se atrajeron y se admiraron desde el mismo instante en que se vieron por primera vez. Y de cómo pelearon con nobleza hasta que, ya exhaustos, les unió una fuerza misteriosa, atándoles con mil nudos para que ya nada pudiera desunirles.

Hefestión se dirigió entonces hacia la mesita que había entre los dos ventanales de la estancia. Cogió la jarra que contenía el vino y se volvió hacia mí, ofreciéndose a llenarme una de las copas. Pero volví a rehusar, como ya había hecho cuando me la ofreció el propio Alejandro, aclarándole que el alcohol me ofuscaba los pensamientos con suma rapidez. Así que el general dejó el vino y me llenó la copa con el agua de la otra jarra. Y lo mismo hizo con su copa. Me extrañó que no le ofreciera también a Alejandro... Puede que entre ellos mantuvieran alguna especie de pacto que les evitaba mantener gestos serviles el uno con el otro.

Entonces fue Alejandro el que se levantó de su sillón y se acercó hasta un pequeño baúl situado junto a la cabecera de la espaciosa cama. Abrió cuidadosamente la tapa y sacó de su interior varios rollos de papiro.

-Navarzaes, aquel cofre con las tablillas de lapislázuli... ¿Es muy antiguo? –me preguntó sin apartar la vista de los rollos que mantenía en sus manos.

Aquella pregunta me sobresaltó. Y me preocupó.

-No os lo sabría decir con precisión, mi señor –le dije con cautela, esperando averiguar qué pretendía. Pero pude comprobar que Alejandro no era de los que se incomodan con los silencios, así que tuve que continuar-. Mi padre me contó que las tablillas fueron esculpidas en la época de Gilgamesh –añadí-, quizá al poco de su muerte.

-¿Y el cofre?

-Supongo que es de la misma época... cientos de años, mil... dos mil... Demasiados para ser contados, mi señor.

Volvió a dejar los papiros en el baúl.

-Esos rollos contienen la historia del gran Aquiles –dijo señalando al baúl-. Quiero pedirte un favor, Navarzaes.

Asentí con la cabeza, aunque no pude evitar mostrarme algo dubitativo, pues temía que me fuera a ordenar que le entregara el cofre.

-Te agradeceré que los guardes junto a ese hermoso tesoro que custodias en el interior del cofre. Han estado junto a la cabecera de mi cama desde que Aristóteles, mi maestro, me los regaló siendo yo todavía un crío.

-Para mí será un honor custodiar esos papiros de Aquiles con las tablillas de Gilgamesh –reconocí aliviado-. Quién sabe, es posible que el uno oyera hablar del otro...

Alejandro sonrió.

-No se me ocurre mejor custodio que tú, Navarzaes.

-¿Conoces la historia de Aquiles? –me preguntó entonces Hefestión.

-Un gran guerrero griego, un valiente que participó en la guerra de Troya... –respondí, de nuevo con cautela.

-Pues hay un héroe todavía más grande, que le supera en hazañas y valentía –añadió.

-Heracles –interrumpí, torpe de mí. Y todavía dije más...-. Sus conquistas llegaron más lejos que las de ningún otro.

Hefestión miró a Alejandro algo incómodo. Comprendí entonces que él se estaba refiriendo al propio Alejandro.

-Ya te lo dije, Hefestión... Aún queda mucho camino por recorrer –dijo el rey. Había algo de resignación en su voz y ladeaba nuevamente la cabeza hacia la izquierda, en un gesto que observé hacía con frecuencia cuando estaba relajado.

Tras aquella breve interrupción, acomodados de nuevo en los sillones, Alejandro me hizo un gesto invitándome a proseguir con la narración. Poco parecía importarle las horas que estábamos robando al sueño en aquella noche... La noche, quizá, más excepcional de mi vida. El cielo empezaba a clarear y las estrellas ya no tardarían en apagarse y yo, lo reconozco, en aquel momento ya sabía que difícilmente volvería a sentir el deleite de contar con unos oyentes tan extraordinarios para mi relato. Aún recuerdo cuando, de pequeño, corría al encuentro de mi padre para que una y mil veces me repitiera alguno de los fragmentos de aquella maravillosa historia. Veía entonces la satisfacción dibujada en su cara y percibía como la emoción le timbraba la voz...

Todavía tuve tiempo de hablarles de la amistad entre Gilgamesh y Enkidu y de la relación de éste con la prostituta Samhat. Alejandro se interesó por aquel círculo de relaciones y sentimientos. Parecía darle tanta importancia a los acontecimientos narrados como a los sentimientos que se intuían en sus protagonistas. Quería conocer tanto los unos como los otros. Desgraciadamente, yo no tenía todas las respuestas, pues mi conocimiento de la historia no podía ir más allá de lo que a mí me había transmitido mi padre.

Aun así, Alejandro insistía en requerir mi opinión.

-Dime, Navarzaes, ¿crees que Gilgamesh quería a Enkidu como antes había querido a las mujeres? –me preguntó.

Yo tardé mucho más tiempo en hacerle esa misma pregunta a mi padre.

-Es difícil de saberlo, mi señor. Al parecer, en ningún momento Gilgamesh dejó de amar a las mujeres, aun cuando ya contaba con la amistad de Enkidu. Pero sí que parece que cambió su manera de amarlas. Se volvió más... puede que más respetuoso con ellas, aunque quizá, al menos al principio, lo hiciera por miedo a perder la amistad de Enkidu. Ambos se ofrecieron mutua amistad sin reservas. Sin embargo, Enkidu también cayó rendido a los encantos de Samhat, con la que convivía.

-De modo –agregó Alejandro- que es posible que Enkidu quisiera a Gilgamesh y, a la vez, amara a Samhat... ¿Cuál de los dos sentimientos te parece más noble?

-Enkidu no dudó en arriesgar su propia vida por defender la amistad de Gilgamesh –avancé, a sabiendas de que me adelantaba a los acontecimientos-, y creo que otro tanto hubiera hecho por defender a Samhat. En mi humilde opinión, mi señor, no hay nobleza que iguale a la de un hombre que es capaz de entregarse de una forma tan absoluta a aquellos a quienes considera dignos de tal entrega. La nobleza no está en el propio sentimiento, sino en la persona que es capaz de albergarlos.

-Interesante... ¿Y tú qué dices, Hefestión?

Hefestión, pensativo, acariciaba su copa de agua con la yema de los dedos.

-Pues digo que siento envidia de Enkidu –respondió, sin levantar la vista de la copa-. Desde hace muchos años, yo también he mantenido ese sentimiento de confianza y entrega absoluta a alguien a quien admiro. Y no puedo hacer más que sentir envidia de quien es capaz de mantener ese mismo sentimiento hacia dos personas a la vez.

Durante unos instantes, ambos guardaron silencio. Alejandro miraba a Hefestión mientras éste daba otro trago.

-¿Gilgamesh estaba también con alguna mujer en ese momento? –me preguntó.

-Creo que no, mi señor. Pero eso es algo que tampoco podemos saber...

Mientras respondía, Alejandro no dejaba de observar a Hefestión, quien iba alternando su mirada entre la de Alejandro y su copa.

-Sabes, Hefestión –le dijo entonces el rey-, yo también envidio a Enkidu, pero llevo demasiado tiempo sintiéndome Gilgamesh.

Y, una vez más, ambos se mantuvieron en silencio. Estoy convencido de que, durante aquel breve instante, ellos continuaron hablándose de alguna forma, sin palabras. Incluso Nevén, que en algún momento anterior debió de haberse despertado, se incorporó sobre la cama y observó con atención a los dos griegos, como si, repentinamente, todo aquello hubiera adquirido interés también para él.

-Pues hay algo que no encaja en esta historia –señaló finalmente Hefestión-. Si las cosas fueron tal y como nos las cuenta Navarzaes, fue Enkidu quien logró domar a Betún... Entonces, ¿por qué no soy yo el que cabalga a lomos de Bucéfalo?

Alejandro rió a gusto ante la ocurrencia de su amigo y me pidió que continuara con la historia. Tan grata le estaba resultando aquella velada, que creo que ni se le pasó por la cabeza la posibilidad de que yo pudiera estar cansado, o que quisiera retirarme. Imagino que mi entusiasmo y la satisfacción que sentía por aquella extraordinaria oportunidad que me brindaba eran evidentes. Así que continué hablándoles de cómo el entonces inexperto rey de Uruk sorprendió a todos con una propuesta insólita. Organizar una expedición con sus soldados a las lejanas tierras de Fenicia, la antigua región de Canaán, con el objetivo de alcanzar los bosques de cedros, cuya madera, ya por entonces, era muy apreciada en toda Mesopotamia.

-¿Y para qué querría Gilgamesh organizar una expedición como aquélla? –me interrumpió Hefestión-. Al fin y al cabo los beneficios por la venta de la madera probablemente acabarían en las arcas de Mebaragesi.

-Creo que los beneficios eran lo de menos –aclaró Alejandro-. Esa expedición era la única posibilidad que tenía de estar con sus hombres, de ganarse su lealtad escapando al control del palacio de Kish, o de los nobles traidores de Uruk.

Durante años, los funcionarios y cortesanos de Darío me habían traído a sus hijos para que les diera algunas lecciones de historia o les mostrara las piezas literarias de mi biblioteca (aunque yo no era más que un simple funcionario encargado de la misma, para mí siempre fue mi biblioteca). A fin de mantener la atención de los chiquillos, y en contra de las instrucciones dadas por mi padre, en ocasiones me permitía adornar la historia de Gilgamesh haciendo aparecer a algún monstruo, o la intervención directa de los dioses, o cualquier otro artificio literario ya presente en algunas de las versiones escritas que se habían conservado en antiguos palacios asirios. Era una manera de asegurarme el asombro de los más pequeños, siempre proclives a aguzar más los oídos ante las exageraciones.

Pero aquella noche, yo fui el sorprendido. Más allá del mito, por momentos me parecía estar redescubriendo al verdadero Gilgamesh. Alejandro era un rey joven y orgulloso, como el propio Gilgamesh, y no mostró duda alguna al expresar aquella reflexión espontánea acerca de los verdaderos motivos de la expedición. Sólo alguien como él podía entender realmente el pensamiento del sumerio, aunque uno y otro estuvieran separados por siglos de distancia. Alejandro, sin pretenderlo, me estaba revelando al verdadero Gilgamesh.

-¡Inteligente, ese Gilgamesh! –exclamó Hefestión.

-¿Cuántos hombres iban en la expedición? –preguntó Alejandro.

-Unos trescientos. También contaba con los servicios de un guerrero mercenario, Kenami, experto en el manejo de las armas.

-Parecen pocos...

-En aquella época los ejércitos no eran tan numerosos como los de hoy, mi señor... sobre todo si los comparamos con el vuestro o con el extraordinario ejército de Darío... quiero decir, antes de que fuera derrotado...

Temí no haberme sabido callar a tiempo, pero comprobé aliviado que no le habían dado ninguna importancia a aquel comentario.

Les expliqué que, como ahora, también en aquella época los reyes recurrían a campesinos, artesanos y esclavos, a los que convocaban cuando debían librar batallas. Y que, por aquel entonces, sólo Mearagesi contaba con un ejército permanente formado por algo más de tres mil soldados. Además, el de Kish mantenía acuerdos con varias de las tribus nómadas del noreste de Sumer y de las tierras situadas más allá de los montes Zagros, capaces de proporcionarle otros setecientos u ochocientos hombres de refuerzo en caso necesario. Eran guerreros toscos, con poca disciplina, pero feroces y experimentados, pues ya habían combatido junto a los hombres de Kish en la guerra contra Elam.

La mañana arribó al fin y Hefestión no se molestó en ocultar un ruidoso bostezo. Ni a él ni a Alejandro les quedaba ya en el cuerpo rastro alguno del vino ingerido al inicio de la noche, pero se hacía evidente que ambos necesitaban un rato de descanso. Yo también me notaba algo cansado, aunque hubiera proseguido de buen grado durante un rato más en la compañía de aquellos dos hombres extraordinarios.

-Deja que te haga una pregunta más, Navarzaes –dijo entonces Alejandro-. Estoy convencido de que Gilgamesh fue un héroe para sus hombres, pero ¿crees que también llegó a serlo Enkidu... o nunca lo consideraron así?

Observé que Hefestión le dirigía una sonrisa irónica e imaginé entonces que pretendían dirimir una vieja discusión que debían haber mantenido con anterioridad.

-Ten cuidado, Navarzaes... ésta es una pregunta trampa –me confirmó Hefestión.

Agradecí su advertencia y me tomé mi tiempo para responder, más por entrar en el juego que me planteaba el rey que por la necesidad de reflexionar mi respuesta.

-Mi nombre, señor, es el que habéis mencionado. Me llamaría de igual forma, Navarzaes, aunque nadie lo hubiera pronunciado en los últimos veinte años.

-¡Bravo, Navarzaes! –exclamó Hefestión, riendo y palmeando con ambas manos en los reposabrazos de su sillón.

-Estoy de acuerdo con eso... –dijo entonces el rey-, pero ese nombre te fue dado por nacimiento y, a diferencia de lo que opina Hefestión –admitió con una sonrisa-, yo creo que para poder ser un héroe, a uno se le debe conceder la oportunidad de hacer actos heroicos. Y, aun así, sólo podrá ser considerado como tal si sus actos le llevan mucho más allá de lo que por su cuna pudiera parecer accesible.

-Alejandro... tú ya lo has conseguido –interrumpió entonces Hefestión, mudando su semblante.

-Me gustaría creer que es así, amigo mío –le respondió, ahora con la voz apagada-. Pero presiento que no lo es... presiento que esto es sólo un alto en el camino.

En aquel momento no estaba seguro de comprender el verdadero significado de aquellas palabras. Pero no tardaría en averiguar a qué se estaban refiriendo. Babilonia no era el destino, sólo era ese alto en el camino.

Nevén se levantó de la cama y, sin más, se marchó con sigilo, sin decir nada y sin que tampoco ninguno de nosotros le dijese nada a él. Observé como la esclava se removía en la espaciosa cama y se echaba la sábana encima, dispuesta a continuar durmiendo. A los dos griegos, ni siquiera les llamó la atención.

Alejandro me pidió que antes de acabar “por esta noche”, dijo, me detuviera en algunos detalles de los preparativos de la expedición. Les expliqué como, al principio, tanto los consejeros de palacio como la práctica totalidad de los miembros de la Asamblea de Uruk, se mostraron poco favorables a la idea de que el rey se ausentara de la ciudad para embarcarse en aquella aventura. Incluso el propio Enkidu era reacio.

-¿Y la expedición partió con la oposición de todos ellos? –me preguntó Alejandro.

-No, mi señor. Al final, Gilgamesh se salió con la suya. Los más jóvenes soñaban con emular las hazañas que tantas veces habían oído narrar a los ancianos acerca de las campañas de Enmerkar, el gran rey al que todos en Uruk evocaban como a su auténtico héroe. Y, al final, empujada por aquel entusiasmo, la Asamblea acabó por dar su bendición a la propuesta del rey.

-¿Y Enkidu? –preguntó Hefestión.

-En cuanto a Enkidu... -aventuré-, sólo Samhat, en la intimidad de las noches previas a la partida, debió de intuir cuánto padeció aquel pobre muchacho ante la inminencia de su regreso a la tierra en la que tanto había sufrido. Pero la decisión del rey ya estaba tomada y Enkidu no estaba dispuesto a abandonar a su amigo.

Ambos quedaron intrigados, mirándome fijamente.

-¡Eres un auténtico granuja, Navarzaes! –bromeó Hefestión poniéndose en pie-. No haces más que lanzarnos una y otra vez anzuelos. Y nosotros hemos estado picando durante toda la noche.

-Os estoy muy agradecido por esta noche –respondí, poniéndome también en pie y haciéndoles una reverencia con humildad.

-Gracias a ti, Navarzaes –añadió entonces Alejandro-. Es una buena historia y debemos encontrar otro momento para continuarla.

-¡Pero no se os ocurra hacerlo sin que yo esté presente! –apuntó Hefestión.

-No te preocupes, amigo mío, descubriremos juntos qué fue de Gilgamesh y de Enkidu. Pero ahora debemos descansar. Mañana tenemos... -Gilga se volvió entonces hacia la claridad de los ventanales-, hoy tenemos reunión con los compañeros para decidir qué haremos a partir de ahora.

-Creo que ya has tomado la decisión –le replicó Hefestión mientras Alejandro nos acompañaba hasta la salida de su estancia.

-Así es... Y no tengo duda de que tú sabes cuál es.

-Tolomeo, y quizá también Lisímaco, son partidarios de permanecer aquí hasta dar con el grupo de Darío. Pero la mayoría, con Parmenion a la cabeza, son partidarios de volver ya a Macedonia.

-Nunca te he podido ocultar mis pensamientos, amigo mío. No tengo intención de dejar al ejército en Babilonia por mucho tiempo... pero tampoco ha llegado el momento de regresar a Grecia.

Hefestión miró pensativo a Alejandro, como si estuviera sopesando el significado de aquella confesión.

-Has nacido con el espíritu de un héroe... pero no reconocerás que lo eres hasta llegar un paso más allá, aunque para ello tengas que arrastrarnos a todos tras de ti.

-Ya has oído a Navarzaes. También Gilgamesh tenía a muchos en contra, pero al final todos acabaron por dar su respaldo a la expedición.

-A Parmenion no le gustará tu decisión –le advirtió.

-A mí tampoco me gustaría... si fuera Parmenion.

Hefestión se detuvo y se volvió de nuevo hacia Alejandro.

-Con esas palabras nos convenciste durante el asedio a Tiro, al rechazar la oferta de Darío. Esta mañana, cuando Parmenion muestre su oposición, vuelve a responderle de esa forma y todos volverán a darte su apoyo.

-Seguiré tu consejo, amigo mío.

Yo me despedí de ellos haciéndoles otra reverencia y me alejé caminando despacio por los pasillos de palacio. Mientras lo hacía, escuchando el ruido de mis propios pasos bajo la mirada atenta de los soldados que hacían la guardia, empecé a dar vueltas a una idea, algo sobre lo que debía reflexionar en los días siguientes. Tenía que convencerme de si aquello era obra del destino, de la casualidad o si, quién sabe, aquella era realmente la voluntad de los dioses. Supuse que pronto volvería a tener ocasión de estar a solas con el macedonio. Y para entonces, ya debería tener decidido si iba a desvelarle mi secreto.

¿Era Alejandro aquél a quien debía transmitir mi más preciado legado?

Me llevé la mano al pecho y acaricié el Medallón de Enmerkar. Después de todo, yo ya era un anciano y había asumido que nunca tendría un hijo. Quizá Alejandro... Aunque con ello se quebrara la cadena de sangre que, eslabón a eslabón, se había ido trenzando a partir del rey Enmerkar, mi antepasado.

Los primeros días de la expedición transcurrieron sin apenas incidencias. Se dirigieron hacia el norte siguiendo el curso del Éufrates y evitando aproximarse a poblados y ciudades. Acostumbraban a recoger el campamento e iniciar la marcha con la salida del sol y, tras una breve parada a media mañana, seguían caminando hasta la pausa para la comida. Entonces aprovechaban para descansar y luego reanudaban la marcha y recorrían un buen trecho, con otro breve descanso a media tarde. Y antes de que les alcanzara la noche, instalaban de nuevo el campamento en el lugar escogido para dormir.

Pero Gilga quería dedicar más tiempo al adiestramiento de los muchachos, así que, tras consultarlo con sus dos jefes de batallón, decidió que la expedición permanecería acampada durante una jornada completa por cada cinco días de marcha. Al principio aplicaban aquella regla con cierta flexibilidad, pues la primera acampada la hicieron nada más alcanzar las tierras de Isin, sólo cuatro días después de partir de Uruk. Sin embargo, para la segunda jornada de ejercicios esperaron otros siete días, hasta dejar atrás los dominios de Kish y adentrarse en los del reino de Sippar. Poco a poco se iban estableciendo las nuevas reglas que el grupo aceptaba con mayor o menor resignación. Se prohibió beber cerveza durante el día, interrumpiendo de esta forma una de las costumbres más arraigadas entre los soldados, especialmente a la hora de la comida. Pero todos acabaron por reconocer que bebiendo agua la digestión se les hacía menos pesada. Por la noche sí se les permitía destapar alguna de las ánforas de cerveza para que, quienes quisieran, pudieran compartir alguna jarra, mientras se explicaban las historias y fanfarronadas propias de la juventud.

Aunque llevaban varios carros cargados con alimentos, Gilga solía enviar emisarios a los poblados cercanos a fin de proveerse de carne fresca con la que completar las raciones de frutos secos y las tortas de harina y miel que los soldados cocineros acostumbraban a preparar. Y tampoco era extraño que Enkidu y Anum desaparecieran durante los descansos, para regresar al cabo del rato portando alguna pieza de caza que siempre entregaban a los cocineros. Todos les agradecían el premio de un trozo de carne extra en el caldo de la cena.

Desde luego, una expedición como aquella no era algo que pudiera verse a menudo por los caminos de Sumer, así que, a su paso, despertaban todo tipo de reacciones en las gentes. Los había que abandonaban las labores de los campos y se acercaban con curiosidad a contemplar el avance del grupo. Otro tanto solían hacer los artesanos de las aldeas, las mujeres y, sobre todo, los crios, quienes no dudaban en lanzarse a aclamar con entusiasmo a aquellos soldados cuya presencia era, para la mayoría de ellos, el mayor acontecimiento que habían contemplado en su vida. Pero también había algunas aldeas a las que habían llegado extraños rumores acerca de un nuevo y despiadado rey de Uruk que, al parecer, pretendía saquear la región con su ejército de mercenarios. Y en esos casos muchos huían atemorizadas, alejándose con sus rebaños, abandonando sus casas e, incluso, cruzando con sus precarias balsas a la otra orilla del río.

Siguiendo el consejo de Aremos, y como muestra de respeto, Gilga empezó a enviar emisarios para realizar ofrendas en los templos o altares principales de los lugares por los que iban pasando. Solía enviar a Biurturre acompañado por Anum Edina, portando el estandarte real. Pero si la población era de una cierta importancia se desplazaba él mismo, haciéndose acompañar por Enkidu, Ubar y el propio Anum Edina. Aquella estrategia acostumbraba a dar buenos resultados. Incluso en aquellos poblados en los que eran recibidos con mayores reticencias, los lugareños solían acabar por ofrecerles su hospitalidad. Tampoco faltaron algunas respuestas sorprendentes, como la del señor de Gadea, quien insistió en casar a su hija con el rey de Uruk o, caso de no ser posible, con su hermano, el príncipe Enkidu.

Poco después de abandonar las tierras del pequeño reino de Agadé, llegaron a los dominios de Sippar. Allí, la expedición se trasladó a la margen izquierda del río. Ya no tardarían en dejar atrás Sumer y, desplazándose por los caminos que bordeaban el desierto, reducirían el número de poblados con los que iban a toparse.

Hasta el momento, la expedición se había movido a buen ritmo, pero a medida que se desplazaban hacia el norte, los desniveles del terreno empezaban a ser más frecuentes y dificultaban el avance de los carros. Estando en lo alto de una de aquellas lomas, Enkidu hizo una seña a Gilga para que le siguiera. El cazador, que iba a la cabeza de la columna de soldados, encaminó a su caballo hacia el interior del desierto. Gilga no acababa de comprender las intenciones de su amigo. Todavía faltaba bastante rato para el descanso de media mañana, así que se acercó a Biurturre y le ordenó que no detuvieran la marcha. Y entonces, montado en su onagro, se dirigió tras los pasos de Betún.

En el espacio que quedaba entre los dos batallones, marchaban los carros y los mulos de carga, encabezados por el carromato de Ubar quien, en ese momento, dormitaba en su interior recostado sobre los almohadones que le ayudaban a soportar el traqueteo por los baches del camino. Y junto al carro, caminaba su esclavo, tratando de no perder de vista al rey mientras éste se alejaba. Con gesto nervioso, el esclavo miró hacia atrás y comprobó como, a menos de diez pasos, le seguían los soldados que conducían el siguiente carro y varios de los mulos de carga. Resultaría imposible abandonar su posición y seguir al rey sin ser visto. Musitó una maldición por aquella oportunidad perdida y escupió al suelo.

Gilga siguió a su amigo. Atravesaron las primeras dunas hasta alcanzar la falda de un montículo de arena que se elevaba sobresaliendo por encima del resto.

-Bajar de onagro –le pidió Enkidu.

-¿Qué pretendes?... Si dejamos aquí a los animales se escaparán.

-Ellos no escapar. Nosotros subir ahí arriba –dijo señalando a lo alto de montículo.

-¿Subir a esa duna? –se quejó Gilga-. ¿Para qué?

-No ser duna, ser ruinas antiguo templo –le aclaró mientras empezaba a escalar por la arena.

Gilga, sorprendido, inició también el ascenso al empinado montículo. No tuvieron excesiva dificultad en alcanzar la cima y, una vez en lo alto, caminaron unos pasos hasta llegar a una derruida construcción de gruesos muros enladrillados. Aunque muy desgastadas por la erosión, todavía se conservaban erguidas tres de las cuatro paredes. Probablemente habían permanecido enterradas en la arena desde tiempos remotos, hasta que la ventisca las había vuelto a dejar al descubierto. De la cuarta pared apenas sobresalían siete u ocho palmos de altura en su parte mejor conservada. El recinto enmarcado por aquellos muros estaba completamente relleno de arena y, sobre la misma, asomaban algunos adobes que debían pertenecer a la estructura del techo original o de alguna de las columnas que lo soportaban.

-Ahora estar en templo de ciudad.

-Pero... ¿Qué ciudad? –preguntó Gilga.

-Ciudad debajo nuestros pies, alrededor este montículo –le aclaró Enkidu mientras trepaba hasta la parte superior de uno de los muros-. ¡Subir, subir aquí, amigo mío! –le gritó.

De nuevo Gilga siguió a su amigo y se encaramó hasta lo alto de aquel muro.

-¿Sabes a qué dios estaba dedicado este templo? –le preguntó mientras se frotaba los ojos a causa del picor que le provocaba el polvo del desierto.

-No. Yo descubrir estas ruinas cuando pasar por aquí hace meses –le explicó Enkidu-. Escuchar a anciano mercader decir él ir a mercado de Sippar con sus mulas y explicar a acompañante que bajo estas dunas haber antigua ciudad abandonada, pero yo no oír nombre de ciudad.

-Puede que el curso del río se desplazara, alejándose de aquí y, con los años, el desierto la engulló –reflexionó Gilgamesh-. No hay nada que hacer cuando los dioses abandonan a una ciudad a su suerte...

-¿Dioses?

Enkidu, miró a Gilga con cara de escepticismo. Y éste le devolvió la mirada con una expresión de incomodidad.

-No me gusta estar aquí arriba. Siento como si... no sé... como si estuviéramos profanando un lugar sagrado.

-Quizá ésta era realmente casa de dioses –le dijo Enkidu con desenfado mientras se desnudaba.

-¿Qué estás haciendo? –le preguntó Gilga.

Enkidu dejó su ropa sobre la arena y luego escaló los últimos pasos que le quedaban hasta alcanzar el punto más alto del muro. Allí, cerró los ojos y, encarándose hacia el sol, tomó una profunda bocanada de aire y la retuvo en su pecho mientras extendía sus brazos en cruz. Entonces, dejó escapar el aire lentamente, en un soplo contenido.

-¡Esta vez yo querer notarlo en todo mi cuerpo! –gritó, antes de volver a inflar nuevamente sus pulmones.

-¿Notar?... ¿Notar el qué?

-¡Desierto!... ¡Sentir ahora, Gilga! –le volvió a gritar-. ¡Esto ser lo que ellos sentir!

-¿Ellos? ¿Pero... Quiénes?

-¡Tus queridos dioses!

-¡Estás más loco que una cabra borracha! –le soltó Gilgamesh al observar a su amigo de aquella guisa.

-¡Subir aquí, hermano!

Llegados a aquel punto, a Gilga le pareció que la experiencia podría resultar divertida, así que se quitó también su ropa y escaló por el muro para situarse junto a Enkidu. Allí, en el punto más alto de aquellas ruinas, la ventisca se hacía notar con más de fuerza y comprobó con desagrado como los diminutos granos de arena le azotaban en la piel de las piernas. Se agachó instintivamente, dispuesto a huir de aquel lugar, pero se retuvo al observar erguido a su amigo. Tuvo que hacer un esfuerzo para enderezarse sin perder el equilibrio, bajo el constante golpeteo de aquellas minúsculas piedrecillas contra su piel. Imitando a su amigo, tomó aire y, alzando sus brazos, se encaró al sol. El azote de la arena, para su sorpresa, se iba convirtiendo ahora incluso en una agradable sensación.

-¡Dioses de Sumer! –gritó- ¡Aquí me tenéis! ¡Soy el poderoso Gilg..!

No pudo evitar que se le escapara la risa antes de acabar la frase. Miró a su derecha buscando la complicidad de Enkidu, pero éste continuaba con sus brazos en cruz y los ojos cerrados, respirando profundamente.

-Levantar cara hacia sol con ojos cerrados –le indicó entonces Enkidu.

No había atisbo de ironía o burla en sus palabras. Así que Gilga se limitó a seguir las indicaciones de su amigo.

-Respirar despacio y levantar tus brazos. Y dejar te roce brisa profundo desierto...

Gilga le obedeció. Y sintió la caricia de la arenilla y del aire cálido envolviéndole todo el cuerpo. Aquella era una sensación desconocida, sorprendente. Y también agradable.

-¿Tú sentir?

Lo sentía.

-Amigo mío –le susurró instantes después el rey-, esto es maravilloso.

Ambos permanecieron con los ojos cerrados, ofreciéndose al desierto. Gilga tenía una extraña sensación de libertad, lejos de toda obligación y de toda preocupación. Lejos de todo temor.

-Ahora, abrir ojos –le pidió Enkidu.

Gilga los abrió. Y miró a su amigo. Sus ojos tardaron unos instantes en volver a percibir las formas.

-No mirar a mí... Mirar hacia desierto.

El rey ya no dudaba de la palabra de su amigo. Pudo entonces comprobar la belleza de aquel paisaje de dunas, de caprichosas formas moldeadas por una brisa que ahora les arropaba también a ellos.

-Y ahora girar hacia valle, junto a río –dijo Enkidu mientras él también giraba sobre sí mismo.

Cuando Gilga se volvió quedó impresionado por la belleza de lo que se mostraba ante sus ojos, el contraste del azul de las aguas del río con el verde de los palmerales y el marrón oscuro de los campos arados. Todo aquello le despertaba sensaciones vagamente familiares. Cerró de nuevo los ojos y tomó aire. Quería oler aquel viento. Recordó la experiencia que tuvo en la noche de los funerales de Lugalbanda, cuando, tras comer las hojas del Fruto de la Muerte, sus pensamientos se vieron también arrastrados por una corriente de extrañas y agradables sensaciones. Volvía a notar en sus labios el mismo sabor salado de entonces, y se relamió. Al abrir los ojos, una vez más, miró hacia Enkidu.

-Dime, amigo mío, ¿es esto realmente lo que sienten los dioses? –le preguntó.

El cazador le sonrió.

-No, dioses no poder sentir esto.

Capítulo 27 – El prisionero de Gisa

Hacia ya varias jornadas que los de Uruk no habían visto a una sola mujer por los caminos, ni campesinos o críos alegres que les salieran al paso. Sólo veían a grupos de hombres que les observaban desde la distancia, armados con rudimentarias lanzas, dagas o hachas, aparentemente dispuestos a defenderse de aquel extraño grupo de soldados que transitaba por sus tierras. Al comprobar la hostilidad con la que ahora eran vistos, Gilga decidió que ya no acamparían cerca de los poblados, aunque no por ello renunció a seguir enviando emisarios de cortesía. Y como Enkidu había demostrado poseer un don natural para ganarse la simpatía de los lugareños, ahora solía ser él el encargado de la tarea, junto a su portaestandarte, Anum Edina.

En cuanto a Ubar, hastiado por el cansancio del viaje y el aburrimiento, se iba volviendo cada vez más pedante e insolente. Gilga le intentó convencer para que participara en los ejercicios de adiestramiento junto al resto de los muchachos, o en cualquier otra actividad de las que se realizaban en la expedición, pero Ubar siempre aducía estar demasiado cansado. Y, malhumorado, sólo parecía encontrar distracción insultando y golpeando a su desgraciado esclavo.

Tal y como les había advertido Kenami, a medida que se alejaban de los reinos de Sumer la ruta se hacía cada vez más peligrosa, pues se adentraban en los dominios de las bandas de saqueadores y de los asaltantes de caminos. Pudieron comprobarlo al cruzarse en un mismo día con dos grupos fuertemente armados, que decían ser mercaderes... aunque ni los modales ni la apariencia de aquellos hombres casaban con tal afirmación. Cada vez que Enkidu y Anum se ausentaban del campamento, Gilga se mostraba más tenso y preocupado. Y pronto empezó a albergar dudas acerca de la conveniencia de seguir enviándoles como emisarios de amistad, pues las distancias que debían recorrer hasta las poblaciones de destino solían ser demasiado largas para poder darles alcance a tiempo en caso de peligro. Quizá había llegado ya el momento de que fueran acompañados por un par de escuadras de soldados o, incluso, de renunciar definitivamente a aquellas misiones de cortesía.

Además, a Gilga le inquietaba sobremanera quedarse a solas con Ubar, quien insistía en buscar su compañía en cuanto Enkidu abandonaba el campamento. Pero cualquier excusa era buena con tal de evitar a su antiguo compañero de juergas y desmanes. Así que solía aprovechar las ausencias de Enkidu para reunirse con Biurture y Ur-Kan, y supervisar con ellos los ejercicios de adiestramiento que les proponía Kenami, o planificar las siguientes jornadas de marcha.

Lo cierto era que tampoco acababa de sentirse cómodo con la presencia de aquel semita entre los suyos, pese a la discreción con la que tanto él como su ayudante se comportaban habitualmente. Tal y como le había insinuado el general Lamar An, no les quitaba ojo de encima. Y le disgustó sobremanera contemplar cómo Paroro, tras conversar con Kenami unos instantes en uno de los extremos del campamento, montaba en su caballo y se alejaba sin su autorización. Al momento, dando largas zancadas, se dirigió hacia Kenami dispuesto a dejarle las cosas claras.

-¿Dónde va tu ayudante? –le espetó.

Kenami, con el ceño fruncido, le devolvió una mirada desafiante.

-Le he dado una orden que debe cumplir.

-¡En esta expedición yo doy las órdenes!

Tres soldados que se encontraban sentados alrededor de una de las fogatas, a pocos pasos de distancia, se pusieron en pie, incomodados por aquella discusión entre su señor y el mercenario. Kenami, con aparente tranquilidad y sin mirar al rey, ató su caballo al tronco de la palmera que tenía a su derecha. Y luego se ajustó la correa que sujetaba su espada a la cintura.

-Mi señor, vos habéis contratado mis servicios como refuerzo... –dijo al fin, hablando despacio-. Y aquí estoy, como refuerzo.

-Bajo mi mando, Kenami. Bajo mi mando. –Ahora era Gilga, quien se esforzaba por recuperar la calma.

-Yo no soy uno de vuestros soldados, mi señor.

-Sí lo eres. Pero con una diferencia respecto a los demás... A ti puedo echarte cuando quiera.

-Y también hay otra diferencia... mi señor... –El tono del semita empezaba a traslucir cierto desprecio-. Yo también soy libre de marchar cuando quiera.

-Creo que tu presencia no es necesaria por más tiempo –zanjó el rey.

-Yo también creo que...

-¡Enkidu regresa! –gritó uno de los soldados que hacía la guardia en los alrededores del campamento.

El cazador apuró el galope de su caballo hasta entrar en el campamento y, esquivando a los soldados, se dirigió hasta el rey.

Nada más ver el rostro de preocupación de su amigo, Gilga comprendió que algo no iba bien. Le sujetó las riendas de Betún mientras descabalgaba.

-Empezaba a preocuparme... ¿Cómo os ha ido en Gisa? –le abordó el rey, buscando con la mirada la llegada del onagro con su portaestandarte.

Enkidu tragó saliva, cortando por un instante su respiración acelerada. Pero permaneció en silencio, mirando al rey sin que de su boca saliera palabra alguna.

-Amigo mío... Hermano... ¿Dónde está Anum Edina? –le preguntó entonces Gilga, temiéndose lo peor.

-Ellos... Ellos retener a Anum –reveló finalmente Enkidu.

-¿Ellos? ¿Quién le retiene?

-Gente de Gisa. Ser desconfiados, no gustar a hombres llegados de fuera... Yo aclarar a rey Irsuim nosotros mercaderes de paso... que sólo querer bendición de Enki, dios protector de Gisa –explicó Enkidu, a cuyo alrededor se iba formando un corro de hombres que, extrañados por la ausencia de Anum, se acercaban a escuchar lo sucedido.

Kenami cogió el odre de agua que llevaba sujeto en el costado de su caballo y se lo acercó a Enkidu para que diera un trago. Continuaba respirando aceleradamente, más por nervios que por cansancio.

Aquello suponía que la expedición se enfrentaba al primer contratiempo serio desde que partiera de Uruk... Pero al menos, las palabras de Enkidu apuntaban a que el chico seguía vivo.

Al grupo llegó también Ubar, abriéndose paso a empujones entre el corro de soldados. Y junto a él, su criado portándole una lanza y un escudo.

-¿Y qué os ha dicho Irsuim? –preguntó Kenami.

-Que él tener información nosotros ser banda de saqueadores y que si rey de Uruk encabezar expedición, él mismo tener que acudir a ciudad para mostrar sus respetos.

-Pues vayamos a Gisa... ¡Traedme mi carro! –gritó Gilga a sus soldados.

-Esperad... No vayáis todavía –interrumpió Kenami.

-¿Por qué? –le preguntó Gilga con desagrado.

-Si vais os retendrán a vos también y pedirán rescate. Conozco al rey Irsuim. He trabajado para él.

-Y entonces, ¿qué hacer? –intervino Enkidu-. Nosotros no poder dejar allí a Anum.

-¡Vayamos con todos los soldados y liberemos al muchacho! –propuso Ubar, arrancando la lanza de las manos de su criado.

-Os matarían como a moscas –previno Kenami-. Y al rehén el primero.

-¡Eso habría que verlo! –gritó uno de los jefes de compañía, llevándose la mano al costado, buscando la empuñadura de su espada-. ¡Somos soldados de Uruk!

-¡No sois más que unos estúpidos campesinos y granjeros de Uruk! –respondió irritado Kenami.

-Mi señor –insistió el jefe de compañía-, dejadme que esta noche vaya a la ciudad con algunos de mis hombres y...

-Basta ya, soldado –le cortó Ur-Kan, el jefe de batallón.

-Todavía no estamos preparados –masculló el rey, mirando con aversión a Kenami-. No podemos embarcarnos en el asalto a una ciudad.

-Además –continuó Enkidu-, Irsuim decir si realmente nosotros misión comercial, tener que pagar derechos de paso.

-¡Gisa firmó el Pacto de Nippur! –exclamó el rey-. ¡No puede reclamarnos derechos de paso!

-Yo... no conocer eso... –dijo Enkidu, bajando la mirada al suelo-. Además yo prometer a Urembeti que cuidar de su hermano... Y ahora...

Enkidu parecía sentirse realmente desesperado por haber dejado atrás a Anum, retenido en aquella ciudad.

-No te preocupes –le tranquilizó Gilga-. No eres tú, sino ellos quienes deben respetar el acuerdo... ¡Lo sellaron en el Ekur, ante el mismísimo Enlil!

Siempre se había considerado que el reino de Sippar delimitaba al norte la frontera del territorio sumerio, pero se admitió que algunas pequeñas ciudades cercanas, como Agadé o la propia Gisa, se adhirieran al acuerdo de Nippur. De esta forma, también los ciudadanos de Gisa podían transitar por Sumer sin tener que pagar los tributos que grababan el uso de puentes y caminos. Y, a cambio, Gisa debía permitir el paso por sus dominios a las caravanas que se dirigían a comerciar a los mercados de las principales ciudades sumerias.

-Mi señor –interrumpió Biurturre-, podríamos intentar comprar la libertad del soldado Anum Edina ofreciéndoles los finos tejidos que llevamos en uno de los carros. Al fin y al cabo, el general Lamar An nos dijo que eran para venderlos en caso de necesidad.

Gilga, con semblante preocupado, negó con la cabeza. Sólo él sabía que en aquella caja de madera y mimbre no había más que unas cuantas prendas de ropa para los futuros ascensos de los soldados.

-A mí tampoco me parece una buena idea... –admitió Kenami-. Irsuim se quedaría con las piezas de ropa y con el rehén.

Pese a venir del semita, Gilga se sintió agradecido por aquella oportuna intervención.

-¿Pues qué hacer? –insistió Enkidu.

-Continuar con la expedición y, a la vuelta, si todavía está vivo, habrá una oportunidad de rescatarlo –dijo Kenami, provocativo-. O bien...

-¡No abandonaré a su suerte a ni uno solo de mis hombres! –le interrumpió Gilga-. ¿Esa es la lealtad que tú das a los tuyos?

-¡Yo daría mi vida por los míos! –exclamó Kenami, encarándose hacia el rey mientras Biurturre le frenaba poniéndole la palma de su mano en el pecho, dejándole claro que no debía acercarse ni un palmo más.

-Kenami, otra vez yo preguntar, ¿qué nosotros hacer? –repitió Enkidu.

Kenami y Gilga continuaban desafiándose con la mirada.

-Iba a decir que hay otra alternativa... Esperar cuatro o cinco días. En ese plazo, algunos de mis hombres habrán llegado al lago Zuen, a media jornada de aquí. Paroro ha ido a su encuentro... –El mercenario, en su particular pulso con el rey, le aguantaba todavía la mirada-. Si mi señor está dispuesto a contratarles como refuerzo, mis hombres nos acompañarán hasta las puertas de Gisa.

Gilga se mantuvo en silencio unos instantes.

-Señor –intervino Ubar-, no necesitamos comprar la ayuda de más mercenarios. Hay soldados de Kish desplazados en Sippar, a sólo un par o tres de jornadas de marcha hacia el sur. Podríamos pedirles su ayuda... Mebaragesi es un rey respetado y con sus soldados a nuestro lado seríamos bien recibidos en Gisa.

A Gilga le repugnaba que alguno de los suyos pudiera ni tan siquiera sugerir una solución como aquella. De ninguna manera apelaría a la ayuda del ejército de Kish ante la primera dificultad a la que se enfrentaban. Si quería que sus soldados creyeran en sí mismos, tenían que aprender a resolver los problemas por sus propios medios.

-¿Y tú qué opinas, Enkidu?

-Yo confiar en Kenami.

El rey no ocultó una mueca de fastidio. Aun así, se alegraba de que tampoco Enkidu prefiriera la opción de recurrir a Kish.

-Aumentaré tu paga, mercenario –sentenció el rey dirigiéndose a Kenami-. Esperaremos aquí a tus hombres.

Siendo todavía una chiquilla, le iniciaron en los secretos de su propio cuerpo. Y también le enseñaron a controlar las reacciones en los cuerpos de los muchachos que acudían al templo de la mano de sus padres, para que mantuvieran sus primeros contactos con las jóvenes sacerdotisas. Y de esa forma, había llegado a conocer todos los misterios del gozo sexual. Sabía cómo se debía acariciar cada resquicio de la piel de un hombre, y cómo presionar en cada músculo, y qué palabras debían ser susurradas al oído para provocarle sensaciones placenteras. Podía hacer, incluso, que un hombre perdiera el conocimiento mientras le hacía el amor.

-Cásate conmigo –insistió Arketi entre jadeos, estirado en la cama.

-Eso no es necesario.

-Eras tú quien no hace mucho quería ser mi esposa.

-Quería ser la esposa de un rey –repuso Tarina, mientras le rozaba el pecho con sus labios-. Pero ahora el rey es Gilgamesh.

-¡Pero pronto lo seré yo! Y necesitare una... ¡Ahhh! -Por un instante el incontrolable placer provocado por las caricias de la sacerdotisa impidió a Arketi seguir hablando. Luego, agradecido, acarició con ambas manos la suave cabellera de Tarina-... Necesitare una reina.

-¿Y qué hay de Gilgamesh?

-Ya no está en la ciudad.

-Durante un tiempo, pero volverá.

Tarina se recostó sobre el cuerpo del embajador, evitando apoyarse sobre su gran barriga para no avergonzarle. Pero Arketi la agarró con ambas manos por debajo de los brazos y, prácticamente, la arrastró hasta situarla encima de él. Ella le sonrió por aquella inesperada acción y entonces él le acarició las mejillas, mirándola a los ojos. Notaba el aire caliente de su respiración rozándole la cara. Era la criatura más hermosa que jamás había visto.

-Gilgamesh ha marchado lejos... demasiado lejos.

-¿Demasiado lejos?

-Puede que tu rey ya no regrese jamás.

Tarina, sorprendida, sonrió y besó con dulzura el cuello de Arketi.

-Imagino que ya te has encargado de eso –le susurró, bajando con sus labios de nuevo hasta el pecho.

-Algo así... Digamos que ese jovenzuelo engreído... ¡Ahhh!

Arketi abrazó el cuerpo de la sacerdotisa, dejándose llevar por el deseo. E hicieron el amor hasta que el embajador cayó rendido de placer.

-¿Te ha gustado? –interrumpió la sacerdotisa instantes después.

El embajador abrió los ojos. Estaba algo confuso, incapaz de discernir si realmente había llegado a quedarse dormido... Aunque poco le importaba. Se sentía relajado y satisfecho como nunca.

-Eres una diosa, Tarina... –le susurró-. Cásate conmigo.

Ella le puso un dedo sobre los labios, sellándoselos.

-He hecho algo mejor que eso –le dijo.

-¿Qué has hecho?

El de Kish, intrigado, se incorporó, apoyando su codo sobre uno de los almohadones que había en la espaciosa cama.

-Te voy a dar un hijo. Un heredero.

Arketi, por un momento, guardó silencio, como si esperara la confirmación de que aquello no era más que una broma. Luego sonrió. Si Tarina, la representante de Ishtar, la diosa del amor, le decía que en aquel preciso instante habían concebido un hijo, estaba dispuesto a creerla. Posó con suavidad la palma de su mano sobre la barriga de Tarina, y ésta le correspondió acariciándosela.

-Deberás cuidar de mi hijo –le dijo entonces-. Ahora llevas a un rey en tus entrañas.

-Sí, un día será rey... y siervo de Ishtar.

Arketi la besó en el ombligo. Aquel hijo lo cambiaba todo. Se incorporó y se puso la prenda de ropa interior mientras ella le observaba desde la cama. Luego se vistió con una pieza de lana fina y, encima, con la pesada túnica de vivos colores adornada con pedrería e hilos dorados. Ninguno de los dos decía nada. Entonces Tarina se levantó y le ayudó a colocarse el fajín. Arketi volvió a ponerse los gruesos anillos y el collar que había dejado en una de las mesillas de la estancia. Y se colocó también los dos aros de oro que llevaba a modo de pendientes.

Tarina dio dos palmadas, y Marash, su asistenta, entró en la estancia dispuesta a acompañar al invitado por los pasillos del templo hasta la salida. Antes de marchar, Arketi quiso dar un último beso a la sacerdotisa en un pecho. Tarina, le sonrió al despedirle.

Al acercarse a la jofaina con agua, dispuesta a lavarse, a Tarina le sobresaltó la inesperada presencia en la estancia de la anciana Umaha.

-Estás jugando a un juego muy peligroso –le dijo Umaha.

-¿Está también Ermia Ana aquí? –preguntó Tarina, sin disimular su desagrado.

-No. Está descansando en su habitación.

A Tarina le irritaba aquel uso que hacían sus predecesoras de su derecho a observar todo cuanto pudiera acontecer en cualquier rincón del templo. Pero no podía evitarlo. Aquella había sido una de las condiciones que tuvo que aceptar para poder ser nombrada suma sacerdotisa de Ishtar. Algún día también ella cedería su puesto a una nueva sacerdotisa... Pero ese día estaba todavía demasiado lejos y prefería no pensar en ello.

-Has mentido a Arketi –continuó Umaha-. Él no es el padre de la criatura que esperas.

Tarina, malhumorada, se echó por encima de los hombros el velo con el que había recibido al embajador a su llegada.

-El día en que el rey acudió al templo para hacer la ofrenda a la diosa... ¡Vosotras también estabais allí!... escondidas... –farfulló en tono recriminatorio-, pudisteis verlo con vuestros propios ojos... Entonces concebí a mi hijo. Pero eso, sólo lo sabemos nosotras.

Tarina se dirigió hacia la salida de la estancia, apartó la cortina que daba acceso al pasillo y, antes de marchar, manteniéndose de espaldas a la anciana, se detuvo un instante.

-Por el momento, es mejor que Arketi piense que el niño que llevo en mis entrañas es su hijo... su heredero –dijo con aparente tranquilidad, llevándose una mano a la barriga.

-Puede que no lleves ningún heredero... ¿Y si la criatura es una niña? –le preguntó Umaha.

Tarina, como si de repente la hubiera poseído un mal espíritu, se volvió furiosa, encarándose hacia Umaha.

-¡Debe ser niño, para que un día suba al trono de Uruk! –repuso cargada de rabia-. Si es niña, no me sirve.

Hacia poco que el fuego de las hogueras se había apagado en el campamento y, ahora, los soldados dormitaban alrededor de las brasas humeantes. En el silencio de la noche, los dos centinelas que hacían la guardia a la entrada de la tienda del rey se aferraban con ambas manos a sus lanzas, esforzándose por mantener los ojos abiertos. En el interior de la tienda, Gilga contemplaba absorto la llama de una vela. Pensaba en Anum, retenido en Gisa. Se preguntaba si no estaría siendo un insensato arrogante al no querer conformarse con ser el mediocre señor de una vieja ciudad sumeria, de gloria ya casi olvidada. Y se preguntaba también si no estaba arrastrando al abismo a todos aquellos muchachos que le habían seguido ilusionados. Los dioses admiran la valentía, pero aborrecen la arrogancia... No conseguía recordar quién le había enseñado aquella frase. Quizá se estaba equivocando. Quizá había nacido para dejarse llevar por un río de aguas tranquilas, por una vida de placeres, buena comida, mujeres y diversión. La presencia de Ubar, su viejo compañero, se lo recordaba constantemente. Y sin embargo, un incomprensible temor a defraudar a su amigo Enkidu le impulsaba a seguir esforzándose por cambiar el curso de aquel destino.

Un soplo de aire, casi imperceptible, cruzó la tienda haciendo danzar levemente la llama de la vela. Suficiente para que abandonara por un momento aquellos turbios pensamientos y se preguntara, extrañado, el porqué de aquella inesperada alteración de la llama. En la parte inferior de su nuca, casi en el cuello, notó otra brizna de aire, esta vez algo más caliente y húmeda, como si alguien a su espalda le hubiera susurrado una palabra... “Shamash”. Apartó de su hombro la pieza de lana con la que se había cubierto y se volvió. Lo hizo sin saber demasiado bien el porqué, sin esperar encontrar nada concreto. Pero lo hizo y, al hacerlo, aquel gesto reveló todo su sentido. Frente a él, apenas a tres palmos de sus ojos, la cabeza amenazante de una serpiente que, erguida, le mostraba los colmillos dispuesta a lanzar su mortal ataque.

Sabía que no podía dejar de mirarla. Si lo hacía, la serpiente se lanzaría con un movimiento inevitable a su cara, o al cuello, y le inyectaría el veneno. Ni siquiera se atrevía a parpadear. Sopesó las posibilidades que tendría si, girando sobre sí mismo, alargaba su brazo para alcanzar la espada. Tendría que ser un gesto rápido... demasiado rápido, pues la espada estaba lejos; y la serpiente, muy cerca. Además, sus piernas estaban todavía cubiertas por la manta de lana, lo que dificultaría todavía más la maniobra. Resignado, imaginó la sorpresa de sus hombres cuando, ya de mañana, extrañados por la tardanza de su señor en salir de la tienda, se asomaran al interior y lo hallaran muerto, mordido por una serpiente.

¿Era ése el castigo que le habían reservado los dioses por su arrogancia?

Al menos, moriría intentando evitarlo.

Se abalanzó hacia su derecha, estirando su brazo hacia la espada, pero la manta se enredó entre sus piernas y le frenó. Sólo consiguió rozar la empuñadura con los dedos.

Un zumbido seco le cortó la respiración...

Ya está disponible la segunda –y última- parte de

EL CAMINO DE LOS CEDROS